

MEMORIAS DE LA ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XVII

M E M O R I A S

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

(Discursos Académicos)

TOMO XVII

EDITORIAL JUS
MEXICO, 1960

Derechos Reservados ©
por la Academia Mexicana Correspondiente de la Española

Primera Edición. Octubre de 1960: 1,000 ejemplares.
Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo 14,
Col. Guerrero, México 3, D. F.

PP

M066

ACA-m

T.17

E1.2

NOTA PRELIMINAR

ESTE volumen reproduce ocho de las perdidas traducciones de las *Ele-gías* de Propertio hechas por el antiguo Director de la Academia, Dr. Joaquín D. Casasús, los habituales discursos de los académicos y las rectificaciones hechas por el Sr. Lic. don Genaro Fernández MacGregor y por el suscrito, al libro del señor académico Martín Luis Guzmán, intitulado *Academia*.

Se publican igualmente las *Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía* expedidas por la Real Academia Española después de conocer la opinión de las demás Academias, sus correspondientes.

La Academia Mexicana durante el período que abarca este tomo de *Memorias* recibió la visita del notable poeta y miembro de la Real Española don Gerardo Diego, la del distinguido filólogo puertorriqueño Dr. don José A. Balseiro y la del no menos distinguido hispanista neolandés Dr. Jonás Andries van Praag. Las palabras de afecto para nuestro Instituto expresadas por el señor Diego y la conferencia del señor Van Praag no se reproducen, porque no fueron escritas.

La Academia fue invitada para celebrar una sesión en Tehuacán, Puebla, como parte de la recordación del tercer centenario de su elevación a la categoría de Ciudad con el nombre de Ciudad de Nuestra Señora de la Concepción y Cueva. La invitación, que fue aceptada, la hicieron el señor don Salvador Cruz, el Dr. Ernesto Nájera, Presidente y Secretario respectivamente de la Comisión Organizadora de las fiestas, y la Srita. Luz Irma de la Fuente, Prosecretaria.

La sesión se celebró el día 18 de marzo y en ella leyeron estudios los académicos Carlos Pellicer, Alfonso Junco y Alberto María Carreño. La sesión se verificó en la biblioteca del Centro Escolar Venustiano Carranza; y como tal biblioteca lleva el nombre de Alfonso Reyes, el Dr. Luis Garrido fue invitado para descubrir el retrato del señor Reyes, lo cual hizo formulando después un elogio del ilustre desaparecido.

El día 25 de marzo leyó el señor don Celestino Gorostiza su discurso de recepción; y el día 22 de abril el señor don José Luis Martínez.

En un Apéndice se reproducen cartas de don Ignacio Manuel Altamirano, de don Ricardo Palma y de don Marcelino Menéndez y Pelayo, dirigidas a nuestro antiguo Académico de Número don Francisco Sosa; pues por tratarse de documentos emitidos por distinguidísimos hombres de letras extranjeros a uno de nuestros más ilustres miembros mexicanos, fueron leídas en diversas sesiones de la Academia y se resolvió darlas a conocer al público.

Es de notarse el resentimiento antiespañol de Altamirano, quien habiendo sido maestro de un grupo de jóvenes literatos mexicanos, que al correr del tiempo habrían de ser gloria de nuestras Letras, reniega de que el Castellano sea su lengua.

ELEGÍAS DE PROPERCIO TRADUCIDAS POR EL DR. JOAQUÍN
D. CASASÚS CON UNA INTRODUCCIÓN POR ALBERTO
MARÍA CARREÑO

HACE cien años que vino a este mundo, y cuarenta y dos que salió de él, uno de los más ilustres humanistas que ha producido México: el Doctor Joaquín D. Casasús.

Consagróse a la ciencia del Derecho en la que descolló brillantemente y fue uno de los más destacados economistas de sus días; pero dotado de un corazón pleno de ternura, y de un cerebro lleno de vigor, sintió y comprendió cuanto encerraba poesía.

Y el poeta vació en ánforas de oro su propio sentimiento; cantó al Amor, ensalzó la Naturaleza; pero profundo conocedor de la vida de Roma se sació con el dulce néctar que produjeron los más notables de sus poetas: Horacio y Virgilio, Tibulo y Catulo.

Los estudió y los tradujo; los presentó en su medio, describiendo su vida y sus costumbres, mostrando lo que eran la grandeza y las miserias de la existencia romana.

Sus estudios y sus traducciones resultaron tan bellos, que la crítica universal los acogió con aplauso estruendoso; y alguno de los más entusiastas comentaristas, el por mil títulos ilustre don Marcelino Menéndez y Pelayo, se dolió de que no hubiera traducido a Propertio, y le sugirió que lo hiciera.

Casasús entonces consagróse a verter en castellano al poeta de la Umbría; pero la muerte iba a dejar su labor incompleta y trunca.

Ocho elegías llevaba vertidas a nuestra lengua, cuando estalló la revolución en México y esto lo obligó a suspender el trabajo; las preocupaciones de su espíritu lo enfermaron físicamente y se retiró a Europa en busca de salud y de tranquilidad. ¡Vano empeño! Los revolucionarios ocuparon las mansiones de las familias más prominentes de México y la de Casasús fue una de las profanadas. En su biblioteca, en su riquísima biblioteca donde había atesorado los más raros comentaristas de los clásicos latinos que tanto amaba, habían quedado los originales de sus traducciones.

Salvar aquellos trabajos fue entonces su mayor preocupación y al unirse en La Habana con quien más que un amigo era un hijo suyo, angustiado le pidió que procurara salvar aquellos papeles, para él tan queridos.

La tarea resultaba difícil y dolorosa: difícil porque se hacía necesario buscar algún amigo de los ocupantes para poder penetrar en la mansión ocupada; dolorosa porque se hacía necesario presenciar los destrozos causados en lo que había sido un santuario de las Letras y de la Ciencia, convertido ahora en un cuartel y en un prostíbulo, testigo de orgías y aun de asesinatos. Las dificultades fueron al fin vencidas y los documentos rescatados.

¿Por qué las traducciones de Propercio no fueron publicadas antes de ahora? Por un solo escrúpulo: el autor no tuvo tiempo de revisarlas.

Es verdad que le fueron remitidas a Nueva York; pero las noticias que al autor llegaban de México no eran para pensar en tareas poéticas, sino para dolerse por la tragedia que envolvía al mismo autor, al país entero. Y tan dolorosas eran esas noticias, que agravaron los males físicos y originaron la muerte.

Casasús acostumbraba no publicar sus trabajos literarios sino después de algún tiempo de haberlos realizado. Examinábalos entonces, corregíalos cuidadosamente, dábalos a algún amigo literato de renombre para que los revisara, atendía y aceptaba cualquier reparo si era justificado, o lo discutía si no lo era; y sólo después de seguir este procedimiento daba a las prensas sus producciones.

Nada de esto pudo hacerse con estas Elegías; ni siquiera es posible afirmar que sólo ocho había traducido; las que salen a la luz son las únicas que en copia he conservado en mi personal archivo; pero ¿entre los papeles enviados a Nueva York habría algunas más? Imposible decirlo después de medio siglo.

La celebración del centenario del nacimiento del poeta mexicano debe, sin embargo, vencer todo escrúpulo, advirtiéndolo al hacer la publicación, que las ocho elegías halladas es lo que resultó del trabajo de primera intención, sin el pulimiento que el traductor hubiera podido realizar si la vida le hubiera alcanzado para hacerlo.

Como lo hizo respecto de los otros poetas romanos que tradujo, los habría comentado y biografiado al autor, con lo cual habría aumentado el mérito de su trabajo; pero ya que la vida no le alcanzó para hacerlo, nos limitaremos a decir que Sexto Aurelio Propercio nació en la Umbría el año de Roma 697, según Vulpio, y que entre otras poblaciones se disputan el honor de haber sido su cuna, Mevania, hoy Bevagna, Asís, Spello, Spoleto y Perugia, siendo la primera la preferida por la mayor parte de sus biógrafos.

En su primera juventud se enamoró de Cintia a quien cantó fervoro-

samente y “bien pronto sus poesías la ganaron el favor de Mecenas y la amistad no menos preciosa de Galo, de Ovidio, de Póntico, de Baso y en general de todos los poetas célebres que fueron sus contemporáneos”. (J. Genouille. *Oeuvres de Catulle, Tibulle et Properce*, p. 249).

No se sabe con certidumbre la época de su muerte. Vulpio pretende que alcanzó una gran vejez y en cambio Barth y Lachman lo hacen morir el año de Roma 739, a la edad de 38 años. (Loc. cit).

Las Elegías que se publican son las ocho primeras del Libro I, y van sin comentarios y sin notas, porque sólo se ha querido que no se pierda lo hecho por el humanista mexicano.

Para que pueda compararse la traducción con el original se reproduce el texto publicado por J. Genouille en las *Oeuvres de Catulle, Tibulle et Properce*, coleccionadas por Héguin de Guerle, A. Valatour y J. Genouille.

ALBERTO MARÍA CARREÑO

México, diciembre 22 de 1958.

Elegia I

AD TULLUM

Cynthia prima suis miserum me cepit ocellis,
Contactum nullis ante cupidinibus.
Tum mihi constantis deiecit lumina fastus,
Et caput impositis pressit Amor pedibus;
Donec me docuit castas odisse puellas
Improbis, et nullo vivere consilio.
Et mihi jam toto furor hic non deficit anno,
Quum tamen adversos cogor habere Deos.
Milanion nullos fugiendo, Tulle, labores
Saevitiam durae contudit Iasidos.
Nam modo Partheniis amens errabat in antris,
Ibat et hirsutas ille videre feras.
Ille etiam Hylaei percussus vulnere rami,
Saucius Arcadiis rupibus ingemuit.
Ergo velocem potuit domuisse puellam:
Tantum in amore preces et benefacta valent!
In me tardus Amor non ullas cogitat artes,
Nec meminit notas, ut prius, ire vias.
At vos, deductae quibus est fallacia lunae,
Et labor in magicis sacra piare focis;
En agendum, dominae mentem convertite nostrae,
Et facite illa meo palleat ore magis.
Tunc ego crediderim vobis, et sidera et amnes
Posse Cytae aeis ducere carminibus.
Aut vos, qui sero lapsum revocatis, amici,
Quaerite non sani pectoris auxilia.

A T U L I O

ELEGIA I DEL LIBRO I

Yo al Amor resistí; mas con sus ojos
Cintia, infeliz, vencióme la primera;
Y Amor bajar los ojos me hizo entonces,
Doblar bajo sus plantas mi cabeza,
Y vivir torpemente y sin consejo
Y despreciar las púdicas doncellas.
Mas con todo y tener diversos dioses,
Hace ya un año que mi amor no cesa.
A Atalanta domó Milano ¡oh Tulio!
Nunca esquivando de su amor las pruebas,
Pues ora erraba en los Partenios antros
Y allí veía las hirsutas fieras,
O herido por Hileo, entre las rocas
De la Arcadia, de amor lloró sus penas,
Mas vencer a Atalanta al cabo pudo.
¡Tal es de ruegos en Amor la fuerza!
Mas no Amor arte alguna me sugiere,
Ni ir por caminos conocidos piensa.
Vosotros que sabéis en vuestros ritos
De usar mágicos fuegos la tarea,
Y hacer del cielo descender la Luna,
Cambiad la mente de la niña nuestra,
Más pálida ponedla que mi rostro
Y yo creeré que las canciones vuestras
Pueden mudar el curso de los ríos
Y arrebatat al cielo sus estrellas.
Y vosotros, amigos, aunque tardos,
Buscad auxilios para mi alma enferma.

Fortiter et ferrum, saevos patiemur et ignes:
 Sit modo libertas, quae velit ira, loqui.
Ferte per extremas gentes et ferte per undas,
 Qua non ulla meum femina norit iter.
Vos remanete, quibus facili Deus adnuit aure,
 Sitis et in tuto semper amore pares.
In me nostra Venus noctes exercet amaras,
 Et nullo vacuus tempore defit amor.
Hoc, moneo, vitate malum: sua quemque moretur
 Cura, neque adsueto mutet amore locum.
Quod si quis monitis tardas adverterit aures,
 Heu! referet quanto verba dolore mea!

El hierro y fuegos sufriré paciente
Para poder decir lo que yo quiera;
Llevadme al fin del mundo y por los mares
Do ninguna mujer halle mis huellas.
Mas no el hogar abandonéis vosotros
Si oído fácil el Amor os diera;
A mí Venus me da noches amargas
Y libre en ningún tiempo Amor me deja.
Este mal evitad; que no se aleje
De su amada el que de ella amado sea.
Y si alguien desoyere mis palabras
¡Ay! con dolor acordarse de ellas.

Elegia II

AD CYNTHIAM

Quid juvat ornato procedere, vita, capillo,
Et tenues Coa veste movere sinus;
Aut quid Orontea crines perfundere myrrha,
Teque peregrinis vendere muneribus,
Naturaeque decus mercato perdere cultu,
Nec sinere in propriis membra nitere bonis?
Crede mihi, non ulla tuae medicina figurae est:
Nudus Amor formae non amat artificem.
Adspice, quos submittit humus formosa colores;
Ut veniant hederæ sponte sua melius;
Surgat et in solis formosius arbutus antris;
Et sciat indociles currere limpha vias.
Litora nativis collucent picta lapillis,
Et volucres nulla dulcius arte canunt.
Non sic Leucippis succendit Castora Phoebe,
Pollucem cultu non Elaira soror;
Non, Idae et cupido quondam discordia Phoebo.
Eveni patriis filia litoribus;
Nec Phrygium falso traxit candore maritum
Avecta externis Hippodamia rotis:
Sed facies aderat nullis obnoxia gemmis,
Qualis Apelleis est color in tabulis;
Non illis studium vulgo conquirere amantes;
Illis ampla satis forma, pudicitia.
Non ego nunc vereor, ne sim tibi vilior istis:
Uni si qua placet, culta puella sat est.

ELEGIA II DEL LIBRO I

¿Para qué andar con el cabello ornado
Y vestidos de Cos llevar, mi vida,
Con dones peregrinos ataviarte,
Tu cabellera perfumar con mirra,
Y así perder tus gracias con afeites
A tu cuerpo evitándole el lucirlas?
Como el amor real no ama artificios
Nada es para tu rostro medicina.
¿Ve cuán bello el arbusto aislado crece;
Ve los colores que la tierra brinda;
Cómo las hiedras espontáneas brotan
y el agua corre por indócil vía;
Cuán sin arte, mas dulce, el ave canta
Y en las playas del mar las piedras brillan!
No así a Cástor y a Pólux atraieron
Hilania y Tebe de Leucipos hijas,
Ni así encendió Marpesa la discordia
En otros tiempos entre Apolo e Idas,
Ni con falso candor su esposo Frigio
A seducir llegara a Hipodamía,
Que no sus caras adornaron joyas
Sino un color cual los que Apeles pinta.
No ellas con arte, amantes conquistaron;
Que su hermosura fue su pudicicia.
Yo no temo ser menos que los otros;
Basta a agradarme a mí que estés vestida,

Quum tibi praesertim Phoebus sua carmina donet,
Aoniamque libens Calliopea lyram;
Unica nec desit jucundis gratia verbis,
Omnia quaeque Venus, quaeque Minerva probat:
His tu semper eris nostrae gratissima vitae,
Taedia dum miserae sint tibi luxuriae.

Ya que a ti te da Febo sus canciones
Y Calíope te da la Aonia lira,
Y ni una gracia a tus palabras falta
Ni cuanto Venus y Minerva estiman.
Mientras del lujo mísero te apartes
Tú serás lo más grato de mi vida.

Elegia III

DE CYNTHIA

Qualis Thesea jacuit cedente carina
 Languida desertis Gnosia litoribus:
Qualis et adcubuit primo Cepheia somno
 Libera jam duris cautibus Andromede;
Nec minus adsiduis Edonis fessa choreis
 Qualis in herboso concidit Apidano;
Talis visa mihi mollem spirare quietem
 Cynthia, non certis nixa caput manibus.
Ebria quum multo traherem vestigia Baccho,
 Et quaterent sera nocte facem pueri,
Hanc ego, nondum etiam sensus deperditus omnes,
 Molliter impresso conor adire toro:
Et quamvis duplici correptum ardore juberent
 Hac Amor, hac Liber, durus uterque Deus,
Subjecto leviter positam tentare lacerto,
 Osculaque admota sumere et arma manu;
Non tamen ausus eram dominae turbare quietem,
 Expertae metuens jurgia saevitiae:
Sed sic intentis haerebam fixus ocellis,
 Argus ut ignotis cornibus Inachidos.
Et modo solvebam nostra de fronte corollas,
 Ponebamque tuis, Cynthia, temporibus;
Et modo gaudebam lapsos formare capillos;
 Nunc furtiva cavis poma dabam manibus,
Omniaque ingrato largibar munera somno,
 Munera de prono saepe voluta sinu.
Et quoties raro duxti suspiria motu,
 Obstupui vano credulus auspicio,

ELEGIA III DEL LIBRO I

Cual viose a Ariadna en las desiertas playas
De ella al huír la nave de Teseo;
Como a Andrómeda hallóse entre las rocas
Ya libre, al despertar del primer sueño;
Como de una Bacante en Apidano,
Cansado de la danza, vese el cuerpo;
Así, al blandir su antorcha mis esclavos,
A Cintia vi cuando me hallaba ebrio,
Dormida, respirando en quietud muelle,
Sobre ambas manos descansando el cuello.
Como aún no perdiera mis sentidos
Quise acostarme rápido en su lecho,
Y aunque Baco y Cupido, dioses duros,
A porfía encendieron mi deseo
De deslizar mi brazo entre los suyos,
Tomar sus manos y robarle un beso,
Temiendo sus reproches conocidos
A perturbar no me atreví su sueño;
Mas yo te contemplé, fijos los ojos
Cual de Io, al mirar Argos los cuernos,
Y arranqué de mi frente mis coronas
Para ¡oh Cintia! a tu cien ceñirlas luego;
Complacíme en atar tu cabellera
Y en poner de tus manos en el hueco
Unas pomas, mas todos mis presentes
Cayéronse al impulso de tu seno.
A menudo, al moverte, suspiraste,
Y temer un presagio me hizo crédulo

Ne qua tibi insolitos portarent visa timores,
 Neve quis invitam cogeret esse suam;
Donec diversas percurrens luna fenestras,
 Luna moraturis sedula luminibus,
Compositos levibus radiis patefecit ocellos.
 Sic ait, in molli fixa toro cubitum.
Tandem te nostro referens injuria lecto
 Alterius clausis reppulit a foribus!
Namque ubi longa meae consumsti tempora noctis,
 Languidus exactis, hei mihi! sideribus?
O utinam tales producas, improbe, noctes,
 Me miseram quales semper habere jubes!
Nam modo purpureo fallebam stamine somnum,
 Rursus et Orpheae carmine, fessa, lyrae;
Interdum graviter mecum deserta querebar
 Externo longas saepe in amore moras;
Dum me jucundis lapsam sopor impulit alis.
 Illa fuit lacrymis ultima cura meis.

Que insólitos temores te asaltaban
De que otro, a tu pesar, fuese tu dueño.
Entretanto, al cruzar por las ventanas,
De la Luna oficiosa un rayo ledó,
La luz abríóle los cansados ojos
Y así dijo, de codos en su lecho:
“¿De otra el desdén de sus cerradas puertas
Te arroja y te dirige hasta mi lecho?
¿Por qué al amanecer, lánguido vienes?
¿Do de mis noches consumiste el tiempo?
¡Ojalá noches tales pasar puedas
Como esas que pasar me haces tú mismo!
En vano ahuyento con el rojo estambre
Mi sueño o con la cítara de Orfeo,
En vano me conduelo en mi abandono
Del tiempo que a otro amor diste ligero.
Al fin llévame el sueño con sus alas
Y esto para mi llanto es el remedio”.

Elegia IV

AD BASSUM

Quid mihi tam multas laudando, Basse, puellas
Mutatum domina cogis abire mea?
Quid me non pateris, vitae quodcumque sequetur,
Hoc magis adsueto vivere servitio?
Tu licet Antiopae formam Nycteidis, et tu
Spartanae referas laudibus Hermionae,
Et quascumque tulit formosi temporis aetas;
Cynthia non illas nomen habere sinet:
Nedum, si levibus fuerit collata figuris,
Inferior duro iudice turpis eat.
Haec sed forma mei pars est extrema furoris.
Sunt majora, quibus, Basse, perire juvat:
Ingenuus color, et multis decus artibus, et quae
Gaudia sub tacita ducere veste libet.
Quo magis et nostros contendis solvere amores,
Hoc magis accepta fallit uterque fide.
Non impune feres: sciet haec insana puella,
Et tibi non tacitis vocibus hostis erit.
Nec tibi me post haec committet Cynthia, nec te
Quaeret: erit tanti criminis illa memor;
Et te circum omne alias irata puellas
Deferet: heu! nullo limine carus eris.
Nullas illa suis contemnet fletibus aras,
Et quicumque sacer, qualis, ubique, lapis.
Non ullo gravius tentatur Cynthia damno,
Quam sibi quum rapto cessat amore Deus,
Praecipue nostri. Maneat sic semper, adoro;
Nec quidquam ex illa, quod querar, inveniam.

ELEGIA IV DEL LIBRO I

¿Por qué tú, a muchas niñas alabando,
Quieres, Baco, apartarme de mi dueña,
Y que en mi servidumbre acostumbrada
No pase de mi vida cuanto queda?
Ya a Hermione, la espartana, al cielo encumbres,
Ora ensalces de Antiope la belleza,
Ora cuanta mujer hermosa exista,
Cintia bellas llamarse no las deja,
Y menos, inferior, a un juez severo
Parecerá, si aun fuesen menos bellas.
Pero no es de mi amor esta la causa;
Mayores son las que morir me ordenan:
Su color y las gracias de su cuerpo
Y otros deleites que el pudor reserva.
Mas la fe de uno y otro habrá de unirnos
Mientras más nuestro amor romper pretendas.
No impune vivirás; lo sabrá Cintia
Y será tu enemiga e indiscreta,
Ya no contigo habrá de compararme,
Ni ya te buscará; que de ira presa
Mal de ti hablará a todos por tu crimen;
Caro a nadie serás por culpa de ella.
Cintia las aras regará con llanto
Y cuantas logre hallar sagradas piedras,
Que no daño mayor sufrirá Cintia
Si el Amor y yo mismo huímos de ella.
Por no tener de Cintia queja alguna
Quiero que así por siempre permanezca.

Elegia V

AD GALLUM

Invide, tu tandem voces compesce molestas,
Et sine nos cursu, quo sumus, ire pares.
Quid tibi vis, insane? meos sentire furores?
Infelix! properas ultima nosse mala,
Et miser ignotos vestigia ferre per ignes.
Et bibere e tota toxica Thessalia.
Non est illa vagis similis collata puellis:
Molliter irasci non sciet illa tibi.
Quod si forte tuis non est contraria votis,
At tibi curarum millia quanta dabit!
Non tibi jam somnos, non illa relinquet ocellos
Illa feros animis adligat una viros.
Ah mea contemptus quoties ad limina cures,
Quum tibi singultu fortia verba cadent,
Et tremulus moestis orietur fletibus horror,
Et timor informem ducet in ore notam,
Et quaecumque voles fugient tibi verba querenti,
Nec poteris, qui sis aut ubi, nosse miser!
Tum grave servitium nostrae cogere puellae
Discere, et exclusum quid sit abire domum:
Nec jam pallorem toties mirabere nostrum,
Aut cur sim toto corpore nullus ego.
Nec tibi nobilitas poterit succurrere amanti:
Nescit Amor priscis cedere imaginibus.
Quod si parva tuae dederis vestigia culpae,
Quam cito de tanto nomine rumor eris!

ELEGIA V DEL LIBRO I

Déjanos continuar nuestro sendero
Bajo de un yugo igual; calla, envidioso;
¿Qué buscas, loco? ¿los furores míos?
Ya el mal a conocer llegarás pronto
Y a beber de Tesalia los venenos
Y vestigio a llevar de fuego ignoto.
No con las mujerzuelas te compara
Que ella jamás se encoleriza poco;
Pero si no es contraria a tus deseos
Pesares mil te causará a su antojo;
Que ella a los hombres fuertes los subyuga
Y a ti no dejará ni sueño ni ojos.
Ya vendrás despreciado a mis umbrales,
Trocando tus palabras en sollozos,
El honor tuyo en lágrimas deshecho,
Del miedo con las marcas en el rostro,
Sin palabras hallar para tus quejas,
Sin quien eres, dó vas, saber tampoco.
Y ya conocerás de Cintia el yugo,
Lo que es volver a casa tras su enojo,
Ni admirarás mi palidez frecuente
Ni que extenuado esté mi cuerpo todo.
No al amor tu nobleza ha de salvarte
Que nunca fue al Amor la alcurnia estorbo;
Y si das de tu culpa alguna muestra,
Tu nombre de irrisión servirá solo.

Non ego tum potero solatia ferre roganti,
Quum mihi nulla mei sit medicina mali:
Sed pariter miseri socio cogemur amore
Alter in alterius mutua flere sinu.
Quare, quid possit mea Cynthia, desine, Galle,
Quaerere: non impune illa rogata venit.

No podré aunque lo pidas, consolarte,
Si alivio no hay para mis males propios;
Pero míseros ambos lloraremos
En nuestros senos mutuos uno y otro.
No quieras conocer, Gulo, a mi Cintia
Que a quien busca, su amor castiga pronto.

Elegia VI

AD TULLUM

Non ego nunc Hadriae vereor mare noscere tecum,
Tulle, neque Aegeo ducere vela salo;
Cum quo Rhipaeos possim conscendere montes,
Ulteriusque domos vadere Memnonias:
Sed me complexae remorantur verba puellae,
Mutatoque graves saepe colore preces. .
Illa mihi totis argutat noctibus ignes,
Et queritur nullos esse relictæ Deos:
Illa meam mihi se jam denegat; illa minatur,
Quae solet irato tristis amica viro.
His ego non horam possum durare querelis.
Ah pereat, si quis lentus amare potest!
An mihi sit tanti doctas cognoscere Athenas,
Atque Asiae veteres cernere divitias;
Ut mihi deducta faciat convicia puppi
Cynthia, et insanis ora notet manibus,
Osculaque opposito dicat sibi debita vento,
Et nihil infido durius esse viro?
Tu patrui meritis conare anteire secures,
Et vetera oblitis jura refer sociis!
Nam tua non aetas unquam cessavit amori,
Semper at armatae cura fuit patriae;
Et tibi non unquam nostros puer iste labores
Adferat, et lacrymis ultima nota meis.
Me sine, quem semper voluit fortuna jacere,
Hanc animam extremae reddere nequitiae,
Multi longinquo periire in amore libenter,
In quorum numero me quoque terra tegat.

ELEGIA VI DEL LIBRO I

No temo el Hadria conocer contigo,
Tulio, o surcar las ondas del Egeo,
Puesto que ir de Memnon hasta las casas
O a los montes Rípeos subir puedo;
Empero, a mí abrazada, de mi niña
Las palabras detienenme y los ruegos,
Ya me habla de su amor toda la noche,
Duélese de tener dioses adversos,
Ya se niega a ser mía, o me amenaza
Como a un infiel su amada puede hacerlo;
Y yo una hora no sufro sus reproches.
¡Muera aquel que en Amor pueda ser lento!
¿Y vale el conocer la Atenas docta
Y el ir a ver del Asia los portentos
El que ya listo el buque ella me injurie,
Se hiera el rostro y diga que sus besos
Los debe al viento, que mi viaje evite
Y que un amante infiel siempre es molesto?
Tú sí puedes viajar, de los aliados
Para ir a restaurar los privilegios
Y para ir a dar lustre, de tu tío
Al nombre mercedamente excelso,
Que a tu edad el Amor te deja libre
Y a tu patria servir sólo es tu anhelo
Y no te da las penas y trabajos
Que públicas mis lágrimas han hecho.
Yo a quien siempre abatiera la Fortuna
Mi alma dar al Amor tan sólo debo;
Muchos murieron porque amaron mucho.

Non ego sum laudi, non natus idoneus armis:
Hanc me militiam fata subire volunt.
At tu seu mollis qua tendit Ionia, seu qua
Lydia Pactoli tinguunt aratra liquor,
Seu pedibus terras, seu pontum carpere remis
Ibis, et accepti pars eris imperii;
Tum tibi si qua mei veniet non immemor hora,
Vivere me duro sidere certus eris.

Yo no para las armas nací idóneo;
El hado me hizo en el amor experto.
Ya al campo vayas que el Pactolo tiñe
Ora a la Jonia muelle o ya con remos
Atravieses la mar o a pie las tierras,
Pero siempre al servicio del imperio,
Piensa, si me recuerdas, que yo vivo
Con mala estrella en duro cautiverio.

Elegia VII

AD PONTICUM POETAM

Dum tibi Cadmeae dicuntur, Pontice, Thebae.
Armaque fraternae tristia militiae.
Atque, ita sim felix, primo contendis Homero,
Sint modo fata tuis mollia carminibus;
Nos, ut consuemus, nostros agitamus amores,
Atque aliquid duram quaerimus in dominam;
Nec tantum ingenio, quantum servire dolori
Cogor, et aetatis tempora dura queri.
Hic mihi coneritur vitae modus; haec mea fama est;
Hinc cupio nomen carminis ire mei.
Me laudent doctae solum placuisse puellae,
Pontice, et injustas saepe tulisse minas:
Me legat adsidue post haec neglectus amator,
Et prosint illi cognita nostra mala.
Te quoque si certo puer hic concusserit arcu,
Quod nolim nostros evoluisse Deos,
Longe castra tibi, longe miser agmina septem
Flebis in aeterno surda jacere situ;
Et frustra cupies mollem componere versum;
Nec tibi subjiacet carmina serus Amor.
Tunc me non humilem mirabere saepe poetam;
Tunc ego Romanis praeferar ingeniis;
Nec poterunt juvenes nostro reticere sepulcro;
Ardoris nostri magne poeta, jaces!
Tu cave nostra tuo contemnas carmina fastu:
Saepe venit magno foenore tardus Amor.

ELEGIA VII DEL LIBRO I

Mientras a Tebas, Póntico, tú cantas
Y la lucha fatal de dos hermanos
Rivalizando con el gran Homero
(Si a tus versos propicios son los hados)
Yo canto nuestro amor, cual de costumbre,
Y contra mi cruel dueña busco yo algo;
Que el dolor, no el ingenio, de mis penas
De amores, a hablar siempre me ha obligado.
Si esta vida me mata, ella es mi gloria;
Y mi nombre irá siempre con mis cantos.
Por sufrir sus injustas amenazas
Celébrenme y por ser a Cintia grato;
Y que después me lean los amantes
Y hallen bien en mis males divulgados.
Si ¡ojalá no los dioses decreten!
El niño Amor te hiriese a ti con su arco
Allá en tus campamentos llorarías
Por verte de tus héroes apartado
Y en vano hacer quisieras versos muelles
Que no inspira Amor si llegó tardo
Mas cuando a mí me alaben a menudo
No han de elogiarme como humilde bardo.
Los jóvenes habrán de preferirme
A los ingenios múltiples del Lacio
Y, "oh gran poeta erótico, aquí yaces"
en mi tumba dirán con entusiasmo:
No desprecies mis versos en tu orgullo;
Vengarse suele Amor si viene tardo.

Elegia VIII

AD CYNTHIAM

Tunc igitur demens, nec te mea cura moratur?
An tibi sum gelida vilior Illyria?
Et tibi jam tanti, quicumque est, iste videtur,
Ut sine me vento quolibet ire velis?
Tunc audire potes vesani murmura ponti
Fortis, et in dura nave jacere potes?
Tu pedibus teneris positas sulcare pruinas,
Tu potes insolitas, Cynthia, ferre nives?
O utinam hibernae duplicentur tempora brumae,
Et sit iners tardis navita Vergiliis;
Nec tibi Tyrrhena solvatur funis arena,
Neve inimica meas elevet aura preces;
Atque ego non videam tales subsidere ventos,
Quum tibi provectas auferet unda rates,
Et me defixum vacua patietur in ora
Crudelem infesta saepe vocare manu!
Sed quocumque modo de me, perjura, mereris,
Sit Galatea tuae non aliena viae;
Ut te felici, praevecta Ceraunia remo,
Accipiat placidis Oricos aequoribus.
Nam me non ullae poterunt corrumpere taedae,
Quin ego, vita, tuo limine verba querar;
Nec me deficiet nautas rogitare citatos:
Dicite, quo portu clausa puella mea est?
Et dicam: Licet Atracii considat in oris,
Et licet Eleis, illa futura mea est.
Hic erit, hic jurata manet: rumpantur iniqui:
Vicimus! adsiduas non tulit illa preces.

ELEGIA VIII DEL LIBRO I

¿No te cuidas de mí? ¿Ya estás demente?
¿Ya más vil que la Ylivia te parezco?
¿Y ese hombre vale tanto que pretendas
Marcharte tú sin mí con cualquier viento?
¿del mar loco oír puedes los murmullos,
Yacer de nave dura sobre el suelo,
Las insólitas nieves sufrir Cintia
Y los hielos pisar con tus pies tiernos?
¡Ojalá de las brumas invernales
Se doble el tiempo y viva el marinero
Hasta las tardes Pléyades ocioso
Y ni una sola nave en el Tirreno
Litoral, para ti soltarse pueda,
Ni aura enemiga llévase mis ruegos!
¡Y ojalá que al confiarse al mar tu nave
No se detengan los actuales vientos
Para que fijo en la desierta playa
Te llame cruel con iracundo gesto!
Pero aunque mal me trates que te ayude
Galatea en tu vía es mi deseo
Para que a ti el oricus te reciba
Cruzados los Ceraunios con tu remo.
Y no tu umbral desertaran mis quejas
Ni infiel seré aún con tu himeneo
Ni dejaré a los nautas de rogarles
Me digan dó te encierras y en qué puerto
Que aunque en Atrax o en Ellis te refugies
¡Diré que habrás de ser mía de nuevo!
Lo juro y ha de ser; ¡que ellos se encelen!
Vencí: no puede desoír mis ruegos.

Falsa licet cupidus deponat gaudia livor:
Destitit ire novas Cynthia nostra viae.
Illi carus ego et per me carissima Roma
Dicitur; et sine me dulcia regna negat.
Illa vel angusto mecum requiescere lecto,
Et quocumque modo maluit esse mea,
Quam sibi dotatae regnum vetus Hippodamiae,
Et quas Elis opes ante pararat equis.
Quamvis magna daret, quamvis majora daturus,
Non tamen illa meos fugit avara sinus.
Hanc ego non auro, non Indis flectere conchis,
Sed potui blandi carminis obsequio.
Sunt igitur Musae neque amanti tardus Apollo;
Quis ego fretus amo: Cynthia rara mea est.
Nunc mihi summa licet contingere sidera plantis:
Sive dies seu nox venerit, illa mea est,
Nec mihi rivalis certos subducit amores.
Ista meam norit gloria canitiem!

¡Que no abrigue la envidia dichas falsas!
Desiste de viajar Cintia al empeño
Ella me ama y por mí le es cara Roma
Y sin mí ni en un reino halla contento:
Conmigo descansar en lecho angosto
Y ser mía prefiere en todo evento
Antes que las riquezas que en caballos
Ellis ganara o de Hipodamia el reino
Que aunque mucho le diera y más le ofrezca
No avara Cintia dejará mi seno.
Yo no con oro y perlas la seduzco
Sino con el regalo de mis versos.
Las musas vencen que no es tardo Apolo;
Cintia es mía y a Apolo se lo debo.
Ya el cielo tocar puedo con mis plantas,
Ya siempre habré de ser de Cintia el dueño
Que no hay rival que alcance a seducirla
Y esto será de mi vejez el premio.

NUESTRA LENGUA

Por ALFONSO REYES

I

GENERALIDADES

1. El habla es el don de hablar, característica del hombre, que los animales sólo manifiestan en rudimentos, aunque a ellos les bastan para entenderse entre sí.

2. Por una parte, el hombre ha hecho el habla; por otra, el habla ha hecho al hombre: dos agentes que se modelan el uno al otro. El que deseaba labrar una estatua hizo un cincel: el cincel lo hizo poco a poco escultor.

3. El habla es una especialización oral de las señales que hace nuestro cuerpo para expresar lo que desea. Aunque esta especialización oral venció, por cómoda y económica, a las otras señales, éstas quedan aún junto al habla, sea que la refuercen o simplemente la acompañen, en los ademanes y en los gestos.

4. La escritura vino muchos siglos después para enviar a distancia, con la mayor exactitud posible, las señales del habla —concepto de fijación en el espacio—, y también para guardar las expresiones y el contenido del habla de modo que “no se lo lleve el viento” o no se olvide —concepto de fijación en el tiempo. A la escritura propiamente tal precedieron varios sistemas aproximados, como esos signos que aún se usan en las carreteras, etc. Y para los mensajes a distancia, se usaron y aún se usan varios recursos auxiliares: los tambores y leños huecos o las fogatas del primitivo, las marcas del cuchillo en los árboles, los “telégrafos” de banderines y luces en los barcos, el verdadero telégrafo eléctrico, el teléfono, la radioemisión, etc.

5. El lenguaje es el cuerpo de expresiones orales en que se manifiesta el don del habla. Merced a la facultad del habla, el hombre posee un lenguaje. La lengua —o también el idioma— es el lenguaje que habla deter-

minada comunidad: español, inglés, francés, nahua. Se dice "el lenguaje", en general; se dice "los idiomas", "las lenguas", conjunto de particularidades; o, concretamente, "esta lengua", "aquel idioma".

6. Habla, lenguaje, lengua, idioma son términos que se usan con cierta indiferencia unos por otros. La frontera no está trazada. El objeto de haberlos distinguido aquí ha sido tan sólo el explicar algunas nociones principales, de la más abstracta a la más concreta. Por habla suele entenderse también la selección personal que cada uno hace habitualmente dentro de su lenguaje: "En el habla de Fulano no está el llamar ebrio al borracho".

7. El habla, y por consecuencia el lenguaje, los idiomas o lenguas, no se han ajustado absoluta y totalmente a un sistema mental inflexible. Aunque la inteligencia y la razón los han tutorado en mucha parte, también en mucha parte han crecido espontáneamente como los árboles.

8. La Gramática da las reglas de los usos que se consideran preferibles, pero ni puede abolir los demás usos, ni es siempre indispensable que lo haga (fuera del trato de buena educación o las funciones de la cultura), ni ella misma logra defenderse del empleo inveterado de formas ajenas a toda lógica. Por ejemplo: saltar la comba —que aquí decimos "la cuerda"— "a pie juntillas", frase que se considera correcta, aunque lógicamente debiera ser: "a pies juntillos".

9. En nuestro lenguaje se descubren fácilmente residuos del pensar primitivo, que no corresponden al estado actual del conocimiento o la ciencia, y bien mirado hasta pueden ser antropomorfismos risibles, como el atribuir sexo a los objetos mediante los llamados "géneros", declarándolos convencionalmente masculinos o femeninos: El banco, la silla, el sol, la luna. Para estas últimas palabras la convención es inversa en alemán, donde Sonne es femenino, y Mond masculino. Por aquí se ve lo arbitrario y casual de estas atribuciones.

10. El lenguaje, y por consecuencia los idiomas o lenguas, no ofrecen formas fijas y nacidas de una vez para siempre en el estado que nos es habitual, en el que usamos. Se han modificado con el tiempo y se modifican en el espacio. El español que hoy hablamos no es igual al español del Poema de Mío Cid (siglo XII). Y, dentro de una sola época, la nuestra, el lenguaje del norte de Francia difiere un poco del lenguaje del mediodía. No se habla español exactamente lo mismo en las Provincias Vascongadas que en Aragón o en Andalucía. Hay diferencias entre el lenguaje del norte de México (digamos, Monterrey) y el del sur (digamos, Mérida); entre el del este (digamos, Veracruz); y el del oeste (digamos, Guadalajara). En general, no se habla el español lo mismo en España que en Hispanoamérica o en Salónica.

11. Esta variabilidad del lenguaje no es consecuencia única de la variabilidad del tiempo y del espacio; sino que el lenguaje, corriendo como un río por distintos cauces (distintos ambientes naturales, comarcas donde quedan residuos de distintas lenguas anteriores, o que sufrieron distintas invasiones de otros pueblos de diverso idioma, o simplemente contactos y vecindades con distintos grupos extranjeros), acarrea al paso variados sabores y matices; ya en la construcción de frases, ya en la forma de las palabras, ya en las pronunciaciones, acentos, "tonadas" y maneras de hablar.

12. Un idioma varía con el tiempo, con el espacio, con las circunstancias de su desarrollo. Nunca está completo en parte alguna. Nunca acabado de hacer en ningún momento. Por eso resulta una falsedad ese criterio que atribuye al idioma una entidad final y absoluta. Por ejemplo, se dice y repite: "En aquella época la lengua no estaba aún madura". ¿Madura con respecto a qué modelo ideal? La lengua de cada época está prácticamente madura para tal época. Si resucitara un hombre de la Edad Media, nuestra lengua no le parecería cosa madura, sino una incómoda corrupción.

II

LATÍN Y ROMANCES

1. Así pues, la vida de las lenguas se reduce a la evolución o cambio en el espacio y en el tiempo. Y esto aconteció con la antigua lengua latina, una de las más importantes del importantísimo grupo o conjunto de lenguas emparentadas llamado indoeuropeo. Los cambios se fueron acentuando, y al fin sucedió como si el latín anterior hubiera tenido un puñado de hijas: nuevos estados, nuevas apariencias de la madre. Ayer se consideró que estas transformaciones eran decadencias. Un secreto instinto policíaco de perseguir y delatar culpas presidía a estos juicios. Hoy se entiende y admite que las transformaciones son legítimas, por responder a las nuevas condiciones y necesidades de distintos lugares y tiempos.

2. La lengua latina, conforme se deshacía la unidad del antiguo Imperio Romano, fue dando origen, por toda la antigua Romania o sea en los distintos territorios de su dominio, a las llamadas lenguas románicas o romances: el italiano, el francés, el provenzal, el catalán, el español, el portugués, el indeciso reto-romano (valles alpinos al nordeste de Italia y al sudeste de Suiza), y finalmente el rumano, en la antigua Dacia romana, hoy muy mezclado de vocabulario eslávico y otros elementos.

3. Había en la Antigüedad dos latines. Uno es el latín literario en

que escribieron Horacio y Cicerón; suerte de lengua artificial e instrumento de la cultura. Otro era el latín de la conversación y el uso diario, el latín vulgar, que se siguió hablando en los lugares conquistados por Roma aún después del año 476, caída del Imperio Romano. Aunque en estos lugares había funcionarios y oficiales que escribían la lengua literaria y hablaban el latín vulgar de la gente educada, los dominaba numéricamente la inmensa población de soldados, colonos y campesinos que hablaban todavía más a lo plebeyo el latín vulgar, y que además se dejaban influir por los contactos con los pueblos nativos, de hablas diferentes. Y todos estos factores, obrando de consuno, fueron dando origen a las mezcolanzas de que han nacido los romances. Singularmente cuando las invasiones bárbaras dejaron a cada antigua colonia entregada a sus propias fuerzas.

Así acontece por toda la antigua Romania. En la alta Edad Media, hasta hubo Padres de la Iglesia que recomendaban a los predicadores usar en sus homilias y sermones ese latín ya adulterado y plebeyo, para que mejor los entendiera la gente humilde, las ovejas predilectas del Cristianismo.

4. Van configurándose los romances, que todavía se deshacen por las orillas y dan, como brotes, unasseudolenguas ya de tercera instancia o dialectos. Dejaremos a los pobres dialectos, aunque sean también brotes legítimos, en su mala opinión y su fama equívoca (¡otra vez el prejuicio políciaco que tanto ha enturbiado los estudios lingüísticos!), para sólo hablar ya del español, nuestra lengua.

III

EL ESPAÑOL

1. Nuestra lengua, el castellano que se llamará español cuando domine prácticamente al país, entra desde el norte de España como una cuña o cuchilla, y luego se expande hacia los litorales que, en sus peculiaridades propias, ofrecen ciertas semejanzas. El castellano nunca pudo nivelar esas disidencias. Entre el castellano y las zonas que no llegó a invadir del todo hay, naturalmente, zonas intermedias. Y hoy casi podemos decir que el español defiende sus dominios actuales con un sonido gutural y tajante, que le es bien característico: reina plenamente el español, hoy por hoy, dondequiera que se escucha la j, dondequiera que se esgrime al hablar el machete de la j.

2. Al correr del tiempo y según las vicisitudes históricas, la lengua es-

pañola ha recibido, sobre la masa original del latín vulgar vuelto romance, ciertos elementos de otras lenguas peninsulares prerrománicas: elementos ligures, turdetanos, vascos, fenicios, cartagineses, griegos; y luego, aportaciones de lenguas no peninsulares, como los términos guerreros y otros tomados a las hablas germánicas, las palabras árabes —más bien para la administración y la cultura—, etc.

3. Entre todas estas lenguas peninsulares ajenas al romance, el caso más singular es el caso del vasco, vascuence o vascongado, "sagrado chorro de piedras" que decía un poeta. Esta extraña lengua quedó enquistada en la Península como una supervivencia de remotas edades. Ha dado lugar a muy detenidas investigaciones y también a las fantasías más desorbitadas. Tiempo hubo en que se la declaró la lengua del Paraíso. La ciencia ofrece hoy, sobre su origen, tres hipótesis principales: a) que es lengua camítica, africana, afín del bereber, el copto, el cusita y el sudanés; b) que es lengua fundamentalmente caucásica; c) que es una mezcla de ambas corrientes.

4. Los varios romances, hijos del latín palpitan ya a principios del siglo VIII. Cuando los árabes invadieron a España, ésta conservaba la unidad lingüística, el latín de su tiempo, abuelo del castellano.

Los hispanorromanos que se refugiaron en el norte fueron ensanchando su dominio a partir del siglo XI. A esto se llama la "Reconquista". Para esos días, en España hay ya un mosaico de lenguas: además del castellano, hay el catalán, el gallego-portugués, el leonés y el mozárabe llamado a desaparecer.

5. La lengua castellana o romance vulgar comienza a configurarse de modo titubeante desde el siglo IX hasta el siglo X. Los diplomas y documentos notariales de la época, que pretenden redactarse en latín, se van dejando penetrar cada vez más por el nuevo modo de hablar como por una humedad del subsuelo. En las Glosas Emilianenses y en las Glosas Silenses (monasterios de San Millán y de Silos), ambas del siglo X, estas nuevas formas se usan ya de modo consciente.

6. Entretanto, por influencia de los inmigrantes "francos", aparecen los primeros galicismos, cuya introducción no ha de cesar ya a lo largo de la Edad Media. Naturalmente, esos galicismos han dejado de serlo, han sido ya absorbidos por el castellano y pertenecen a su auténtico patrimonio: homenaje, mensaje, palafrén, deleite, vergel, manjares, viandas, etc. Así ha sucedido ya en nuestros días con los anglicismos "mitin", "líder", "club". Estas absorciones de vocablos extranjeros forman parte del desarrollo normal de los idiomas. Hoy estamos plenamente seguros de que estamos hablando español cuando usamos palabras de diverso origen, como "arroyo" (voz de substrato prerromano), "pájaro" (derivada del latín), o "alcázar" (procedente del árabe) (Ver I, 12, y IV, 5).

7. La épica naciente canta ya a los Condes de Castilla, llora a los Infantes de Lara y a Sancho II, caído en el sitio de Zamora. Pronto ocurre en toda la Romania algo como un desperezo que hoy llamaríamos "nacionalista", manifiesto anhelo de poner en valor, y en la lengua que de veras se habla, las realidades actuales y circundantes. Ello determina el triunfo del romance. El latín queda relegado a la función de lengua auxiliar. Las hijas se emanciparon de la madre, y la confinaron en los menesteres humildes propios de la vejez. Antes de mediar el siglo XII, con el cantar de Mío Cid, la lengua entra ya por el camino real de la literatura. En el siglo XIII, la adopción del romance es definitiva.

8. Pero no nacen a un tiempo todos los géneros: Don Alfonso X el Sabio, gran organizador de la prosa histórica y didáctica, se pasa de buena gana al gallego-portugués cuando quiere ejercitarse en la poesía lírica y cantar a la Virgen María, como si todavía la adusta lengua castellana no se acostumbrara a estos primores y encantos métricos.

Sin embargo, de tiempo atrás las intenciones líricas del castellano venían ensayando salidas aventureras. Había canciones en árabe o en hebreo (las muwachahas) que admitían, hacia el final, y a modo de lujo, palabras y aun frases enteras en romance (las jarchas). Se asegura que esta singularidad comenzó a principios del siglo X, pero la mayoría de estas canciones data de los siglos XI y XII, hay unas tres en el siglo XIII, es decir, en tiempos de Alfonso el Sabio, y aún aparece alguna en pleno siglo XIV, sin duda manifestación artificial de arcaísmo.

9. Echa a andar la lengua española. A la etapa arcaica sucede la prosa de Alfonso el Sabio. El español medieval se acerca al humanismo (siglo XV), y aparece el español llamado por los filólogos "preclásico". De 1525 en adelante, entramos en el Siglo de Oro, y la gran expansión imperial de España se refleja en la nueva musculatura de la lengua. El español ha llegado a ser lengua universal, y se permite las audacias barrocas (gongorismo, conceptismo). Y nos asomamos a América.

10. Como resultado de emigraciones y conquistas, la lengua española —además de hablarse en la Península— se habla hoy en nuestras Américas continentales e insulares, en las Filipinas y en las Canarias, en regiones de África, Turquía y Grecia, y en el sudoeste de los Estados Unidos que antes fue región hispanomexicana.

IV

AMÉRICA Y MÉXICO

1. Acercándonos a lo nuestro, y acéptese o no la hipótesis del “andalucismo americano”, conviene recordar estos hechos: 1) la proporción de andaluces, extremeños y murcianos que pasaron a la conquista de América parece haber sido de un 50 por ciento; 2) Sevilla y Cádiz monopolizaron durante los dos primeros siglos el trato y comercio con América o, como se decía entonces, con las Indias; 3) en el siglo XVI acontece una intensa transformación fonética en la lengua peninsular. El español que se hablaba entonces es más o menos el que llevaron a Oriente los sefarditas expulsados de España. Pero esta lengua se estancó entre los judeo-españoles, y allá conserva hasta nuestros días abundantes formas anticuadas. En América, al contrario, la transformación se acentuó de la manera que todos conocemos.

2. En el grupo hispanoamericano, se dibujan con mayor o menor aproximación cinco zonas lingüísticas: 1) una zona de Estados Unidos, la meseta mexicana y parte de Centroamérica; 2) costa mexicana del Golfo, parte de Centroamérica, las Antillas, Venezuela y una faja del litoral colombiano; 3) el resto de Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia; 4) la zona ríoplatense, con el Paraguay por centro; y 5) Argentina y Chile. Téngase en cuenta que este trazo es todavía muy indeciso. El verdadero mapa lingüístico de nuestras Américas está todavía por hacer.

3. El principio de economía de Fermat es tan válido en física como en fisiología y en psicología. Desde luego, este principio tampoco puede ser ajeno a las evoluciones lingüísticas. Tal principio permite asegurar desde ahora que el español del futuro evolucionará hacia el ahorro de esfuerzo. Acaso acabe por imponerse el modo de hablar hispanoamericano. Este modo de hablar se considera sumariamente como “andalucismo de América”. Pero procede más bien de los vulgarismos y plebeyismos comunes a la soldadesca peninsular reclutada para la Conquista. Desde luego, hay vastas regiones de España que confunden, como América, la *z* o la *c* suave con la *s*, y donde espontáneamente se pronuncia la *y* en vez de *ll* castiza, la cual se aprende artificialmente a pronunciar en las escuelas. Si en efecto la evolución se encaminase por la línea de la economía o comodidad, el término extremo pudiera llegar a ser el “antillano”, que, por huír de tropiezos de las consonantes, se deshace a veces en un verdadero flujo de vocales. (Recuérdese el juego verbal llamado precisamente “fuga de consonantes”). Si así fuere, acontecería algo semejante a lo que aconteció cuando aparecieron las lenguas romances, que poco a poco tomaron el sitio de la lengua madre latina. Las hi-

jas americanas estarían entonces llamadas a recoger la deslumbrante y hermosa herencia peninsular, pues hay un paralelismo entre la latinización de España y la hispanización de América. En estos casos, no es indiferente en manera alguna la situación que ocupan los pueblos en el mundo. La decadencia o el florecimiento políticos determinan decadencias o florecimientos lingüísticos. No sabemos lo que el porvenir nos depara.

Por supuesto, esta evolución, si llega a acontecer, todavía requerirá algunos siglos, y más de los que requirió la transformación del latín en romance, pues los elementos de comunicación son hoy mil veces más activos y eficaces que entonces, así como los recursos de fijación por medio de la cultura lingüística. Además España e Hispanoamérica hablan por suerte la misma lengua, y la evolución posible abarcará a ambas, no habrá una verdadera separación como entre el latín y los romances.

4. En México hay cuatro zonas lingüísticas que se distinguen fácilmente: 1) el Norte de la República, no tan uniforme como parece; 2) la altiplanicie central, dominada por la ciudad de México que le imprime su carácter, como Castilla lo imprime a España; 3) las "tierras calientes" de la costa oriental, sobre todo Veracruz y Tabasco; 4) la península de Yucatán, cuyas características comienzan en el Estado de Chiapas y se alargan hacia Centroamérica.

5. Sin pretender en modo alguno agotar el tema, que requiere estudios especiales, sean a título de ejemplo, unas cuantas peculiaridades mexicanas.

De una manera general, se advierten en nuestra pronunciación las tendencias a suavizar la j, haciéndola más delantera o acercándola un poco a la h inglesa; a prolongar un poco la s, no encorvando la lengua hacia arriba como en España, sino manteniéndola plana, al modo de la s francesa; singularidad de la ciudad de México sobre todo, que ha hecho decir a un dominicano: "esto es un mar de eses, del cual emerge uno que otro sonido"; lo que recuerda un poco la pronunciación guipuzcoana, donde al "cocido" le llaman "loss cossidoss", plural que aumenta la extrañeza. También se advierte la inclinación a convertir la ll y la y en g sonora francesa, por las regiones de Puebla y Orizaba y quizá otras, como se hace en la Argentina. En la meseta central hay afición a eludir un poco las vocales, apretando las consonantes, al revés de lo que pasa en Veracruz o en las Antillas, de modo que aquí se da una "fuga de vocales". Nuestro gran poeta Luis G. Urbina solía saludar a sus amigos con esta frase: "¿Cóm t' va viejcit?" También se tiende a articular con exceso las pronunciaciones difíciles: exactitud en lugar de esatitú que generalmente se permite al pueblo español. A veces este escrúpulo llega a excesos que hacen sonreír un poco a los españoles ante los turistas de nuestro país. (Esta exageración del cultismo puede relacionarse

con cierto alambicamiento en las expresiones: "No pude localizar a Fulano": en vez de encontrarlo o dar con él). En cuanto al vocabulario, naturalmente influyen los estratos de las distintas lenguas indígenas. Y quedan, en el habla culta, formas anticuadas como "fierro" por "hierro", sin contar las que se conservan en el campo y entre la gente humilde, como "truje" por "traje", "priesa" por "prisa" o "mesmo" por "mismo": todo ello, supervivencias del siglo XVI en que por primera vez nos visitó la lengua española.

La influencia predominante de la cultura francesa en cierta época trae una contribución de galicismos, no sólo a México, sino a toda Hispanoamérica ("capitoso", por "embriagador" en ciertos poetas del Modernismo): y hoy se deslizan numerosos anglicismos en México por la vecindad con los Estados Unidos y las mutuas relaciones cada día más estrechas de la económica, la industria, los deportes. Nótese que la misma intervención Francesa dejó residuos entre nosotros ("mariachi" —música para la boda o marriage— y, hasta hace varios lustros, "el versa", como se llamaba en los restaurantes capitalinos de lujo al que servía el café). Y adviértase que aun las cartas o minutas de los restaurantes contribuyen a la introducción de extranjerismos.

En cuanto a las construcciones, la variedad es mucha, pero, en suma, el mexicano no tiene que vencer demasiadas resistencias para conformarse con el ideal general de la lengua. No tenemos voseo, sino que somos región de tuteo. Y ya en Chiapas, por ejemplo, se encuentran algunas formas verbales típicas de la América del Sur, como "sentate", por "siéntate", etc.

Algunos verbos transitivos y algunos neutros se usan impropriamente con el pronombre se (ya haciéndolos dativos éticos, o ya reflexivos, como les llama la Gramática): "se raptó a una mujer", "el ganado se abreva", en vez "raptó" y "abreva", sin el se.

Los falsos cultismos, los alambicamientos de expresión y los barbarismos se perciben ahora más que antes entre la gente muy diversa y de muy distintas clases y niveles que recluta la radio.

Hay ciertas tendencias estilísticas propias, como en todas partes, y una muy peculiar es el empleo cariñoso de los apodos que designan defectos o mutilaciones de la persona: "¿Qué me cuentas, cojito?" "¿Qué pasa, tuertito?"

El uso y abuso del diminutivo es característico: un "ratito", un "ratitito", "tantito", "merito", "lejitos".

Se abusa mucho del qué en las preguntas: "¿Qué mañana estarás en tu casa?", en vez de: "¿Estarás mañana en tu casa?" Se usa con frecuencia el hasta al revés: "Estaré en casa hasta las once", cuando se ha querido decir: "No estaré en casa hasta las once, pues antes andaré en negocios por

la calle". Hay torpeza en algunos empleos del en: "Te veré en la tarde", en vez de "por la tarde", o "a la tarde", etc.

Así como, en España, algunos tienen el abominable vicio de salpicar las frases con vaciedades como "¿me entiende usted?", "¿verdad?" y otras al mismo tenor ("Anoche ¿verdad?, estaba yo cenando, ¿me entiende usted?, cuando se oyó un tiro"), así en México padecemos el abominable vicio de meter por dondequiera en las frases el estribillo "éste", sin duda para cubrir momentáneos oscurecimientos mentales. El resultado es una suerte de insoportable tartamudeo psicológico: "Anoche, este, a la hora de cenar, este, se me ocurrió, este, que hoy podríamos tratar nuestro asunto".

Y una condición ya más social que lingüística está en el deseo predominante de hablar a medio tono y sin levantar mucho la voz. El español peninsular habla generalmente en voz más alta y, comparada con la nuestra, algo imperiosa en apariencia, lo que desconcierta un poco a los mexicanos cuando van por primera vez a España.

Ya se ve que la observación anterior no es una censura, pero aun las censuras que arriba quedan mencionadas no significan que todo sea error en la manera de hablar de los mexicanos, la cual, por lo contrario, ofrece manifiestos encantos y atractivos como lo reconocen propios y extraños: así la conservación de ciertos términos castizos y legítimos que en España van cayendo en desuso ("angosto" por "estrecho", como allá dicen casi siempre); la conservación de ciertos sentidos propios que en España se han pervertido (allá dicen "hábil" para decir "bribón"); la tendencia natural a la rotundidad de las frases y su construcción coherente, en vez de las expresiones o interjecciones vacías y en vez de las frases que empiezan por dondequiera y acaban de cualquier modo, vicios que en otras partes se advierten con alguna frecuencia; la manifiesta pulcritud de algunos usos en labios plebeyos (aquí nadie dice "me se olvidó"); y un no se qué de la antigua cortesía nacional que ha logrado salvarse a despecho de las violentas transformaciones sociales y que trasciende a las fórmulas de la misma conversación, etc. A esto pudiéramos fácilmente añadir otras condiciones recomendables en la lengua de los mexicanos, pero ello nos llevaría muy lejos.

Dejamos fuera de este rápido análisis muchísimas otras peculiaridades secundarias o regionales que han sido objeto de abundantes monografías. Se ha dicho que la conquista lingüística de México no ha terminado aún.

6. Por toda España y desde el Bravo hasta Patagonia —las zonas por excelencia de la lengua española— se da naturalmente, como sucede en otras lenguas, el duelo entre el "academismo" por una parte, o tendencia a seleccionar, sobre la masa común de la lengua, lo que parece más recomendable y propio de la gente educada, y por otra parte, el "popularismo" o deseo

de aceptar cuanto se dice, sin calificarlo ni someterlo a censura. Este duelo se da en mayor o menor grado y aparece cruzado de ciertas corrientes transversales. Así, se creería al pronto que en España predomina el academismo en la lengua común, cuando lo cierto es que, en algunas clases sociales de Hispanoamérica, muchos modos peninsulares parecen plebeyos, y que estas clases hispanoamericanas exageran su esfuerzo por hablar con decencia hasta el alambicamiento (ya lo observamos antes de paso), así como también se resisten más al neologismo que el público y el lector españoles. ¿Acaso, como se ha afirmado, se siente América menos dueña de la lengua que España? Esta afirmación es algo ligera y apresurada, algo sumaria aunque seductora a primera vista.

La Academia Española, a través de su órgano que es el Diccionario, procede con justa cautela ante neologismos, regionalismos y americanismos, y en cambio, como el Diccionario es obra acumulada de varias generaciones, en él se conservan inconscientemente términos ya incomprensibles o muy anticuados. Ante esta actitud, se alza la de muchas autoridades que ya no soportan un Diccionario antológico, sino que desean un Diccionario con las puertas abiertas de par en par a cuanto se dice y se habla. Y lo que se aplica al léxico en los diccionarios, puede aplicarse a las morfologías, la pronunciación, la sintaxis.

Entre uno y otro extremo hay que buscar un cuerdo equilibrio, con miras siempre a respetar la unidad, la base idiomática de la lengua. Así lo reconoce la Academia Española, que ya en su Diccionario Manual da un paso prudente hacia la transacción. La nueva edición de su Diccionario oficial muestra en tal sentido un notable progreso y últimamente ha emprendido trabajos lexicográficos de suma importancia que poco a poco han de publicarse.

Este género de problemas que el físico llama "problemas del equilibrio dinámico o equilibrio en movimiento", más que asunto de teoría y doctrina son asunto de instinto, sentido práctico, tacto y buen gusto.

Aquí sucede lo que con las Constituciones democráticas: que el pueblo soberano siempre tiene derecho a modificarlas o cambiarlas por otras, pero si lo hace todos los días nunca vivirá conforme a una política civilizada.

LA ANTOLOGÍA DE POETAS MEXICANOS

Por FRANCISCO MONTERDE

ANTES de que encomendara a Menéndez y Pelayo la preparación de una antología de poetas hispanoamericanos, la Real Academia Española había solicitado de sus correspondientes de Hispanoamérica el envío de una antología y una reseña histórica de la poesía "cultivada en sus respectivos países, desde la Conquista" hasta fines del siglo XIX.

La Academia Mexicana correspondiente de la Española, al recibir tal invitación, designó a tres de sus miembros, para que hicieran ese trabajo: Casimiro del Collado y José María Roa Bárcena se encargaron de formar la antología, y José María Vigil, de escribir la Reseña que después se propuso ampliar, para incluir la prosa, y quedó trunca finalmente.

El contenido de la antología y la reseña se había dado a conocer en sesiones de la misma Academia Mexicana y, cuando las dos fueron aprobadas, se decidió preparar con ellas un libro, del que se imprimieron, provisionalmente, unos cuantos ejemplares sin paginar —seis u ocho, según parece—, de los cuales desde luego se enviaron dos, carentes de portada, a la Real Academia.



La Academia Mexicana —que pospuso la aparición de su Antología de poetas mexicanos, para no adelantarse a la antología de la Academia Española—, de acuerdo con la invitación de ésta, reunió "composiciones de autores muertos y vivos", distribuidas en dos partes; por "orden de antigüedad", los primeros, y por orden alfabético de apellidos, los segundos.

Supuso nuestra Academia que debía incluir, entre unos y otros, "así mexicanos, como extraños que hubiesen residido y escrito en México". Con esa hospitalaria actitud, dio cabida a dos españoles: Fernán González de Eslava

e Isabel Prieto de Landázuri y al cubano José María Heredia, por hallarse vinculados con México, en el campo de la poesía.

Reunió composiciones de treinta autores del pasado y de cuarenta y seis coetáneos la Antología de poetas mexicanos, en sus 488 páginas, de las cuales ocupó las primeras 56 la Reseña. No se incluyeron en la obra, a pesar de que eran poetas, los tres académicos que la prepararon. Impresa en la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, apareció en México, en 1894, como "segunda edición", no obstante que la primera, provisional, se redujo a esa media docena de ejemplares cuyo paradero se ignora.



Como don Marcelino Menéndez y Pelayo recibió de la Academia Española el encargo de formar la colección de poesías y escribir las introducciones respectivas, "en la última sesión ordinaria celebrada antes de las vacaciones de julio" de 1892 —según explicó en la Postdata, añadida al final del primer tomo en enero de 1893—, se dio a reunir poesías, tras el acopio de datos, y a escribir las dos primeras introducciones, con aquella prodigiosa actividad suya, durante ese verano que fue a pasar, como acostumbraba, en su patria chica.

No había tenido tiempo de examinar los materiales recibidos en la Academia Española, precedentes de algunas academias y de "otras corporaciones y personas a quienes oportunamente se había invitado para ese fin", dice, por haberse trasladado a Santander al día siguiente de que suspendió la Academia sus labores, según costumbre establecida en las vacaciones de verano.

En septiembre de 1892 —semanas antes, por consiguiente, de la conmemoración del cuarto centenario del descubrimiento de América— terminó los capítulos de México y América Central, de acuerdo con el plan de la obra. De regreso en Madrid, para completar su trabajo antes de dar a la imprenta el material del primer tomo, examinó un ejemplar de la Antología de poetas mexicanos, de los dos que a la Academia Española había enviado la nuestra.

Tenía ese ejemplar —probablemente, conjunto de pruebas— descrito por él, 470 páginas, "no foliadas, sino numeradas con lápiz", de las cuales correspondían a la introducción las primeras 52. Esto hace suponer que era de tipo más condensado o no llevaba interlínea la composición inicial, ya que la obra tendría poco más de un pliego: 18 páginas, en la que se considera como "segunda edición" de esa antología, a pesar de no haberse aumentado su contenido.

Después de enumerar a los poetas, distribuidos en dos grupos, el de muertos y el de vivos, observó: "la necesidad de encerrar tantos poetas en el pequeño espacio de 400 páginas, ha obligado a los colectores mexicanos a no incluir generalmente más que una o dos composiciones de cada uno de ellos, a no ser tratándose de sonetos u otras piezas, muy breves".

Observó también que "gran parte de la colección se la llevan, además, con estricta justicia, los poetas vivos, entre los cuales hay algunos excelentes. Como mi plan era diverso —agrega, y eso quizás indica que no aceptó el primitivo de la Academia Española— he podido lograr mayor espacio para los muertos, dándoles a conocer en mayor número de composiciones y géneros".

Dice además: "algunas veces he coincidido en la elección con la Academia Mexicana (y esto es señal casi infalible de acierto); otras no, por preferencias de gusto individual o de doctrina literaria, a que no puede ni debe renunciar el crítico, si ha de ser sincero".

Menéndez y Pelayo declara también que de la Antología de poetas mexicanos tomó, "a última hora", para incluirlas en la suya, "composiciones de dos poetas: don Ramón Isaac Alcaraz, cuya muerte no había llegado a mi noticia, dice, y don Juan Valle, a quien yo conocía por su fama, pero no por sus obras".

Rehusó incluir a los dos españoles y al cubano Heredia, por razones de nacionalidad; justificó, de acuerdo con su punto de vista, la ausencia de otros como Alpuche, Sánchez de Tagle, Fernando Calderón y Manuel Peredo, y se refirió, finalmente, a José Sebastián Segura, influido por José Joaquín Pesado, su pariente y maestro. De aquél opinó, en esa Postdata, que es "algo incoloro, y a nuestro entender dista mucho del mérito de Arango, Martínez y Guzmán, insignes poetas místicos del Parnaso Mexicano", antes de transcribir el soneto de Segura titulado "Confianza en Dios", "que tenemos por uno de los mejores que compuso", dice Menéndez y Pelayo.

Tan pronto como apareció el primer tomo de la antología que en dos había prometido publicar la Academia Española, José María Roa Bárcena —académico a quien, según se dijo ya, la Mexicana había encargado de preparar la contribución de nuestra Academia, con Casimiro del Collado—,

comparó las dos colecciones de poesías, y tras la lectura de la Introducción y la Postdata, escribió acerca de ambas obras un trabajo que dio a conocer en el seno de la Academia Mexicana, la cual lo publicó en el tomo IV de sus *Memorias* (pp. 385-405).

Coincidió Menéndez y Pelayo con la antología de la Academia Mexicana, según Roa Bárcena observa, al elegir el soneto que “engrandece el hecho de Lucrecia” y el romance que principia *Finjamos que soy feliz*, de Sor Juana Inés de la Cruz —las dos composiciones con que en aquélla figuraba, a las cuales agregó otras 31—; la oda *Diez y seis de Septiembre*, de don Andrés Quintana Roo; la dedicada *A Iturbide en su coronación*, por Francisco Ortega; un fragmento, el VII, del poema *Jerusalén* —que la Academia incluyó completo—, otras 20 poesías y el canto cuarto de *La revelación*, de José Joaquín Pesado; las poesías *En la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora*, de Alejandro Arango y Escandón; *Al Sagrado Corazón de Jesús*, de Francisco de P. Guzmán, y *Por los desgraciados*, de Ignacio Ramírez; e incorporó, según queda dicho por él, las composiciones *El Otoño*, de Ramón Isaac Alcaraz, y *La guerra civil*, de Juan Valle. En ese estudio, fechado el 23 de septiembre de 1893, Roa Bárcena resume los antecedentes aquí recordados e informa sobre el criterio que predominó entre los miembros de la comisión, al dividir la antología en dos partes: la de poetas muertos y la de poetas vivos.

Mencionó a aquellos que hubiera querido incluir en uno y otro grupos, con poesías originales y aun con traducciones, y habló de la forma en que se enviaron a Madrid los dos ejemplares sin portada, en febrero y marzo de 1892, con la esperanza de que llegasen oportunamente para que Menéndez y Pelayo pudiera aprovechar la aportación de México y elegir de ella lo que mejor le pareciese.

Después de dedicar unas frases de elogio a ese volumen inicial “en que, ante todo, brillan la magistral exposición y el juicio crítico de tan eminente humanista”, dio Roa Bárcena los nombres de los quince poetas incluidos en la antología: la mitad de aquellos que en la formada por la comisión mexicana figuraron.

Fueron éstos, según es de todos sabido: Sor Juana Inés de la Cruz, fray Manuel Navarrete, Andrés Quintana Roo, Francisco Ortega, Manuel Eduardo de Gorostiza, Ignacio Rodríguez Galván, José Joaquín Pesado, Manuel Carpio, Alejandro Arango y Escandón, Ramón Isaac Alcaraz, Francisco de P. Guzmán, Juan Valle, José Rosas Moreno, Manuel Acuña y Manuel M.

Flores. Dos de ellos, Alcaraz y Valle, fueron incorporados a la antología por don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien los encontró en la colección de poesías con la cual contribuyó nuestra Academia, según él explicó en la Postdata.

Roa Bárcena hizo también una síntesis de lo expresado en ésta, y convino en que la elección de composiciones —más abundantes que las incluídas en la antología de la Academia Mexicana, que abarcó muertos y vivos— fue también más acertada, “lo cual nada tiene de extraño, agregó, atendidas las dotes literarias de la persona que en Madrid se encargó de la selección”, es decir, don Marcelino Menéndez y Pelayo.

•

En la segunda parte de su estudio, que se inicia con palabras de gratitud para la Real Academia Española, Roa Bárcena hizo comedidamente la defensa de la antología mexicana, tanto en lo relativo a la selección de poetas como en cuanto a algunas de las composiciones elegidas: *El alma privada de la gloria*, de Navarrete; varias de las poesías de Pesado, y la *Oda a la patria*, de Flores, a quien consideraba, en este aspecto, superior al erótico, “de ardor y crudeza asaz subidos de punto”, según el mismo Roa Bárcena. La posteridad ha confirmado el acierto de Menéndez y Pelayo, en la elección de poesías.

Con menos entusiasmo defendió Roa Bárcena otras inclusiones de la antología mexicana: la de Fernando Calderón, apoyada en los méritos del dramaturgo —que Menéndez y Pelayo reconoció también, al oponerlo a Rodríguez Galván—; la de Alpuche, por “impresiones y simpatías de los primeros años”; las de Gómez de la Cortina y de Peredo —aquél, nacido en México, donde vivió y escribió, aunque muriera como “súbdito español”, y “ambos más filólogos que poetas”; aunque eso, a su entender, no desluciera su obra lírica.

•

Defendió también a Cuenca del cargo de “gongorista” —es decir, confuso—, ya que ello, decía es “menos dañoso a la poesía lírica que el prosaísmo dominante del siglo decimoctavo”. De Acuña prefería Roa Bárcena otras composiciones, a los tercetos *Ante un cadáver*, que Menéndez y Pelayo incluyó en la antología.

Inconforme con la exclusión de Sánchez de Tagle, “a quien juzgó aquí muy favorablemente Zorrilla”, tampoco estuvo de acuerdo con el juicio que

de Menéndez y Pelayo mereció Carpio, "nuestro poeta bíblico"; pero sí acató Roa Bárcena el fallo que a favor de éste pronunció aquél, al compararle con Peredo.

Tales fueron las únicas medidas objeciones hechas por José María Roa Bárcena, en nombre propio más bien que como miembro de la comisión, al defender la antología de la Academia, que apareció más tarde, sin cambio alguno en la "segunda edición", la cual fue "reproducción exacta de la primera" —en cuanto al contenido—, según se anotó en ésta, al publicarla.

•

Conviene recordar que Roa Bárcena sostuvo, en 1889 y 1890, correspondencia con Menéndez y Pelayo, de quien recibió entusiastas elogios por varias de sus poesías originales y por sus acertadas traducciones de Virgilio, Horacio, Byron y Shakespeare, e indicaciones muy sagaces para mejorar algunos de sus versos, que Roa Bárcena en parte aceptó, al publicar algunas de las cartas de Menéndez y Pelayo —incluidas aquí, al final—, con las obras por él juzgadas, según comprobó el profesor Renato Rosaldo, quien estudia ese aspecto en la *Revista Iberoamericana*, números 34 y 37 (enero de 1952 y octubre de 1953).

Al llegar a este punto, hay que preguntarse en qué obras se basó Menéndez y Pelayo, para preparar la parte relativa a México, de la Antología de poetas hispano-americanos, ya que antes de formarla y de escribir la Introducción, no tuvo en sus manos la edición inicial de la Antología de poetas mexicanos formada por la comisión de nuestra Academia, según declaraba él mismo —y nadie ha puesto en duda su aseveración—, en la Postdata de enero de 1893.

•

Allí dice cómo realizó ese trabajo: "valiéndome exclusivamente de mis propios libros y de los de algún amigo", español sin duda, y probablemente de Santander, donde pasó, como en otros años, el verano de 1892. (En nota sobre las obras de los jesuitas expatriados, y en particular el libro de Manciro, menciona al amigo que se lo franqueó: "el ilustrado y generoso bibliófilo D. Juan Manuel Sánchez").

En cuanto a otras fuentes de que haya dispuesto, algo dice en la "Advertencia general" de la antología. En su excelente conferencia sobre Menéndez y Pelayo y su obra, el doctor Agustín Millares Carlo citó gran parte

de ellas y comentó varias con la atingencia habitual en el maestro, amigo y compañero.



Antes de destacar la América poética del argentino Juan María Gutiérrez, publicada en Valparaíso en 1846 —ya retrasada, por eso, e incompleta en varios países “tan importantes, decía, como México, de que parece haber logrado pocas noticias”—, Menéndez y Pelayo escribió: “son en gran número las colecciones de poesías americanas publicadas hasta ahora, pero su mérito no está en razón directa de su abundancia. De cada región hay una por lo menos, y además varias generales...”

Más adelante indicó: “las antologías buenas o malas que tenemos nos han servido sólo para el estudio de aquellos poetas que no han llegado a coleccionar sus obras, o de aquellos otros cuyas colecciones no hemos podido conseguir en tiempo oportuno. Pero en lo tocante a los que no están en este caso y cuyas obras más o menos completas tenemos a mano, hemos seguido nuestro propio juicio en la elección; habiendo tenido mil ocasiones de observar cuán vario, caprichoso y a veces irracional es el criterio con que suelen proceder los editores de tales florestas”.

Y por último: “los libros americanos escasean notablemente en Europa, y muchos, quizás de los más importantes, faltan no sólo en nuestra biblioteca particular sino en la de la Academia Española, en la Nacional de Madrid y en otros depósitos públicos”. Estas condiciones subsisten, sobra decirlo, en parte por la razón que él mismo apuntaba —la guerra—, en lo que se refiere a México, y quien viaje por Europa puede comprobarlo.



Menéndez y Pelayo tuvo presente *La flor de los recuerdos* de José Zorrilla que desde la página 377 del tomo I incluye —como “Correspondencia al Excmo. señor D. Angel Saavedra, Duque de Rivas”— “México y los mexicanos”, en cuyo capítulo II se refiere a *Literatura y artes*”.

Parte Zorrilla de Navarrete —de quien ofrece varias muestras líricas— y da noticias de él y de Sánchez de Tagle, antes de mencionar a Couto, Ortega, Quintana Roo, Carpio, Olaguíbel, Tornel, Cardoso, Vargas, Hernández y otros escritores. Zorrilla —que, erróneamente, llamó a “Fernández (de) Lizardi” Manuel— mencionó también a los fundadores de la Academia de Letrán: los Lacunzas, Tossiat Ferrer, Prieto: a Rodríguez Galván, Antonio Larrañaga, Ortega, Payno, Juan N. Navarro, Alcaraz, Pesado, Calderón, La-

fragua, Joaquín Navarro, Aguilar, Munguía, Félix M. Escalante, Collado y otros, como Franco, Martínez de Castro, Gabino Ortiz (de Morelia) y José M. Esteva (de Veracruz), para llegar, después de detenerse en los románticos, a los escritores que vivían aún, cuando el mismo Zorrilla estuvo en México.

Varias de las noticias y de las composiciones por aquél incorporadas en ese capítulo y en el siguiente ("Poetas mexicanos"), fueron tomadas en cuenta por Menéndez y Pelayo que, como académico, no podía pasar por alto algunas de las aportaciones y de los juicios de su colega, a quien menciona.

•

Tal acervo aparte, Menéndez y Pelayo disponía de una obra con la cual se mostró inconforme, al desconfiar, más que de la preparación, del gusto de su autor: la *Historia crítica de la poesía en México*, de Francisco Pimentel, que apareció en 1885.

En ella tuvo, sobre todo, que basarse la *Reseña histórica de la poesía mexicana*, de J. M. Vigil, que precede a la Antología de poetas mexicanos, formada por la comisión de nuestra Academia en 1892, a solicitud de la Real Española.

"Sin aludir a la segunda, Menéndez y Pelayo escribió acerca de Pimentel: "hombre muy estudioso y benemérito, pero de tan pobre y mezquino gusto como por sus obras literarias puede verse".

Tal criterio no impidió que Menéndez y Pelayo reconociera, en otra nota, algún mérito a la *Historia crítica de la literatura y las ciencias en México*, de Pimentel, publicada en 1876, cuando escribió: "Consideraciones de índole enteramente personal me vedan exponer aquí un juicio que pudiera parecer apasionado, sobre el valor crítico de la obra del laborioso y erudito señor Pimentel. Baste decir que la parte de noticias está bastante completa, y puede consultarse con fruto".

Menos ecuaníme se mostró desde luego Pimentel, al trazar sus *Breves observaciones a los escritos de D. Marcelino Menéndez Pelayo relativos a autores mexicanos*, en las cuales regateó considerablemente los méritos del crítico hispano.

•

Con esos materiales y el acopio de noticias acumuladas en varios lustros, Menéndez y Pelayo, según su Postdata, pudo formar en Santander,

durante el verano de 1892 —entre julio y agosto—, la parte de la antología correspondiente a México y la América Central, y escribir las respectivas introducciones.

Retocadas en septiembre —tras el retorno a Madrid y el examen de los materiales recibidos por la Academia Española—, aquel otoño fueron a la imprenta, y el primer tomo de la antología, que terminó con la Postdata, en enero de 1893, apareció este mismo año.

Para escribir su Introducción acerca de la poesía en México, Menéndez y Pelayo utilizó, pues, casi exclusivamente, los volúmenes de su propia biblioteca y algunos de los pertenecientes a aquel no identificado amigo que, como don Juan Valera, poseía obras de autores hispanoamericanos.



En cuanto a información bibliográfica y biográfica, además de lo muy limitado español —Rodríguez Marín, para Gutierre de Cetina y Mateo Alemán; Fernández-Guerra y Orbe, para Ruiz de Alarcón; Gallardo, para Terrazas; Castro, Serrano y Sanz, para diversos autores—, tuvo a mano y cita con frecuencia, para nuestro siglo XVI, los estudios, las ediciones y la obra magistral de García Icazbalceta —que el mismo doctor Millares Carlo ha adicionado en forma tan notable—; para ése y los siglos inmediatos, las obras de Eguiara y Eguren, Beristáin, Andrade, León —en parte—, Medina, y para los más próximos, las biografías de Sosa y los estudios de Arróniz, Pesado, Altamirano, Collado, Peza, Agüeros, Roa Bárcena, Vigil, Montes de Oca y, acaso, Pimentel, con las reservas ya indicadas.

Con tan reducida información y escasas fuentes de consulta, no siempre bien dotadas, Menéndez y Pelayo obtuvo resultados muy superiores a los que cualquier otro, que no fuera él, habría podido lograr dentro del término en que las circunstancias lo obligaron a concluir el primer tomo de la antología.

LA Academia Mexicana Correspondiente de la Española se complace en invitar a usted y a su familia para asistir a la sesión en homenaje de su antiguo miembro el poeta

Manuel José Othón

con motivo del centenario de su natalicio.

El acto se verificará el viernes 11 del presente mes, a las 19.30 horas, en su domicilio. Donceles número 66.

México, D. F., julio de 1958.

ALFONSO REYES,
Director.

ALBERTO MARÍA CARREÑO,
Secretario Perpetuo.

P R O G R A M A :

1. *El Idilio Salvaje,*

por el Sr. Pbro. D. Joaquín Antonio Peñalosa, Académico Correspondiente en San Luis Potosí.

2. *Elegía a la memoria del Maestro D. Rafael Angel de la Peña,*

por Manuel José Othón, leída por el Sr. Académico de Número Dr. D. Francisco Monterde.

3. *La Religiosidad de Othón,*

por el Sr. Académico de Número D. Alfonso Junco.

EL IDILIO SALVAJE DE MANUEL JOSÉ OTHÓN

Por JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA

HE DE evocar la aparente contradicción entre el hombre bueno y su poema "Tremendo y maldiciente".

Cuando pasa su silueta, a contraluz de un siglo, nos deslumbra el equilibrio moral de su vida, y nos subyuga su flauta pastoril y su silbo hermoso.

Como la más primitiva columna griega, es la pura ascensión de la línea sin contornos, desde el arranque primario de la cuna limpia hasta el cordial desenlace del tránsito.

Creyó vivir en un mundo extraño a las pasiones, y así pasó por la tierra suscitando la misma bendición que, en sus cánticos, atrajeron al paterno sol y la benigna lluvia.

Cuando esperábamos que de aquella alma de niño, tal como la miró Luis G. Urbina, fluyera sin intermitencias el himno de las cosas sin mancha; y que aquellas pupilas abstraídas en el vértigo y el éxtasis del universo, sólo reflejaran la soberana hermosura, he aquí que inesperadamente nos sobrecoje la pavora del desierto humano, y nos aguardan los trágicos despojos de la conciencia en desvarío.

Creíamos que, en el aire de sus estrofas, sólo cruzarían los cedros armónicos del Cantar de los Cantares, y no las sombrías admoniciones del Eclesiastés. Pensábamos que la dorada luz de Teócrito y Virgilio, jamás podría apagarse en sus evocaciones rústicas; y que quien ensayó, desde las cumbres de la lírica, la sinfonía del cosmos, condujera el rebaño de sus cánticos a la vorágine del caos.

He de evocar el *Idilio Salvaje* de Manuel José Othón.

HISTORIA

En la carta que, con fecha 21 de agosto de 1904, dirigió Manuel José Othón desde Ciudad Lerdo, donde a la sazón vivía, a su gran amigo, el poeta don Juan B. Delgado, deja entrever que, con anterioridad, le había enviado tres sonetos del poema, y que ahora, "pues tengo tiempo de escribir algo", se lo manda "casi todo".

En efecto, Othón transcribe los sonetos 1, 2, 3, 4 y 5 más el soneto del "envío"; faltan únicamente dos, el de la introducción y el sexto.

Al final de la carta, el Poeta suplica a Delgado dos recomendaciones: que muestre el poema a don Balbino Dávalos para que "recoja su opinión", y que lo guarde con individual reserva, pues "no debe salir de usted".

En cuanto a la primera recomendación, es conocida la honradez intelectual de Othón que, por sobre sus gustos y éxitos, solía fiar en el ajeno juicio, especialmente en el de don Joaquín Arcadio Pagaza, su maestro y guía. El cual también consultaba a don Balbino, severo y certero en la apreciación, maduro en la experiencia, coronado de aureolas clásicas.

En cuanto a la segunda, el tema y el origen autobiográfico del canto, y la prudencia de esposo, hicieron que Othón nunca quisiera publicarlo en vida, y aun apenas lo mostró, y con cautela, a los amigos íntimos.

¿Es en efecto, un poema autobiográfico? Las pruebas son numerosas; si cada una, de por sí, es suficiente, con mayor razón su caudal y su resultado:

1) la actitud de Othón que no quiso publicar el poema, muy contra su costumbre; pues apenas brotaban los versos de las manos, solía publicarlos luego, menos en esta excepcional ocasión. Escrito en 1904, hasta 1906 Othón se decide a entregar el poema a la *Revista Moderna*.

2) Las palabras cautelosas de Othón a Juan B. Delgado: "No debe salir de usted".

3) El testimonio veraz de don Alfonso Reyes, quien asegura en su antigua y todavía matinal conferencia sobre los *Poemas Rústicos*: "Un divino pudor de su alma y el deseo de no lastimar a su compañera con versos de aventura —lo oí yo de sus propios labios—, le habían impedido publicarlos antes. Por fin escribió un soneto al frente de los demás, donde aplicó la historia a un amigo, cuyos sentimientos fingió cantar, y los dio a la estampa".

4) El testimonio de varios amigos de Othón que conocieron a la "india brava", Guadalupe Jiménez. Alfonso Toro que la vio en Aguascalientes en

tiempos de la Revolución; y José Luis Velasco y Santiago R. de la Vega que la encontraron cerca de El Paso, Texas, y a quien oyeron referir la aventura.

5) El testimonio de don Artemio del Valle Arizpe: "cuando acabó Manuel de escribir su magnífico poema del desierto, no sólo no lo quería publicar, sino que lo leía a sus amigos más íntimos con gran sigilo y aun en voz baja..." Y añade que le sugirió al poeta que refiriera el sucedido a alguno de sus amigos.

6) Además de estas pruebas externas, surge la robusta prueba interna. El poema mismo, su fuego de amor y de dolor, la entrega y el arrepentimiento, la sinceridad con que Othón registra y expresa las varias cuerdas de la pasión, del sentimiento y de la conciencia comprueban y testifican la entraña autobiográfica del poema. Esta vez la poesía es también una comprobación histórica, y el estilo es el hombre... ¿Cuándo Othón aplicó a otra persona lo que sus ojos y su corazón experimentaron? Es tal el impacto poético del poema, que sólo pudo ser pensado, sentido y escrito por quien vivió, en carne y espíritu, el drama del desierto, pese a la confesión del Poeta:

*"que me apropió, al narrar, algunas veces
el goce extraño y el ajeno lloro".*

II

TEXTO

En la nota firmada por R. L., siglas del poeta Rafael López con que apareció publicado en la *Revista Moderna* de la Ciudad de México, en el número correspondiente al mes de enero de 1907, puede leerse: "Como lo anunciamos en nuestro número anterior, hoy publicamos el poema de este título, que el inolvidable Othón obsequió al director de esta Revista, días antes de morir. Fue corregido en pruebas por él mismo, así es que nuestros lectores pueden saborearlo en toda su integridad, y compararlo con la copia mutilada y contrahecha que un periódico, no obstante la caballerosidad que lo rige, tuvo la audacia de presentar a sus lectores, profanando sin misericordia la obra del insigne Poeta".

Algunos amigos de Othón, ignorando que el propio Poeta había entregado los originales a la *Revista Moderna*, cuando su último viaje a la Capital, dieron una copia a *El Mundo Ilustrado*, que se apresuró a publicar el poema, el 16 de diciembre de 1906; y fue el primer periódico que lo dio a conocer.

Además de aquella nota con que la *Revista Moderna* mostraba su natural molestia y exhibía la mutilación del poema, Alfonso Toro envió una carta, con fecha del 24 de diciembre de 1906, escrita desde Aguascalientes y enviada a don Juan Sánchez Azcona, que dirigía en México el periódico *El Diario*. En ella Alfonso Toro concreta cuatro rectificaciones:

1) que el poema fue escrito para la *Revista Moderna* y que, sin embargo, se atrevió a publicarlo *El Mundo Ilustrado*;

2) que se suprime la dedicatoria que viene tras el título: "A Alfonso Toro";

3) que se mutila "la obra de un artista tan grande" al suprimir el inicial soneto introductorio;

4) que, en el principio del tercer soneto, los redactores escriben "brisa" en lugar de "grisa", "creyendo que era una errata de imprenta y resultando así la composición disparatada".

De todo lo cual podemos deducir que la "lección" definitiva del poema debe ser la que publicó la *Revista Moderna*. Sin embargo, para comprobar una vez más la terca y rigurosa labor de lima, y para paladear el regusto tornasol de los matices, bueno sería puntualizar las variantes de aquella antigua "lección" de 1904, que Othón envió a Delgado.

Entre la lección de 1904 y la de 1906, el poema no ha variado sustancialmente; es el mismo bloque rotundo al que las variantes sólo han puesto nuevas intenciones de fuerza y matices de dramatismo. Convendría subrayar las nuevas palabras que ha empleado: lobreguez, pavor, angustia, oprimidos, confín, muriente...

Habría que puntualizar que, desde que Othón envió el poema a Delgado, el título aparece "En el desierto. Idilio Salvaje"; esto es, la ubicación y el hecho mismo que evoca el canto. Ediciones posteriores, lo redujeron a "Idilio Salvaje", como en las "Obras de Manuel José Othón" de 1928, donde la dedicatoria igualmente se comprime en las iniciales "A A. T.", y como en las "Obras Completas", editadas por el Lic. Jesús Zavala. El cual rectificó el título, ya íntegro, en la bella edición del poema solo.

III

ESTILO

La Estructura

El poema consta de ocho sonetos. En el primero, Othón justifica la dedicatoria de todo el canto: va a narrar los "rancios recuerdos" y las "tristísimas memorias" que atribuye a Alfonso Toro. Además de este subterfugio, Othón recurre a otro: la confesión y la disculpa de su humildad lírica, que sólo excepcionalmente usó el Poeta. Sus versos son "lobregueces", y su viejo román "escorias". No existe otra poesía en la que Othón trate de disculparse ante los lectores, o pretenda fingir inútiles palabras de perdón para hacer resaltar, aún más, la magnificencia de sus versos.

Aunque este soneto introductorio quiere presentar un poema narrativo, una narración poética, el genio descriptista de Othón sólo toma el acontecimiento como un trampolín para el vuelo lírico; se fuga de los hechos pedestres para planear en las altas esferas de la pura poesía.

Vienen después los seis sonetos medulares. El último, intitulado "envío" más que un soneto desvinculado de los anteriores, se entraña vitalmente en ellos como su consecuencia lógica y poética, aunque Othón exteriormente parece desprenderlo para individualizarlo, y aunque en él vuelve a los subterfugios del soneto inicial, atribuyendo la aventura a su amigo.

"Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso!"

El Escenario

A la manera de los grandes poemas clásicos, Othón empieza por describir el escenario del drama. La intención descriptista del paisaje se intensifica con rotundos imperativos duplicados:

"Mira, mira el paisaje"...

No el paisaje de postal e idilio, gajo del bosque, o cuenco de agua, o manojos de flores. Todo, todo aquí es "inmenso": inmensa la serranía, inmensa la llanura, inmenso el desierto, inmenso el cielo. Ya no el paisaje como espectáculo y ni siquiera como símbolo: el paisaje como protagonista, como agonía, pasión y vida.

Con los robustos trazos que acostumbró en *Poemas Rústicos*, Othón pinta uno de los más estupendos murales de la plástica mexicana, anticipo del mejor José Clemente Orozco. Es el desierto; pero un desierto en el que Othón tenía que haber visto los bloques gigantes de la sierra, según fue su obsesión vital y estética por las montañas.

Al fondo del mural, sobre la tela gris del desierto, pasa "el galope triunfal de los berrendos".

Para mí, esta presencia inusitada, esta loca carrera de los venados, este cruce fugitivo y bárbaro, es uno de los mejores aciertos del pintor. Para Othón, la naturaleza nunca fue estática, sino dinámica. Sus bosques se estremecen de rumores, late la vida del cosmos. De un desierto inmóvil y asordado, surge el dinamismo musculoso, el estrépito del galope, los berrendos salvajes que anticipan el desenfreno de las pasiones.

La Hora

También aquí la otra preocupación de los clásicos por expresar la hora de los acontecimientos. No por simple afán de precisión cronológica, sino por el clima poético que establece la hora, y por las consecuencias anímicas que despierta.

Es el bochorno del mediodía, la "asoladora atmósfera candente", el calor de las primeras horas de la tarde que se vuelve tan plástico, tan denso, que las águilas pueden hundirse en él, como clavos vivos, y hundirse lentamente...

Es la hora cálida que incendió las venas. Calor y pasión que integran un solo estado de ánimo.

El escenario y la hora son buscados de propósito, con un destino poético. Alma y paisaje se funden en un todo. El desierto es el alma baldía; los berrendos sin freno cabalgan cual la lujuria; la "sibilante grisa", es la temperatura del corazón en acecho.

En ningún otro poema logró Manuel José Othón una síntesis tal; ni sus paisajes jamás, como éste, se transformaron en carne y en espíritu, en amor y odio, en viva humanidad. Es la transformación del objeto en el sujeto. Y la sublimación de la naturaleza en el hombre. Como en Virgilio, las cosas tienen un rocío de lágrimas...

Ella

Todo está preparado para que entre a escena la mujer "Si vienes..., si no vienes". El Poeta no sabe de dónde surgió la llama, ni por qué en el

desierto apareció el huracán. Como los que creen en el lenguaje de las margaritas —“me quieres, no me quieres”—, ya no el poeta sino el hombre, confuso, atónito, se pregunta por la inesperada presencia: Si vienes del dolor, si vienes del placer. . . El viajero dialoga con la esfinge.

Pero ahí está la mujer, vista con la pupila y el cincel y el asombro de los parnasianos, plástica y a contra luz:

“irgues tu talle escultural y fina”.

No es la mujer en Othón la melancólica evocación de Nervo, o la frívola silueta de Gutiérrez Nájera; es, en un trazo, la india brava.

Cuando la ve, sólo se fija en los dardos negros de los ojos y en la bruna cabellera flotando, es decir, en lo más externo y circunstancial, precisamente por su preocupación plástica que pinta a la mujer con los rasgos más sensibles para nuestra mirada: un dardo y un airón.

Advirtamos que el Poeta no nos ofrece a la mujer ni de cerca ni de lejos; aparece como esfumada en las dos ocasiones en que la retrata: “como un relieve en el confín impreso” y “destacada contra el sol muriente”. La silueta, el contorno, la esfumación, en primer término; al fondo, la sabana y el ocaso.

Cuando aparece ella, la hora avanza, se adelgaza la atmósfera, el huracán se torna un blando céfiro “como una música divina”, y el calor de la tarde se deslíe en “húmeda neblina”. Es la hora del amor.

Tan importante como la aparición, es la desaparición de la mujer.

*...Allá vas, bruna y austera
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera
como una maldición sobre tu espalda.*

Se ha vuelto la esfumación cada vez más intensa; al poeta no le interesan ya los ojos, ni la ve de frente para despedirla. Si repite el tema de la cabellera, es por su intención plástica; pero ya no una cabellera que flota y juguetea con el viento, sino lacia y caída sobre la espalda, como su propio espíritu.

“Si vienes. . . , si no vienes”. Ni el poeta ni el hombre supieron de dónde vino, a dónde fue el huracán y la llama que, en el desierto, hizo otro desierto más.

El epitalamio

Como en las églogas virgilianas, el amor hizo de las rocas "nido y caverna". Como en la Fábula de Góngora, Acis y Galatea celebraron sus nupcias bajo el dosel de las peñas y entre la frágil celosía de las yedras. Como los pastores de Garcilaso, que en esto se inspiró en Petrarca, que en el campo libran los combates del amor:

cama de campo y campo de batalla.

Qué pura y larga tradición renacentista del Soneto IV:

*Y en el regazo donde sombra eterna
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna.*

Y qué delicadeza espiritual para narrar el epitalamio con ritmo acelerado, no con morosa delectación.

El arrepentimiento

Otro poeta, quizá, hubiera clausurado el poema al concluir este verso:

con una gran palpitación de vidas,

ahí donde se consuma el epitalamio. Pero Othón, no, que sabía la contradicción entre la conducta y la moral, y cuya fe religiosa, además de una creencia, se le imponía como una vivencia.

A la pasión sucede el arrepentimiento. Un arrepentimiento tan hondo y tan veraz que le conturba el paisaje circundante y le estremece la conciencia. Le duele el alma, le duele también el paisaje. El campo de amor es "campo de matanza".

El pecado le deja en el corazón una larga cauda de sentimientos: la sensación del vacío, la subversión de los valores, el asco de sí mismo.

*El terremoto humano ha destruido
mi corazón, y todo en él expira.*

La nota más aguda del arrepentimiento se concreta en la memoria, mediante una serie de intensificaciones y variaciones, desde la maldición más violenta y fría—,

Mal hayan el recuerdo y el olvido—,

hasta la más cálida y plástica:

*A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso.*

Dignificación del hombre que reconoce su extravío; originalidad del poeta de la naturaleza que, en esta ocasión, se sumerge en el paisaje sobrecolector del alma.

Othón pudo concluir el Idilio Salvaje en el soneto cuarto, cuando estalla el amor y remata el verso con las triunfales y rotundas formas beetovenianas. Ni siquiera la sinfonía del Himno de los Bosques culmina, como en Beethoven, con redob'ados acordes fastuosos y hieráticos. Como el idilio de la carne cede al desierto del espíritu, Othón concluye con las notas profundas y religiosas de Bach:

*En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas. . .*

“¿De qué nueva hondura interior —se preguntaba don Alfonso Reyes— surgió este poema tremendo y maldiciente?” Yo pienso que de la misma hondura del hombre bueno. El que cantó la armonía del universo supo, con Nervo, que “pecar en la creación es disonancia”; que el hombre, como la poesía, tiene sus hados; y que, por sobre el recuerdo de un momentáneo amor maldito, debe tornar el puro amor reconquistado.

Si no por los trémulos caminos de la inocencia con que el Bardo Potosino ensayó el himno prepotente de la naturaleza, logró, por las ásperas experiencias del arrepentimiento, el poema no indigno de la más rigurosa antología de la lírica en español.

OTHÓN EN MI RECUERDO Y EN SU ENTRAÑA *

Por ALFONSO JUNCO

ES ALEGRÍA para mí participar en este homenaje para nuestro colega de antaño Manuel José Othón, a quien de niño alcancé a conocer, y cuya sombra presidió —sin saberlo— mis primerísimos atisbos de la naturaleza y de la poesía.

Gran amigo de mi padre fue el gran poeta, y siempre que iba a Monterrey se asomaba por casa. Yo lo recuerdo, el pelo a rape, ancha la espalda, poderosa la voz. Concretamente mi memoria lo liga a un acontecimiento de mi infancia. Fue en febrero de 1906, poco antes de cumplir yo los diez años, cuando nació y se bautizó uno de mis hermanos innumerables: Eduardo. Y yo, picado tiempo atrás de la araña métrica si no de la poética, tracé unos versillos que corrían así:

*Eduardo te han de poner
mañana que te bauticen
y aquí se ha de promover
una fiesta, según dicen.*

*Serán tus buenos padrinos
Nicolasita y don Juan,
que son amables y finos
y que te agasajarán.*

*La fiesta ha de concluir
cuando la tarde agonice
y yo los haré reír
con estos versos que hice.*

* Discurso en la sesión de la Academia Mexicana, para conmemorar el centenario del poeta.

Y, en efecto, al decirles aquellos "versos que hice", hice reír a los concurrentes. Y a poco llegó a Monterrey Manuel José Othón, y mi padre —Celedonio Junco de la Vega— le mostró el *chiste* del vástago. Y en acabando de leer las cuartetas, comentó delante de mí el potosino, con su voz de trueno: "Pues estos versos están mejores que aquellos de Juan de Dios Peza que dicen... Y aquí soltó una estrofa que no retuve, pero en la que salía a relucir y sonar "el cerro de las Campanas".

Conviene explicar que Othón, artista reverente que repujaba y bruñía el verso, miraba con poca tolerancia la facilidad abundosa y conformista de Peza. Al cual, por cierto —y aquí la digresiva asociación de memorias— enderecé poco después, ya a los once años, un soneto que mi padre le envió a la metrópoli y que el generoso cantor correspondió de rebote con otro soneto tan efusivo como bien logrado.

Othón había acudido a Monterrey para las fiestas centenarias del natalicio de Juárez: 21 de marzo de aquel 1906. Invitado por el gobernador don Bernardo Reyes, de quien era adicto y admirador, tocábale pronunciar una poesía en la velada conmemorativa. Manuel José no pudo negarse, y comprometido y con desgana forjó un poema —titulado *Via et Vir*— que ahora releo, donde elude como puede, el asunto refugiándose en la Naturaliza, su gran amor.

Yo recuerdo al potosino —que acaso nunca descolló en recitar leyendo deficientemente en el teatro, aferradas las manos al papel contra la luz de las candilejas que se le traspasaba y le entorpecía la lectura; a lo que hay que agregar que el hombre traía a cuestas ya las quiebras de salud que ese año mismo, en noviembre, habían de acabar con su vida.

Estaba, además, en todo aquello sin convicción ni entusiasmo. Mi padre —que trabajó febrilmente como secretario en esos homenajes a don Benito— me dijo varias veces que no tenía Othón la menor simpatía hacia Juárez y que sólo había accedido por deferencia para el general Reyes.

Fue en casa de éste, por cierto, en vísperas de la velada, cuando quejándose Manuel José de que andaba mal de la garganta y no sabía cómo lograría salir del trance *oratorio* que le esperaba, recomendó el general que hiciera unas gárgaras de coñac.

—¿De qué? —tronó el poeta que era un poco tardo de oído y que aquí subrayó intencionalmente la sordera.

—De coñac —repitió el general.

—No, porque me las trago.

Y al punto don Celedonio, listo siempre a disparar sobre el menor pretexto la improvisación, soltó ésta:

*Buen Manuel: para que hables
bien mañana en el teatro,
tómate unas tres o cuatro
gárgaras de las potables.*

Ha quedado prendido también en mi memoria el soneto que cierta vez y a instancias de mi padre, forjaron él y Othón mientras contemplaban un trozo de paisaje regiomontano. Titúlase *Acuarela* y dice así:

*A lo lejos la abrupta serranía
empinando su mole de gigante;
el sol, como corona de diamante,
en áureos chorros derramando el día.*

*De los vientos la ronca sinfonía:
el bosque atrás y el peñascal delante;
luego la catarata resonante
loca destorrenándose y bravía.*

*Y bajo aquella pompa, en la llanura,
un hálito de paz y de frescura:
el tintín de la esquila en la aldehuela.*

*del palpitante arroyo los rumores,
la sonata rural de los pastores
y el balar de la cándida ovejuela.*

Othón se refiere a este soneto en su *Epistolario* (publicado en 1946 por Jesús Zavala). Cuéntale a Juan B. Delgado, en carta del 18 de junio de 1903, que acaba de llegar de Monterrey, y le dice: "Tal vez vea usted en *El Espectador* un soneto que hicimos Veguita y yo, pues se empeñó en que escribiéramos en colaboración una descripción de un pedazo de montaña y llanura que contemplábamos desde una azotea del Hotel de Iturbide, donde yo me hospedé".

Así se sabe la fecha en que se pintó esa *Acuarela*, que además figura como el primero de los *Sonetos* que en volumen con prólogo de don José López Portillo y Rojas publicó mi padre en Monterrey, año de 1904, con la respectiva nota: "Escrito en colaboración con el ilustre autor de *Poemas Rústicos*, Manuel José Othón". Pero como ese volumen es más raro que un

líder decente y casi no se puede encontrar, lógico es que el soneto haya quedado en la sombra y no figure en las Obras Completas del Potosino.

Mi padre —tan rápido para rimar como premioso Othón— me contaba que sólo algunos versos y algún toque eran de Manuel José. Pertenécenle, en efecto, aquel maravilloso verso que pone al sol “en áureos chorros derramando el día”, así como el bravo cuarteto segundo, aparte del epíteto “palpitante” que da vida al arroyo y de la “Sonata rural” que poetiza a los pastores. De Othón es también el título. Y todo lo demás, de Junco de la Vega.

Los *Poemas Rústicos* del potosino, afectuosamente dedicados y devotamente empastados, eran gala de la biblioteca paterna y gozo de mi afición infantil. Sin duda influyeron en la inclinación descriptiva que preponderaba en la veintena de sonetos con que entré *formalmente*, a los once años, en el mundo de las letras. Y una de mis primeras figuraciones solemnes como implume recitador, fue nada menos que con el *Himno de los Bosques*, entero y verdadero. Verdadero: porque siempre tuve pasión por nuestra Sierra Madre, y en su portentosa intimidad —largamente añorada después desde mi lejanía metropolitana— viví muchas veces por mi cuenta y riesgo el Himno de Othón.

Y el recio nombre del poeta se anuda también a mi recuerdo y a mi cariño y a mi Sierra, porque en ella encontró el raptó inspirador de sus *Montañas Epicas*, frente a los cantiles desmesurados e increíbles del Cañón de Santa Catarina, hoy más conocido como la Huasteca:

*Sus arrugas de piedra, sus picachos
donde el hierro incrustóse en rojas vetas
y plantó el jaramago sus penachos,
aparecen cual hachas formidables,
titánicos puñales y saetas,
lanzas ingentes y ciclópeos sables.*

Y ante aquel bélico murallón que parece custodiar la frontera norte de nuestra patria, exclama el poeta:

*¿Por qué muestra tan épica figura
esa enorme cadena de montañas?
Sus formas terroríficas y extrañas
sólo Dios modeló, no la ventura (...)*

*Y allá, sobre las cumbres de granito,
las águilas indianas siempre alertas
bajo el dosel azul del infinito,*

*guardando están de nuestro honor las puertas,
al ultraje cerradas y al delito,
a la esperanza y al amor abiertas.*

Aquí habla el patriota, siempre en robusta comunión con la naturaleza. Porque lo que individualiza y define a Manuel José Othón es esta robusta comunión con la naturaleza; que en él viene a ser al propio tiempo, explícita o subyacente, una robusta comunión con Dios. Reciamente pegado a todo lo auténtico y vital, la religiosidad es como la propia respiración de nuestro poeta, notoria aunque sus asuntos no sean directamente religiosos ni suela él adoptar místicas actitudes. Y es lo que quisiera destacar esta noche.

Nacido en hogar católico y abrevado en fuentes de cultura cristiana, guardó siempre la nativa creencia en medio de los aires positivistas y laicos que con humo científico y penacho de triunfo corrían en su época (1858-1906). Repasando sus poesías juveniles, encontramos que en 1881, o sea a los veintitrés años, levántase abiertamente en un soneto contra el entonces pontífice Augusto Comte, y en unos tercetos enderezados "A los que estudian" exhorta así resueltamente a la juventud:

*Pára un instante tu carrera. Mucha
es tu ansiedad, pero vencerla intento.
Yo vengo a hablarte de tu Dios: escucha.*

Y todo el amplio poema, leído en la distribución de premios del Instituto Potosino —precursor de la actual Universidad— desenvuelve el propósito anunciado y concluye así:

*¡Los profanos atrás! ¡Paso al Progreso
que ante las aras de su Dios se inclina!*

Pero esta forma discursiva y algo declamatoria —muy al modo de entonces y muy lógica en mozo de sus años— es transitoria. Y en la madurez del hombre y del poeta, lo que late y circula por todas las venas de su inspiración —sin ocultamiento y sin alarde— es una religiosidad connatural, sencilla, vigorosa, de hombre sano y hombre bueno.

El *Salmo del fuego*, canto poderoso, nos sitúa en el corazón de la montaña y la tiniebla:

*Noche muy negra. Un paso: la cañada,
defendida por ásperos pretiles.*

*Abajo, la planada;
arriba, envuelto entre la sombra helada,
el enorme talud de los cantiles.*

Angústiase largamente el viajero en la negrura inacabable, hasta que de súbito aparece "el rojo pincelazo de una hoguera". Y de este fuego material que ilumina, conforta alegría y salva, sube el poeta a la celeste lumbre.

*Señor, divino Fuego:
tú eres misericordia, yo soy ruego.*

*De inextinguible luz eterno faro:
yo soy desolación, tú eres amparo.*

*Porque en la sombra del misterio brillas,
la creación te canta de rodillas.*

*Porque a la urente llama
diste poder de confortar al hombre,
mi corazón te ama
y beso hasta las letras de tu nombre.*

*Porque en la soledad prestas abrigo,
y calor, y consuelo, te bendigo;
y porque hiciste el sol de fuego y oro,
¡oh, Señor! yo te adoro.*

*Yo te adoro, Señor. Débil y triste
soy, pero no si tu poder me asiste.*

*Para luchar con épico ardimiento,
hay que fortalecer en tu alabanza
lo mismo el corazón que el pensamiento.*

*¡No se llega a las cimas sin aliento
ni a ti sin esperanza!*

Un hondo sentido social —infrecuente en el individualismo extremoso e irresponsable que predominó con el liberalismo de entonces— alienta en el alma religiosa de Othón. Así se ve en un cuento suyo que recientemente hemos exhumado en la revista *Abside* —"La Nochebuena del labriego"—,

acre protesta contra la injusticia que oprime al trabajador, y así se advierte en el hermoso simbolismo de su poema *In Excelsis*.

*Por sus excelsitudes
eleva la montaña
una oración, como su cumbre, inmensa,
como su cumbre, blanca.*

*Y como está del cielo
la cumbre tan cercana,
llega muy pronto a Dios esa blancura
convertida en plegaria...*

*¿Qué pedirá a los cielos
la divina montaña?
Tener siempre su nieve por corona
y sus cimas muy altas.*

*Y cuando el sol derrita
la nieve inmaculada,
al dolor de las simas, pavoroso,
unir serena su raudal de lágrimas.*

Pero la religiosidad de Othón no se agota en un mero teísmo. Es claramente católica. Y, explícitamente, mariana. Esta emoción que lo impele con ternura viril a Nuestra Señora, manifiéstase en poesías de su primera etapa, y florece en su libro esencial, los *Poemas rústicos*, que él quiso puntualmente coronar con una plegaria a Aquella que es *Rosa mystica*:

*Rosa de incorruptible divina esencia,
consuelo de los tristes y madre mía:
sé vida, luz y amparo de mi existencia,
¡Santa, Santa tres veces, Santa María!*

Y el *Himno de los bosques*, anchuroso poema característico de Othón, que describe la vivencia de un día entero en la majestad de la sierra, desde los primeros apuntes de la alborada hasta la cercanía de la noche, concluye recogiendo todas las notas de la estupenda polifonía para integrarlas y subirlas, unificadas, en la salutación del Angel —y del universo— a la Madre de Dios:

*Es el supremo instante. Los ruidos
y las quejas, los cantos y rumores
escapados del fondo de los nidos,
de las fuentes, los árboles, las flores;
el sonrosado idilio de la aurora
de estrofas cremesinas que el sol dora;
la égloga de la verde pastoría;
la oda de oro que al mediar el día
de púrpura esplendente se colora;
de la tarde la pálida elegía,
y la balada azul, la precursora
de la noche trístisima y sombría...;
todo ese inmenso y continuado arpeggio,
estrofas de una lira soberana
y versos de un divino florilegio,
cual bandada de pájaros canora
acude a guarecerse en la campana
de la rústica iglesia que, lejana,
se ve sobre las lomas descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
el Angelus se eleva, condensando
todas las armonías de la tierra,
el himno de los bosques alza el vuelo
sobre lago, colinas, valle y sierra;
y, al par de la expresión que en su agonía
la tarde eleva a la divina altura,
del universo el corazón murmura
esta inmensa oración: ¡Salve, María!*

Y cuando aquel hombre bueno —hombre al fin y de brava complexión
es arrollado por el vendaval de una pasión tardía, inmortalízala el poeta en
el *Idilio salvaje*, uno de los clamores más intensos de la poesía universal:

*El terremoto humano ha destruído
mi corazón, y todo en él expira.
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!...*

Crudamente evoca su pasión, mas sin deleite moroso. Al contrario, el pecador
grita su culpa y grita su dolor:

*En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas. (...)
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!*

*¡Pasó!... ¿Que resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.*

*Y en mí ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡Qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!*

Esto era por 1905. El año siguiente, nuestra Academia Mejicana organizó un homenaje póstumo a don Rafael Angel de la Peña e invitó a Manuel José Othón para venir a la capital y pronunciar una elegía en la velada. Por cierto que en instar y urgir al poeta intervino, desde Monterrey, mi padre. Y por alta fortuna se logró, pues en esta "Elegía" se acendra y perpetúa una de las supremas culminaciones del artista:

*De mis oscuras soledades vengo
y tornaré a mis tristes soledades
a brega altiva tras camino luengo;*

*que me allego tan sólo a las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo a refrescar saudades.(...)*

*Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo
vengo de la región más apartada;*

*y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.*

Dirigiéndose entonces a sus colegas de Academia, proseguía:

*Surten de allá tan lejos los raudales
de un río, en cuya límpida corriente
inundasteis las testas inmortales.*

*Al labio virginal de aquella fuente,
vuestras palmas, al viento de callada,
susurran blanda y amorosamente;*

*y el susurrar semeja y la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
diálogos de Teresa y de Granada.*

Firmados están estos tercetos admirables el 24 de octubre de 1906; un mes más tarde, el 28 de noviembre, entregaba su espíritu Manuel José Othón, apenas a los cuarenta y ocho años de su edad.

Pero su voz de artista y de creyente sobrevive. Y seguirá palpitando —auto-definición y paradigma— en el terceto inmarcesible:

*y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.*

IDILIO SALVAJE

A ALFONSO TORO

*A fuerza de pensar en tus historias
y sentir con tu propio sentimiento,
han venido a agolparse al pensamiento,
rancios recuerdos de perdidas glorias.*

*Y evocando tristísimas memorias,
porque siempre lo ido es triste, siento
amalgamar el oro de tu cuento
de mi viejo román con las escorias.*

*¿He interpretado tu pasión? Lo ignoro;
que me apropio al narrar, algunas veces
el goce extraño y el ajeno lloro.*

*Sólo sé que, si tú los encareces
con tu ardiente pincel, serán de oro
mis versos, y esplendor sus lobregueces.*

I

*¿Por qué a mi helada soledad viniste
cubierta con el último celaje
de un crepúsculo gris? ... Mira el paisaje,
árido y triste, inmensamente triste.*

*Si vienes del dolor y en él nutriste
tu corazón, bien vengas al salvaje*

*desierto, donde apenas un miraje
de lo que fue mi juventud existe.*

*Mas si acaso no vienes de tan lejos
y en tu alma aún de placer quedan los dejos,
puedes tornar a tu revuelto mundo.*

*Si no, ven a lavar tu eyprio manto
en el mar amarguísimo y profundo
de un triste amor, o de un inmenso llanto.*

II

*Mira el paisaje: inmensidad abajo,
inmensidad, inmensidad arriba:
en el hondo perfil, la sierra altiva
al pie minada por horrendo tajo.*

*Bloques gigantes que arrancó de cuajo
el terremoto, de la roca viva;
y en aquella sabana pensativa
y adusta, ni una senda, ni un atajo.*

*Asoladora atmósfera candente,
do se incrustan las águilas serenas,
como clavos que se hunden lentamente.*

*Silencio, lobreguez, pavor tremendos
que viene sólo a interrumpir apenas
el galope triunfal de los berrendos.*

III

*En la estampa maldita, bajo el peso
de sibilante brisa que asesina,
irgues tu talla escultural y fina,
como un relieve en el confín impreso.*

*El viento entre los médanos opreso,
canta como una música divina,
y finge, bajo la húmeda neblina,
un infinito y solitario beso.*

*Vibran en el crepúsculo tus ojos,
un dardo negro de pasión y enojos
que en mi carne y mi espíritu se clava;*

*y, destacada contra el sol muriente,
como un airón, flotando inmensamente,
tu bruna cabellera de india brava.*

IV

*La llanada amarguísima y salobre,
enjuta cuenta de oceano muerto
y, en la gris lontananza, como puerto,
el peñascal, desamparado y pobre.*

*Unta la tarde en mi semblante yerto
aterradora lobreguez, y sobre
tu piel, tostada por el sol, el cobre
y el sepia de las rocas del desierto.*

*Y en el regazo donde sombra eterna,
del peñascal bajo la enorme arruga,
es para nuestro amor nido y caverna,*

*las lianas de tu cuerpo retorcidas
en el torso viril que te subyuga,
con una gran palpitación de vidas.*

V

*¡Qué enferma y dolorida lontananza!
¡qué inexorable y hosca la llanura!
Flota en todo el paisaje tal pavura,
como si fuera un campo de matanza.*

*Y la sombra que avanza... avanza... avanza,
parece, con su trágica envoltura,
el alma ingente, plena de amargura,
de los que han de morir sin esperanza.*

*Y allí estamos nosotros oprimidos
por la angustia de todas las pasiones,
bajo el peso de todos los olvidos.*

*En un cielo de plomo el sol ya muerto;
y en nuestros desgarrados corazones
el desierto, el desierto... y el desierto.*

VI

*¡Es mi adiós!... Allá vas, bruna y austera,
por las planicies que el bochorno escalda,
al verberar tu ardiente cabellera,
como una maldición, sobre tu espalda.*

*En mis desolaciones, ¿qué me espera?...
(ya apenas veo tu arrastrante falda)
una deshojazón de primavera
y una eterna nostalgia de esmeralda.*

*El terremoto humano ha destruído
mi corazón y todo en él expira.
¡Mal hayan el recuerdo y el olvido!*

*Aún te columbro y ya olvidé tu frente:
sólo, ¡ay! tu espalda miro, cual se mira
lo que huye y se aleja eternamente.*

ENVIO

*En tus aras quemé mi último incienso
y deshojé mis postrimeras rosas.
Do se alzaban los templos de mi dioses,
ya sólo queda el arenal inmenso.*

*Quise entrar en tu alma, y ¡qué descenso!
¡qué andar por entre ruinas y entre fosas!
¡A fuerza de pensar en tales cosas
me duele el pensamiento cuando pienso!*

*¡Pasó... ¿Qué resta ya de tanto y tanto
deliquio? En ti ni la moral dolencia,
ni el dejo impuro, ni el sabor del llanto.*

*Y en mí, ¡qué hondo y tremendo cataclismo!
¡qué sombra y qué pavor en la conciencia,
y qué horrible disgusto de mí mismo!*

ELEGIA

A la memoria del maestro D. Rafael Angel de la Peña.

*De mis obscuras soledades vengo
y tornaré a mis tristes soledades
a brega altiva, tras camino luengo;

que me allego tan sólo a las ciudades
con vacilante planta y errabunda,
del tiempo antiguo a refrescar saudades.*

*Yo soy la voz que canta en la profunda
soledad de los montes ignorada,
que el sol calcina y el turbión inunda.*

*Ignoro de mi rústica morada
qué tiene, que viniendo de mí mismo,
vengo de la región más apartada;*

*y endulzo el amargor de mi ostracismo
en miel de los helénicos panales
y en la sangrienta flor del cristianismo.*

*Surten de allá tan lejos los raudales
de un río, en cuya límpida corriente
inundasteis las testas inmortales.*

*Al labio virginal de aquella fuente,
vuestras palmas, al viento, de callada,
susurran blanda y amorosamente;*

*y el susurrar semeja y la cascada,
al caer sobre el oro de la arena,
dídlogos de Teresa y de Granada.*

*Dídlogos en la noche más serena
del tiempo, interminable y luminosa,
de augusta paz y de misterios llena,*

*en que el genio beatífico reposa
a la luz de los campos siderales,
de azul teñidos, y de nieve, y rosa;*

*trono para cubrir los pedestales
que el cincel de los siglos ha labrado
al alma de los muertos inmortales...*

*De otros, que fueron ya, se encuentra al lado,
ardiendo en fe y en caridad y ciencia
y al bien y a la verdad aparejado,*

*como cuando cruzó por la existencia,
en su envoltura terrenal, que ahora
trasciende aún, cual ánfora de esencia,*

*el varón de cabeza pensadora
y penetrante ingenio soberano
que el paso de los tiempos avalora.*

*Empuñó libro y lábaro su mano;
creyente, sabio, artista. Fue en la vida
esteta heleno y gladiador cristiano.*

*En su alba cabellera florecida
fulguraban los últimos reflejos
con que acompaña el sol su despedida,*

*y vienen de muy lejos, de muy lejos,
las cimas a alumbrar donde perdura
el triste glauco de los bosques viejos.*

*Se destaca su pálida figura
sobre el marco social enrojecido,
como un jirón de agonizante albura,*

*y de ardiente aureola circuido,
en puridad le revelaba el verbo
sus profundos misterios al oído.*

*Siempre dominador y nunca siervo
del lenguaje, probó pacientemente
los dulces goces del trabajo acerbo.*

*Fue el varón fortunado de alta frente,
nunca sentado en la manchada silla
de pecadora y fermentida gente;*

*que crece en altivez cuando se humilla,
incrustando, con ánimo sereno,
la frente en Dios y en tierra la rodilla,*

*y desprecia el relámpago y el trueno
con la inefable dicha de ser sabio
y el orgullo sagrado de ser bueno...*

*Ante él calló la envidia y el agravio,
y en la mundana y dolorosa guerra
no queja alguna murmuró su labio;*

*y al fin en el amor los ojos cierra;
pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte
ni más materno amor que el de la tierra?...*

*Duerme y sueña, señor; tu cuerpo inerte
cuando del sueño augusto en que reposa
a la inmortal resurrección despierte,*

*verá que se irgue, al lado de su fosa,
de héroes, santos y reyes gestadores
la no muerta falange luminosa.*

*Coronistas, poetas y doctores,
departirán contigo en la divina
faba, de que sois únicos señores...*

*¡Oh romance inmortal! Sangre latina
tus venas abrasó con fuego ardiente
que transfundió en la historia y la ilumina,*

*y nunca morirá, mientras aliente
un cerebro que piense en lo que vuela
y un corazón que sufra en lo que siente.
...*

*¡Cuánto envidio a los muertos cuya estela
marca en los mares el camino luengo
que dejara su nave de áurea vela!*

*Y con estas envidias que yo tengo,
abandono el rumor de las ciudades.
De mis desiertas soledades vengo
y torno a mis oscuras soledades.*

México, D. F., 24 de octubre de 1906.

LA ACADEMIA MEXICANA Correspondiente de la Española resolvió conmemorar el centenario del nacimiento de su antiguo Director el Sr. Dr. don Joaquín D. Casasús, acontecido el 22 de diciembre de 1858, y hará este homenaje el día 9 de enero próximo.

La Academia se complace en invitar a usted y a su familia para que se sirvan asistir a esta sesión, que se efectuará en su domicilio: Donceles 66, a las 7.30 p. m.

México, D. F., Diciembre de 1958.

ALFONSO REYES,
Director.

ALBERTO MARÍA CARREÑO,
Secretario Perpetuo.

PROGRAMA:

- 1.—El Dr. D. Joaquín D. Casasús como hombre de letras.
Por el Dr. Alberto María Carreño.
- 2.—Lectura de elegías de Propercio, traducidas por el Dr. D. Joaquín D. Casasús.
Por el Dr. Francisco Monterde.
- 3.—El Dr. D. Joaquín D. Casasús como diplomático.
Por el Lic. Genaro Fernández MacGregor.

Señoras y señores:

Fue el Maestro don Joaquín D. Casasús algo como un príncipe en la sociedad mexicana de su época. En él se daba, además, la conciliación armoniosa de múltiples actividades que distinguió también a los llamados "hombres universales" del Renacimiento.

Jurista, diplomático, hombre de gobierno y de empresas prácticas, economista y financiero, poeta y humanista, quienes tuvimos la suerte de ser sus discípulos nunca olvidaremos la precisión y elegancia de sus lecciones.

La Academia Mexicana de la Lengua, de que fue ilustre Presidente entre los años de 1912 y 1916, se honra hoy consagrando una sesión pública a su memoria, al cumplirse los cien años de su nacimiento.

ALFONSO REYES

EL CENTENARIO DEL DOCTOR JOAQUÍN D. CASASÚS

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO

EL 22 de diciembre hizo un siglo que en Frontera, Tabasco, vino al mundo un ser que por su inteligencia y sus virtudes había de convertirse en uno de los más egregios mexicanos, gloria del Foro, de la Ciencia y de las Letras; alma sensible por extremo al Arte, y espíritu pletórico de Poesía, su nombre: Joaquín Demetrio Casasús.

La pobreza que envolvió sus días juveniles lo impulsó al estudio y al trabajo, y el trabajo y el estudio le abrieron el camino del éxito, las puertas de la gloria.

Apenas la diosa Temis ha colocado sobre los hombros del mancebo el manto que lo distingue como uno de los servidores de la Justicia, cuando él se entrega a darle todas sus energías y por ello bien pronto logra la fama bien merecida de jurisperito y de jurisconsulto.

Pero esta justa fama que pone en sus manos y en su conciencia los graves negocios de muy distinguidas empresas y de múltiples particulares, lo arrastra a interesarse en la vida del Estado y esta vida acaba por constituir uno de sus más imperiosos atractivos, que acapararán muchas de sus mejores energías, a pesar de que su salud es delicada y requiere sus cuidados.

Hay otro campo de acción que lo atrae con fuerza irresistible: la Ciencia Económica, que lo pone al frente de los problemas de las Finanzas y de la Crematística; que lo lleva al magisterio de aquella Ciencia y a crear una de las carreras más brillantes en nuestro medio *; que lo impulsa a formular leyes que sufriendo las transformaciones exigidas por el tiempo, han perdurado eficazmente.

Hay, sin embargo, una tarea, una dulce tarea, que lo subyuga: las Letras y con las Letras la Poesía, que le proporcionan elogios subidísimos, al-

* Contador de Comercio, hoy Contador Público Titulado.

gunos de los cuales recordaré en esta noche en que la Academia Mexicana honra a su antiguo Director.

Era muy joven aún cuando penetró en ese florido campo, atraído por el hermoso poema *Evangelina*, escrito por uno de los más grandes poetas norteamericanos: Henry W. Longfellow.

El autor de *El Canto de Hiawatha* y de *Los Amores de Miles Standish* hizo en su *Evangelina* la historia de la manera cruel en que el Gobierno Inglés desterró a la Acadia o Nueva Escocia a los habitantes franceses, dividiendo a las familias e incendiando la población entera para que éstas no pudieran volver a sus hogares. La heroína del poema, que acababa de contraer matrimonio con Gabriel la mañana del destierro, presencia la muerte de su padre, y sola vaga en busca del esposo a quien finalmente ve morir en un hospital. Inútilmente se habían buscado uno al otro durante largos años.

Casasús realizó una bellísima traducción, que don Ignacio Manuel Altamirano declaró superior a las dos existentes: la de Morla Vicuña y la de Federico Rahola. Idéntica fue la opinión de Menéndez y Pelayo dada a don Francisco Sosa en 23 de junio de 1887:

“La traducción de la *Evangelina* que yo desconocía completamente —dijo el último— es superior a las otras dos que hay en castellano, y merece reproducirse. Si algún editor de los que yo conozco piensa publicar esta obra, le recomendaré esta traducción, porque pienso de ella exactamente lo mismo que usted”.

Altamirano en el Prólogo que escribió para la primera edición * asentó:

“...En su traducción notamos inmediatamente que no se marchitaba la frescura del estilo de Longfellow, que no se evaporaba el aroma silvestre y balsámico que exhala, si vale expresarnos así, que no palidecía su colorido americano. Conservaba el verso endecasílabo del traductor mexicano todas esas dotes, que caracterizan al original, y así como éste, aunque escrito en inglés, nunca se confundirá con el estilo de *Manfred* de Byron, de la *Gertrudis de Wonnyng* de Campbell o de *Lalla Rook* de Moore, así el estilo de la traducción de Casasús no se confundirá tampoco con ninguno de los poemas españoles. Y es que aun interpretando en español a un poeta americano que habla inglés, ha sabido ser a su turno, esencialmente mexicano”.

Y en seguida añadió: “Más tarde, cuando el Sr. Casasús leyó su *Evangelina* en el ‘Liceo Hidalgo’, este juicio que había yo formado acerca de ella, se confirmó plenamente. Encantó a los socios de esa respetable Corporación literaria, no sólo por su belleza, sino por su americanismo, que no puede reproducirse sino por un americano...”

* pp. 38-9.

Casasús tradujo la dramática composición en sonoras sextinas, que ora describen el hermoso paisaje americano, ora tristemente la inútil peregrinación de Evangelina, ora por fin el lúgubre encuentro del esposo amado en los umbrales de la morada de la muerte.

He aquí la descripción del paisaje de la Acadia:

*Los árboles frondosos de los huertos
Por el rocío matinal cubiertos,
Ante la luz del sol aparecían
Cual plátanos de Persia, deslumbrantes,
Y en sus hojas, sus rayos les fingían
Mil coronas de trémulos diamantes. . .*

*Y el sol en las mañanas, tras la cumbre
Del monte apareciendo, con su lumbré,
A través de áurea gasa que flotaba
Cual de una casta desposada el velo,
Espléndido y radioso iluminaba
La tierra, el mar, el horizonte, el cielo.*

*Después volvían a reinar las horas
De la paz y el contento protectoras,
Y los días de junio calurosos,
Con que el verano fecundó la tierra,
Huían de los cielos presurosos,
Tras los picos nevados de la Sierra.*

*A la hora del crepúsculo sombría.
La estrella de la tarde aparecía,
Y con el paso tardo por los valles
Mirábase el ganado caminando
Entre veredas y tortuosas calles
De sus establos el calor buscando.*

Y la muerte de Gabriel en un hospital lleno de enfermos atacados de mortífera epidemia:

*Muchos de los enfermos, de sus lechos
Alzaron la cabeza satisfechos
Para ver un momento a Evangelina,
Que era en el hospital su imagen pura*

*Del sol ardiente rayo que ilumina
De estrecha cárcel la pared oscura.*

...

*De repente detúvose aterrada
Por el asombro y el temor pasmada;
Las flores de sus manos resbalaron,
Y abierto el labio, pálida, sombría,
Los lechos vio que a su alrededor giraban,
Sintió que el suelo de sus pies huía:*

*En su garganta un nudo desgarróse
Y de su labio entonces escapóse
Grito de angustia y de dolor profundo,
Que al resonar sobre el humilde techo
Hizo que el desgraciado moribundo
Entreabriese los ojos en su lecho.*

*Frente de ella tendido en su camilla,
Mirábase un anciano: la mejilla
En la mano apoyada, blancos rizos
Sus sienes palpitantes sombreaban
Y del rostro aumentando los hechizos
Que juvenil belleza recordaban.*

...

*Y así ya aletargado, sin sentido,
Sobre su lecho, pálido, extendido,
Por la agonía y el dolor inerte,
Ibase sepultando entre la sombra
De esa mansión terrible de la muerte
Que siempre el alma con espanto nombra.*

*Entonces en su oído resonaron,
Aunque apenas muy débiles llegaron,
De aquel grito de angustia los clamores,
Y oyó una voz muy dulce que decía:
"¡Oh Gabriel! ¡Oh el amor de mis amores!"
Y luego en el silencio se perdía.*

...

*En vano quiso alzarse de su lecho...
Entonces ella reclinó en su pecho
Su moribunda y lánguida cabeza,
Besó sus labios y esperó tranquila
En la actitud de quien callada reza,
Que la luz se apagase en su pupila.*

*Al fin, entre sus brazos, de repente
Sintió caer la desmayada frente;
Y aquella vida se apagó cual llama
De lámpara que en lóbrego aposento
Un indeciso resplandor derrama
Y presto apaga con su soplo el viento.
...*

*Entonces, recostada sobre el lecho,
Oprimiendo de nuevo contra el pecho
Su cabeza sin vida, doblegóse
Sobre su cuerpo inanimado y frío,
Y esta plegaria resonar oyóse:
"¡Gracias, gracias al fin, gracias, Dios mío!"*

El éxito de aquella primera traducción poética iba a ser un incentivo para intentar otras muchas, pero su estudio de la vida y de la obra de los poetas romanos lo llevó con fuerza irresistible a verter esta última en castellano.

Y comenzó con Horacio, el poeta filósofo y observador de la vida de Roma a grado tal, que le hizo exclamar en la Oda II del Libro V, dedicada a Alfio:

*¡Feliz quien de negocios apartado
Cual de los hombres la primera raza
De toda usura libre, con sus bueyes
Las heredades paternas ara;
Quien soldado el clarín no le despierta
Ni el mar airado espanta
Y el Foro evita y el umbral soberbio
De los grandes señores no traspasa!*
...

que fray Luis de León siglos más tarde imitaría.

Dos comentaristas mexicanos tuvo en un pasado lejano y uno en nuestros días el traductor de *Algunas Odas de Q. Horacio Flaco*, y los tres lo ensalzan con emotivo entusiasmo.

Manuel Sánchez Mármol pone prólogo a la traducción, hace ver cómo Casasús vence todas las dificultades para darnos una versión fiel sin que se pierda la belleza del original y escribe:

"Con el placer, la sorpresa y tras de eso un sentimiento de legítimo orgullo han traído solicitado mi ánimo en el curso de la lectura que de un buen número de las Odas de Horacio acaba de terminar el infatigable trabajador Joaquín D. Casasús".

Y tras de examinar lo que es la Belleza, pone de manifiesto la que encierra la obra realizada por el traductor a quien acaba por llamar "Alma romana en corazón mexicano". Como que para interpretar debidamente al poeta venusino era indispensable sentir a Roma con todas sus grandezas, con todas sus miserias.

Balbino Dávalos fue el otro crítico en aquellos días y su elogio es tan alto, que considera que la traducción del *Canto Secular* hecha por Casasús resulta superior a la realizada por don Marcelino Menéndez y Pelayo.

El traductor aseguraba que una comparación de su labor con la de otros traductores comprobaría que él había puesto todo empeño y diligencia para que fuera fiel; y precisamente Dávalos escribía acerca del acierto con que Casasús había escogido sus diferentes versos para guardar severamente la fidelidad de la traducción, uniéndola de modo artístico a la cadencia castellana.

Gabriel Méndez Plancarte fue en nuestros tiempos otro admirador de Casasús como traductor de Horacio y lo llama "profundo humanista, excelente poeta y apasionado amorador de la belleza clásica. De su pluma incansable —continúa— y de sus manos artistas de gran señor del Renacimiento fueron saliendo aquellas ediciones, "golosina de bibliógrafos", en que frente al texto latino depurado según los últimos progresos de la crítica filológica, Casasús nos ofrece su traducción en verso castellano de algunos de los mayores poetas del Lacio, enriquecida y corroborada con notas y comentarios de su propia cosecha o bien espigados en la miel copiosísima de los intérpretes antiguos y modernos" *.

Enumera luego las diversas traducciones hechas, y comenzando por Horacio, menciona las distintas formas métricas empleadas por el traductor para lograr la fidelidad que Casasús alcanzó en su trabajo, y presenta diversas muestras a fin de que se vea la magistral y bellísima obra realizada.

* *Horacio en México*, pp. 149-50.

Permítaseme exponer otras que ponen igualmente de manifiesto la maestría y el arte del traductor:

*Un pecho noble para el bien formado,
Sabe esperar en la fortuna adversa,
Y temer debe que su suerte cambie
Si dichas goza.*

*Trae y se lleva los inviernos Jove;
Los males de ahora cambiarán mañana;
No siempre flechas nos dispara Apolo,
Que con la lira*

*A veces llama a la callada Musa.
Sé en las desgracias animoso y firme;
Tus velas riza, si las hinchán siempre
Vientos propicios.*

Honda filosofía encierra la Oda X del Libro II dirigida a Licinio Murena en que Casasús aprovecha los versos sáfico-adónicos; en tanto que la célebre Oda XXX del Libro III *A Melpómene* la tradujo en romance octasílabo:

*He acabado un monumento
Más que los bronce perenne,
Y más alto que las grandes
Pirámides de los reyes.
Nada hay que destruirlo pueda,
Ni el Aquilón impotente,
Ni la lluvia que desgasta
Ni de los años la serie
Ni el tiempo que en raudo vuelo
Huyendo va eternamente.*

Escribió en romance endecasílabo puro la increpación A Los Romanos en la Oda VII del Libro IV:

*¿Adónde, adónde os arrojáis impíos?
¿Por qué otra vez la espada en vuestras manos?
Decid ¿no es poca la romana sangre*

*En los mares vertida y en los campos?
 No vais, Romanos, a incendiar, heroicos,
 Las murallas soberbias de Cartago,
 Ni a hacer que baje por la Via Sacra
 El Britón indomable encadenado,
 Buscáis no más la destrucción de Roma
 Por propia mano, cual lo quiere el Parto.*

...

E hizo una dulce sonoridad con heptásílabos y endecasílabos al traducir la Oda XXIII *A Fidele*, del Libro III.

*¡Oh rústica Fidele!
 Si tú con blando ruego
 Cuando la Luna a aparecer empieza
 Las dos manos elevas a los cielos,
 Si ablandas a tus Lares
 Quemándoles incienso
 Y una puerca voraz les sacrificas
 Y les ofreces de tu trigo nuevo,
 No sufrirán tus vides
 Del Africa los vientos.*

La entusiasta acogida que recibió esta traducción movió a Casasús a emprender la de Virgilio, la de Catulo y la de Tibulo. Y la crítica volvió a ser favorable en extremo.

El célebre filólogo colombiano, don Rufino José Cuervo, en carta de 18 de abril de 1902 le decía:

"...La edición es bellísima, al fin digno obsequio para quien fue hecha, y convida a la lectura, la cual emprendí en seguida y la continué con fruición creciente. No sé si ande yo engañado en la manera como trato de formar concepto sobre obras como la de usted: leo sin cuidarme del original (como por fuerza lo hace quien no lo entiende), y si entiendo con perfecta claridad, hallando poesía en el fondo y corrección, elegancia y armonía en la forma, mi voto es favorable, como que, si iba en busca de poesía, la he encontrado. Luego viene la satisfacción del filólogo, que consiste en la comparación, en ver cómo se han vencido las dificultades del texto, cómo se ha imitado el estilo, el ritmo. Así he procedido con el libro de usted, y la prueba me ha salido excelente, pues la traducción me ha satisfecho de la manera más cumplida. La idea misma de acompañarla de un comentario breve

y sustancioso, es felicísima y ayudará a todos para gustar de la poesía horaciana.

"Felcito a usted cordialisimamente por haber añadido este nuevo florón al humanismo mejicano. . ."

Don José María de Pereda en carta de 10 de marzo de 1904 declaraba "no sin rubor" que al recibir las *Bucólicas* de Virgilio deploraba "no ser bastante poseedor de la lengua de aquel poeta inmortal" para apreciar en todo su valor la traducción, pero agregaba:

"...Lo que únicamente puedo afirmar y crea lo hago con sumo placer, es que la traducción castellana que usted ha hecho me parece por todo extremo excelente: concisa, suelta y destrabada de toda violencia de expresión, y muy señaladamente culta y elegante; y creo también que aunque esa traducción no es la única que se conoce de los mismos originales clásicos, ha prestado usted con ella un buen servicio a las letras castellanas, con permiso de los desdeñosos modernistas a quienes alude usted en el interesante prólogo que ha puesto al libro. . ."

Mas si Pereda se dolía de no saber bastante latín para poder juzgar totalmente la traducción, el famoso bibliotecario de la Real Academia Española, el P. Miguel Mir, que fue un gran latinista, juzgaba así la obra de Casasús:

"...sin temor de equivocarme creo poderle asegurar que la traducción de usted es, a mi juicio, la mejor que tenemos en castellano. He notado en esta traducción una espontaneidad que creo no tienen las hasta ahora publicadas. Las notas son un tesoro de erudición que le agradecerán los aficionados al Poeta Mantuano.

"Yo le aseguro que le tengo afición extraordinaria, Virgilio y Horacio han sido mis amores latinos. Siempre los tengo a la mano, y cuando estoy harto de leer en otros libros, tomo estos dos autores predilectos, ábrolos por donde quiera, leo unos versos y me quedo tan satisfecho saboreándome con la divina poesía.

"De hoy más, en lugar de la edición hecha por Baudoy la de usted será mi Virgilio".

Y en esa misma carta, a propósito de la traducción de Horacio, decíale al traductor:

"¿Y no podría usted enviarme un ejemplar de la de Horacio igualmente traducida por usted? Cuando usted lo envió para la Biblioteca de la Academia me puse en seguida a leerlo, y, le confieso a usted ingenuamente que el efecto que produjo en mí la traducción fue gratisimo. En mis mocedades yo me dediqué un tiempo a traducir a Horacio y así puedo conocer por experiencia lo que cuesta hacer una traducción exacta, literal y poética;

por lo mismo me causó placer extraordinario leer la de usted tan concisa, tan elegante y tan poética. Tal vez sea atrevimiento pedirle a usted uno de los 200 ejemplares de su edición de Horacio. Es boccatto de Cardinale. Pero ¿quién sabe? En pedir, como dice el refrán, no hay engaño".

El muy famoso humanista, Obispo de San Luis Potosí, Dr. Ignacio Montes de Oca y Obregón en carta de mayo 20 de 1904 dirigida a D. Rafael Angel de la Peña, Secretario Perpetuo de la Academia Mexicana, le explicaba mientras hacía la visita pastoral por qué no había escrito directamente a Casasús y suplicaba a Peña que le dirigiera "la más calurosa felicitación", pues "léi —dice— la traducción y sus notas, y gocé mucho de todo, no sólo por su mérito intrínseco, sino por ser tan de mi cuerda, y tratarse de un traductor serio y ocupado, lo cual cuadra tanto con mi modo de pensar y con las doctrinas literarias que siempre he profesado".

En verdad a todos admiraba la exquisitez de la obra literaria de Casasús, tan abundante como bella, realizada en medio del trabajo agobiador de su vida profesional y de hombre público. Así lo declaraba el ilustre escritor y Director de la Biblioteca Nacional D. José María Vigil en carta de 9 de enero de 1904:

"Yo que he sido, por decirlo así, testigo de la génesis de ese admirable trabajo —el Virgilio— llevado a cabo con increíble rapidez, pues bastaba una semana para traducir cada égloga, cuya lectura hecha con la misma regularidad en la Academia nos dejaba sorprendidos por el acierto de la ejecución, puedo valorar su altísimo mérito, a la vez que las circunstancias indicadas dan clara idea de las facultades excepcionales que usted posee para salir airoso de las empresas intelectuales más difíciles. Y si a esto hay que agregar lo múltiple y vario de los asuntos, todos de gran importancia y todos resueltos con igual tino, que traen dividida su atención, no se sabe qué admirar más entre el jurisconsulto, el literato y el economista, caracteres que informan la rica y vigorosa personalidad de usted.

"Después de estas indicaciones perfectamente ajustadas a la verdad ¿qué podría añadir para realzarlas? Nada absolutamente; porque cualquier encarecimiento sobre lo que ellas significan perjudicaría la ingenua sencillez de la emoción que provocan fundada en hechos de realidad palmaria. . ."

Pero si el traductor es digno de toda loa, el comentarista es admirable no sólo por su erudición que permite ver el profundo conocimiento que tenía de cuantos se ocuparon en la obra de Virgilio, sino la sagacidad con que sigue sus opiniones o de ellas se aparta y aun las refuta. Por otra parte demuestra sus vastísimos conocimientos de la historia de Roma y de sus hombres más connotados ya en la Política, ya en las Letras.

Y esos comentarios revelan al mismo tiempo la galanura del escritor, que permite que su erudición se ostente en forma que se lee como cosa sencilla y fácil. Si Casasús no hubiera publicado sino las *Bucólicas* de Virgilio, se hubiera ganado un puesto de honor entre los humanistas.

Con razón Max Bonnet, el famoso humanista francés, desde Montpellier le escribía en 10 de abril de 1904:

“No quiero dilatar en daros, ante todo, mis agradecimientos por el bello volumen que me habéis enviado. Me interesa tanto más, cuanto que justamente en este invierno he estudiado algunas églogas de Virgilio con mis alumnos de la Facultad de Letras. Habéis sabido rendir al delicado poeta un homenaje digno de él al rivalizar con él como poeta. Por esto mismo lo haréis gustar mejor y mejor comprender por los numerosos lectores de lengua española a quienes serviréis útilmente todavía al poner a su disposición el comentario, probablemente el mejor que hoy tenemos, enriquecido con sus notas apropiadas”.

Mas no se conformó con esa gloria; sino que, como ya se dijo, tradujo a Catulo y a Tibulo, escribió su vida trasladándonos a Roma cuya agitada existencia podemos ver y seguir como si estuviéramos tomando parte en ella.

Y los críticos encontraron nueva y justificada ocasión para enaltecer la extraordinaria labor del humanista, quien al hacer la biografía de ambos poetas nos dejó una muestra más del admirable prosista que fue Casasús. Veamos como ejemplo unos fragmentos de su juicio final sobre Catulo:

“La poesía lírica de Catulo halló su asunto y fondo en los episodios de su propia vida, en sus amores apasionados y violentos, en sus amistades profundas y sinceras, en sus odios crueles e inextinguibles; pero no sólo expresó con ella sus alegrías y sus dolores, y su manera de pensar y sentir, sino que estos sentimientos y esas pasiones fueron de tal modo humanos, que han sobrevivido a todos los cambios de tiempo y espacio.

“La poesía lírica de Catulo, y ésta es la razón de su mérito, no es la expresión de un sentimiento personal, sino de un sentimiento humano, porque entonces y después, hoy y mañana, todos hallarán en ella la expresión de sus propias pasiones.

“Los que aman habrán de amar siempre como él amó a su Lesbia, y para decir su amor, no hallarán otras palabras de ternura como las que él usara en los arrebatos de su pasión; los que odian, habrán siempre de odiar como él odió a sus rivales afortunados, y para execrarlos y maldecirlos, encontrarán tan sólo la misma agudeza punzante, el mismo insulto procaz; los que lloran la muerte de un ser querido, habrán de lamentarse con el mismo dolor, y habrán de prorrumpir en los mismos gritos de angustia; los que hacen de la amistad un culto, habrán de abrazar y de besar a sus amigos tras

prolongada y penosa ausencia con el mismo entusiasmo juvenil, y los que comparten por igual un amor dulce y tranquilo, habrán de amarse como Acmé y Septimio, mirándose los ojos en los ojos, y uniéndose los labios a los labios, con la misma languidez.

"La poesía de Catulo es la poesía lírica de todos los tiempos y de todos los hombres tan sólo porque es humana, y es hoy tan inteligible y tan conmovedora como fuera para los romanos contemporáneos de César, que vieron expresados en su propia lengua las pasiones que ellos compartían y los pensamientos con que ellos comulgaban. . . *

Volvamos al propósito de tejer una corona con los elogios hechos al humanista.

Es el primero el del famoso escritor nuestro, Victoriano Salado Alvarez, que aparece al frente de la edición del Cayo Valerio Catulo.

"Casasús —dice— posee el prodigioso poder de evocación de la vida, la lucidez de espíritu que permite adivinar al través de los libros el fondo de las almas y eso ha logrado maravillosamente en su estudio sobre Catulo" y el prologuista hace ver cómo "poniendo a contribución la historia literaria, la epigrafía, la paleografía, la gramática, la lingüística, la cronología y todas las ciencias auxiliares, estudiando a todos los autores desde Varron y Macrobio hasta Lachman, Bachrens, Munro y Ellis ha logrado presentarnos a Catulo tal como lo conocieron sus contemporáneos: amable, tierno, dulce y expansivo" **.

Entra luego en el estudio del notable trabajo del biógrafo y comprueba los efectos que anuncia éste había logrado.

Veamos ahora lo que piensan otros hombres de letras extranjeros.

El mexicano D. Antonio Zaragoza con carta fechada en La Habana el 20 de enero de 1905 envió a Casasús los artículos publicados respectivamente en *La Lucha* y en *El Comercio* por D. Aniceto Valdivia (Conde Kostia), "uno de los literatos y críticos cubanos de mayor reputación" y D. José M. Fuentevilla (Manuel Morphy) "escritor español y periodista muy reputado", diciéndole: "Ambos artículos han causado profunda sensación entre los elementos literarios de este país, donde se comentan animadamente con deseos de saborear las traducciones que los han motivado".

"Virgilio en México" intituló su artículo el Conde Kostia, que comienza:

"Don Joaquín D. Casasús —un mexicano a quien los escritores, los artistas y los cultos de América han aprendido a conocer hace algunos años por una notable traducción en versos castellanos de las Odas de Horacio—, acaba

* Cayo Valerio Catulo, pp. 385-86.

** *Op. cit.*, pp. 19-20.

de enriquecer la Poesía de su país y la de todo país de cepa latina con una magnífica traducción en verso castellano de las inmortales Bucólicas del más popular de los escritores del Lacio.

"Por la forma en que está presentado —de eucólogo— y por la pureza supremamente virgiliana de la versión rimada y rítmica, soberbia de estilo y augusta de técnica, se aprecia en él un exquisito, un divino. Y honra ejemplarmente al ilustre presidente del Liceo Altamirano que es también con el aplauso de España y México miembro corresponsal de la Academia Española.

"Para la Academia será un día de gala la recepción, en su circuito, de las Bucólicas de Publio Virgilio Marón traducidas en sólidos y nítidos romances por el más moderno de los virgilianos.

"Las diez églogas del amigo de Augusto van precedidas y seguidas en este volumen-joya de un Prefacio magistral en que el señor Casasús se revela tan elegante prosista como delicado poeta, perspicaz hasta la adivinación en el estudio y análisis de los comentaristas de Marón, benévolo con la censura y sincero en el elogio con comentarios agradables siempre hasta en la restricción. Estos comentarios y estas notas ocupan más de la mitad del volumen, y el desmenuzamiento escoliasta de las "Eglogas" una por una, sin dejar un detalle de interpretación en la sombra, ni una finura de estilo en descuido, iluminando, explicando, completando el sentido de un símbolo, la alusión de una alegoría y la adivinación profética del que fue con Platón el griego, uno de los precursores de Cristo, hace de este libro el más bello de los brevariarios en que se entrelaza la luminosa filosofía a la deslumbradora lírica".

Y continúa de esta manera:

"Todo se ha dicho ya sobre Virgilio. Y todo está condensado definitivamente en el volumen que acaba de publicar el señor Casasús. Volumen que es un libro de profunda exégesis —lado Notas— y de alta poesía —lado Versos—. Y no sabe uno qué admirar más si el paciente estudio cuajado en glosas que completan o la alta inspiración cristalizada en rimas que elevan".

Por su parte, Fuentevilla, refiriéndose al Catulo que ahora venimos recordando, asentó:

"... en lo que atañe a la vida y a las obras de Cayo Valerio Catulo, el tomo de 389 páginas que en riquísima y reducida edición acaba de publicar don Joaquín D. Casasús, es un trabajo hermoso en el que campea el estilo gallardo y castellano del autor, que si escudriña e investiga papeles y libros, archivos y textos en busca de detalles relacionados con la vida del famoso poeta que estudia y comenta, revela una vez más que no en balde la Real Academia Española le nombró miembro Correspondiente, por su

manera de realzar la lengua castellana con su pluma reflexiva y severa, que no traza sobre el papel arabescos modernistas imposibles de descifrar, sino períodos llenos de savia literaria y de construcción correcta, que reflejan la calidad del escritor y el detenido estudio que hizo de los buenos prosistas castellanos.

"Casasús, a pesar de sus grandes ocupaciones profesionales y sintiendo verdadera admiración por la literatura clásica, conságrase a ella con fervor de creyente y pasión de enamorado, y de aquí que, pudiendo disfrutar de una tranquilidad completa por el presente opulento en que vive, lo deje todo por hallarse siquiera un día a la semana entre sus libros, en su biblioteca, rodeado de autores ilustres como él y comentaristas como él de los clásicos inmortales.

"Para los amigos de estos estudios, la obra de Casasús es de un valor inestimable, pues en ella se rebaten opiniones que pasaron por muy respetables, como la de Schwabe acerca de la edad en que murió Catulo, y las de Lachman y Munro.

"Los amores de Catulo y Lesbia, descríbelos Casasús de envidiable modo, con interés creciente, evocando la vida del poeta y la pasión que le sumió en la desgracia y le llevó poco después a la muerte.

"Hay un capítulo en la obra, que trata de los manuscritos de Catulo, en el que el autor glorifica de brillante manera al poeta, y se presenta con un nuevo arsenal de disquisiciones afirmando con razonamientos de convencido 'que Catulo fue el creador de la poesía ligera latina, que perfeccionó la lengua para que fuera más tarde dócil instrumento en las manos de Virgilio y Horacio, y que dio los primeros modelos de la poesía epigramática, popularizando, además, la Oda y el Epitalamio, la Elegía y el Cuento Epico'".

"Este solo capítulo bastaría a dar fama de latinista a su autor, si no la tuviese ya cimentada poderosamente en sus obras, pudiendo incluirse entre las más notables producidas en Méjico la que me ha servido para escribir estas líneas..."

El venerado filólogo don Rufino José Cuervo, por su parte le decía en carta de 24 de marzo de 1905:

"...Uno de los placeres que halla mi manía de exactitud es, en obras de tanto valor como la de usted, verificar todas las citas, cotejar las traducciones con el original, ver en qué coinciden o se apartan los juicios del autor y los míos; y me complazco en decir a usted que, hecho esto en buena parte del Catulo, he tenido infinito que admirar. ¡Qué bien informado está usted! ¡Con qué libertad de criterio estima usted las opiniones ajenas y con cuánta claridad y dominio de la materia expone las suyas propias!

"Mil y mil gracias, no sólo por el recuerdo cariñoso, sino por el provecho que he sacado de lo leído.

"El estudio de los clásicos ha sido para mí siempre como una ilusión de que me alejan prosaicas y fastidiosas disquisiciones; y cuando logro ocasión de escaparme de ellas por unos ratos, lo hago para correr a aquella que-
rencia con el gusto de un escolar que deja sus lecciones para correr a travesear por los campos".

El P. Miguel Mir por su lado le manifestaba en carta de 17 de enero del mismo año 1905:

"Recibí hace días el libro de usted sobre Valerio Catulo y recibido me puse a leerlo y de dos o tres sentadas llegué al cabo de él. Esto le probará a usted lo mucho que me ha gustado. El libro está efectivamente bien escrito. Supone una erudición inmensa y una claridad de ideas y soltura y garbo de estilo en verdad extraordinarias. Lo que yo no me acabo de explicar es cómo un hombre tan atareado como usted puede en tan poco tiempo hacer tanta labor literaria. A usted le debe pasar algo de lo que pasa con nuestro Marcelino Menéndez y Pelayo".

Y cerraremos este rosario de elogios con el del propio escritor santanderino Menéndez y Pelayo fechado en 20 de enero del propio año:

"...no puedo menos de felicitar de nuevo a este excelente humanista, que tantos servicios está prestando a nuestra cultura clásica, tan desamparada hoy de trabajadores serios. Es la del señor Casasús una monografía excelente, que resume el estado actual de las investigaciones relativas al más exquisito y refinado de los líricos latinos, y juzga con imparcial y recto criterio sus peculiares méritos. El estilo correcto y agradable de la obra, el buen gusto que toda ella revela, la familiaridad que el autor muestra en los trabajos más recientes de la crítica europea, hacen muy interesante la lectura de éste, que más que biografía es un rico comentario. Las traducciones intercaladas de algunos trozos de Catulo hacen desear la edición completa que el señor Casasús anuncia tener ya casi terminada, y que de fijo valdrá más que la de Pérez del Camino, única que en castellano corre impresa. Convendría que más adelante pusiese mano en la traducción de Propertio, cuyas elegías están aún casi intactas en nuestra lengua.

"La traducción elegante, fiel y rectamente ilustrada de las *Bucólicas* de Virgilio, que recibí el año pasado: la de muchas odas de Horacio publicada antes por el señor Casasús, me hacen esperar mucho de él en el arduo camino que con tantos bríos ha emprendido.

"Hasta la parte tipográfica de estos bellos libros está en armonía con el sello de distinción y aticismo que los realza.

"Quiera Dios que tan bien encaminados esfuerzos encuentren quien los

secunde entre la juventud literaria, y puedan levantar los estudios clásicos de la postración en que yacen tanto en América como en España”.

Tal cosa decía don Marcelino Menéndez y Pelayo a su amigo don Rafael Angel de la Peña al aparecer el *Cayo Valerio Catulo*.

Salieron después a la luz las *Elegías de Tibulo, de Ligdamo y de Sulpicia y Tibulo, su Vida y sus Obras*, siguiendo los lineamientos de los dos libros anteriores y hay que decir que dadas las dificultades que encontró Casasús para tener un texto apropiado para la traducción, que no fuera el de Escaligero, que había trastornado los manuscritos originales, tuvo que emprender un estudio fatigoso y erizado de dificultades.

Pero para el humanista no había tropiezo que no esquivara, y la aparición de estos dos nuevos libros arrancaron nuevas y fervorosas alabanzas de los críticos.

Cuervo, el inolvidable filólogo colombiano decía a Casasús en carta de 30 de junio de 1905:

“Las *Elegías de Tibulo, Ligdamo y Sulpicia*, volumen inestimable así por su parte material como por el contenido, será como uno de los más valiosos adornos de mi biblioteca. He recorrido con el mayor placer muchas páginas del texto, de la traducción y del comentario, y las leeré todas. Ya que no tengo las fuerzas productivas de usted, verdaderamente asombrosas, para dar cima en los *ocios dominicales* a obras monumentales que honran las letras castellanas, consagro esos mismos ocios a leer buena poesía, que me refresque y aliente para las labores del lunes. Ya tengo visto que los valiosos libros de usted me prestarán con frecuencia este grato servicio, que aquilatará más y más mi estimación, y más que esto, mi admiración, a su autor.

“Estoy pasmado de ver lo bien impuesto que usted se mantiene de los trabajos de erudición clásica y del alto criterio con que usted los juzga y beneficia. Con santa envidia felicito a usted, no menos que a la patria de usted”.

El Secretario Perpetuo de la Academia Mexicana, don Rafael Angel de la Peña, al acusarle recibo del ejemplar a él dedicado, le escribió:

“... Los trabajos literarios emprendidos por usted desde hace algún tiempo, están llamados a restablecer entre nosotros la admiración a la antigüedad, la noción verdadera de la belleza en el arte y el reinado de la escuela clásica, que deriva la perfección acabada de sus obras, del equilibrio de nuestras facultades y de la *sophrosyne* y serenidad del alma.

“La escuela clásica, como usted bien sabe, rinde culto a la forma, reduciendo la múltiple variedad de las imágenes a la unidad del pensamiento que en ellas encarna. Su lema es éste: ‘Ne quid nimis’; condena por lo mismo todo exceso, todo desvarío, todo desorden; sus caracteres son el dominio de la razón sobre la imaginación; la sujeción a cánones inmutables; esto

es, a generalizaciones o uniformidades alcanzadas por rigurosa inducción; la elegante sencillez y diafanidad del estilo y la áurea tersura del lenguaje correcto y castizo, que lo mismo evita el afectado arcaísmo que el desapoderado y a las veces incomprensible neologismo.

“Por esto llama la atención, señor don Joaquín, que le haya conferido la jefatura literaria una pléyade de jóvenes, que si bien son talentosos y están favorecidos por poderosa inspiración, al fin siguen otros derroteros que los que usted les señala con su ejemplo y con sus sabias lecciones; pues lecciones son las que de usted recibimos en los prefacios, comentarios y notas de sus bien escritos libros y en las excelentes versiones con que está usted enriqueciendo la literatura patria.

“Al rendir parias la escuela simbolista, o mejor diré, algunos de sus adictos, a la escuela clásica, tan bien representada por usted, admiro y celebro el triunfo del saber y del talento puestos al servicio de una buena causa”.

Y continúa: “Pero no sólo ha difundido en sus libros enseñanzas preciosas, mostrándonos cómo se dicen cosas bellas en versos buenos; también ha recorrido algunos de los dominios de la Crítica, como lo prueban los estudios de crítica filológica, bibliográfica e histórica que aparecen en las notas y comentarios, notables por la bien dirigida erudición, por la solidez de los raciocinios y la firmeza de los juicios.

“Demostración de todo esto es el *Cayo Valerio Catulo* —su vida y sus obras— libro en que usted entresaca la biografía del poeta, de sus propios escritos, dando rara muestra de erudición, talento crítico y sagacidad.

“Este trabajo pone al mismo tiempo de resalto la benéfica recíproca influencia que ejerce en los estudios de crítica literaria el conocimiento de las obras de un autor y la noticia de su vida; en efecto los hechos y los conceptos de un escritor se ilustran y se replican recíprocamente”. Y concluye:

“Termino, dándole a usted gracias muy expresivas por la instrucción que me ha proporcionado la lectura de sus libros, los cuales le han merecido puesto elevado y conspicuo en la república de las letras. De ello se ufanan los cuerpos literarios a que usted pertenece y también sus amigos y admiradores, entre los cuales tiene la honra de contarse como el más adicto de todos”.

Y Juan Zorrilla de San Martín le decía desde Montevideo en 20 de septiembre de 1905:

“...le agradece su nuevo y precioso obsequio que agregado a las *Bucólicas* será una de las joyas de su biblioteca clásica. La traducción —agrega— de las *Elegías de Tibulo, de Ligdamo y de Sulpicia* tan nítida, tan transparente, tan sincera es una obra de invalorable mérito, que honra tanto a su autor como a las letras americanas.

“Quiera el señor Casasús aceptar el homenaje y los cordiales parabienes de quien se envanece en llamarse su colega”.

Casasús tradujo las ocho primeras Elegías de Propertio, pero la muerte le impidió terminar esta labor y en esta noche de conmemoración oiremos por la primera vez, en parte, esa traducción que inició con tanto cariño y que hoy se conoce merced a la copia que con veneración filial he conservado a través de largos años.

Vertió a nuestra lengua también a François Coppé, a Leconte de Lisle, a Lamartine, a José María de Heredia que en francés produjo bellísimos sonetos; pero a pesar de que artísticamente negó que era poeta original, escribió sobre todo sonetos, ora con la mente puesta en la vida romana, ora con el corazón colocado sobre el altar de Eros.

He aquí su negativa de ser poeta, escrita en el álbum de la señorita Carmen Fortuño y que puso como Prefacio al precioso volumen *Musa Antigua* que demuestra el gran poeta que era Casasús:

*Yo poeta no soy; que los poetas
Pulsan su propia lira;
Y yo tan sólo soy un arpa muda
A quien su dueño en el salón olvida;*

*Y si no hay una mano que la pulse
El arpa nunca vibra;
Y si hay notas que viven en sus cuerdas,
En sus cuerdas están como cautivas.*

*¡Ah, cuántas notas que brotar no pueden
Hay en las cuerdas mías!
Son aves mil, de un bosque habitadoras,
Por la nieve invernal entumecidas.*

*Alguna vez de Príncipes ya muertos
De la Musa Latina
Vienen a mí las almas y ellas solas
Mis cuerdas pulsan y a cantar me obligan;*

*Pero es porque lamento que la Muerte
Acallara sus liras,
Y anhelo que sus cánticos sonoros
En mis cuerdas encuentren otra vida.*

*Y así canta Catulo sus amores,
Su amarga hiel destila,
Y maldice de Lesbia, de esa Lesbia
A quien él amó tanto, la perfidia.*

*Y Horacio canta el vino y los placeres,
Las gracias de Barina,
Y entona con dulcísima ternura
Su diálogo de amor de Horacio y Lidia.*

*Y así Virgilio, ocioso bajo una haya,
Del Mincio a las orillas,
En su zampoña pastoril celebra
Del predio readquirido las delicias.*

*Mas de esos cantos apagados ecos
Son los que en mi arpa vibran,
E imitar nunca pueden la belleza
De aquella incomparable poesía.*

*¿Serás tú, acaso, espíritu errabundo
De la Musa Latina
Y por eso pretendes tú de mi arpa
Las notas arrancar, hasta hoy, cautivas?*

*¡Ah! si es así ¡oh musa inspiradora!
Serás la bienvenida;
Haz el arpa vibrar y en honor tuyo
Desatará torrentes de armonía.*

*Mas ya lo ves; sus cuerdas están mudas;
Y aves entumecidas
Sus notas son; las hielan en sus nidos
Las nieves del invierno de mi vida.*

Tres juicios se expondrán acerca de *Musa Antigua*: los de Cuervo, Vigil y José Peón Contreras, muy altos poetas los dos últimos.

“La civilización cristiana —escribe Cuervo— en medio de la cual vivimos y la superficialidad con que generalmente estudiamos las humanidades en los pueblos castellanos, no nos dejan comprender el espíritu de la poesía

clásica y pagana. Usted ha escogido con sumo tino unos cuantos rasgos que nos la hacen sentir vivamente, tanto más que ha logrado usted, con los primores más delicados de la forma, aunar la vida de la naturaleza y la belleza que ella ostenta a nuestros ojos.

“La obra de usted es nueva prueba de la alta cultura intelectual de la patria de usted, y no dudo que tendrá grande aceptación. Felicito a usted de todo corazón”.

Y Vigil le dice en carta de mayo 12 de 1904:

“He leído y releído con verdadera complacencia la preciosa colección de sonetos que bajo el nombre de *Musa Antigua* ha publicado usted últimamente, obsequiándome con un ejemplar enaltecido con un nuevo testimonio de su fina amistad. Esta obra viene a corroborar mi admiración hacia la extensión y flexibilidad de su inteligencia, que con igual acierto recorre las áridas esferas científicas que los floridos campos de la poesía, remontándose a las risueñas creaciones de la musa clásica, o interpretando las severas inspiraciones de la poesía filosófica. De esto da usted ahora una hermosa prueba, pues saliendo por un momento del tono general del conjunto, nos da usted el bellísimo soneto intitulado *El Sueño*, asunto que se ha tratado mil veces, pero que bajo la pluma de usted adquiere un sentido original y profundo. Muy lejos me llevaría su análisis, mas esto sería traspasar los límites de una modesta esquila destinada a felicitarle y desearle muchos triunfos como el que acaba de alcanzar”.

Por su parte el celebrado dramaturgo yucateco, que tanto lustre dio al teatro en México le escribió en 31 de mayo de 1904:

“...con verdadero y gran deleite he leído su *Musa Antigua* y, en mi manera de sentir, la encuentro siempre nueva, siempre fresca y siempre joven. Es la musa inalterable que inflamó el espíritu de Garcilaso cuando dijo a Flérida aquellas dulces palabras, tan dulces y tan sabrosas. Y si me he deleitado al leer su libro, quiero deleitarme aún, escribiendo a usted estas líneas, porque es grato rendir homenaje, por más humilde que sea, a quien es digno de admiración y alabanza.

“Cada soneto de los suyos es una joya; pero tendré gusto en citarle algunos de los que, a mi juicio, conceptúo más valiosos: *Priapo* mirando aquel cuerpo de alabastro y rosa, desnudo sobre el cespéd. *Atalanta*, la de blonda cabellera entregándose ‘vencida a su vencedor’, *Liberalia* que sabe a jugo de rica uva bebido en copa de oro, a la sombra de un collado. *Faunalia*, primoroso y acabado cuadro pastoril, modelo terso y pulcro de poesía descriptiva. *Apolo*, con la cabellera ‘intonsa desplegada al viento’, que intenta en vano retener sus corceles, pues ‘rienda no hay que su carrera enfrene’. *El sueño*, que brinda ‘nuevas dichas al dichoso’. *La boca de Gloris*, que tiene que evocar en

la memoria del que lo siente, otra Cloris y otra boca que acaso, desgraciadamente, no podrá hallar al alcance de sus labios. *Aurea*, poemita lleno de originalidad y de extraña belleza, joya de oro de muchos quilates, extraído de profunda y rica veta, y dejo adrede, de último para hacer mención de él, su soneto a Horacio, ese soneto donde 'brota y canta, de aguas salubres cristalina fuente'; donde se ve al pastor 'indiferente, trepar ligero con segura planta'. Esta poesía es muy hermosa y, a su lectura, se siente el alma transportada y llena de misteriosa melancolía a ese lugar en donde el divino cantor latino

*Coronada de rosas la cabeza,
Cantó el amor, el vino y la belleza.*

"Reciba usted mis más calurosos plácemes que, valgan lo que valieren, aseguro a usted que emanan de mi corazón.

"Y elogio y admiro en usted además, con positiva satisfacción el que, a pesar de sus múltiples trabajos en la Cámara, en la Banca, en el Bufete, en la Política y otros tantos deberes sociales que le impone su posición, se dé usted tiempo para cultivar el más bello arte en el campo de la literatura y, ¡qué literatura!, la del terreno fértil y abonado, aquel en donde se usa de la herramienta forjada en poderosa fragua y se ahonda el surco a la medida, y se arroja en él la semilla limpia y sana y que llegada la hora de la cosecha se recoge abundosa sin cizaña.

"Ojalá que siga usted cosechando y dé con las muestras de su ingenio y las flores de su inspiración, nuevo giro a la poesía mexicana".

El inspirado poeta, ya se dijo, fue un prosista delicioso y su producción resulta vastísima; pero tiene un volumen eminentemente literario: *En honor de los muertos*.

Allí consignó sus discursos en elogio de diversas personalidades y sus recuerdos de los últimos días de la vida de don Manuel Ignacio Altamirano en cuyo honor fundó y presidió el *Liceo Altamirano* formado por los hombres de letras más renombrados del país, que mes a mes honraban a los literatos de una generación anterior.

Su enorme labor literaria, aún no totalmente desarrollada, hizo que la Real Academia Española lo nombrara miembro suyo correspondiente extranjero, a moción de los ilustres académicos don Juan Valera, don Gaspar Núñez de Arce y don Manuel del Palacio, "dando así testimonio de apreciar justamente los conocimientos de V. S. en lingüística y letras humanas" dice la comunicación del Secretario Perpetuo don Mariano Catalina.

La Academia Mexicana, en 26 de enero de 1902 a pedimento de los señores don José María Vigil, don Alfredo Chavero y don Rafael Angel de

la Peña lo consideró miembro suyo en calidad de correspondiente; en 1904 fue individuo de Número y Tesorero; y en 1912 Director, función que desempeñó hasta su muerte, ocurrida en Nueva York el 25 de febrero de 1916.

Su labor en la Academia fue activa y fructífera, aun desde antes de que asumiera la dirección; fue asiduo asistente a las sesiones, entonces semanarias, y de su personal peculio costó la impresión de dos cuadernos de las *Memorias*, y los tomos V y VI de las mismas.

La exposición que se ha hecho de algunos de los elogios vertidos por respetabilísimos hombres de letras y que se han reproducido ahora, demuestran qué gran escritor fue el antiguo director de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española y cuán justificada la conmemoración que ésta hace hoy del centenario del nacimiento de Casasús, y si se reunieran los testimonios de admiración que se rindieron al jurisperito, al legislador, al economista, cuya obra ocupa numerosos volúmenes, se vería que Joaquín D. Casasús fue uno de los hombres más ilustres que han nacido en la patria mexicana.

La Academia se siente por ello orgullosa al tributarle en esta noche el homenaje de su respeto y de su admiración.

México, enero 9 de 1959.

EL DR. D. JOAQUÍN D. CASASÚS COMO DIPLOMÁTICO

Por GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR

UNA conmemoración del centenario del nacimiento del señor Licenciado don Joaquín D. Casasús no puede omitir sus actividades diplomáticas, porque en ese ramo prestó a la República Mexicana servicios muy señalados.

No estuvo él en la carrera sino de modo ocasional; pero sus múltiples cualidades eran adecuadas para hacerle paradigma de diplomáticos, puesto que tenía cultura humanística, amplio conocimiento de la historia de México, aptitud extraordinaria para el ejercicio de la abogacía, gusto señalado por la sociedad, conocimiento de idiomas, prestancia personal y exquisito trato.

Pertenece, pues, al grupo de mexicanos que defendieron efectivamente los intereses de nuestra patria ante el extranjero, y no a la multitud de los que fueron allí, ora porque los gobiernos querían alejarlos del territorio como peligrosos, ya porque la amistad los nombraba para que fueran a dar un paseo, o, en fin, para que pudieran cultivarse en la ciencia y en el arte, con lo que por lo menos daban nombre a México.

Nuestras relaciones exteriores durante casi todo el siglo diecinueve fueron borrascosas. A raíz de nuestra independencia teníamos que defendernos de los renovados intentos de absorción que todavía hacían contra nosotros las potencias europeas; teníamos que estar también en vela contra el ímpetu imperialista de nuestros vecinos del norte, que al fin se quedaron con buena parte de nuestro suelo; las frecuentes revoluciones agotaban el erario nacional y entonces había que recurrir a préstamos usurarios, que se nos cobraban por medio de la fuerza, y hasta los particulares extranjeros nos armaban artimañas reclamando, a través de sus gobiernos, supuestos daños y agravios.

México comenzó a reconquistar su buena fama hasta el último decenio del siglo pasado, bajo la prudente administración del Gral. don Porfirio Díaz. El orden interior se estableció; nuestras finanzas fueron bien planea-

das, de tal modo que nuestro crédito en el extranjero se hizo bueno. En el primer decenio de este siglo, México podía figurar con orgullo entre los países civilizados, y las grandes potencias se conducían con él con amistad y respeto.

Fue en esta época en la que el Lic. don Joaquín Casasús entró en la diplomacia. La primera huella que hay de su servicio en el exterior, creo que es poco conocida: en 11 de julio de 1879 fue nombrado Cónsul en Laredo, con la misión especial de vigilar la frontera, plagada entonces de cuatrerros y contrabandistas, y amenazada por los movimientos de tropas americanas. El Lic. Casasús aceptó el cargo, pero unos cuantos días después lo renunció, sin haber tomado posesión de él, alegando enfermedad.

En 1892, consigna el Escalafón del Cuerpo Diplomático, fue nombrado conjuntamente con don Antonio de Mier y Celis, y con el Gral. don Francisco Z. Mena, para representar a México en la Conferencia Internacional Monetaria de Bruselas, cuyo objeto era lograr que las naciones hicieran mayor uso de la plata. Según consta en el expediente respectivo, no se dieron a los delegados mexicanos instrucciones especiales, y ellos se limitaron a informar al Gobierno de lo que se trató en dicha asamblea.

Nueve años después asumía el Lic. Casasús un cargo mucho más importante, el de delegado a la Segunda Conferencia Internacional Americana, en la que actuó como Secretario. Esa conferencia se verificó en México a invitación del gobierno del Gral. Díaz, y en ella se discutieron asuntos muy importantes para toda la América. Como se sabe, los Estados Unidos habían sido los iniciadores de la serie de conferencias americanas, movidos por una política meramente interesada: deseaban la formación de una unión aduanera, un verdadero "zollverein", que hubiera puesto a las repúblicas latinoamericanas a su merced. Los Estados Unidos estaban en vía de industrializarse, y su plan era hacerlo a expensas de la América Latina; porque sus mercancías hubieran entrado en ésta libres de derechos, con detrimento de su propia industria. En dicha Segunda Conferencia, y probablemente hasta la Sexta todavía predominaba en la política internacional de nuestros vecinos un intento imperialista.

Sin embargo, hubo una diferencia entre la Primera Conferencia Americana y la Segunda: en ésta se suscribieron tratados, y no simples recomendaciones y resoluciones como se había hecho en la de Washington. El panamericanismo intentaba salir de la nebulosidad en que había vivido, para entrar por un camino de francas realidades. Se firmaron tratados sobre reclamaciones por daños y perjuicios pecuniarios, sobre los derechos de los extranjeros, sobre la codificación del Derecho Internacional, sobre adhesión a las convenciones de la Conferencia de la Paz de La Haya, sobre extra-

dición y protección contra la anarquía y sobre algunas otras materias puramente comerciales.

En la primera materia citada (reclamaciones), México, por conducto de sus delegados y destacadamente por el Lic. Casasús, fijó por tratado el principio de que los Estados no son responsables de los daños sufridos por los extranjeros por causa de actos de facciosos o individuos particulares, ni, en general, de los daños originados por casos fortuitos de cualquiera especie, considerándose tales los actos de guerra, ya civil o nacional, sino en el caso de que la autoridad constituída hubiere sido remisa en el cumplimiento de sus deberes.

Merecerían un comentario las intervenciones que durante las sesiones tuvo el señor Lic. Casasús, pero ello tomaría un tiempo de que no disponemos. Baste decir que su actuación fue brillante y que desempeñó la Secretaría en esa Conferencia con habilidad y acierto.

Después de que actuó en ese cargo internacional, su prestigio como abogado y como economista estaba tan sólidamente establecido en nuestro país, que el gobierno lo designó como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de México en los Estados Unidos de América, con fecha 16 de junio de 1905, para sustituir al Lic. don Manuel de Azpíroz que acababa de fallecer, y que había dejado en el vecino país una fama muy merecida. Era pues difícil encontrar un sustituto al difunto Embajador, porque sus cualidades personales y el conocimiento del medio de Washington le habían dado enormes ventajas. Sin embargo, el señor Lic. Casasús no desmereció en el concepto del pueblo de los Estados Unidos, y antes aumentó el prestigio de México.

Su recepción diplomática se efectuó el día 15 de noviembre de 1905, y el Presidente de los Estados Unidos, al recibirlo, hizo una discreta alusión a que el nuevo Embajador era conocido por la amistosa simpatía que abrigaba por el país vecino. En efecto, el señor Lic. Casasús tenía numerosas relaciones en dicho país, conocía perfectamente su historia, su idioma y su literatura y había traducido en forma galana el poema *Evangelina* de Longfellow, uno de sus poetas máximos.

Muchos negocios importantes para las dos naciones trató durante el tiempo de su representación, pero solamente me referiré a dos, uno de los cuales interesaba directamente a nuestra patria, y el otro a todas las repúblicas latinoamericanas. El primero a que me refiero es el arreglo para la distribución de aguas del Río Bravo, por medio de un tratado que se firmó el 21 de mayo de 1906 y que entró en vigor en México el 26 de enero de 1907, después de llenarse los trámites constitucionales. Este tratado venía a solucionar provisionalmente el agudo problema que habían creado los

usuarios de las aguas del Río Bravo del Norte. Como la población ribereña de dicho río en el lado americano era mucho mayor que la ribereña del lado mexicano, la primera había comenzado a usar el agua del río sin ningún límite, dejando a los agricultores mexicanos sin casi nada del precioso líquido. México, como es natural, reclamó al gobierno de los Estados Unidos para que cesara esta situación, y se hicieron varios proyectos para lograrlo. El que cristalizó en tiempo de la embajada del Lic. Casasús aseguró a México, sin costo alguno, un total de sesenta mil acres pies anualmente. Por desgracia en el Artículo 5º de aquel documento se estipuló que los Estados Unidos al celebrar el tratado no otorgaban a México ni explícita ni implícitamente, ningún fundamento legal para reclamaciones que en lo futuro alegasen los propietarios de tierras al sur del Bravo, ya que la entrega de agua no se consideraba como un reconocimiento por los Estados Unidos de un derecho por parte de México a dichas aguas. Lo anterior significaba que la entrega tenía el carácter de graciosa.

¿Qué fue lo que indujo a nuestro Gobierno a consentir en tal injusticia? Recordemos solamente que era entonces presidente de los Estados Unidos el Coronel Theodore Roosevelt; el famoso "rough-rider" del "bigstick", que se había jactado públicamente de su acto de rapiña en Panamá. Era una época de imperialismo a ultranza, y fue quizá un triunfo arrancar a Estados Unidos una parte de nuestro dominio fluvial en el Bravo.

De todas maneras esta falla del tratado dio lugar después a muchas dificultades entre ambos países, hasta que convencidos de que el asunto no podía resolverse sino en estricto derecho y previo un estudio muy detenido de las cuencas de los ríos internacionales, se celebró un nuevo tratado el 3 de febrero de 1944.

El segundo asunto importante que trató en Washington el Lic. Casasús fue el de la preparación de la Tercera Conferencia Panamericana, que se celebró en Río Janeiro en 1906.

Poco tiempo duró la Embajada del señor Lic. Casasús. En mayo de 1906, pidió licencia para gozar de sus vacaciones reglamentarias en Europa, lo cual le fue concedido. Pero el 12 de agosto del mismo año renunció a su cargo desde Châtel-Guyon, Francia, alegando "su poca salud y la posibilidad de recobrarla abandonando por algún tiempo todo trabajo". Se le admitió la renuncia, y poco después se reintegró a México, para reanudar su ejercicio profesional.

Pero otro asunto importantísimo para nuestra patria hizo que don Joaquín volviera a desempeñar funciones, si no netamente diplomáticas, sí relacionadas con el Derecho Internacional, y con el trato entre México y los Estados Unidos. Me refiero a la cuestión de El Chamizal, cuyos múltiples

aspectos pueden llenar un grueso volumen, que en parte ya se ha escrito por el Dr. don Alberto María Carreño, testigo y coadyuvante en el memorable arbitraje, que dejó, "de facto", la situación tal como se encontraba antes de 1910.

El Chamizal es un trozo del territorio mexicano, con una área aproximada de 600 acres, que el Bravo, al variar su cauce, unió a la ciudad americana de El Paso, Texas. Ni las respectivas Secretarías de Relaciones, ni el órgano creado especialmente para vigilar la línea fronteriza y para decidir sobre lo que en ella acaeciera (he nombrado a la Comisión Internacional de Límites), pudieron ponerse de acuerdo en muchos años, y, finalmente, las dos naciones recurrieron al arbitraje, instituyendo un tribunal formado por tres miembros, los dos comisionados, mexicano y americano en la Comisión de Límites, y un árbitro que fue elegido por los dos gobiernos, el Hon. E. Lafleur, ciudadano canadiense. El señor Lic. Joaquín D. Casasús fue nombrado Agente, para defender el derecho de México.

Someramente indicaré los puntos esenciales del caso arbitrado:

México y los Estados Unidos se disputaban desde 1895 la propiedad de El Chamizal, fundándose, respectivamente, en las siguientes razones: México decía que desde el Tratado de Límites de 1848 el río Bravo del Norte era la línea divisoria entre su territorio y el de los Estados Unidos, y que según los términos de ese tratado la línea era una línea fija, o lo que es lo mismo, que seguía el cauce medio del río Bravo en aquel año de 1848, y que cualquier cambio que el río pudiese tener en adelante no había de variarla. Alegaba, a mayor abundamiento, que en el tratado de 1853, por el que se cedió a los Estados Unidos otra parte de territorio, se reiteró que la línea divisoria era tal como quedaba establecida en el tratado de 1848.

Partiendo de esta premisa de que la línea divisoria con los Estados Unidos era fija, México establecía de la siguiente manera su derecho al dominio de El Chamizal: ese terreno estaba en el lado mexicano del río antes de 1864, como puede comprobarse por infinidad de declaraciones y por los planos mexicanos y americanos de esa época; la acción corrosiva del río hizo que su cauce cambiara y que se moviera hacia el sur, segregando aquel pedazo de tierra mexicana y dejándolo del lado de los Estados Unidos. Tales hechos no daban lugar a que los Estados Unidos se creyeran propietarios del trozo segregado, según los más claros principios de derecho privado y de Derecho Internacional.

Los Estados Unidos, por el contrario, sostuvieron la tesis de que el terreno era suyo, porque ni el tratado de 1848 ni el de 1853, establecieron una línea divisoria fija, sino una línea divisoria movable, o arcifinia, como se dice técnicamente. Basándose en este hecho, conforme a los principios de derecho que rigen lo relativo a las líneas divisorias fluviales y lo que

se llama *accesión*, o sea el derecho de adquirir los aluviones causados por un río, El Chamizal pertenece ahora a los Estados Unidos, puesto que aunque al principio estuvo este territorio del lado mexicano, la corrosión lenta fue cavando nuevo lecho al río Bravo del Norte y segregando hacia el lado americano el dicho terreno del Chamizal.

Posteriormente, en 1884, el gobierno del general Díaz quiso poner término a las reclamaciones y a las indecisiones que originaba la interpretación de los primeros tratados de límites, y celebró una Convención cuyo preámbulo dice, a la letra, "que se firmaba con el fin de evitar las dificultades que pudiesen ocurrir por los cambios del canal a que dichos ríos están sujetos por causa de las fuerzas naturales", y, en su artículo primero, dice: "la línea divisoria será siempre la fijada en dicho tratado (1848) y seguirá el centro del canal normal de los citados ríos, a pesar de las alteraciones en el curso de esos ríos, con tal que dichas alteraciones se efectúen por causas naturales como la corrosión lenta y gradual, y no por el abandono del canal existente del río y la apertura de uno nuevo".

Todavía en fecha más cercana a nosotros, en 1891, se celebró otra convención con los Estados Unidos, por la cual se constituyó la Comisión Internacional de Límites, con el exclusivo objeto de que conociera y decidiera todas las diferencias o cuestiones que se suscitaren en la frontera entre los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América, donde sirven de línea divisoria los ríos Bravo del Norte y Colorado, y en la cual convención se fijaban las bases en que el nuevo órgano había de fundar sus decisiones. Debía examinar los cambios que sufriera el cauce del río, para decidir si los cambios se han verificado por *avulsión* o por *corrosión*, para que si el cambio fuere rápido, subsista la línea marcada por el cauce antiguo, y, por el contrario, para que si el cambio fuere lento, el terreno que se haya segregado quede adquirido definitivamente por la nación a cuyo lado haya ido a dar.

Creo que estas dos convenciones a que me he referido fueron el talón de Aquiles de la pretensión mexicana. Para reforzarla, el señor Casasús recurrió a este otro argumento: suponiendo que la Convención de 1884, apartándose del sistema de límites adoptado en los tratados anteriores, fije una línea divisoria *movible*, sus términos no son aplicables al caso de El Chamizal, porque los cambios de que se trata sucedieron en 1864, veinte años antes de la Convención de 1884. Las leyes y tratados no tienen efecto retroactivo.

Ante el Tribunal formado como se ha dicho, se desarrollaron todos los trámites y las razones que hemos bosquejado arriba, dándose al fin el laudo que voy a compendiar.

El Tribunal juzgó que México no había probado que su línea divisoria con los Estados Unidos era una línea fija, apoyado en las consideraciones que hice arriba respecto a los tratados de 48 y 53 y en las convenciones de 84 y 91. Además, la Cancillería Mexicana mostró continuas vacilaciones respecto a las interpretaciones de esos tratados.

Por lo tocante a la cuestión de no retroactividad, el Tribunal encontró también en la Cancillería Mexicana una opinión contraria a las pretensiones que ahora tenía, pues había varios casos exactamente iguales al Chamizal, es decir, originados antes de 1884, en los que aceptó la jurisdicción de la Comisión de Límites. También juzgó el Tribunal que la Convención de 1884 era no solamente para que se cumpliera en lo sucesivo, sino que de ella misma se desprendía que tenía un efecto hacia atrás, puesto que declara expresamente que de conformidad con los tratados de 48 y 53, la línea divisoria había seguido la mitad del río y que, en tal virtud, en lo de adelante, esa regla es la que debe ser aplicada. Esto daba, pues, a la línea divisoria, desde el primer tratado de límites, el carácter de movable.

Según lo que acabamos de decir, la cuestión estaba completamente perdida para México; pero quedaba otro punto técnico que podría variar enteramente el aspecto del caso. ¿Los cambios que experimentara el cauce del Bravo haciendo pasar el terreno del Chamizal del lado mexicano al americano, se habían verificado rápida o lentamente? El Agente americano defendía que se habían verificado lentamente todos los cambios a lo largo de la línea del río Bravo del Norte, y, por el contrario, el Agente mexicano defendía que todos los cambios se habían verificado rápidamente.

Ni una ni otra de las dos opiniones prevaleció. El Tribunal resolvió que algunos de los movimientos con respecto al Chamizal se habían verificado lentamente, y que, en consecuencia, los terrenos que por esa causa pasaron al lado americano pertenecían a los Estados Unidos; pero que otros de los cambios se habían verificado violentamente, sobre todo después de 1864, y que, por lo tanto, esos terrenos, aunque hubieren pasado del lado americano, seguían perteneciendo a México.

Esta opinión fue resultante de un alegato especial que hizo el Lic. Casasús, como lo apunta el Dr. Carreño en su obra *México y los Estados Unidos de América*, sobre lo que son predios arcifinios, así como sobre el aluvión y la avulsión.

El laudo fue acogido con disgusto y críticas por los Estados Unidos, y pasado el término para darle cumplimiento, no se allanaron a ello.

En nuestra patria prevalecen dos pareceres sobre el modo de solucionar el caso: algunos opinan que se deben dejar las cosas como están, para que atestigüen perpetuamente que los Estados Unidos que se disputan en teoría campeonos del arbitraje no se someten a los laudos cuando así les conviene.

Otros piensan que es más cuerdo evitar todo motivo de fricción con el vecino poderoso, y pactar una especie de transacción. Cualquiera que sea la decisión que se tome, tendrá que estar basada en lo que el Lic. Casasús obtuvo.

Pongo fin a mi desmañada tarea. Apenas he delineado los trabajos y merecimientos de este ilustre varón en nuestra vida internacional. Mucho queda por decir, y mucho por desenterrar de los archivos públicos mexicanos.

Recordémoslo con simpatía y con agradecimiento, pues fue uno de los muchos que hicieron sacrificios por esta tierra que nos vio nacer.

México, 9 de enero de 1959.

"LAS PERRAS" DE JUSTINO SARMIENTO

Por FRANCISCO MONTERDE

LA NOVELA corta, *Las Perras* disfruta de justificada popularidad, indudablemente; sobre todo, entre los conterráneos del autor, según he podido comprobarlo al charlar acerca de dicha obra, con intelectuales veracruzanos, en esta capital y en placenteros recorridos por la hospitalaria tierra jarocho.

Recuerdo que por primera vez me habló del libro, a raíz de su publicación, allá por los años de 30, un colega del novelista: el profesor y excelente amigo, ya destacado en la crítica y el cultivo del relato novelesco, Atenógenes Pérez y Soto, quien —privado ahora de la vista— sólo a través de su abnegada compañera podrá conocer esta evocación afectuosa.

Otros compañeros en tareas de crítica literaria, me hablaron después, ponderativamente, del profesor Justino Sarmiento y de su novela, que adquirí, por eso, el primer día que tuve ante los ojos el libro, con la portada —diseño de J. Sadurní Pernía: palmera y construcción rectangular—, impresa sobre tenue fondo, en dos colores diferentes.



Leído entonces el libro, que de mis manos pasó a otras —las cuales lo recibieron con análoga curiosidad y, sin duda, contribuirían a difundirlo con desinterés semejante—, hallé comprensible el entusiasmo que en sus lectores despertaba la novela corta *Las Perras*, que su mismo autor llama "novelita".

Debo la satisfacción de una relectura de ese libro —siempre grata, cuando permite renovar las impresiones que dejó la primera—, a la gentileza de don Ismael Cortés Barrios, quien al finalizar el pasado invierno, obsequió un ejemplar de *Las Perras* a la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.

A solicitud del donante, para corresponder al generoso envío del ejemplar de la novela veracruzana, destinado a la biblioteca de la mencionada corporación, se traza el presente juicio, con el propósito de reconstruir aquellas impresiones.

•

Las Perras es un relato de tono autobiográfico, distribuido en quince breves capítulos que abarcan cerca de doscientas páginas, breves también, en las que van intercaladas algunas ilustraciones, hechas a pluma por el mismo dibujante que trazó la portada del libro.

Se supone que el narrador es un modesto empleado, en tierras veracruzanas —al final de la novela se lee “Colonia del Maestro”, Veracruz, junio de 1933—, que se propone enlazar sus recuerdos, con descripciones de ambiente y costumbres regionales.

Quizás haya mucho de personales experiencias, vividas —independientemente de la trama amorosa, en la que no deberá verse un reflejo de la realidad inmediata sino la estilización de aquélla, por el novelista— en la pintura del medio y los personajes.

•

A los dos años de abandonar el hogar paterno —según el relato—, el protagonista va a trabajar como escribiente en el Ayuntamiento del villorrio veracruzano en que se desarrolla la acción novelesca. Duerme en la alcaldía y se alimenta en fonduchos, hasta que conoce a Calixta Molina, apodada “La Perra”, propietaria del tendejón “La última esperanza”, quien lo aloja en su casa.

Ignora el amor que, con sus atenciones, ha provocado en esta mujer, de turbio pretérito, hasta que ella le confía que tiene una hija, ya adolescente, Celia, formada en Córdoba, con su madrina; y al llegar la muchacha empieza a despertar interés, que se convertirá en amor, en el huésped.

En el idilio, que se desenvuelve en la forma tradicional dentro de esa clase de novelas, se intercalan cuadros de costumbres —paseo campestre, velorio, carrera de caballos—, y al estallar el conflicto, por la rivalidad de madre e hija, se acentúa el parecido entre ambas, que se dan a la embriaguez y atacan finalmente al varón disputado, en forma que justifica el título de la novela.

Es esta obra una de las prolongaciones mexicanas del género que inició Isaacs en Hispanoamérica: tardío fruto romántico, explicable por la retrasada evolución de la novela entre nosotros, al cual se agregan los toques realistas, que aquí se afirmaron casi en el siglo presente.

Por esa razón, en las descripciones, donde el autor emplea aún el procedimiento enumerativo, de inventario, alternan cultismos y vulgarismos, y de cuando en cuando se intercalan en la narración algunas reflexiones de carácter filosófico, sobre la soledad, la psicología del mexicano, etc.

Hay un acentuado contraste entre las expresiones, todavía románticas, más frecuentes en el diálogo afectadamente conducido, y las frases o palabras en que aparece la intención realista —quizás como una de las reacciones locales contra la suavidad idílica del colombiano.

Las Perras, del profesor Justino Sarmiento, responde bien a su propósito de pintar la naturaleza y las costumbres veracruzanas, mediante el empleo de muchas de "las voces creadas por el alma de mi pueblo", según él mismo dice en la advertencia.

La obra resiste, y aun impone, la relectura para gustar mejor de sus aciertos, por la fidelidad en lo descriptivo y la precisión del trazo, en la galería de tipos regionales que acompañan o sirven de fondo a las figuras sobresalientes, humanas.

Los mexicanismos que cierran el breve relato no sólo serán útiles al lector de otros climas, pues su exactitud prestará también servicios eficaces al lingüista, al filólogo que quiera estudiarlos con provecho.

8 de mayo de 1959.

FRUSTRADOS NOMBRAMIENTOS DE CARDENALES MEXICANOS *

Por IGNACIO DÁVILA GARIBI

CON MOTIVO de la elevación del actual Arzobispo Metropolitano de Guadalajara al cardenalato se han publicado varias inexactitudes acerca del Excmo. Sr. Doctor D. Juan Cayetano Gómez de Portugal y Solís, dignísimo obispo de Michoacán las cuales estimo pertinente corregir.

Por otra parte, se han olvidado los nombres de algunos prelados mexicanos que estuvieron a punto de formar parte del Sacro Colegio Cardenalicio, pero que, por diversas causas, no llegaron a ser miembros de él.

Voy a permitirme decir en unas cuantas palabras lo que yo he logrado averiguar sobre este particular.



Por lo que toca al Excmo. Sr. Gómez de Portugal se ha dicho con insistencia que el año de 1850 fue nombrado Cardenal por S. S. Pío IX, lo cual es inexacto, pues nunca se expidió tal nombramiento en favor de tan preclaro obispo michoacano.

Una cosa es que el Papa haya tenido intención de nombrarlo cardenal y otra es que lo haya nombrado.

Se dice erróneamente que el nombramiento de cardenal llegó a Morelia, pocos días después del fallecimiento del Excmo. Sr. Gómez de Portugal, pero la verdad es que lo que se recibió en Morelia, no fue un nombramiento, sino una carta del Secretario Papal de Pío IX en la cual se anunciaba al prelado michoacano, que el Santo Padre había determinado asociarlo al Sa-

* Sucinta noticia leída por su autor Lic. J. Ignacio Dávila Garibi en la sesión del 24 de abril de 1959 de la Academia Mexicana, correspondiente de la Española.

cro Colegio Cardenalicio y que su elevación al cardenalato tendría lugar *dentro de pocos meses*.

No se trataba pues en dicha misiva de un nombramiento que estaba ya hecho, sino de un nombramiento que estaba por hacerse y para el cual previamente tenían que llenarse algunos requisitos.

Se ha dicho también que el Sr. Portugal fue nombrado *Cardenal in pectore*. Si así hubiere sido, el Cardenal Antonelli no hubiera podido comunicarle al Sr. Portugal tan fausta nueva, porque el nombre de este último hubiera quedado *in pectore*, es decir: en secreto, esperando a que el mismo Romano Pontífice en un próximo consistorio lo descubriera, no antes.

En un sustancioso artículo sobre el Vaticano, publicado en París en 1901, cuya traducción al español dio a conocer el Boletín Eclesiástico de Guadalajara y de la Baja California, en su edición del mes de febrero del corriente año (1959) al hablar de los consistorios secretos y proclamación de nuevos cardenales, en lo conducente dice:

“Con la autoridad de Dios todopoderoso, prosigue el Papa, con la de los apóstoles Pedro y Pablo, y con la nuestra, creamos cardenales... (a tal y tal persona). A veces prosigue: “Añadimos un (dos o tres, etc.) cardenal, que nos reservamos, “*in pectore*”, y que serán proclamados cuando queramos. Estos son llamados “*in petto*”, cuando el Papa en un consistorio anterior, revela sus nombres, adquieren rango en el Sacro Colegio, según la fecha de esa incompleta creación, y cobran desde tal fecha la renta anual de 22,000 libras asignadas a cada cardenal de curia (en tiempos normales, unos \$ 4,000 pesos mexicanos). Sucede a veces que parece oportuno conservar ciertos personajes en sus habituales ocupaciones y que el Papa estima justo no diferir la recompensa, a lo menos virtual, con que quiere gratificarlos: los hace cardenales “*in petto*”. Si muere sin haber revelado sus nombres su intención queda ineficaz: ni el cónclave ni el nuevo Papa reputarían miembro del Sacro Colegio a un prelado a quien el rumor público designara como presunto cardenal “*in petto*”. (Año XXX, Núm. 2, pág. 142. La referencia bibliográfica acerca de la edición francesa es como sigue: De Goyan, Perate, Fabre, *Le Vatican*, París 1901).

Lo que se sabe ciertamente sobre este particular es que el Excmo. Sr. Portugal nació en San Pedro Piedra Gorda, Gto., el 7 de julio de 1783, que en su temprana edad fue enviado a Guadalajara, Jal., en cuyo Seminario Conciliar, catedrático de obispos, hizo una carrera brillantísima y mereció ser nombrado catedrático de diversas asignaturas.

Como premio por la magnífica oración fúnebre que pronunció en las exequias que la Pontificia Universidad de Guadalajara celebró por el alma del obispo electo Dr. D. José María Gómez de Villaseñor, el Claustro Universitario, por unanimidad, según afirma el Canónigo de Morelia, D. Juan B. Buitrón, lo nombró *Doctor honoris causa*.

Además de las cátedras que regentó en el Seminario Conciliar Diocesano, administró la parroquia de la veraniega villa de Zapopan, hoy casi unida a la capital de Jalisco.

Perteneció a varias agrupaciones científicas, entre otras, el Instituto de Ciencias y la Academia de Legislación y Economía.

Desde la época del benemérito obispo D. Juan Cruz Ruiz de Cabañas y Crespo, servir a la religión y a la Patria fueron los grandes anhelos del Excmo. Sr. Portugal.

Fue caballero de la Imperial Orden de Guadalupe, dos veces fue Diputado al Congreso de la Unión, por el Estado de Guanajuato y una vez senador por Jalisco.

No menos que como orador sagrado, sobresalió como orador parlamentario defendiendo a brazo partido los intereses de la Iglesia y del Estado.

Ya obispo, cuya plenitud sacerdotal recibió el 28 de febrero de 1831, fue, en tiempo de Santa Anna, Ministro de Gracia y Justicia y también de Justicia y Negocios Eclesiásticos.

Sus luminosos escritos pastorales llamaron la atención de propios y extraños y seguramente llegaron a Roma y fueron conocidos por S. S. Pío IX, quien estaba bien informado de la prudencia y sabiduría con que dicho prelado había gobernado su diócesis y defendido los derechos de la Iglesia.

Los donativos que espontáneamente había enviado al Papa cuando éste se hallaba desterrado en Gaeta y algo más —que de momento no me ocurre— debieron haber impresionado gratamente al Santo Padre Pío IX quien pensó premiarlo con largueza, ofreciéndole la púrpura cardenalicia que la muerte le arrebató. Fue así como, aunque tardíamente, encomendó Su Santidad al Cardenal Antonelli, escribiera al Sr. Gómez de Portugal anunciándole que próximamente sería proclamado cardenal.

No dejan de ser interesantes los datos que sobre el particular dio a conocer el mitrado académico Doctor y Maestro D. Ignacio Montes de Oca y Obregón, dignísimo obispo de San Luis Potosí, en la tercera conferencia que en la estación estival de 1903 pronunció en la Academia Católica de Cliff Haven, en el Estado de Nueva York, E.E. UU. ¡Oigámosle!:

"El Papa Pío IX —dice— a pesar del fracaso de su misión en Sudamérica, cuando acompañó a Chile a Monseñor Mízi, conservó siempre vivos recuerdos de las remotas regiones que visitó en su juventud, y extendió su afecto hasta las repúblicas trasatlánticas, cuyas playas no había pisado. Desde que subió al trono pontificio empezó a darles pruebas insignes de su paterno amor. Olvidando sus propios inefables infortunios, cuando se hallaba en Gaeta desterrado por la Revolución triunfante, volvió los tristes ojos hacia Méjico, y determinó honrar a uno de sus Prelados de un modo singularísimo tal como jamás se lo hubieran imaginado ni los más acendrados admiradores de la joven República. Juan Cayetano Portugal, Obispo de Michoacán, se había distinguido como defensor heroico de las libertades y prerrogativas de la Iglesia, en el Congreso de Méjico, y en las difíciles y apremiantes circunstancias a que redujo la Revolución al Supremo Jerarca, él y su Cabildo habían socorrido a Su Santidad con generosa largueza. El Papa resolvió recompensarlo con el capelo de cardenal, distinción antes jamás concedida a dignatario alguno nacido en América; y apenas restaurado en su trono, se apresuró a enviar al digno obispo el aviso oficial de su *inminente promoción*. El Ilmo. Sr. Portugal, ¡hay! había fallecido cuando las faustas nuevas llegaron a Méjico". (*Obras pastorales y oratorias*, tomo VI, pág. 395).

Efectivamente, como afirma el Excmo. Sr. Montes de Oca, el Ilmo. Sr. Gómez de Portugal y Solís era ya difunto cuando se recibió en Morelia la carta del Cardenal Antonelli, a la que varias veces me he referido.

Mas no sólo esto, sino que cuando la comunicación respectiva fue suscrita por dicho Cardenal en Roma, ya el insigne obispo michoacano había entregado su alma al Creador.

El Excmo. Sr. Portugal murió el 4 de abril y la carta de Antonelli fue escrita el 11 de mayo siguiente, es decir, treinta y siete días después de ocurrido el deceso.

Con razón al transcribir el Canónigo D. Juan B. Buitrón el texto latino de dicha misiva en sus *Apuntes para servir a la historia del Arzobispado de Morelia* dijo que "no solamente llegó tarde a Morelia, sino que también tardamente fue escrita". (*Ob. cit.*, pág. 167).

Además del Ilmo. Sr. Portugal, otros egregios prelados mexicanos fueron candidatos al cardenalato, pero por diversas causas no llegaron a recibir el capelo cardenalicio.

En el primer siglo de la dominación española estuvo a punto de ser cardenal, el primer criollo mexicano que fue promovido al episcopado y que

siendo obispo de Guadalajara escribió su interesante *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Viscaya y Nuevo León*, de la cual se han hecho ya dos ediciones.

Me refiero al Doctor D. Alonso de la Mota y Escobar, de quien dice D. Antonio García Cubas en su *Diccionario geográfico, histórico y bibliográfico*, publicado en 1888 que "por su admirable don de gobierno, erudición y profundo conocimiento de las necesidades de la colonia fue nombrado delegado de la Universidad de México en la Corte de Madrid para tratar delicados asuntos, en donde llamó poderosamente la atención por sus virtudes y ciencia.

"Su fama —agrega el historiador citado— había llegado hasta Roma y habría obtenido sin duda el capelo cardenalicio, a no haber ocurrido antes la muerte del Papa".



En enero de 1909, San Pío X creyó conveniente otorgar la púrpura cardenalicia a algunos meritísimos prelados de países extranjeros que hasta entonces no habían estado representados en el Sacro Colegio y quiso que el primer país de la América Latina que tuviera su Cardenal fuera México y se fijó en el Excmo. Sr. Arzobispo de Oaxaca Dr. D. Eulogio Gregorio Gillow y Zavanza, quien con este motivo fue entrevistado en su Hacienda de Chautla por Mons. Sanz de Samper quien hizo viaje especial de Roma a México para ofrecer al prelado antequerense, en nombre y por mandato de Su Santidad, la púrpura cardenalicia.

Mons. Gillow no se atrevió a aceptar tan inesperado ofrecimiento que no sólo a él favorecía sino a México elegido como primer país latinoamericano para el cardenalato.

Temió Monseñor que la púrpura cardenalicia pudiera crearle dificultades con el Gobierno y que la prensa liberal le dirigiera algunos ataques.

Las reiteradas instancias de Mons. Sanz de Samper para que aceptara fueron inútiles, Mons. Gillow había tomado su última resolución después de una interesante entrevista con el general Díaz y el ministro de Relaciones, Mariscal.

En las memorias de dicho prelado que escribió y prologó en Los Angeles, California, D. José Antonio Rivera bajo el título: *Reminiscencias del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Eulogio Gillow y Zavanza, Arzobispo de Antequera*, hay circunstanciadas noticias sobre este particular, las cuales por ser poco conocidas, estimo pertinente reproducir en lo conducente, tomándolas de la Segunda Edición que fue publicada en Puebla, en la Escuela Linotipo-gráfica Salesiana el año de 1921.

El señor Rivera obtuvo las noticias en dicha obra contenidas, de labios del propio prelado "en amenas reminiscencias —dice— de las que son tan pródigos los ancianos"... (Prólogo, pág. 9).

Después de hablar ampliamente de los diversos actos que tuvieron lugar en la ciudad de Oaxaca, en enero de 1909, con motivo de la fastuosa coronación de la Virgen de la Soledad, a la que asistieron muchos prelados, refiere lo que copio a continuación, omitiendo en mérito de la brevedad, algunos párrafos que no son muy necesarios.

"En el verano —dice el autor citado—, como de costumbre, se retiró el Ilmo. Sr. Gillow a su Hacienda de Chautla, la que le proporcionaba los principales recursos para las mejoras que de continuo seguía en su Arquidiócesis de Oaxaca.

"Un día recibió carta circular dirigida al Episcopado Mexicano y firmada por Monseñor Sanz de Samper, uno de los cuatro Camareros participantes que demoran en el Vaticano y turnan su servicio en la vida íntima del Papa; dicha carta circular pedía a cada prelado un informe sobre el estado de instrucción de su clero diocesano.

"Llamó la atención del Sr. Arzobispo de Oaxaca el extraño proceder de que un Camarero Pontificio participante se hubiera ausentado del Vaticano para emprender el largo viaje hasta México para pedir por correo un informe que bien pudo solicitarse desde Roma. A poco se dispó el misterio, porque el Prelado Romano escribió al Sr. Gillow diciéndole que le interesaba tener una entrevista con él en su finca de Chautla. Contestó luego diciendo las indicaciones relativas al viaje. No dilató Monseñor Sanz de Samper en presentarse en la Estación Gillow del Ferrocarril Interocéanico, encontrando a Monseñor que lo esperaba. Pasaron ambos a la finca y en momento oportuno, el Camarero Pontificio manifestóle que había venido a México con una misión especial del Papa León XIII y deseaba vivamente desempeñarla de una manera satisfactoria *.

"En atención a las facilidades que ya existen en las vías de comunicación por el mundo entero y el espíritu de universalidad de la Iglesia —agrega el Sr. Rivera— la Santa Sede había nombrado Cardenales, que son los miembros que sustituyen el cuerpo más íntimamente ligado con el Papa, tomándolos de diversas regiones de la tierra. Así como además de los Cardenales existentes en el Continente Europeo, había uno en Londres, otro en Irlanda, en Australia, en Estados Unidos y Canadá. Llegaba el momento para que la América Latina tuviera Cardenal y León XIII [Sic.] se había fijado en

* Parece que la memoria del Sr. Gillow no era tan buena como dice el Sr. Rivera, pues en 1909 el supremo jerarca de la Iglesia era San Pío X. No hay que olvidar que Su Santidad León XIII murió en 1903 (J.I.D.G.).

distinguir a México, en primer lugar, y al Ilmo. Sr. Gillow que le era bien conocido, para comenzar así la serie de los agraciados.

"México fue de importancia desde la Conquista Española —agrega el escritor citado— y se había distinguido por su espíritu religioso hasta la fecha. Era de presumirse que en el porvenir adquiriera mayor importancia por los elementos de riqueza natural que tiene, a medida que se fueron conociendo y por su vecindad con la poderosa República de los Estados Unidos: merecía, pues, la preferencia al establecer el cardenalato en la América Latina.

"Cuando Monseñor Sanz de Samper indicó lo relativo a la persona del Sr. Gillow, éste, con toda franqueza dio las gracias a Su Santidad por el alto honor que deseaba conferirle, pero a la vez estimaba demasiado a la púrpura cardenalicia para exponerla a los ultrajes de la prensa que es llamada liberal en México y refirió este incidente. El señor Gral. Díaz le había contado cómo poco antes se vio precisado a llamar al orden a un escritor conocido que publicaba los domingos un semanario, contando con bastantes subscriptores. Por sistema, cada ocho días dedicaba un artículo o una caricatura al señor Delegado Apostólico, que si bien agradaba a algunos exaltados liberales, ofendía a la culta sociedad católica. El señor Presidente advirtió al escritor que se abstuviese en adelante de publicar esas caricaturas naturalmente ofensivas a los representantes en México de España, Austria, Bélgica y otras naciones que tenían en Roma Embajadores o Ministros ante el Papa: ellos no podían ver con indiferencia cómo en México se insultaba a un representante.

"Mons. Sanz de Samper, insistió sin embargo, con el Ilmo. señor Gillow para la aceptación del cardenalato y lo instruyó sobre el ceremonial que tenía que efectuarse, indudablemente porque mucho lo contrariaba el fracaso de su misión extraordinaria al emprender el viaje desde Roma. Advirtió al Prelado Antequereño que vendría un guardia noble de la Corte Pontificia para entregarle el nombramiento acompañado del solideo rojo cardenalicio y explicó las formalidades que se acostumbra en ese caso. Poco después vendría un Camarero secreto supernumerario con el bonete rojo, el que anunciaría al agraciado cómo el capelo sería impuesto por el Papa mismo en Consistorio para lo cual, el interesado tendría que acudir a Roma.

"Conocedor el Sr. Arzobispo Gillow de la situación política de México y abrigando temores, manifestó por último a Monseñor Sanz de Samper la conveniencia de tratar el asunto con el mismo Presidente señor D. Porfirio Díaz, por si acaso no eran fundadas sus apreciaciones.

"Ambos Prelados se trasladaron a México, y habiendo manifestado el Arzobispo Oaxaqueño de lo que se trataba, el señor Presidente propuso que se discutiera el punto en una conferencia con el señor don Ignacio Mariscal, Minis-

tro de Relaciones. En la tarde del día siguiente se verificó la reunión en la casa particular del señor Gral. Díaz, llegando a la conclusión de que conforme a las leyes vigentes en el país, el Gobierno no podía reconocer la distinción pontificia como hecha a la Nación, limitándose únicamente a la personal para con el Ilmo. señor Gillow. . ." (*Ob. cit.*, pág. 335).

No me parece aventurado creer que este desaire de Mons. Gillow, al Papa, haya influido en el ánimo de algunos de los sucesores de S. S. León XIII para no exponerse a sufrir nuevos desaires.

•

Como se ve por los datos que anteceden, todavía no le ha tocado a la Arquidiócesis de México, a pesar de ser la metropolitana más antigua y principal, tener algún cardenal.

Los Romanos Pontífices que antes de 1958 quisieron premiar la inquebrantable fe y religiosidad de los católicos mexicanos no se fijaron en dicha Arquidiócesis: ya lo hemos visto: Pío IX se fijó en Michoacán y San Pío X en Oaxaca, pero la muerte del Sr. Portugal en 1850 y la renuncia del Sr. Gillow en 1909 impidieron que nuestro país hubiera tenido desde entonces un cardenal.

S. S. Juan XXIII felizmente reinante se fijó en la floreciente Arquidiócesis de Guadalajara y con favor divino pudo su egregio prelado el Dr. D. José Garibi Rivera tener el privilegio de ser creado y publicado Presbítero-Cardenal del título de San Onofre, en el Consistorio del 15 de diciembre de 1958, tomar posesión de su iglesia titular en Roma, volver a la Patria y ponerse personalmente de nuevo al frente de su Arquidiócesis. Él es, pues, sin duda alguna, el primer cardenal mexicano.

•

Ya para concluir diré que "a mediados del siglo XIX, cuando las relaciones diplomáticas entre México y el Vaticano eran muy cordiales, el primer magistrado de la Nación D. José Joaquín de Herrera, según afirman varios autores, se dirigió oficialmente a la Santa Sede pidiendo la púrpura cardenalicia para el Arzobispo de México Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, pero S. S. Pío IX, tal vez no creyó prudente obsequiar los deseos del señor Herrera, pues diez años más tarde falleció el prelado mexicano sin haber obtenido la deseada dignidad.

Algunas respetables personas me han dicho que la venida de Monseñor de Samper a México fue a fines de 1901 o principios de 1902 y no en 1909 como asienta el Sr. Rivera en las Reminiscencias históricas del Excmo. Sr. Gillow en las cuales afirma que dicho enviado pontificio, vino a nuestro país a ofrecerle al prelado oaxaqueño la púrpura cardenalicia en nombre de Su Santidad León XIII.

El error en que incurrió el autor citado, no fue pues en cuanto al nombre del Pontífice, sino en cuanto a la fecha de la visita; por lo tanto lo que en mi citado estudio monográfico se dice de San Pío X atribúyase el lector a Su Santidad Pío IX.

Aprovecho hacer hoy esta aclaración y rectificación para agregar a lo dicho un dato acerca del Sr. De la Garza y Ballesteros que me parece interesante.

Mi antiguo y muy querido maestro en la Academia de Latín del Instituto San José de Guadalajara, R. P. Tomás Ramírez, S. J. cree que lo que acaso influyó en el ánimo de Su Santidad Pío IX para no obsequiar los deseos del Gobierno Mexicano, nombrando Cardenal al Arzobispo de México Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, fue lo que acerca del particular dice el P. Mariano Cuevas en el Capítulo VIII del Tomo V de su *Historia de la Iglesia en México*, o sea, que dicho metropolitano se negó a reconocer a Mons. Luis Clementi como Delegado Apostólico de México, mientras no acreditaba su misión ante el Supremo Gobierno y obtenía el correspondiente *Exequatur*.

El derecho al Exequatur en favor de un gobierno, y de tal gobierno dice el P. Cuevas, *no puede defenderse con edificación, ni menos por un prelado.*

J. I. D. G.

TROCADO EN INDIO POR EL AMOR

Por FULGENCIO VARGAS

PRÓXIMO A DESPEDIRSE del mundo para hundir el espíritu en lontananzas inefables por lo misteriosas, un viejo amigo mío —sangre española y de caciques purépecha en sus venas— quiso que yo lo visitara y recogiera de él algunas cosas que, propicias a mis inveteradas aficiones, pudiesen satisfacer tal cual anhelo de investigador y coleccionador de apollados manuscritos.

Ya en la casona colonial, y dentro de la sombría cámara que de postrer asilo sirviérale, el viejo amigo me tendió los brazos y con la mayor naturalidad y frescura, cual si lejos estuviese del viaje sin retorno, me habló de esta guisa:

—¿Sabes tú de conquistador o de simple soldado ibero que, tras de residir en tierras mexicanas, no sólo hubiese contraído nupcias con mujer india, sino trocádose en indio por mera voluntad y claras muestras de singular contentamiento?

Y como yo le respondiese con rotunda negativa:

—Pues yo sé de uno —díjome con entusiasmo— que llevó al cabo tan maña descomunal hazaña. Apóyase lo que te digo en fiel tradición de mis ancestros; y además, en últimos días, mientras entregado estaba yo al arreglo de libracos y papeles, de manos a boca di con un ejemplar aforrado en pergamino de la *Crónica Agustiniiana* de Fr. Juan de Grijalva, impresa en México, el año 1624 de Cristo Nuestro Señor. Entre las páginas de esa joya libresca, que de hoy en más te pertenece, tropezaron mis ojos pecadores con un fragmento —sólo fragmento, por desgracia— de papel amarillo por las injurias de la edad, aunque, eso sí, de escritura visible y clara según tú mismo habrás de comprobarlo.

Tomó de un mueble inmediato el ejemplar aludido, púsolo en mi diestra mano y pidióme que sacara el pedazo de papel y lo leyera en voz alta y con el mayor detenimiento.

Hícelo así, y de mis labios desprendiéronse, una a una, las palabras siguientes:

“E digo yo, en antes nominado Juan Alonso, de la mi nueva familia conocido por Juan Urápeti, cómo vine de soldado, moço é huérfano, con el ejército del Nuño de Guzmán, que a Xalisco encaminábase, é cómo mal ferido é de alta fiebre adolecido, hube de acogerme al cobijo de una aldejuela, é cuidado de unos buenos indios mechoacanos, así mesmo dichos tarascos, los quales me revivieron é trocáronme en otro hombre; é conmigo truje á la que es mi mujer ante Dios é los hombres, que se le nombra por Guadalupe, de la mi Virgen extremeña, é para sí, su marido é fijos, nombre ha, é percebido lo tiene, de Guadalupe Chambecua. Fecho en la Villa de San Sebastián de León, corridos los veinte días del mes de Mayo de mil quinientos é ochenta años”.

—Con ese papel —díjome mi amigo— y lo que de seguida voy a referirte, podrás, en mi nombre y devoción, aderezar una leyenda que nada tiene de fantástica, antes bien de real y humana en sus menores detalles.

Y aquí tienes, pío lector, aderezada la leyenda:



Corría el año 1530 y Nuño Beltrán de Guzmán, tristemente célebre en los anales de México, empeñado encontrábase en lides guerreras, de las que fueron teatro infeliz los territorios de Michoacán y Jalisco, lides que de finalizar habrían en tierras de Nueva Galicia.

Los naturales, por aquel entonces, y para perpetua memoria de proceder inicuos y vergonzosos, pintaron al de Guzmán caballero en brioso corcel, con una cruz a manera de estandarte y, pendiente de sus brazos, un gallardete encarnado; al fondo, un cielo sereno, y desprendiéndose de él una víbora en ademán amenazador.

Así fue de calamitosa la jornada por tierras de provincia. Dondequiera dejaron claras señales del paso de aquel Atila de los tiempos modernos, el humo de los combates, el sacrificio de las pobres indefensas víctimas, las ruinas de las cabañas miserables. Se aprehendió al desventurado Caltzontzin, último rey o cacique de los tarascos, so pretexto de rebeldía, mas con el fin protervo de apoderarse hasta del último grano de oro. Sufrió el monarca tormentos indecibles al través de un calvario interminable. A orillas del Conguripo —río de la Purificación—, envuelto en una estera o “petate”, se le ata por los pies a la cola de un caballo, que lo arrastra por todo el campamento. Después, adolorido y maltrecho, se le sujeta a un árbol, se prende fuego a su cuerpo y los despojos son arrojados al río.

En marcha por los terrenos del hoy Estado de Guanajuato, Nuño Beltrán tocó los lugares de Pénjamo y de Cuitzeo, sembrando la desolación y la ruina en todos ellos. Los indios abandonaban sus aduares primero que someterse al yugo y tiranía de un hombre para quien todo linaje de barbarie diputábase de natural y lícito.

Y tales fueron los procederes del de Guzmán, que no pocos de sus hombres de armas reprobaban tamaños excesos, y hacíanlo a la vera misma del capitán general, sin que a éste le importara un ardite lo que dijeran y comentasen de su modo de sentir y de obrar.

Entre los que así tildaban de inhumano al jefe de la expedición, uno había que con mayores ardimientos y más firmeza en sus palabras quejábase de las iniquidades cometidas con los pobres indios: era un joven de agraciado semblante y maneras corteses, desembarcado apenas en la Nueva España, con ilusiones de fortuna y gloria, y ya amargada su existencia con un vivir que mal se ajustaba a los ensueños forjados en un hogar huérfano de caricias y bendiciones.

Juan Alonso el extremeño, como solían llamarle, abrió sus ojos a la luz de la razón y hallóse sin padre ni madre que su niñez alimentasen con besos de ternura y rica savia de provechosas enseñanzas; apenas si al resguardo de un viejo tío que le brindó con su morada y púsolo en condiciones de cultivar su inteligencia con los conocimientos más indispensables para iniciar la carrera de la vida.

Y un buen día, como Juan supiese de aventuras extraordinarias y felices al calor de las Indias prodigiosas, puso todo su afán y empeñó sus entusiasmos todos en el arreglo de un viaje que él juzgaba propicio a sus ambiciones juveniles.

Allá quedó en lejanía la aldea de Almendralejo y la casona de la ciudad con sus vetustas aulas. Y vibraron en los oídos del mancebo, a la manera de dulce reproche a mundanales deleites, las notas elegíacas de Jorge Manrique:

*Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;
que en este mundo traidor,
aun primero que muramos
las perdemos.*

Estas y otras coplas del mismo jaez recordábalas con precisión el soldado mozo de Extremadura, mientras los hombres de Nuño adentrábanse en

suelo guanajuatense y seguían sembrando desolación y ruina sin vislumbre de misericordia.

No era aquello lo que Juan Alonso ambicionaba con afanes de fortuna y gloria. Mal podían compadecerse tales proceder con el legítimo orgullo del conquistador en traza de valiente y generoso. En buena hora que el destino deparárale un fin supremo al cabo de hazaña gloriosa como la del hijo del gran maestre de Santiago —el propio Jorge Manrique—, coplero que a las puertas del castillo de Garci Muñoz, “se metió con tanta osadía entre los enemigos, que por no ser visto de los suyos, para que fuera socorrido, le firieron de muchos golpes y murió peleando”. Pero morir sin destellos de gloria ni sonrisas de esperanza, en ruín escaramuza, no cabía en su cerebro y en su corazón.

Y, sin embargo, a punto estuvo de sucumbir de esa suerte.

A la caída de una tarde, el ejército de Nuño de Guzmán caminaba con fiado, teniendo casi a la vista un grupo de cabañas prometedoras de seguro yantar y plácido reposo. Y cuando menos lo esperaban, alzóse una gritería desde las alturas del monte, y comenzaron los indios a lanzar sus flechas en número considerable. El ejército arremete contra el enemigo inesperado, lo persigue y acosa con inaudita furia, olvidándose del sitio que de antemano se había fijado para el campamento. Juan Alonso, que ya no disparaba un solo tiro de su arcabuz en defensa propia ni extraña, siente el golpe de dos flechas que por las espaldas se le hincan y cae en tierra privado de sentido. A lo lejos se oye la gritería de los naturales, el correr desenfrenado de las cabalgaduras, las maldiciones de los blancos, el estampido de las armas de fuego. Y después, un silencio profundo. Las sombras invaden la región sembrada de cadáveres.

La frescura de la noche volvió la noción del ser al que por muerto se tuviera. Incorporóse Juan de su lecho de tierra y de sangre, y fue poco a poco, desprendiéndose de los pesados arreos que le molestaban y entorpecían. Arrastrándose unas veces, otras marchando con paso vacilante, encaminóse en dirección de una luz con fulgores de esperanza. Unas cabañas aparecieron y el herido cobró fuerzas de flaqueza. Acercóse a ellas, y a punto de alcanzarlas, sintió que las energías faltábanle, que una sed horrible lo devoraba. Y un grito, que mejor fue lamento, se escapó de las secas fauces:

—¡Mi Guadalupe extremeña, acórreme en el último trance!

Todavía alcanzó a oír una voz cantarina que decía, con palabras del español y voces de ignota lengua:

—¡Aguarda, herachi urápeti ¹ que allá voy contigo!

¹ Herachi y Urápeti, respectivamente, valen por “hermano” y “blanco” en idioma purépecha.

Y ya no supo más el infeliz.

El vigor de la juventud y el solícito cuidado de tres ángeles de guarda hicieron que tornase a la vida el que por varios días libró descomunal campaña con la muerte y a punto estuvo de sucumbir en la contienda.

Ya en pleno dominio de sus facultades, Juan se vio en blando lecho de finas esteras, el cuerpo abrigado con suaves y delicadas mantas. Cerca de él, una joven india, de singular belleza, contemplábalo con ojos de ternura; más allá, dos ancianos, hombre y mujer, también indios, mirábanlo con afecto y dibujábase en sus labios una sonrisa de satisfacción.

—¿Dónde me encuentro y quienes sois vosotros que así me miráis tan amorosamente, sin que la cólera ni el dolor alteren vuestra faz, sabiendo que pertenezco a una raza perturbadora de vuestra quietud y asoladora de vuestros hogares y tierras?

—El hombre blanco —díjole el anciano— habita la cabaña de caciques venidos de Michoacán, escasas lunas apenas. Nuestra dueña y señora Chambecua ², que allí sentada se encuentra, recogió al herido en trance de muerte, y a mi cuidado y al de mi mujer lo confió, y así hemos puesto en práctica la caridad y el buen uso de yerbas y tisanas. La antigua Virgen del Sol, que como nosotros recibidas tiene las aguas bautismales, pidió a Cristo Jesús la salvación del hombre blanco, y el Cristo de los misioneros atendió benigno las plegarias de su sierva.

La joven india entró en detalles de su existencia: ella estaba ligada con vínculos de inmediato parentesco al último rey Tzimpsicha Caltzontzin, recién sacrificado por Nuño de Guzmán; no había conocido a la que le dio el ser, y en cuanto a su padre, la muerte le había sorprendido en lid guerrera con los indios de Motecuhzoma segundo; que un santo misionero, Martín de Jesús, la hizo cristiana y la familiarizó con el hablar de los blancos, y por último, que llevaba el nombre de Guadalupe, de la imagen que en España santuario y culto mantiene.

—A ella acudiste cuando moribundo te encontré a la puerta de la cabaña donde moras. Y oí su nombre y creí que me llamabas; acudí en tu auxilio y velé a tu cabecera todos los días que la fiebre te mantuvo sin conocimiento. Has pronunciado el nombre de la Virgen de Extremadura, y con ella me haz confundido muchas veces, y muchas me has hablado con palabras dulces y maravillosas que han entrado en mi sér y allí aposentábase para no abandonarme nunca... Hablabas de tu cariño a los indios, mis hermanos, y del dolor y de la pena que sentías con el mal proceder de tus compañeros y jefes. Todo esto me ha causado honda impresión y jurado tengo no des-

² Chambecua, "nenúfar", en el mismo idioma.

ampararte hasta que la salud recobres y con ella la libertad para volver con los tuyos.

Y cuando recuperado hubo la salud, y con ella la libertad de que sus protectores hablábanle, Juan Alonso no era ya libre: era un hombre de vida nueva y su corazón prisionero hallábase en redes de amor incomparable y puro.

—No queráis alejarme de vosotros, que ya sois miembros de mi nueva y única familia. Y si al correr del tiempo juzgáis que mi conducta es buena y ajustado mi procedimiento a vuestras inclinaciones y menesteres, uno será el hogar que nos cobije y unos los campos donde nuestras actividades se desenvuelvan.

Y así fue como el mozo lo deseaba y la virgen india también. Unidos quedaron en matrimonio indisoluble; después, abandonaron la aldea y encamináronse a otra, en términos del valle de Huastatillos, denominada Tzinacua, o de las humaredas, por los manantiales salutíferos que en sus aledaños existían y existen aún. Allí vieron surgir la población de Silao (Silagua o Tzinacua), y allí consagráronse los esposos a la enseñanza de niños y de adultos, en plena campiña espléndida y lujuriosa. ¡Maestros campesinos al alborear de la dominación española!

Juan enseñaba a pequeños y grandes el idioma castellano y recitábales poesías como aquella de Juan de Mena, Caballero Veinticuatro de Córdoba:

*¡Oh vida segura la mansa pobreza
dádiva santa desagradecida:
rica se llama, no pobre, la vida
del que se contenta vivir sin riqueza!*

Y cuando, caída la tarde, elevábase la luna sobre el horizonte, Guadalupe Chambecua entonaba, en idioma de sus mayores, el canto nocturno de las Vírgenes del Sol, aprendido en Michoacán:

“Tú que sigues tu marcha a través del firmamento, seguida de un cortejo de estrellas, protege a los purépecha, que son tus hijos; prolonga los días de nuestro rey, que es tu vasallo, en quien el pueblo cifra su esperanza; conserva en nosotros la pureza del corazón, para que, cuando muramos, nuestras almas se conviertan en estrellas que te acompañen por el cielo”.

•

Siguieron su curso los años; vino el 1576, y la Estancia de Señora cambióse en Villa de San Sebastián de León, contribuyendo a ello la experiencia

y conocimiento de Juan Urápeti, quien figuró en el número de los fundadores y fuese a vivir con su mujer y deudos al dicho punto, mismo donde alentaron felices y hubieron larga pro genie.

Guanajuato, Gto.

EN DEFENSA DEL IDIOMA

Por DANIEL HUACUJA

Señores Académicos:

El problema en que ocuparé por breves momentos la atención de ustedes es, a la vez que viejo, de una vigencia que me fuerza a impetrar el apoyo de esta docta Institución para intentar resolverlo siquiera sea en extensión limitada. Él se relaciona con la obligación que las academias tienen de bregar incansablemente en la defensa y prosperidad de la lengua.

Al decir esto queremos rebatir el perverso concepto que, por ignorancia o por maldad, difunden algunas personas queriendo infiltrar en el ánimo del público el pensamiento falaz de que las respetables corporaciones encargadas de vigilar por que nuestro idioma se conserve sano y sin menoscabo, pretenden sujetarlo a la roca de la tradición y escudándose bajo la clámide del purismo, piensan cristalizarlo o momificarlo dentro de los antiguos usos.

Nada más carente de seriedad que esa infundiosa afirmación; por lo contrario, es immanente el atributo de estas respetables asociaciones que estriba en evolucionar los alcances del idioma en consonancia con las ininterumpidas conquistas de la civilización.

Las academias deben estar, y seguramente están, en vigilia perenne para anotar el prodigioso desenvolvimiento que nos ha tocado el privilegio de contemplar y estudiar la forma de incluir en sus lexicones, las dicciones, giros y locuciones que con urgencia necesitamos para referirnos adecuadamente a las maravillas que el progreso humano pone a nuestra disposición en todos los órdenes científicos y al avance logrado en las actividades técnicas que, aún no hace muchas décadas, parecían quiméricas ilusiones e irrealizables sueños.

Martín Alonso en su *Tratado sobre la Ciencia del Lenguaje y Arte del Estilo* afirma: "Concebir estáticamente un idioma sin proceso evolutivo en

su material lingüístico, es meterlo en la vía muerta de las disciplinas puramente descriptivas e inventariales”.

Mariano Larra, desde los lejanos principios del siglo diecinueve, exclamaba: “Pretender estacionarse en la lengua que ha de ser expresión del progreso es, perdonenme los señores puristas, haber perdido la cabeza” y Edmundo D’Amicis en su conceptuosa obra *L’Idioma Gentile* comenta: “Debemos estudiar la lengua aun por deber de ciudadanos. Las lenguas se transforman con el tiempo, adquieren nuevas voces o locuciones, como los árboles nuevas hojas; pierden otras; de muchas que conservan, el significado se muda; múdanse las lenguas en substancia y estructura: esto es efecto de una ley natural”. “Pero con la transformación natural e inevitable de la lengua no se debe confundir la corrupción, que consiste en introducir, como lo hacen los más, palabras y frases bárbaras e innecesarias, idiotismos ociosos, modos de uso espurio, formas que repugnan a la índole”. “De esta corrupción es deber de todo ciudadano culto preservar a la lengua de la patria, porque, como cada quien tiene su parte, así sea mínima, en la grande obra colectiva de la cual la lengua es resultado, también cada quien contribuye a corromperla, aun mínimamente, hablando o escribiendo mal. No es deber tan sólo de los escritores, lo es de todos; porque donde todos maltratan y estropean la lengua, contagia, al cabo, a los escritores mismos la universal barbarie”.

Contra la careoma que no sólo amaga, sino que también agrede y amenaza destruir las raíces del idioma, en pugna con el influjo canalesco que pretende macular los usos estéticos; en abierta lucha con los acosos de quienes pretenden aplebeyar el bello decir con innovaciones idiomáticas cursis, cuando no ínfimas y despreciables, debe alzarse la higienista labor de la Academia si no quiere que su benignidad sea malversada y se le cuelgue el torbo sambenito de indolente.

Pero si es recomendable, por útil, fortalecer la expresión con incorporaciones de valor innegable, también es verdad que, al cobijo de esta bandera, muchos diarios y revistas, así como no pocas estaciones radiofónicas, difunden de continuo publicaciones deplorables por las frecuentes deformidades que fluyen de su contenido, con lo cual perpetran ominosas traiciones en agravio del buen decir.

Ya tenemos ardua tarea en las escuelas para combatir sin cesar los múltiples barbarismos en que incurren los alumnos, que reflejan con fidelidad el habla vulgar de las personas con quienes conviven, y el muy común empleo de palabras ortográficamente viciosas.

En la calle, mientras aguardamos la llegada del tranvía o del vehículo que ha de conducirnos a nuestro destino, leemos en la parte posterior de

los camiones de carga letreros regocijadamente sugestivos por la intención picarezca de sus propietarios; pero detestables por la pedestre ortografía que emplean:

"El asote de las *vichas*" (sirvientas).

"*Orita bengó*".

"Amor por compacion a nadie imploro".

"Si te peinas te llebo".

"Mucho mas que tu amor *bale* mi orgullo".

"Si sufres con *el*, *bente* conmigo".

"De malas mañas pero de buen corason".

"No las forzo, solitas cain".

Nuestro llorado amigo Carlos González Peña, ilustre Censor de esta Academia que, además de pulcro escritor y dilecto periodista, contribuyó con su conducta substancialmente honesta y su sapiencia envidiable a dar enhiesta jerarquía a las funciones docentes, cotidianamente aconsejaba: "Conviene estar en acecho de la frase impura, cerrar la puerta al barbarismo que se cuele, porque se puede no ser elegante, ni gastar elocuencia; pero no hay derecho a ser sucio en el habla".

El combatió constantemente los yerros que se observan en la estructura defectuosa de los vocablos por aumento, cambio o disminución de letras, los cuales con frecuencia alarmante se escuchan en las aulas, brotados de los labios de los escolares tales como: alrevesado, ahoy, arrellenarse, ácido, almastrote, alvertir, aeroplano, aeronave, aerolito, almuada, arresgar, manequí, abuja, ahujero, apalabrar, biñuelo, bocarada, bueyada, cabrestear, cabretilla, cacaraquear, camapé, cegatón, cloroformar, culeca, comelón, vertir (ya aceptó la Real Academia Española las formas cerner y cernir, hendir y hender), coyuntura, chiminea, delantar, dentrífico, desarrajar, diabetis, díceres, desinquieta, diferenciencia, disvariar, dientón, despaturrarse, endeviduo, estrinina, ecesena, espúreo, elucubración, enjabelgar, envalentar, exculcar, expulgar, exófago, extricto, expontáneo, espléndido, esplendoroso, fuerzudo, gubernamental, humadera, polvadera, incurtido, influenciar, itsmo, inciensar, linja, longaminidad, lilimento, mallugar, manipulear, mounstro, mantención, musolina, manosiari, aliniar, asoliar, titubiar, pasiar (y muchos otros de los verbos que llevan la terminación de los frecuentativos en *ear*); nadien, nublina, persinarse, prestillo, pirinola, prespectiva, perdedizo, parecne, peregne, peremne, prespicaz, tibiari, testerazo, senositis y mil más entre los que debe contarse, por la enorme incidencia con que ocurre, el caso de la segunda persona del pretérito simple de indicativo, en las tres conjugaciones, que con desesperante reiteración alteran las personas, algunas ya adultas, y pronuncian: llegastes, salistes, escribistes, etc., y el cambio de acento en la primera

persona del plural del presente de subjuntivo, por lo que se oye: duérmamos, váyamos, tráigamos, diviértamos, muéramos, etc.

No son pocas las ocasiones en que han de ser corregidos barbarismos ocasionados por la alteración del género gramatical debido, como cuando se dice: las gladiolas, la crisantema, la almíbar, el sartén, la pijama, el bronquitis, los dinamos, la hambre, la odre, o, por cambio de número, como acontece en: el calzoncillo, el pantalón, carie, en ciernes, etc.

A menudo el deterioro de la lengua se resiente en el mal empleo que se hace del relativo "que", por desconocimiento de las funciones que le competen, ignorancia que da origen a que leamos en las columnas periodísticas dislates como los siguientes:

"No fue el Presidente de la República que provocó el conflicto, sino los mal aconsejados líderes". "Aquí fue que tuvimos el gusto de ser presentados". "Trabajando es que se logra mejorar". "Entonces fue que comprendí que me quería". "En esa forma es que se consigue tener amigos". "Hasta después fue que se me ocurrió pedirle la firma". "Por eso fue que se advirtió el robo". "Al arrancar los coches fue que se apoderó el temor del público". "Es por eso que el producto se distingue", y otras muchas expresiones que dejarían de atropellar la buena expresión y se corregirían de golpe usando el relativo adecuado o los adverbios de lugar, de tiempo, o de modo que corresponden.

Es profunda la preocupación que despierta la presencia de tantos barbarismos y vulgarismos incrustados en el trato cotidiano, de los cuales son desleída muestra los casos que hemos presentado, pero acrecientan las ofensas a la lengua algunas extravagancias insertas en las columnas de la prensa periódica que en múltiples ocasiones incluyen en su trama punzantes ataques a la gramática y a una decorosa forma de expresión.

Se tendrá que admitir, por ser corriente, el hecho de que hay escritores desaprensivos que dejan pasar vocablos, frases y construcciones vituperables; que emplean estilo ampuloso y pedante; que en razón de pretender ser elegantes abusan de un estilo aparatoso y fatuo con el que contribuyen a lancear arteramente el idioma.

Algunas emisiones radiofónicas agudizan el peligro porque se desvían del papel orientador de grandes grupos sociales, entre los cuales deberían expandir cultura y promover adelanto, para, en vez de eso, frangollar, unos, artículos, y otros, pláticas y charlas, en los cuales ponen de realce las flaquezas de su raquítica preparación literaria.

Como prueba de nuestro aserto vendrá a propósito la reproducción textual de algunos párrafos que tuvimos la paciencia de leer en las gacetillas de uno de los matutinos más leídos en esta ciudad.

Comienza de esta guisa el, llamémosle por piedad, articulista:

"La venusiforme artista recibió a las cámaras cinenoticiosas el jueves que recién rebasamos, con el muy plausible pretexto, etc."

Prosigue: "La cautivante sonrisa de la primentosa video-maniquí fulana de tal".

Continúa: "El conocido cinematografista ha empezado a enredarse con el señuelo de una serie telehistriónica".

Insiste: "El actor zutano estelarizará una obra que pasará capitulada".

Reincide: "Se ha dado pasaporte a tres musicadores de una estación para el espectáculo televisible".

Y termina: "Se nos perdió de vista la mangolínea M. L. K. que militara durante algún tiempo en las filas del modelaje azteca".

El ente que tuvo la osadía de pergeñar lo anterior y quienes autorizaron la divulgación del galimatías, están clamando a gritos por el auxilio de un maestro de instrucción primaria que les haga la caridad de sacarlos de la ignorancia en que se ahogan.

No es raro tropezar con anomalías como éstas:

"El señor ministro develó la estatua del patricio". El gacetillero percibió algo de "velo" en el verbo y tal cual le sonó así lo estampó, ignorante, como sigue estando, de que la voz "debelar" (con b), significa rendir al enemigo por la fuerza de las armas.

A ustedes habrá tocado la adversa fortuna de escuchar, con persistencia que atosiga, desatinos como los siguientes:

"Muebles de maderas tropicalizadas".

"Palmolívase diariamente".

"Vitamínese con frecuencia".

"Milongantemente hablando".

"Mayor exclusividad".

"El traje de la china tuvo su inicio en Puebla".

"Los capitalinos llegaron primero".

"Se fue el audio", en lugar de se interrumpió el sonido, y otras expresiones absurdas que rebasan los límites de las sandeces para caer en absoluta demencia.

Se exacerba el mal padecido por nuestra lengua con la intromisión de voces extranjeras desarticuladas o resquebrajadas que convierten el discurso en una jerigonza ininteligible de la cual echan mano personas que por fatuidad o por desconocimiento corrompen la lengua española hasta el grado de desposeerla de su autenticidad y majestuosa belleza.

Existen varias publicaciones de origen extraño que se vanaglorian de

haber sido vertidas al castellano; pero que lo han sido por traductores mercenarios, a quienes alguien ha llamado "galeotes de las letras", y que sin responsabilidad ética disertan con sobra de anglicismos.

Me afirmo en la creencia de que corresponde a la Academia intervenir en la tarea ineludible y ejemplar de combatir la acuñación, incorporación y difusión de esos engendros y considero ingente emprender la cruzada que nos precava de riesgos mayores.

Claro es que habremos de aceptar muchas voces que son de uso frecuente y que en español no tienen completa equivalencia; así lo ha tenido por prudente la Real Academia Española cuando dio entrada a vocablos como *futbol*, *detective*, *líder*, *filme*, *flirtear* y *macadamizar*; pero para admitir la introducción de vocablos de formación reciente, habrán de tomarse en cuenta las condiciones que desde mucho tiempo atrás dejó fijadas nuestro insigne filólogo e ilustre académico don Rafael Angel de la Peña, quien las sintetizó de este modo:

1o. "Los neologismos han de satisfacer una necesidad designando objetos, expresando ideas o matices de una idea que carezcan de voz apropiada para ser significados".

2o. "En su formación han de observarse las leyes morfológicas relativas a la estructura de las palabras simples y a la construcción de las derivadas", y

3o. "Han de estar autorizados por el uso de buenos escritores".

No padecemos el virulento mal de xenofobia, pero nos repugna el pernicioso gusto de personas que, por desdenar lo nuestro, aplican a sus hijos nombres de pila importados. A menudo escuchamos expresiones como las siguientes:

Fanny (diminutivo de Frances, Francisca, cuyos equivalentes serían, Paca, Frasquita, Paquita, Panchita), regresó de Acapulco.

Hellen (Elena) descuella en labores femeniles.

Elisabeth (Isabel) inició su carrera artística.

George (Jorge) hizo la explicación conducente.

Emily (Emilia) fue declarada reina de la primavera.

Eddy (Eduardo) presentó lucido examen.

Willy (Memo) presenció el torneo.

Mike (Miguel) se encuentra bastante ocupado.

Jack Caesar (Juanito Cesar) salió rumbo a los Estados Unidos.

Johnny (Juanito) obtuvo muy bajas calificaciones.

Betty (Isabelita) recibió el pasado lunes a sus amistades.

Jacqueline (Femenino de Jacques, Jacobo) obtuvo premio en las últimas carreras.

Vicky (Victoria) toca admirablemente el piano.

Joe (De Joseph, Pepito) firmó nuevo contrato.

Tony (de Anthony, Antonio) estrenó un coche de fabricación alemana.

Las Marthas y las Berthas (con th) se multiplican a granel.

Fue febril el entusiasmo que invadió a los niños por jugar el ula-ula, con el "Hula-hoops" o jula-jula como es admitido decir en Sud-América, diversión que mermó el bolsillo de los padres ricos y puso en aprietos a los progenitores de vástagos numerosos.

Cuando le cansa el "moon-rocket", la chiquillería distrae el tiempo en la atenta contemplación de los monitos grabados en las páginas multicolores de la edición dominical de los periódicos, en donde, para representar un estallido, algún destrozo o cualquier chasquido, el ilustrador escribe "snap", con lo cual trata de significar nuestras corrientes interjecciones: ¡zas!, ¡tras! o ¡pum!

Los pepitos que ahora bailan el "buggy-buggy" o el "rock and roll", a fin de calmar la sed que les provoca tan rudo ejercicio, disponen de una variedad encantadora de refrescos. Hay "Pep", "Seven-up", "Hit", "Squeeze", "Squirt", "Ginger-Ale", "Orange-Crush", "Nehi", "Gran-Mister", "Schweppes" y otros más.

Para designar los totopos, los charritos o las papás fritas, que ofrecen junto con los "hot-dogs", los productores les colocan muy orondos el marbete de "Snacks", que estaría mejor representado por piscolabis, refrigerio o botana, como generalmente llamamos en México a la ligera refacción que se toma más que como alimento, como regalo del paladar.

Sería injusto callar que algunos periódicos serios defienden asiduamente los fueros del idioma, no sólo difundiendo preceptos y transmitiendo consejos, sino también poniéndolos en práctica, con la conciencia de que procediendo así prestan un servicio de gran utilidad a México.

Sin embargo, al leer la prensa no es nada raro darnos de manos a boca con noticias tan importantes como las que siguen:

—Cada dos horas se presenta un "Show".

—Los almacenes están montados "up to date".

—En los diversos departamentos los visitantes tienen a su servicio un "bell-boy".

—Tales actos constituyen auténticas escenas de "gangsters".

—En los momentos en que la policía abrió el "closet".

—Tuvimos oportunidad de escuchar al "crúner" (de to-croon, cantarrear, arrullar especialmente con cantos populares) de la voz de seda.

—Treinta días más tarde ocurrió el "dumping" (la depresión, la baja) del algodón.

—En ese sanatorio sólo pueden operar los médicos que pertenecen al "staff" (personal).

—En los “lobbies” (pórticos, vestíbulos) de los hoteles abundaban los rumores contradictorios.

—Insistentemente la interpelaron acerca de cuál era su “hobby” (inclinación, afición, interés, diversión a la que se consagran los momentos de ocio, etc.).

—Visite usted nuestro “stand”.

—Permanece inalterable el “stock” (existencias, reservas) monetario.

—El propietario hizo colocar una placa de bronce a la entrada de la “suite” que ocupó el personaje, con la inscripción: “Aquí durmió Eisenhower”.

Las radiodifusoras, prositiuyendo su noble papel de vehículos de primer orden para la difusión de la cultura agreden, enferman y corrompen la sinéresis y el buen gusto, empleando palabras como:

—“Crafts”, que tiene tantas acepciones en español como: arte, habilidad, oficio, destreza, treta o artificio, según el caso.

—“Craftsman”, por artífice, artesano.

—“Aircraft”, por naves aéreas.

—“Pick-up”, por camión acarreador.

—“Supply”, por ministrar, abastecer.

—“Sterling”, por genuino, puro, de ley.

—“Implementos”, por maquinaria, herramientas, utensilios.

—“Display”, por exhibición, demostración.

—“Close-up”, por acercamiento.

—“Dar chance”, por dar oportunidad.

—“Tópicos”, por asuntos, temas.

—“Sketch”, por diseño, bosquejo, esbozo, boceto, plan, composición literaria corta, pieza ligera.

—“Long-play”, por “de larga duración”.

—“Hit-parade”, por desfile de éxitos.

—“Exit”, por salida.

—“Stick” por barra.

—“Caddy house”, por departamento para los bastoneros.

Como si no tuviéramos que bregar tenazmente con verbos viciosos en español tales como: ofertar, elucubrar, obstruccionar, apantallar, jurisdiccinar, influenciar, acancerar, rotar (en lugar de romper), anexionar, destornillarse de risa, protagonizar, etc., algunos periódicos nos centuplican la carga con palabrotas como: chutar, taclear, pichar, faulear, golear, fomblear, esquiar, lonchar, ponchar, enclochar, checar y otros tan chocantes como éstos, usados con ofensivo exceso.

Debemos imputar parte de la culpa a los revisteros deportivos y a las secciones correspondientes de los periódicos, que de manera pertinaz mar-

tillean en demérito del idioma, con noticias plagadas de anglicanismos como los que apuntamos en seguida:

"El *roll* (rol) de juegos".

"Ramírez triunfó en *singles*".

"Designó Brasil el *team* que contendrá contra la selección inglesa".

"Con un *rally* de seis carreras logró imponerse el Poza Rica".

"Para hoy se anuncia doble *header* en el Parque".

"La semana entrante entrevistarán al *manager* del púgil".

"El triunfador ganó la delantera en el *sprint* final".

"Rivas lanzó el noveno *inning* sin permitir anotación".

"El magnífico *bending* del contrario".

"Más atractivo presentaría un *bout* entre esos peleadores".

"Amaro dio un *tubey*".

"Los dos últimos juegos terminaron por bajo de su *estándar*".

"El equipo soviético ganó el *match* principal".

"Tendrá como adversario a su compatriota X, *recordman* mundial de los cien metros".

"Así lo afirmó el *matchmaker* en la última entrevista".

"Le dieron un *penalty*".

"Declararon el pleito no *contest*".

"El *score* quedó a favor de los de casa".

"Casarín es un maestro del *driblin*".

Otro aspecto en el que se deplora la absoluta postración literaria es en el que presentan los compositores de canciones populares que lejos de guiar a los niños y a los adolescentes por el buen camino en que aprendan a disfrutar de la belleza; en vez de despertar y vigorizar su sentimiento estético, brindándoles algo impregnado de donaire y frescura, echan por tierra los esfuerzos de padres y maestros y sin pizca de cordura les ofrecen producciones no sólo exentas de imágenes e ideas nobles, graciosas, o aunque fueran traviesas, sino malas concepciones, desaliñadas e insulsas, cuando no abiertamente insolentes y procaces.

Veamos, si no, estos retazos que reflejan la sintaxis, la prosodia y la ortografía de los vates:

Ayer...
recién ayer
te vi pasar
y tu mirar
me acarició.

Otro, con mayor desaseo, escribe:

*¡Qué hay! ¡pos qué pasó!
¡pos qui hubo mialma,
arrejúntese con yo.
Y no soy rival
por Dios Santito,
lo que quiero es vacilar.*

No únicamente refractaria al buen gusto, sino francamente detestable para ser puesta en labios de las niñas a quienes va dedicada, es la que comienza diciendo:

*Te fuiste y qué...
para mí me da lo mismo
si al final, en el abismo
de la vida has de caer.*

*Te fuiste y qué...
ni que fueras el primero
ni el último siquiera
pa' ponerme a padecer.*

Para aumentar el número de golfos y pillastres, algún perillán les compuso su himno:

*Nosotros somos
los invitados de honor
que siempre estamos
al baile presto y veloz.*

*Hay unas gentes
que nos apodan gorrón
pues nos tomamos
casi toditito el ron.*

Contubernio de incivilidad y rufianería se refleja en la tonada que recientemente estuvo en boca de los adolescentes y que era difundida a todas horas por radio y televisión:

*Yo no me caso, compadre,
por eso quiero
pensar un poquito*

*pa' no meter
las cuatro patas de un jalón.*

*Al encontrarme un amor
le digo véngase usted,
al rato le digo: pos no...
no, no se puede.*

*Y si se quiere amarrar
le digo: yo no podré,
mejor se busca
por ai otro querer.*

Y para colmo de tanto estropicio, citaremos la obra de un bardo esplendoroso que gozó del prohiamiento de las estaciones difusoras, las cuales llevaron la excelsitud de su ingenio por todos los ámbitos:

*Corazón de melón, de melón,
melón, melón, melón, corazón.*

*Luna, desde que la conocí
no hago ya más que pensar
en ella, en ella, en ella, en ella.*

Las consideraciones expuestas me inducen a venir ante esta docta Academia, como lo hago con el debido acatamiento, para obtener de ella que, si lo estima oportuno y pertinente, sea bien servida de aprobar la siguiente

M O C I Ó N

1o. Háganse las diligencias conducentes ante la Secretaría de Educación Pública, a la cual corresponden altísimas funciones de carácter espiritual, social y nacional, a fin de que, sin alteración de sus presupuestos, con cargo a la Subsecretaría de la Cultura, podría ser, instituya una comisión que permanentemente se encargue de promover lo necesario para que en las escuelas de su jurisdicción se inicie o se intensifique una bien reglamentada campaña en beneficio de nuestro idioma.

2o. Requírase la autoridad de la misma Secretaría de Educación Pública para que las personas que integran su Departamento Jurídico —las

cuales, a no dudarlo, están imbuidas en el noble pensamiento de que operar persistentemente en la purificación y fijación del idioma es contribuir a la consolidación nacional— ejerzan persuasivamente su autoridad moral con el objeto de lograr que los compositores de canciones negligentes o descuidados en el lenguaje, mejoren el vocabulario y las formas defectuosas de expresión que padezcan sus producciones, antes de que les sea otorgado el reconocimiento de los derechos de autor.

3o. Solicítense los buenos oficios de la propia Secretaría de Educación Pública con el propósito de que, si así lo juzga prudente, demande la cooperación de las Secretarías de Estado que guardan relaciones oficiales con los señores productores de películas cinematográficas a fin de persuadir a estas personas de que, sin el ánimo de vulnerar su ingenio, ni deslustrar las frases, figuras y alegorías con que dan forma graciosa y pintoresca a sus personajes, procuren no apartarse de las normas lingüísticas que embellecen el buen decir y le imprimen fuerza y lozanía.

4o. Gestiónese que el Departamento del Distrito Federal establezca una sección a la cual se encomiende vigilar y hacer observar las disposiciones acertadas que se dicten con la mira de lograr que en la denominación de empresas, en los letreros y avisos de propaganda mercantil, en los marbetes que se adhieren a frascos y envases de los productos nacionales; en los carteles murales y en los avisos que se exhiben en los cines, los anunciantes se sujeten al uso de nombres, términos, giros y locuciones redactados en el idioma oficial.

5o. Sugírase al mismo Departamento del Distrito Federal que, por medio de sus organismos competentes, elabore la reglamentación justa y adecuada para establecer las sanciones económicas que deban imponerse a los remisos y a los reincidentes en vulnerar la lengua patria.

6o. Ruéguese a los señores directores de los periódicos que se editan en esta Capital, que se dignen poner a contribución su reconocida cultura y magnífica voluntad, recomendando a los señores redactores de las páginas deportivas que, en cuanto sea posible, se esfuercen por usar exclusivamente un correcto español.

7o. Ejercítase una acción semejante con los señores directores de las estaciones radiodifusoras hasta conseguir que los señores locutores empleen en su actuación el más acendrado lenguaje de que puedan disponer.

Tenemos confianza en que, mediante la acción rectificadora emprendida por esta honorable Academia, podrán ser eliminados paulatinamente muchos de los vicios que maculan la expresión.

Muy respetuosamente.

SALUDO AL DR. JOSÉ AGUSTÍN BALSEIRO

Por FRANCISCO MONTERDE

LOS AQUI presentes hubiéramos deseado que en el saludo a don José Agustín Balseiro —por quien la Academia Mexicana Correspondiente de la Española se honrará al honrarlo—, se escuchara esta noche, en la ocasión que nos reúne, la voz de su Director don Alfonso Reyes.

De labios de este guía ejemplar oímos el doctor Balseiro y yo, al visitarlo juntos, hace unos cuantos días, en su biblioteca —donde tenaz padecimiento lo retiene a pesar suyo—, la justificada excusa, ante la imposible realización del deseo que alentaba: el de venir a acompañarnos.

De él ha recibido el que habla la confirmación de la voluntad colectiva —para mí, orden que singularmente me distingue—, la cual desde luego acato: a mi pesar, porque eso nos impide oír palabras del ausente; pero complacido, por tratarse de dar la bienvenida a quien es nuestro huésped ahora.

Estas frases de salutación serán por fuerza débiles, si se comparan mentalmente con las que el Director de nuestra Academia habría pronunciado, si hubiese podido hacerlo, en honor del visitante ilustre.

Tanto él como aquellos que gentilmente me escuchan, deberán perdonarme, ya que, por el ineludible cambio de nombres en el programa, todos perdemos.

Excelente amigo y compañero en tareas de crítica y enseñanza, el distinguido escritor y maestro José Agustín Balseiro, catedrático de la Universidad de Miami, Florida, presidió muy dignamente el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana en años decisivos (1955-57) y es Miembro correspondiente del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia, de Argentina, y de la Academia Española.

Accedí complacido a saludarlo, no sólo por la amistad que nos une, mantenida —a distancia— con lecturas recíprocas y palabras cordiales; porque juzgué honrosa esta designación, que me permite acercarme de nuevo a

su obra literaria y aproximar mi nombre al suyo, tan prestigiado en América —de Norte, Centro y Sur pasando por las Antillas— y en Europa.



Como escritor, Balseiro no se sustrajo a esa tradición según la cual, en nuestras latitudes, la sensibilidad estimulada por el ambiente hace que la adolescencia se exprese en frases rimadas y abra a la juventud las puertas de la poesía. Él, que bebió en la mocedad los sápidos sumos del modernismo, acendró sus mieles en *La copa de Anacreonte*, y prestó después oído atento a una *Música cordial*. Antes de que admirara *La pureza cautiva* la voluntad del poeta que mejor ha interpretado a su patria en el presente, llegó a cristalizar las *Saudades de Puerto Rico* y está alerta en *Visperas de sombra*.

Apadrinado, al partir, por el poeta de *Elegías*, el desaparecido Eduardo Marquina, recibió más tarde el espaldarazo del mismo Alfonso Reyes, el cual en reciente fecha le confirmó el catedrático de la Universidad de Salamanca, Manuel García Blanco.

Balseiro entró en el relato por *La ruta eterna*, a la que seguiría, dentro de la narración novelesca vinculada con las preocupaciones del momento, *En vela mientras el mundo duerme*, y, al elegir el fragoso camino del teatro, dio su comedia dramática *Don Juan Love*, que podrá llegar al escenario de Hispanoamérica digno de acoger obras como ésa en que el interés se apoya en la calidad del estilista.

El autor de ensayos que obtuvo el galardón de la Real Academia Española, desde el tomo inicial de la serie *El Vigía*, lo vio refrendado con la amplia aceptación que el público brindó a los tomos sucesivos de la misma serie; el segundo de los cuales, justificadamente reimpresso, fue prologado por el doctor Gregorio Marañón, el de la salud victoriosa.

El crítico, a quien consagró tal obra, también sabe familiarizar al lector con las páginas de los más leídos narradores peninsulares: concienzudamente, en *Novelistas españoles modernos*, lo conduce a través de las realizaciones de Juan Valera, José María de Pereda, Pedro Antonio de Alarcón, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, el padre Luis Coloma, Jacinto Octavio Picón, Leopoldo Alas (*Clarín*) y Armando Palacio Valdés, por él comprensivamente analizados.

Confirmación de su mejor entendido hispanismo es el volumen *Cuatro individualistas de España* —Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle Inclán, Baroja— publicado por la Universidad de Carolina del Norte, con prólogo de Nicholson B. Adams, quien acertó a subrayar los méritos del crítico Balseiro.

La enumeración, forzosamente escueta, de los títulos que preceden al de la obra —que el autor ha querido consagrar a la memoria del prócer puertorriqueño don Luis Muñoz Rivera—, con la mención de tan ilustres prologuistas, es suficiente para invitar a la lectura de sus libros, pues basta saber que han escrito acerca del autor y de sus obras, quienes se hallan capacitados para hacerlo.

En la bien lograda selección de ensayos, no reunidos antes en volumen, que ha titulado *Expresión de Hispanoamérica*, certeramente Balseiro alcanza un punto de plenitud, con la conciencia del pensador que ve su misión cumplida en las aulas y en diferentes órganos de difusión de las ideas, después de recorrer sin prisa los caminos del mundo.

Su honda experiencia humana y el saber que ha atesorado no sólo para dar lecciones, le permiten tratar cada uno de los temas elegidos por él, con tal equilibrio y mesura, que sin herir puede señalar discrepancias entre su criterio y el de los autores que examina.

•

Abundante y variado, además de ameno, es el panorama que ofrece *Expresión de Hispanoamérica*, libro en que Balseiro es el prudente vendimiador en pleno goce de lo propio, ya que para arribar a sus confines hubo de nutrirse antes en el terruño natal y en extrañas tierras acogedoras.

En el noble ejercicio de las letras y en la perenne devoción de la cátedra, templó la voz y purificó el estilo, para llegar seguro a la deseada meta. La pericia, el ingenio del escritor que ha aprendido a ser maestro en el curso de literatura, en la plática y en el ensayo, se advierte —con la firme preparación que le ha entregado lentamente el dominio del tema en sus justos avances— por el interés que ha sabido dar a cada materia, con el tratamiento adecuado.

Pero la impresión de esas lecturas sería quizás pasajera, efímera, si Balseiro no saciara su sed de conocimiento en el caudal del idioma, que para él no tiene secreto alguno, pues lo ha bebido gota a gota en sus más claras fuentes; y si la riqueza idiomática no sirviera a la vez de vehículo para la desinteresada tarea de sembrador —que siempre avizora como atento vigía— y derrama a tiempo en los espíritus la pródiga simiente.

•

Bienvenido José Agustín Balseiro, quien trae las manos plenas de lo que cosechó a lo largo de una fructuosa labor, como poeta, ensayista, crítico,

narrador y maestro que sabe mirar y hacer ver —y sentir— a otros lo que ha contemplado y sentido.

Los honores que hasta ahora recibió son también nuestros porque ésta es su casa —de acuerdo con la expresión de una vieja, no olvidada cortesía que él conoce. Bienvenido aquí el admirado colega, el amigo inmejorable José Agustín Balseiro que esta noche vuelve a sentarse entre nosotros.

Con su grata presencia continúa el capítulo de visitas que prolongan una tradición que nos esforzamos por conservar, ya que estrecha vínculos desde hace cuatro centurias existentes, de los cuales va a hablarnos: aquellos que unen con firmeza a México y Puerto Rico.

De aquí partía en siglos virreinales, recordémoslo, el “situado” que la Nueva España solía enviar a San Juan de Puerto Rico —a veces, tardíamente, como los últimos honorarios que adeudaba al obispo Bernardo de Balbuena y que llegaron allá después de su fallecimiento.

Podrá servirnos de disculpa en la tardanza, el hecho de que en ese Mare Nostrum que viene a ser el Seno Mexicano, se interponían también corsarios, sirtes y escollos que hacían de cada viaje una aventura sin desenlace previsto.

Ahora, como excepcional compensación, nos viene de allá un visitante generoso que ha hecho escala y tiene raíces en Miami, en la Florida, en la cual brota aún la fuente de perenne juventud, por la que no sólo Juan Ponce de León fue quizá un Fausto sin Mefistófeles, como lo comprueba en su persona José Agustín Balseiro, a quien me complace decir: ¡bienvenido!

México, 31 de julio de 1959.

MEXICANOS Y PUERTORRIQUEÑOS

Por JOSÉ A. BALSEIRO

DIJO Martí de México "que siempre tuvo corazones de oro". Si no bastare ese egregio testimonio de mayor excepción; si fuere menester el de persona sin relieve singular, confírmelo mi gratitud tantas veces ganada por el señorío hospitalario de este pueblo generoso. Y ahora no hallo más que mayores motivos de reconocimiento al ser invitado por su centenaria Universidad y al ser bienvenido por esta ilustre Corporación.

Nacido en Puerto Rico cuando ya flotaba en mi Isla el pabellón de Estados Unidos; educado en ella, en la república de nuestra ciudadanía y en España, al venir a México en 1938 —representando al Departamento de Estado de Washington ante el Primer Congreso de la Enseñanza de la Literatura Iberoamericana— reconocí el espléndido mundo de la América española. Y México —mediante el fino calibre de sus intelectuales, las felices voces de sus poetas y sus músicos, el pincel audaz de sus pintores, el prodigio de su paisaje y su magnánima cordialidad— diole a mi vida nuevas dimensiones de armónico estímulo, de plástica originalidad, de pulida transparencia y de amistades prósperas.

No era difícil, para un puertorriqueño, captar aquí idiosincrasias y virtudes. Porque, aunque no existe la vecindad geográfica entre nuestros pueblos, hay —merced a la comunidad lingüística— determinadas corrientes que, en flujo y reflujo, relacionan el espíritu de ambos países.

Cuando Bernardo de Balbuena llegó a Puerto Rico, para ser su máximo prelado, llevaba en el haber poético la *Grandeza Mexicana*. Había visto, y recreado en su imaginación de erudito, no sólo la naturaleza encantadora donde floreciera esta Ciudad, sino cuanto sus habitantes hicieron para enaltecerla en su civilización cristiana y en su cultura vital. De ahí que quien celebrara acá incontables estímulos estéticos —¿no os llamó Menéndez y Pelayo "la parte predilecta y más cuidada" del imperio colonial?— compadecería después a nuestra Antilla —entonces paupérrima y recién devastada

por los huracanes— “tan alcanzada así de dineros como de los demás frutos y mantenimientos de ella”. Y si en México echó el poeta-obispo las raíces de su fama, en Puerto Rico nos dejó la melancolía de sus horas postreras y el recuerdo de sus mortales despojos.

Vuestro sabio de los *Infortunios de Alonso Ramírez* insufló literaria inmortalidad a un niño nuestro que aquí arribara en azarosa aventura. Y no es esa la única ocasión en que Carlos de Sigüenza y Góngora se acerca a Puerto Rico; ni momento insólito aquel en que Puerto Rico se relaciona con el célebre polígrafo.

Fue un latinista de San Juan, Francisco de Ayerra y Santa María, quien, en 26 de junio de 1690, y siendo aquí capellán del Convento Real de Jesús María, expidiera permiso para la impresión de los *Infortunios*. Por cierto que, definitivamente ausente de su Isla, pero con la saudad insuperable que es la esencia misma del puertorriqueño desterrado, no olvidó, al redactar la licencia, su origen: que era el mismo del héroe del relato. Y lo alude identificándole como “compatriota”.

De otra parte, en su *Triumpho Parthenico*, el de la *Primavera Indiana*, elogia a su censor a quien juzga “poeta admirable, agudo filósofo, excelentísimo jurisconsulto, profundo teólogo”, sin que con las palabras citadas termine el panegírico.

Premiado en más de un concurso de los que aquí hubo en la segunda mitad del siglo XVII, y, como Sigüenza y Góngora, admirador ferviente de Sor Juana, si el mexicano pronunció la oración fúnebre para honrarse honrándola, al fallecer la monja iluminada, el puertorriqueño le escribió su mejor soneto:

*¿Que aquí yazes, o Nise? Ya se envierte
el orden de essa Esfera peregrina;
Pues si en los Astros el Saber domina,
¿Cuál dellos influyó para tu muerte?*

*No a su luz, ni al arbitrio de la suerte
Tu horóscopo temió fatal ruína,
Que quien en la fortuna predomina
En los planetas tiene imperio fuerte.*

*Causa mayor, impulso poderoso
Nueva Estrella te dio, no de Estrolabios
Su rumbo penetrado luminoso:*

*Pues de causas segundas sin agravios,
¿Cuál pudo ser la de tu fin glorioso?
Que la muerte es la estrella de los Sabios.*

En 1884 celebróse en la Escuela Normal de Santo Domingo la colación de grados a sus primeros maestros. Eugenio María de Hostos, su fundador y oráculo, disertó allí con histórica autoridad.

Un año antes, el 19 de diciembre de 1883, había nacido vuestro Antonio Caso. Y sería menester esperar por el filósofo mexicano para que escribiera las palabras definitivas al referirse al trascendente discurso académico. Apreció Caso aquella pieza calificándola de "obra maestra del pensamiento moral independiente de la América española". Y detalló, en seguida: "...especialmente los párrafos en los cuales Hostos revela su profesión de fe, pueden equipararse, en mi concepto, a los mejores trozos clásicos en los cuales los grandes pensadores de todos los tiempos han alcanzado la expresión literaria perfecta, como consecuencia natural de la perfección lógica de las ideas".

Otro mexicano, Mauricio Magdaleno, vio en nuestra figura señera al concienzudo orientador empeñado en llevar orden al "turbulento caos" (son sus palabras) de la conducta de los pueblos hispanoamericanos. Y piensa que el evangelio de Hostos "es la nota espiritual más actual de estas tierras".

Alrededor de la fecha cuando así escribía Magdaleno apareció aquí la *Antología de poetas y prosistas* hispanoamericanos modernos, de Francisco Monterde. En ella el docto catedrático de vuestra Universidad incluyó un fragmento de Hostos y el emotivo soneto *La Borinqueña*, de José de Diego.

En *Indología*, otro miembro de esta Academia, José Vasconcelos, recuerda una visita suya a Santo Domingo. Y deja una nota que dice: "Pasamos unos minutos reverentes en la tumba de Hostos..."

El 4 de enero de 1939 el entonces secretario de la Comisión de Cooperación Intelectual de la República transmitía a Puerto Rico el acuerdo de nombrar un Comité Mexicano Pro Centenario de Hostos. Firmaba vuestro ilustre Director, Alfonso Reyes.

Entre los escritores de nuestra Isla fue una profesora, Concha Meléndez, quien primero se doctoró en Filosofía y Letras de la Universidad de México. El hecho marca rutas por venir a legión de estudiosos que, desde 1932, halla eficaz docencia en las mismas aulas.

No obstante, las relaciones literarias con lo mexicano manifestáronse en Concha Meléndez cuando, alumna de la Universidad de Columbia, en Nueva York, el amor al misterio, acentuado en su espíritu al leer a Nervo, la movió a escribir, en 1926, un estudio sobre ese aspecto esencial del creador de *Los Jardines interiores*. De 1934 es la tesis de la misma autora sobre *La*

novela indianista en Hispanoamérica. Las referencias a México son entonces frecuentes. El capítulo VII trata de las novelas históricas aquí escritas; y el XI, de las novelas poemáticas. Posiblemente por la índole de su labor no encontramos en sus páginas más que las fichas rigurosamente objetivas. Pero en México aparece, en 1936, *Signos de Iberoamérica*. Y en ésta reconocemos a la observadora sutil, de sensibilidad impresionista, culta y matizada, que a menudo apreciamos en sus obras de crítica. Tres temas mexicanos la enriquecen: *Sor Juana y los negros*, *El poeta Manuel José Othón y Alfonso Reyes*, *flechador de ondas*. El último, en su versión prístina, fue una conferencia leída en el Ateneo de Caracas y en el Consejo Nacional de Mujeres en la Argentina.

Esas menciones específicas no quieren decir que sean exclusivas en el acercamiento intelectual y personal de su autora a México. Además de venir aquí como estudiante, reunióse con nosotros para la fundación del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Y, aparte aquéllos, trató, en sus *Estudios hispanoamericanos* (1943), de *El resplandor*, de Mauricio Magdaleno; y, en *Figuraciones de Puerto Rico y otros ensayos* (1958), recogió su *Retorno a Alfonso Reyes* y *Ficciones de Alfonso Reyes*, concluyendo el primero con estas hermosas palabras: "Si no transformado en sagitario celeste, como el centauro sabedor de todas las ciencias y todas las artes, el flechador mexicano debiera al menos quedar indefinidamente en el ciclo de las ideas, dando a los que no pueden subir tan alto, las imágenes de su contemplación".

Nombrado el maestro de *Ifigenia cruel*, recordemos que así como las relaciones de Sigüenza y Góngora con Puerto Rico son de ola y contraola, acaece otro tanto con las del mexicano de hoy. Ya le sabemos reiteradamente visitado en sus moradas artísticas por una de Casa: Puerto Rico hacia México. Y al prologar él, con algunas de sus páginas espléndidas, uno de nuestros libros, México vuelve a la Isla de luz.

En el Madrid de mis años mozos fui invitado por Ramón Gómez de la Serna a una comida de despedida. No era el ágape en la cripta de Pombo. La reunión sería en L'Hardy. ¿A quién distinguiría el PEN Club? ¿A quién rendirían tributo los escritores sobresalientes de España?... A quien, siendo universal por la cultura revelada desde su primer libro, adquirió temprana conciencia de sí mismo al desentrañar no pocos tesoros de los clásicos peninsulares sin dejar de ser profunda e inconfundiblemente mexicano. Y sé que entre los custodios de las Letras de este pueblo huelga esclarecer que aludo a quien Pedro Henríquez Ureña avisaba que era "el escritor más joven", y ya el "de mayor porvenir de México", en carta del 15 de febrero de 1911 a Menéndez y Pelayo.

Si escuché, devoto, al ahora Director de esta Academia, apenas me le

acerqué para renovar mi adhesión, bastábame con retener su imagen en la memoria como la del arquetipo intelectual de Hispanoamérica.

Andando el tiempo, y representando el de *Visión de Anáhuac* a su república en la del Brasil, le envié un cuadernillo lírico. No tardó en corresponderme. Y, como suya, aquella contestación no era la carta convencional de acuse de recibo. En un ejemplar de la edición madrileña del primoroso libro (1923), escribió muy alentadoras palabras: "A José A. Balseiro, por sus encantadores *Sonetos*, cordial saludo de Alfonso Reyes. Río 1934". Transcurrieron casi dos años. Y otro día —el 10. de junio de 1936— desde su residencia en Laranjeiras, 397, saludábame para comunicarme que estaría dentro de un mes a mis órdenes en Buenos Aires, Embajada de México: Arroyo, 820.

No debía dudar que no sólo en las Letras estaba yo ante espíritu de excepción. Siendo tan diferentes uno y otro hombre, uno y otro escritor, la bondad de Alfonso Reyes recordábame a la de Unamuno. Con la diferencia de que cuando don Miguel inició su trato epistolar conmigo hízolo para comentar el amplio ensayo que en el segundo tomo de mi *El Vigía* dediqué a sus obras novelescas, tan desdeñadas entonces en España.

Animado por la *alfonsecuencia* de este amigo cosmopolita de Monterrey, atrevíme a suplicarle que, si después de leído el manuscrito, pareciale aceptable, me prologara *La pureza cautiva*. Y cuando tuvo que partir de Buenos Aires, el imperativo de la rápida salida no le llevó a olvidarse del profesor puertorriqueño que enseñaba en la Universidad de Illinois. Encargóle a Pedro Henríquez Ureña que me remitiera el libro. Y su fraternal compañero cumplió como quien era, haciéndome llegar prólogo y manuscrito. Al evocar este episodio, revivo aquellas palabras de *Cortesía*: "No hace ningún daño traer a la discreción cotidiana las formas de la cultura".

La mención de *La pureza cautiva* me traerá otra vez a México. Pero, antes, debo regresar a Madrid donde hallaré nuevos contactos con esta república.

Conocí a don Francisco de Icaza a quien oí hablar de Cervantes, de Lope, de Mateo Alemán... Y, pese a que el último vino aquí, no asocio al diplomático y erudito con tópicos mexicanos. Recuerdo, más bien, una experiencia chocante en la que entró Rufino Blanco-Fombona, otro de mis amigos americanos de España.

Al filo de un mediodía me encontré al azar con don Francisco, muy decaído y acartonado, frente a Fornos. Por la acera opuesta venía el de *La máscara heroica*. Y, casi sin detenerse, gritó para que le oyera Icaza: "¡Eh, Balseiro, Nervo nunca le perdonaría si lo viera ahora!" El anciano, reseco y pequeñín, no quiso enterarse. Yo respeté su disimulo, fingiendo no haber oído

tampoco. Y Blanco-Fombona, sanguíneo y resuelto, prosiguió calle Alcalá abajo.

Aquella explosión típica no era hija únicamente del temperamento arbitrario del genial venezolano; éralo, también de las persecuciones y atropechos padecidos por él bajo la bota de Juan Vicente Gómez. Su psicología era la del hombre asediado que vivía siempre en sobresalto de nuevos ataques. Pasados unos días, al hablar con él, se disculpó sin excusarse directamente. Me hizo entonces una vieja historia reveladora de su lealtad a Nervo.

El mismo año de la muerte de Icaza, Enrique Diez-Canedo me presentó a otro Enrique, a la sazón ministro plenipotenciario de México en España. Y en mayo de 1925 recibí *El romero alucinado*, en "homenaje cordial".

Cuando publiqué el ya nombrado volumen de *El Vigía*, González Martínez escribió palabras que, si preciosas para cualquier autor, serían de valor imponderable para quien andaba aún por los veinte años y lo admiraba como al primero entre los poetas hispanoamericanos de entonces: "Es frecuente", decía con largueza, "que los comentarios sobre las obras literarias despierten durante su lectura reparos, inconformidades y refutaciones mentales. En *El Vigía* (II) las observaciones son tan justas y los juicios tan atinados, que los respaldamos con nuestra aquiescencia y los subrayamos con nuestro aplauso".

Al venir a México en 1938 hallé a González Martínez deprimido y opaco. Momentos antes vi a su hijo Enrique. Para agonía del viejo, la muerte no le andaba lejos al joven. Los ojos del poeta mayor, como su espíritu entonces, estaban poblados de sombra. Al hablarle —y aquí se revela el fino oído musical— don Enrique, incapaz de reconocermé por la imagen, supo identificarme por la voz.

No aguardó ya mucho tiempo para desnacer Enrique González Rojo. Pero, por uno de esos remozamientos en la existencia humana que diríamos casi milagroso, cuando se citaron en esta Capital todas las Academias de América afiliadas a la Española, González Martínez me sorprendió con sus pupilas claras, con su acento de paz y la Primavera de sus años postreros. Y ya era abril de 1951.

Al leer la *Obra poética* de Alfonso Reyes hermánanse estas glorias de México. Cuéntanse allí cuatro acercamientos a González Martínez: (1) "A celebrar los años del poeta"; (2) "Dio un paso más al áspero hachero inexorable"; (3) "Poeta, médico y... poco"; (4) "El alma en soledad está indefensa"... Testimonios de tal jerarquía hácenme pensar —y así lo indiqué a Reyes un día, mientras me daba hospitalidad en la que, como aquella del siglo XVIII, puede ser también llamada "Casa de la Sabiduría"— que uno de los temas de mayor hechizo para un ensayo sería *Alfonso Reyes y la*

amistad. Véase, si no, el índice de su creación lírica y la suma de los tributos personales a Nervo, a Xavier Villaurrutia, a Gabriel Méndez Plancarte, a Carlos Pellicer, a Francisco Monterde... para sólo aludir a algunos mexicanos, dejando fuera el nutrido grupo de autores, también ilustres, del extranjero.

Y mencionada ya *La pureza cautiva*, y nombrado Francisco Monterde, siga entrándome en esta tierra por la vía de los afectos.

Para mí lo máspreciado de aquel congreso de profesores que me franqueó vuestros linderos fue el conocimiento personal de dos amigos a quienes nunca evoco separadamente: Julio Jiménez Rueda y Francisco Monterde.

El primero, desde la sesión inaugural del Congreso dignamente presidido por el Licenciado Alejandro Quijano, revelóse como timonel seguro en cuyas manos el macillo presidencial sortea todos los arrecifes para marcar el preciso rumbo. Más de una vez, entonces y luego, vi cómo salvaba situaciones que mando menos enérgico y persuasivo que el suyo no lograra encauzar.

La admiración literaria que ya sentía por el autor de aquel *Moisés* reputado por George Pillement como "uno de los mejores libros de poemas en prosa de la América latina", supo, entonces, de otras facetas suyas no menos notables. Y, entre ellas, las de carácter individual no cedían en importancia a las otras. Sabedor de que había traído conmigo el original de *La pureza cautiva*, Jiménez Rueda buscóme impresor, ofreciéndose, además, para corregir las pruebas. Gracias a él, no lo perdí para siempre. Sin copia del mismo, al estallar la huelga violenta en la tipografía, ni manuscritos ni plomos quedaron sanos. Pero el amigo diligente, que ya sabía lo que significa para un autor quedarse sin el fruto de su trabajo, desde que no pudo recobrar su *Balada de Navidad*, había exigido galeradas dobles. Por eso, al transcurrir casi una década y aparecer en la Habana *La pureza cautiva*, Jiménez Rueda escribió —en la *Revista Iberoamericana* correspondiente a febrero de 1947—: "Ha surgido el libro después de una serie de vicisitudes que estuvieron a punto de hacer que desapareciera la obra del poeta". Y, modestísimo, silenció las intervenciones que tengo el privilegio de recordar aquí, para agradecerlo mejor. Con su literatura "colonialista"; con *La silueta de humo*; con los estudios acerca de Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana, también exaltada por él en la ficción y el teatro, aparte su *Antología de la prosa de México*, su *Historia de la literatura mexicana* y sus *Letras de México*, Jiménez Rueda ha servido a la Nueva España antañona y a su república de hogaño.

En Francisco Monterde, como en Jiménez Rueda, la versatilidad es una de las características prominentes. Y su riqueza de variedades dentro de la literatura, manifiéstase, asimismo, en los servicios que, relacionados con la

cultura, ha rendido a la de México en particular y a la de Hispanoamérica generalmente. El cuento, la fábula, el teatro, la investigación, la crítica de múltiples géneros, la arqueología y la historia débenle inolvidables aportaciones de creador y de orientador. Siente pronto, como su compañero, que le fascina el tiempo de su Nueva España. Y ya en 1918 publica dos narraciones colonialistas: *El madrigal de Cetina* y *El secreto de la Escala*. Todavía en 1943 aparece *El temor de Hernán Cortés*. Pero, sintiendo lo mexicano en todas sus gamas, no mira atrás para ver sólo al conquistador. El conquistado le vale, más de una vez, en recuentos llenos de encanto: *Jornada de Moctezuma*, que ocupó luego la primera parte de *Moctezuma el de la silla de oro*, y *Moctezuma II, señor del Anáhuac*. Por la inicial llamóle Santos Chocano a Monterde "un gran poeta de México". Y dijo bien. Porque la prosa de Monterde tiene allí esa difícil y alada sencillez que sólo alcanzan los líricos que no han menester ni de verso ni de estrofa para la formación del clima artístico y de su expresión inefable.

Un día —y esto hubiera sido bastante para deberle no poco— es el heraldo de *Los de abajo*, de Mariano Azuela. Otro —y esto hubiera sido suficiente para consagrarle como erudito— descifra la clave de una epístola de Cortés. Y —para que sus intervenciones sean más amplias aún— participa, destacadamente, en el Grupo de los siete autores que ejercería tan saludable influencia en la evolución del teatro mexicano. Su contribución es entonces doble: como coautor del manifiesto de febrero de 1926 lanzado por ese Grupo, y como uno de los comediógrafos del movimiento.

En todas las iniciativas de Monterde diríamos que su mexicanismo acendrado se revela en busca de las esencias espirituales y telúricas. Así lo evidencian, además de sus ya referidas obras, su galería de figuras en el libro *Cultura mexicana* y la colección de *Teatro mexicano del siglo XX*, con su Introducción y sus notas que subrayan los valores nacionales, pero abiertas las ventanas de la inquietud intelectual al pensamiento del mundo.

Los caminos de Monterde y de Jiménez Rueda se han cruzado muchas veces con los míos: aquí, en mi tierra y en el extranjero. Y si Alfonso Reyes me prologó un libro rescatado por Jiménez Rueda, Monterde acaba de distinguirme al escribir, con su reconocida autoridad, las palabras precedentes a una serie de ensayos, aún inéditos, que tituló *Expresión de Hispanoamérica*. De ahí mi júbilo al saber que me daría hoy la bienvenida en ocasión de tal relieve en mi existencia. Y ya habéis medido su magnanimidad.

En el congreso de 1938 hice también amistad con otro de los actuales miembros de la Academia Mexicana de Letras. Al nombrármeme presidente de la Comisión de investigaciones y estudios literarios, fue asignado, como secretario, quien luego movíome a evocar a Darío. ¿Por qué? En la conferencia panamericana de Río de Janeiro, Rubén fue el secretario de la legación

nicaragüense. Y pudo afirmar, en sus conversaciones particulares, el de la *Salutación al Aguila*, escrita entonces, que lo más importante de la reunión fueron los secretarios. Lo mismo hubiera podido repetir con justicia el novelista de la hermosa y excepcional *Al filo del agua*. Pasados los años, tuve la fortuna de reanudar mi trato personal con Agustín Yáñez, Gobernador de Jalisco entonces, fui invitado a la ceremonia de su ingreso en la Academia al recibirle en su propia y florida Guadalajara.

Allí, y entonces, estreché la mano de un lírico a quien ya tenía bien leído y a cuyo cargo dejasteis el discurso de contestación a Yáñez: Jaime Torres Bodet. Cartas y libros intercambiados desde aquella noche del 5 de septiembre de 1953 dan testimonio de nuestra amistad.

Para Puerto Rico el acontecimiento más importante del Primer Congreso de Academias, verificado en México, fue la promulgación del advenimiento de la nuestra. De no haber sido por la iniciativa aquí tomada, no la tendríamos aún el país de Hostos y Gautier Benítez, de Muñoz Rivera y José de Diego, de Manuel Zeno Gandía y Luis Lloréns Torres, de José P. H. Hernández y Antonio S. Pedreira, de José Antonio Dávila y Luis Palés Matos... Y de la Academia Mexicana, a ninguno debe Puerto Rico tanto como a vuestro ilustre Secretario. Dos veces estuvo allí el Dr. Alberto María Carreño. Y sólo su tenaz perseverancia, su exquisita habilidad y su seguro magisterio hubieran podido superar las dificultades del grupo incipiente, necesitado de la voz de la experiencia.

Echo de menos ahora a un prócer mencionado ya: al primero de vosotros en ir a nuestra Isla y dejar oír su voz en ella. Memoro, apesadumbrado por su ausencia definitiva, a aquel de quien don Jenaro Fernández Mac Gregor dijera que "ha creado ideales para las razas hispanoamericanas, afiriéndoles un espléndido destino". Don José Vasconcelos visitó mi tierra hace más de un cuarto de siglo. Allí se produjo siempre con su proverbial franqueza, afanoso de enseñar y de marcar rumbos ideológicos. De aquella peregrinación antillana dejó recuerdos en su *Indología*. En 1953 estuvimos juntos en La Habana: cuando Cuba y el Continente conmemoraron el centenario del natalicio de Martí. Poco después nos reunimos en Guadalajara.

Como a Icaza, a Reyes y a González Martínez, conocí en España al narrador vigoroso de uno de los libros mexicanos más leídos en nuestro tiempo, *El Aguila y la Serpiente*. Si le hallé luego en esta capital, volví a estrechar la mano de Martín Luis Guzmán en la de Puerto Rico: al establecerse allí el nuevo régimen autonómico del Estado Libre Asociado. También en San Juan estuve con otro distinguido autor mexicano, Andrés Bduarte, a quien en 1957, pasé la presidencia del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y quien ha prologado en Estados Unidos el notable *Panorama de la cultura puertorriqueña*, de María Teresa Babín.

En su Discurso de ingreso ante esta Academia —el 11 de julio de 1953— aseveraba Antonio Castro Leal: “No hay duda que en el campo de la lírica, México y los demás países hispanoamericanos han alcanzado su más alto nivel estético”. Puerto Rico no sería la excepción.

Los redactores de la revista *Estaciones*, en su cuaderno correspondiente al Invierno de 1958 (año III, número 12) sustentaban, a propósito de los poetas de México: “Para el nuestro, como para otros países, el siglo veinte es su centuria dorada”. Asimismo para Puerto Rico.

Según queda probado —sin que los transitara todos aquí—, por plurales senderos se ven, se encuentran, se relacionan y compenetran desde los albores del siglo XVII vuestra tierra y la mía.

Termino con la esperanza fervorosa de que, en virtud de los mensajes de vuestros poetas, de vuestros escritores, de vuestros catedráticos y conferenciantes recibidos y reciprocados por los nuestros, México y Puerto Rico se estimen aún más en el futuro, para fomentar nuevas jornadas de relación intelectual y de amistad hemisférica al servicio de las dos Américas.

¡Que así sea!

Muchas gracias.

JOSÉ DE JESÚS NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO

DOS instituciones de altísima cultura: la Academia Mexicana de la Lengua y la Academia Mexicana de la Historia se han vestido de luto al ver vacío uno de sus asientos: el que ocupó un notable hombre de letras y poeta de honda inspiración; el que ocupó uno de los investigadores e historiadores más respetables que ha tenido el país en los días que vivimos: José de Jesús Núñez y Domínguez.

Pero no sólo esas dos instituciones sienten que el llanto empaña los ojos de sus miembros, porque lloran al desaparecido cuantos aman las Letras, cuantos aman la Historia.

Muy joven aún, Núñez y Domínguez comenzó a vaciar en el periódico los tesoros de ternura que abrigaba su alma; los conocimientos que acerca de nuestro pasado había comenzado a acumular.

Entonces lo conocí; jovial e inteligente por extremo, despertó mi simpatía y mi admiración, y desde esa lejana época en que nació nuestra amistad, pude asomarme más y más al fondo límpido de su alma y de su inteligencia.

Pasaron los años; su obra artística le ganó el ingreso en la Academia de la Lengua, que acogió con alegría y con entusiasmo su labor de pensador y de poeta; pero el amor que sentía Núñez y Domínguez por la Historia le hizo juzgar que era necesario crear un cuerpo que en ella se ocupara y por esto con un grupo de historiadores fundó la Academia Mexicana de la Historia que dio nacimiento a la actual Correspondiente de la Real de Madrid.

Y el doblemente académico realizó una obra de extraordinaria belleza desde el punto de vista literario; extraordinariamente sólida desde el punto de vista histórico. El actuó con fervor en el Museo Nacional de Arqueología e Historia; él presidió uno de los Congresos de Historia y él formó el Museo de Chapultepec.

Mas hay un aspecto de Núñez y Domínguez que es imposible olvidar: el joven bullanguero que se inició en el periodismo y que como periodista

fundó y dio nombre al gran periódico Excélsior, que en Revista de Revistas ayudó a la formación de otros escritores jóvenes, se tornó en un hombre severo que juzgó debía dirigir sus pasos por otros caminos y escogió el de la Diplomacia.

¿Pero esto lo apartó de sus antiguas actividades? En manera alguna. El diplomático siguió siendo académico, siguió siendo periodista y entonces animoso estableció bibliotecas y corporaciones científicas y literarias, ganando así amistades y aplausos para México.

Por ello su desaparición nos llena de luto y desconsuelo; su pluma ha quedado inmóvil para siempre; sus actividades artísticas y científicas se han paralizado en definitiva. Sin embargo su memoria seguirá viviendo y será en lo futuro un ejemplo imperecedero.

Recibe, amigo querido, el testimonio sincero y puro de nuestro dolor por tu desaparición entre nosotros.

En su entierro. México, abril 6 de 1959.

JOSÉ VASCONCELOS

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO

UN GRAN BATALLADOR ha desaparecido de su campo de batalla herido por la que no perdona vidas jamás: la muerte.

La existencia de Vasconcelos fue un batallar desde su juventud; hombre de clara inteligencia y de carácter resuelto y firme, se asoció a los primeros revolucionarios y toda su época de político militante estuvo ligada a la revolución. Sus ideas en la Secretaría de Educación Pública fueron también las de un batallador, ostentándose entonces como hombre de ideas extraordinariamente avanzadas. Pretendió después la presidencia de la República y toda su campaña fue una lucha tenaz e incontenible; abandonó después el país para recorrer el mundo Iberoamericano y continuó siempre en batalla.

Los largos años de su constante batallar, la visión de otros medios de ambiente sereno y reposado, hicieron que sus pensamientos de extrema izquierda evolucionaran; pero no dejó de batallar.

Su labor de escritor comenzó también desde su primera juventud, cuando formó parte del Ateneo que organizaron algunos escritores distinguidísimos y siguió escribiendo hasta que la muerte lo separó de ésta que fue para él gratísima tarea. El escritor fue un filósofo de muy altos vuelos; pero fue también un lírico en algunas de sus obras; en unas y otras su pluma hizo obra de arte exquisito; pero en todas ellas dejó siempre rastro muy claro del batallador que había sido siempre.

Hay algo que muchos de sus enemigos le han reprochado: su paso a las derechas, a las extremas derechas; pero al actuar así dio un gran ejemplo de virilidad, puesto que, indiscutiblemente él tiene que haber visto de antemano los ataques de sus opositores.

Pero, parece que sentirse siempre en un campo de batalla era uno de sus más altos placeres y en más de una conversación íntima claramente manifestó que para él nada había más grato que estar siempre con su lanza en ristre para defenderse de sus enemigos y para atacarlos.

Sin embargo, este batallador incansable era en su trato íntimo, sencillo y cordial, sin que por esto dejara de tener en los labios y en la mente la palabra apropiada para poner de resalto los defectos de quienes eran contrarios a sus propias ideas. Era Vasconcelos un conversador agradabilísimo y aun sus movimientos de pasión resultaban un gran incentivo para hacer amable su conversación.

Yo encuentro que no tengo mejor oportunidad que ésta, para hacer público mi agradecimiento a Vasconcelos. En la primera época de su vida no me vio con buenos ojos, por ser yo hombre de paz y él revolucionario; pero hubo un día para mí inolvidable, cuando hace cuatro cumplía yo los ochenta años de edad en que, ante un numerosísimo y escogido concurso hizo el más alto elogio que jamás pude yo esperar de él.

La Academia Mexicana correspondiente de la Española, tiene también para él un motivo de agradecimiento; cuando ella peregrinaba sin domicilio propio, Vasconcelos le organizó uno que hubiera sido sede confortable para el desenvolvimiento de sus trabajos. El notable escritor murió siendo el bibliotecario de la gloriosa Institución que ha muchos años lo acogió en su seno como uno de sus más preclaros miembros.

Descanse en paz el ilustre batallador, el escritor insigne.

En su entierro. México, D. F., 10. de julio de 1959.

ADIÓS A VASCONCELOS

Por ALFONSO REYES

HACE MÁS de cuarenta años, cuando él andaba por el sur de los Estados Unidos y yo vivía en Madrid, José Vasconcelos me escribió: "Alfonso, a juzgar por lo que vivimos, sentimos y pensamos, tú y yo moriremos con el corazón reventado".

La profecía ha comenzado a cumplirse, y creo que se cumplirá hasta el fin. Me llevaba siete años, y se me ha adelantado un poco, eso es todo. Si hubiéramos podido charlar un momento antes, yo le hubiera dicho: "Esperame allá", y él me hubiera contestado: "Allá te espero".

La vida nos llevó y nos trajo de un lado a otro. En los días de mayor alejamiento, nos confesábamos siempre secretamente unidos por esa suerte de magnetismo cósmico que hacía hablar a Nietzsche de su "amistad estelar" entre él y Wagner. (*Toutes proportions gardées*. No se intenta aquí engrandecerse por la comparación, sino explicarse con la metáfora).

A estos inevitables vaivenes de la existencia me he referido, siempre con profundo cariño, en la *Historia documental de mis libros* (Universidad de México, 3 de enero de 1956), donde reiteré la fe en nuestra amistad inquebrantable, palabras que antes de ser publicadas le comuniqué por teléfono y que él acogió con viva emoción.

En 1953, al enviarle mi tomo *Obra poética*, le dije en mi dedicatoria: "Nada, ni tú mismo ni nadie, podrá separarnos nunca". Y me contestó en carta del 7 de enero de ese año: "Te agradezco tu fraternal dedicatoria, con la que estoy completamente de acuerdo, y me agrada conservarla como testimonio de nuestra amistad para mis hijos".

Pero, sobre todo, poco antes de morir (el mes pasado), envió a la Cadená García Valseca un par de artículos sobre mi último libro, artículos que yo considero como el testamento de nuestra amistad. Allí su generosidad se desborda, y su viejo cariño para el hermano de su juventud rompe los diques.

Siempre varonil y arrebatado, lleno de cumbres y abismos, este hombre extraordinario, tan parecido a la tierra mexicana, deja en la conciencia nacional algo como una cicatriz de fuego, y deja en mi ánimo el sentimiento de una presencia imperiosa, ardiente, que ni la muerte puede borrar. Lo tengo aquí, a mi lado. Nuestro diálogo no se interrumpe.

En su entierro. 1o. VII, 1959.

EN LA MUERTE DE VASCONCELOS

Por JESÚS GUIZA Y AZEVEDO

CIERTAMENTE que no es una dádiva, ni tampoco una cosa de piedad venir aquí, en estos momentos solemnes, a hablar bien de Vasconcelos. Se necesitó toda la larga y callada espera de un México que se forjaba en leyes, instituciones, costumbres, ejemplos; en penetración de la lengua castellana; en una unidad que emergía de la conciencia, a cada generación más clara y precisa, más cabal y universal, de ser hijos de Dios. México se forjaba en todo esto, pero principalmente en los vientres fecundos de las mujeres mexicanas. Y se necesitó la sucesiva aparición de muchos mexicanos, de los cuales los últimos tenían como la vocación de serlo más, de agrandar los horizontes espirituales, de constituir una herencia más sólida. Y se necesitó, ya como antecedente inmediato, el trabajo en silencio, el tesón, la porfía y el ahínco de un buen padre de familia, el padre de Vasconcelos, y la delicadeza amorosa, previsor, indulgente; la genuina virtud de madre, de una gran madre mexicana, que fue la madre de Vasconcelos.

Vasconcelos es el producto de siglos, de milenios. Es parte de nuestros bosques, de nuestros ríos, de nuestras montañas, de nuestras costas, de esos pueblos fronterizos del norte que en sus tiempos, en los tiempos de su niñez, eran la afirmación, tímida tal vez, pero afirmación y, por tanto, conciencia auténtica, de lo que es connaturalmente mexicano. Y es, y esta verdad será dicha y proclamada, cada vez con más fervor, mayor todavía en las generaciones que todavía no nacen, la representación de nuestra sangre, de nuestra raza, del México todo entero que se recreó, que se resumió, que se hizo centro de irradiación en él.

Ante todas las cosas Vasconcelos fue palabra. Era un verbo flamígero que quería incendiar los corazones de los mexicanos. Su frase arrolladora embestía el obstáculo de nuestra indiferencia. Vasconcelos fue siempre presencia activa, compañía, no importa si agradable o desagradable, interlocutor que convencía o que, a veces, se dejaba convencer. Es de él, de ese fondo

de meditación, que muy a menudo era de contemplación, pues tanto era, aun en sus extravíos, su amor a la verdad, el lema de la Universidad de México, *Por mi raza hablará el espíritu*.

Hablar. Hablar, sí, es pronunciar palabras, emitir sonidos: pero es, propiamente, decir cosas, tener intimidad con lo que es y comunicarnos a nosotros mismos, y comunicar a los demás, lo que vemos y sentimos. Hablar es venir del mundo recóndito, pero lleno de luz, de la verdad. Es traer el peso y gravedad de la razón y revelar lo que está escrito y dicho de toda la eternidad. Hablar es reflejar en la palabra humana la penetrante luminosidad del Verbo de Dios.

Vasconcelos con sus altos y sus bajos, que todos los grandes hombres tienen, y pese a sus deficiencias, es el más grande escritor que ha producido la América española. Para nosotros los mexicanos es la conciencia de México. Es él lugar de cita de todos nosotros y allí en su obra, en él y con él, nos encontramos todos, con nuestras cualidades y defectos. Su gran calidad humana es como el espejo en que podemos ver los rasgos de nuestra verdadera faz.

Viejo, cansado, arrastrando el agitado contenido de años de lucha y de pasión, nos daba el ejemplo de unos días dedicados al trabajo intelectual. Al afirmar una verdad que descubría, al defenderla, manifestaba el alborozo de un alma joven. Ayer, unas cuantas horas antes de expirar, dejó todavía esa palabra escrita con la que, patriota, y, por patriota, lleno de optimismo, quiso él toda su vida mover a los mexicanos.

Vasconcelos hombre de palabra, de palabras cargadas de verdades, fue como el sostén, y lo prueba su alta calidad de escritor, de nuestra lengua castellana. La Academia Mexicana no podía menos que ser de él y él de la Academia. Miembro de esa corporación la honró a ella y ella se honró en él. Y aquí en este lugar, donde sus despojos están destinados a convertirse en polvo, en polvo de esta tierra nuestra, la Academia Mexicana se complace en decir que su obra, que sus palabras, que su recio e inflamado verbo, que su lema *Por mi raza hablará el espíritu*, se convertirán en elementos de vida, en gérmenes de continuidad, en conciencia de patria y en amor a los mexicanos.

Aquí se queda lo inerte, el recuerdo de una figura, los despojos mortales, pues. Y nosotros todos, sus deudos principalmente, nos hemos apropiado de él su lucidez, su esperanza, la fe en México y su ejemplo de batallador incansable, de amante de la verdad y de hijo fiel de la Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Requiem aeternam dona ei, Domine.

Et lux perpetua luceat ei. Amen.

En su entierro.

LA ACADEMIA MEXICANA SIN SOTANAS

Por GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR

DON Martín Luis Guzmán ha recogido en un tomo de 146 páginas, titulado *Academia*, algunos de sus discursos e iniciativas ante la Academia Mexicana de la Lengua. La lectura de esas páginas, como la de todas las que escribe el dicho político y eminente literato, es muy interesante. Entre ellas está su discurso de ingreso a la corporación, pieza notable de autobiografía y de ejemplar manejo del castellano. Pero no es mi intención destacar ahora los altos méritos del autor, sino concretarme a una sola de sus intervenciones en el seno de la Academia, la que él llama "La escaramuza de las ropas talares", en la cual yo participé también, y que me parece es de interés público.

El señor Guzmán impugnó el artículo 35 de los Estatutos de la Academia (1943), que permitía a sus miembros eclesiásticos el uso de ropas talares en las sesiones solemnes del Instituto. Afirmó que este permiso era contrario a la Ley; y yo sustenté la opinión opuesta.

Asegura el señor Guzmán, con toda verdad, que su punto de vista prevaleció. Pero su triunfo no se debió a sus razonamientos, sino a la prudencia de la mayoría de sus colegas, como él mismo lo confiesa transcribiendo lo relativo del acta que consigna los hechos.

Para mí, sin embargo, quedó en pie el problema jurídico de saber si hay ley alguna vigente que prohíba a los eclesiásticos vestir ropas talares en público o en privado. Esta cuestión, *puramente legal*, es la que me ocupará en seguida.

Pero antes de entrar en materia quiero reiterar que no me mueve otro interés que el jurídico. Desde el punto de vista ideológico estoy con el propósito fundamental de la Reforma.

Dos puntos fundan la tesis jurídica que formulé para liberar a la Academia del reproche de no acatar alguna ley, manteniendo el artículo 35 de que se ha hablado:

Primero.—Las sesiones de la Academia son siempre privadas, aunque a ellas concurra alguna vez un grupo numeroso de invitados.

Segundo.—No existe actualmente ley escrita que prohíba a los eclesiásticos el uso de sus ropas talaras fuera de los templos.

Mi primera aseveración se basa en que la Academia es una *agrupación cultural privada*, dentro de cuyo domicilio sus miembros pueden vestir a su gusto o como lo disponga su propio reglamento, y esto, aunque sus sesiones sean solemnes. Una agrupación que tiene objeto lícito, es como un particular, y su vida privada está protegida por el artículo 16 de la Constitución; aunque dé una fiesta o recepción de gran magnitud en su domicilio, éste no se transforma en un lugar público. Creo que esto es obvio. De ello se deduce que aunque hubiese ley que prohibiera a los eclesiásticos usar sotanas en lugar público, la disposición no sería aplicable a su uso en sitio privado, por concurrido que estuviere.

Respecto a la existencia de alguna ley prohibitiva que castigue el uso de ropas talaras, razoné así:

El señor Guzmán acude, para sostener su tesis, a lo que disponen los artículos 24 y 130 de la Constitución de 1917. Ahora bien, el artículo 24 establece solamente la libertad de creencias y garantiza las prácticas religiosas dentro de los templos o en el domicilio de cada ciudadano. El artículo 130 atribuye a los poderes federales lo relativo al culto, y establece principios, ninguno de los cuales reglamenta la forma en que deben presentarse ordinariamente en público los ministros. Tiene un solo párrafo general que dice: "Los ministros de los cultos serán considerados como personas que ejercen una profesión y estarán directamente sujetos a las leyes que sobre la materia se dicten".

El quid está en saber si se han dictado sobre indumentos. En épocas anteriores sí estuvieron vigentes leyes sobre la materia. La primera prohibición que al respecto existió está consignada en la Ley de 30 de agosto de 1862, que pasó luego a las Leyes de Reforma en su artículo 5o., que decía: "Fuera de los templos podrán los ministros de los cultos, ni los individuos de uno u otro sexo que los profesen, usar de trajes especiales ni de distintivos que los caractericen, bajo la pena gubernativa de diez a doscientos pesos de multa". Como las Leyes de Reforma fueron incorporadas a la Constitución de 1857, esta disposición estuvo vigente mientras lo estuvo ella, pero fue abrogada al ser sustituida por la de 1917, puesto que ésta, en su artículo 133, declaró que la ley suprema de México es la misma Constitución de esa fecha, las leyes del Congreso de la Unión que emanen de ella, y todos los tratados vigentes. Pero el texto de la Constitución de 1917 no dice nada respecto a vestiduras sacerdotales, y como las Leyes de Reforma no emana-

ron de ella, deben considerarse abrogadas lo mismo que las demás disposiciones de la Constitución de 1857.

Es posible que esta aseveración parezca sacrílega a los anticlericales a ultranza. Pero deberían considerar que el espíritu reformista no sufre el menor menoscabo si las Leyes de Reforma se consideran derogadas. En efecto, los principios fundamentales en ellos contenidos pasaron a la Constitución de 1917 por conducto de sus artículos 24, 130, 3o. y 27.

La comisión dictaminadora sobre el artículo 24 en el Constituyente de Querétaro dijo que en esa disposición *se habían refundido los puntos pertinentes de las leyes de reforma*. De la misma manera el dictamen sobre el artículo 129 (que luego fue 130), dice que en tal artículo *están comprendidas las disposiciones de las Leyes de Reforma*, que establecían la independencia del Estado y de la Iglesia, el carácter de contrato civil del matrimonio, y la competencia de las autoridades civiles para intervenir en los actos de la vida humana relativos al estado civil, y algunos otros. Allí se habla también de que al redactar ese artículo se ha seguido la tradición iniciada en las tantas veces citadas Leyes de Reforma. ¿No evidencia esto que tales leyes se consideraron abolidas? No hay necesidad de dos ordenamientos sobre la misma materia.

Además, la nueva Carta no sólo sostuvo la separación de la Iglesia y del Estado, sino que quitó a todas las iglesias la personalidad. Su sistema es, pues, más drástico, y distinto del de la Carta de 1857, lo cual basta para tener por inaplicables los preceptos vigentes en aquellos tiempos, pues es cosa explorada en jurisprudencia que una ley posterior que sigue un sistema opuesto al de la anterior, anula todos los preceptos de ésta.

Mi distinguido amigo el señor Guzmán, sin embargo, argumentó que el Artículo 18 de la Ley de 14 de junio de 1926 contenía este texto: "Fuera de los templos tampoco podrán los ministros de los cultos ni los individuos de uno u otro sexo que los profesen usar de trajes especiales ni distintivos que los caractericen, bajo pena gubernativa de quinientos pesos de multa o arresto que nunca exceda de quince días". Agregó que era aplicable ahora en virtud del artículo 3o. transitorio del Código Penal de 1931.

Contra esta tesis yo, a mi vez, alegué que esa Ley de 1926 fue reformativa, como su encabezado lo dice, del Código Penal vigente entonces, y que quedó derogada con este ordenamiento por el Código Penal de 1929, y éste por el de 1931, que es el que hoy rige. Ninguno de esos dos Códigos incluye nada sobre vestimentas clericales.

Respecto al artículo 3o. transitorio del Código Penal vigente que establece que "quedan vigentes las disposiciones de carácter penal contenidas en

leyes especiales, en todo lo que no esté previsto en este Código", no se deduce de su texto que la Ley de 14 de junio de 1926 es aplicable.

Aquella ley no es especial, sino reforma del Código Penal de su época. Las leyes especiales a que se refiere el transitorio de que se trata son las que reglamentan aspectos limitados de las relaciones jurídicas, y en las cuales se aplican sanciones por algunos hechos. Como ejemplo de estas leyes cito las fiscales, la del Trabajo, la de Patentes y Marcas, la de Pesas y Medidas, la Sanitaria, la de Tránsito, las de Policía y otras similares.

En conclusión, veo que no hay disposición que prohíba a los ministros de los cultos usar en público vestiduras especiales. Por lo demás, yo creo que nada significa el uso de tal o cual indumentaria. Los países más liberales como Inglaterra, los Estados Unidos, Francia, Bélgica y otros, ven sin inmutarse que religiosos de uno y otro sexo andan por todas partes con sus ropas o hábitos peculiares.

30 de noviembre de 1959.

GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO

MÉXICO acaba de perder a uno de sus más denodados defensores; las Letras a uno de sus más brillantes expositores; la Academia Mexicana de la Lengua a uno de sus más activos miembros.

Genaro Fernández MacGregor, que siguió la carrera de Abogado como verdadero amante de la Justicia noble y desinteresada, desde sus años juveniles experimentó irresistible atracción hacia el Derecho Internacional, y ello le permitió cuidar de los intereses de México desde nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores, y lo hizo con tanto acierto en su calidad de Abogado Consultor, que al constituirse la Comisión Internacional de Reclamaciones para examinar las que presentaban los Estados Unidos a causa de la Revolución, México no encontró mejor defensor que Fernández MacGregor.

¡Y con cuánto entusiasmo y con cuánto fervor y con cuánto patriotismo y con cuánta rectitud desempeñó aquella ardua tarea!

Él en amistosas pláticas refería los obstáculos que tuvo que vencer; las penurias que tuvo que soportar; la discreción que tuvo que emplear para conservar incólume la dignidad de México; pero los triunfos que alcanzó significaron su mayor recompensa espiritual.

Mas la delicadeza de estos trabajos en bien de su país no fue obstáculo para que su clara inteligencia y sus amplias lecturas no lo llevaran a convertirse en un distinguidísimo escritor cuya obra al aparecer lo llevó primero al magisterio y al periodismo, y después a la Academia, donde por su saber y su recto criterio pronto fue uno de sus colaboradores más conspicuos y más respetados. Todavía cinco días antes de morir leyó un sesudo estudio que todos sus colegas escuchamos con verdadera delectación. Él fue mi compañero más eficaz en cuanto se ha realizado en la Institución durante los últimos años, y cada vez que se hizo necesario defenderla, lo realizó con su energía y su entereza acostumbradas.

Su rectitud ampliamente reconocida hizo que se le eligiera Tesorero del

Instituto y con ese carácter lo sirvió a maravilla; por otra parte, su reglamento interior contiene normas que concibió él con el propósito levantado de conservar su autoridad y su prestigio.

Su amor sobre todo al Derecho Internacional lo movió a ser uno de los fundadores de la Academia Mexicana de Derecho Internacional y durante largos años dirigió su valiosa revista; fue asimismo uno de los fundadores y Presidente de la Barra Mexicana de Abogados; su bibliografía es tan escogida como muy importante por el muy elevado alcance lingüístico y filosófico de sus libros, y las Memorias de la Academia encierran trabajos de gran belleza.

Su amplísimo saber lo condujo a la Rectoría de la Universidad Nacional de México, y no solamente la rigió con su acostumbrada y hábil actividad, sino que como Rector firmó el convenio que permitió publicar el *Archivo del General Porfirio Díaz*, tan trascendental para uno de los períodos históricos más interesantes de la vida de México.

Durante casi medio siglo una cordial amistad nos unió y ella se acrecentó en los últimos años en que nuestro mutuo amor por la Academia nos ligó cada vez más y más; los problemas de nuestro Instituto nos afectaron por igual, y siempre pude encontrar en él un apoyo leal y un criterio sereno y desinteresado. Por ello vengo hoy en nombre de la Academia y por mi propio dolor a despedirme del notable intelectual y del amigo inolvidable.

En su entierro. México, 23 de diciembre de 1959.

UNA CARTA DE ALFONSO REYES

México, D. F., 23 de diciembre de 1959.

Sr. D. Alberto Ma. Carreño,
Secretario Perpetuo de la Academia Mexicana de la Lengua,
Donceles 66,
México, D. F.

Mi querido Alberto:

Permítame que deje de lado el estilo académico para más cómoda y explícitamente comunicarme con Ud. sobre asuntos privados. De todas suertes, deseo que esta carta sea conocida por mis ilustres colegas, y ruego a Ud. leerla y hacerla constar en el acta de la sesión que corresponda.

Es para mí una constante preocupación y me llena de rubor el hecho de que, sintiéndome por una parte tan honrado con el más alto premio de mi carrera —como lo es el ocupar la Dirección de la Academia por la benevolencia de mis amigos—, por otra parte esté yo faltando muy a pesar mío a todos los deberes y atenciones elementales de mi cargo, sin poder desde hace tiempo, como tanto lo desearía, acompañar nuestras reuniones públicas y privadas.

Pero sucede que, aunque últimamente mi fatigado y maltrecho corazón me ha consentido algún respiro, ello se debe en mucho al régimen de casi absoluto reposo a que se me tiene sometido; estoy recluído constantemente en casa y no puedo consentirme el menor esfuerzo físico, a riesgo de volver a las andadas. Y le aseguro a Ud. que las "andadas" fueron horribles, pues había noches en que me parecía haber olvidado cómo se respira, y en que creí que podía morir de un momento a otro. Mi mal es sumamente variable. Amanezco bien y anochezco mal, o al contrario, y aunque se han atenuado las asfixias y dolores, no así la gran depresión que va y viene a lo largo del día. De aquí la prescripción del reposo.

Asimismo, se me ha prohibido terminante y expresamente concurrir a reuniones públicas, y más si son actos solemnes, y en absoluto por ahora, el hacer uso de la palabra o leer en público (he suspendido mi curso en el Colegio Nacional), pena de padecer molestísimas disneas y dolores anginosos, cuando menos; lo que, amén de mis sufrimientos, sería un espectáculo lamentable.

Como seguramente nuestra Academia está llamada a celebrar actos de este carácter en un futuro próximo, desde ahora pido perdón, aunque agobiado de pena, por no poder concurrir a ellos.

No me resigno a cerrar esta carta sin hacer presente mi profundo dolor por la desaparición de nuestro eminentísimo colega y tesorero don Genaro Fernández MacGregor, mi amigo de toda la vida y un gran caballero —sin contar ya su pluma privilegiada— a quien siempre quise y admiré.

Estuve estos días a punto de solicitar mi dimisión. Tal es la desazón que me causa mi falta de cumplimiento. Pero consideré que en estos momentos era lo peor que podía yo hacer.

Lo saluda cordialmente y le da las gracias de antemano

ALFONSO REYES *

* Esta carta fue recibida dos días después de muerto el autor.

ALFONSO REYES

Por LUIS GARRIDO

APENAS cumplidos cinco días del fallecimiento del insigne académico don Genaro Fernández MacGregor, la muerte ha vuelto a nuestra casa. En esta ocasión, nos arrebató al Director que la enaltecía con su nombre, que es orgullo de las letras castellanas. Un hondo duelo, embargo no sólo a la patria mexicana, que pierde a uno de sus hijos más preclaros, sino a todos los que en el mundo, sienten la belleza y admiran las ideas armoniosas. Ya el eminente polígrafo de tiempo atrás, presentía el término de su vida ejemplar, al advertir, melancólicamente, que sus amigos más queridos se iban a la cita universal de la muerte, dejándole —como él decía— sin más compañía que las reliquias y los retratos. Ahora le tocó a su vez franquear el umbral del sitio de donde no se regresa, para ir a reunirse con aquellos que la parca arrebató a su admiración.

Alfonso Reyes nos deja una obra considerable. Él observó la máxima de Leonardo, de que el tiempo es suficientemente largo, para los que saben emplearlo bien. En efecto, tuvo el sello de los escogidos. Desde su juventud, mostró una decidida y venturosa vocación literaria, que enriqueció al correr del tiempo con una vasta cultura. Dotado de excepcional aptitud para escribir, alcanzó las cimas de la perfección. Fue fiel toda su existencia a su arte, al que honró con dignidad. La diplomacia, a la que prestó la fuerza de su talento, no logró separarlo de su guía natural y predilecta.

En el curso de sus días, su amor por las letras lo llevó a la poesía, al cuento, al ensayo, a la crítica, a la teoría literaria, y finalmente a la historia y a la filosofía. La densidad de su trabajo comprende cerca de doscientos libros. Con impulso perenne, con pasión dominante, trabajó sus creaciones. Eran para él momentos inefables, escribir sobre las blancas cuartillas, ya el poema que nos revelaba la profunda iluminación de su ser, ya el estudio admirable sobre una obra maestra o su visión de las cosas plena de verdad y hermosura.

Artista incansable, pensador y erudito en continuo viaje por el campo de la cultura, sólo en la muerte conocerá el descanso y la paz. Por derecho propio se ganó esta tumba, en el cenáculo luminoso de los mejores ciudadanos de México. Entra a ella, con una gloria hecha con los mejores materiales del espíritu, para el que reclamó todos los derechos. Su desaparición, sin duda, conmoverá a nuestro medio, pero ella se dejará sentir, además, en el ámbito universal, por su alcance en la cultura clásica y en las letras extranjeras. Era la figura más señera de la América española, merced a su tersa prosa y a su saber enciclopédico. Trataba de ganarle la carrera al tiempo, para concluir su obra monumental y estaba dándole los últimos toques, cuando lo sorprendió la muerte. Sólo su fecundo peregrinaje por el mundo de los libros y de la vida, pudo capacitarlo para ser un profundo humanista, siempre con una viva inquietud, gozándose en la belleza y con un pensamiento fácil y sobrio.

Gran señor de la literatura castellana, aquilató con eminencia sus más altos valores: la sátira del Arcipreste de Hita, la técnica renovadora de Góngora, el teatro moralizador de Calderón, la actividad intelectual de Quevedo... y, por último, el deslinde de la propia literatura, perfilando toda una teoría estética de valor indudable.

Alfonso Reyes, con grandeza y vigor, se ocupó también de los temas mexicanos. Muchas páginas suyas sobrevivirán, perpetuando nuestros encantos y valores. Y en medio del cauce de su prodigiosa producción, se alzarán igualmente como rocas enhiestas, sus libros sobre la Grecia inmortal, que son una revelación de plenitud de vida, de ser espiritual. El ilustre desaparecido, por la gran distinción de sus emociones, por su capacidad de intuir, y por la forma perfecta de sus trabajos, tuvo el alma de un verdadero ateniense, que contemplara la diosa Atenea a la entrada de la Acrópolis.

Hombres de su condición, acreditan las mejores calidades de la especie humana. Su ejemplo constituye un valioso legado a la posteridad, a la que deja, asimismo, una brillante falange de investigadores, que se formó en torno de él, en el Colegio de México. Y para la Academia Mexicana de la Lengua, significa una pérdida excepcional, pues su labor era nervio potente, aliento perdurable en el curso de sus tareas. Su ausencia aflige profundamente a todos sus miembros, pero su recuerdo los acompañará siempre, porque su figura se yergue ya, en el dilatado horizonte de la patria, con la magistral serenidad del que nos deja una obra esclarecida.

En su entierro. 28 de diciembre de 1959.

ACADEMIA

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO

EL SEÑOR Académico don Martín Luis Guzmán acaba de publicar un libro intitulado *Academia*; y como en él hace marcadas referencias a mí, me veo precisado a examinarlo.

Comienza por jactarse de haber entablado una lucha "para que desapareciesen las condiciones de colonialismo que normaban los lazos de la Academia Mexicana con la Real Academia Española"; y esta jactancia sólo se explica por el completo desconocimiento del señor Guzmán de lo que ha sido la vida de la Mexicana.

Seis tomos gruesos de *Memorias* contienen la obra de los primeros tiempos y nadie que los examine puede hallar la menor muestra de *colonialismo*. Menos la encontrará en los once volúmenes publicados con posterioridad, ni en las actas que relatan en lo íntimo los actos de la Corporación.

La jactancia, pues, del señor Guzmán carece de base totalmente; y ello se explica si se piensa que la actividad académica suya fue totalmente nula antes de la celebración del Primer Congreso de Academias en 1951 en que actuó el político y no el académico.

El discurso de recepción que reproduce en su libro nos comprueba esa actitud. Tal discurso, como lo declara su autor es *autobiográfico*, pero esa autobiografía está trunca y calla un período muy interesante de la vida del señor Guzmán: el de su residencia en España asociado a los republicanos con quienes se ligó en forma tal, que desempeñó un puesto de suma importancia junto al Presidente de la República don Manuel Azaña y aceptó la nacionalidad española. Cuando, pues, cayó la República, también cayó el señor Guzmán; y al emigrar con rumbo a México, preñados de rencores, numerosos republicanos, emigró igualmente, con rencores semejantes.

¿Qué mejor ocasión para mostrarlos que la negativa de la Academia Española para asistir al Congreso de Academias, a pesar de que había aceptado la invitación de la de México?

En su oportunidad la Mexicana discutió la actitud de aquélla, que encontró muy sensible pero explicable: después de haber acogido con sumo agrado tal invitación, dos altos representantes del Gobierno de nuestro país atacaron oficialmente al jefe del Estado Español; y siendo la Academia una institución oficial se le indicó que no debía acudir al Congreso de Academias, lo cual provocó una violenta reacción entre los simpatizadores de la República Española, entre ellos el señor Guzmán.

Éste formuló entonces su discurso en que recomienda que todas las Academias correspondientes de la Española "asuman la autonomía de que no deben abdicar y la personalidad íntegra que les es inalienable"; y pide también que luego que esto hayan hecho se reúnan en México u otra capital de este continente para concertar un pacto que norme sus relaciones futuras.

La iniciativa del señor Guzmán resultó un completo fracaso, pues no sólo el Congreso resolvió inhibirse de discutirla y tomarla en cuenta, sino que la propia Academia Mexicana se rehusó a tenerla como suya. La sola lectura por el señor Guzmán de su documento provocó airadas protestas de los congresistas.

Naturalmente aquel fracaso tiene que haber causado muy desagradable sensación en el ánimo del iniciador y por ello, torciendo los hechos a su gusto, ha intentado exhibirse como triunfador.

Desde luego hay que afirmar que jamás la Real Academia ha tratado como a inferiores a sus correspondientes. Cuando las constituyó como tales en 1870, bien claro hizo constar que las consideraba como importantes colaboradoras suyas en el cuidado de la lengua común y las dejó en libertad para darse los reglamentos interiores que hubieran de regirlas; y por lo que se refiere a la Mexicana ha formulado diversas constituciones que han dirigido sus actos, sin someter esas constituciones a una censura de la Española. Así se explica que en distintas ocasiones haya variado el número de sus miembros y su calidad; y si de estos actos informó a la Española, lo hizo como una caballerosa cortesía.

Por otra parte, aquélla, que nombraba correspondientes extranjeros a personas que no eran miembros de las Academias Correspondientes, como una muestra de consideración a éstas resolvió no designar como tales correspondientes extranjeros sino a quienes fueran miembros de las Academias Americanas.

De ahí la necesidad de informar a la Española del nombramiento de académicos de número. Para que el señor don Martín Luis Guzmán pudiera ser correspondiente de la Española, como ahora es, después que dijo su discurso de recepción en la Mexicana, el 19 de febrero de 1954, tuve que preguntarle si quería serlo, y cuando me contestó afirmativamente y me en-

tregó ejemplares de tal discurso y la Mexicana los envió con el aviso correspondiente fue electo hace cinco años.

Tampoco, pues, resulta verdad que las academias americanas hayan sido tratadas como inferiores; y el título "correspondientes" en ningún caso ha sido estimado como demostración de inferioridad. *Correspondiente*, según la definición de la propia Academia Española es la persona o instituto "2. que tiene correspondencia con una persona o corporación" y precisamente pone como ejemplo: "Académico correspondiente".

Y la organización dada a las relaciones entre las academias americanas y filipina con la española tampoco ha sido hecha por iniciativa del señor Guzmán.

En efecto: en el temario para el primer Congreso presentado por la Mexicana y que fue preparado por el señor Académico don Raimundo Sánchez, al hablar de la colaboración interacadémica, se dice: "3) Revisión de las normas que rigen actualmente la asociación de dichas Academias con la Española, y procedimientos para hacer más íntima y eficaz la indispensable colaboración entre todas ellas".*

Por su parte la delegación de Honduras, al estudiar en su ponencia —número 63— el verdadero alcance del reglamento de 1870 respecto de las Academias Correspondientes, declara que "en cuanto a su funcionamiento, son completamente libres, gozando, en efecto, de una autonomía absoluta" y somete al Congreso las siguientes resoluciones:

"Primero. Crear la *Federación* de Academias correspondientes de la Real Academia Española.

"Segundo. Recomendar a las Academias Correspondientes de la Real Española la reforma de sus estatutos en el sentido de hacer más eficaz su trabajo y procurar una mayor cooperación entre ellas y la Real Academia Española.

"Tercero. Encargar a la Academia Mexicana de la lengua la redacción de un proyecto de Carta Constitutiva de la Federación".

Se ve, pues, que antes de la celebración del Congreso la Academia Mexicana había hecho punto fundamental del *temario* la revisión de las normas que gobernaban las relaciones académicas con la Española, y que la delegación de Honduras, tras de aclarar que ésta no ejercía más preponderancia sobre las americanas que su constante empeño en conservar la pureza de la lengua, proponía el constituir una *federación* de academias.

En la sesión celebrada por la Comisión Permanente del Congreso de Academias el 18 de diciembre de 1951 don Agustín González de Amezúa

* *Memoria del Primer Congreso de Academias de la Lengua Española, celebrado en México del 23 de abril al 6 de mayo de 1951*, p. 23.

delegado de la Academia Española y Presidente de dicha Comisión "hizo una amplia exposición de carácter histórico sobre la organización de las Academias Correspondientes a partir del 24 de noviembre de 1870, fecha en que se formuló el Reglamento de las Academias ahora vigente, en el que se deja a las mismas la iniciativa de su fundación, y expresa que en todo tiempo las correspondientes han gozado de libertad absoluta: y tras de esa exposición histórica propone que la Comisión Permanente realice la "reforma del reglamento de 1870" puesto que ya están organizadas las Correspondientes que tuvo en mira.*

La resolución, en consecuencia, de reformar tal reglamento fue originada por don Agustín González de Amezúa y no por el señor don Martín Luis Guzmán.

En la sesión del 19 de diciembre se inicia la discusión del proyecto de reformas al Reglamento de Academias Correspondientes presentado por el delegado González de Amezúa "(p. 478) y en la del 20 se cambia la frase 'Confederación de Academias' por *Asociación de Academias*". En dicha sesión se acordó, además, que al ser aprobados los nuevos estatutos, el reglamento de 1870 quedaría derogado. Como el P. Félix Restrepo representante de Colombia presentó también un proyecto de estatutos, se incorporaron en uno el suyo y el del señor González de Amezúa, haciéndose las adaptaciones correspondientes.

Las diversas discusiones sostenidas en el seno de la Comisión Permanente me hicieron concebir la idea de que para evitar discusiones como las que habían provocado las "Nuevas Normas" expedidas por la Real Academia, ésta en lo futuro siempre que se tratara de cuestiones graves en materia de lenguaje, antes de dictar una resolución consultara a las demás academias.

Y puse en práctica la idea en la ponencia que sometí a la Academia Mexicana en 8 de octubre de 1954, que ésta aprobó, y que en la parte resolutive dice:

"Cada vez que la Real Academia Española decida expedir resoluciones graves en materia gramatical o de otra naturaleza relacionadas con la lengua castellana, se servirá darlas a conocer con antelación a las Academias asociadas, para que éstas le expongan sus juicios dentro del plazo que les fije, en la inteligencia de que las que no respondan dentro de dicho plazo se tendrán por conformes con las resoluciones que la Real Academia haya sometido a su consideración".**

Cuando la Mexicana aprobó esta ponencia la hice conocer del P. Félix

* Memoria, pp. 477-78.

** Memoria del Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Madrid del 22 de abril al 2 de mayo de 1956, pp. 375-77.

Restrepo, representante de la Academia Colombiana en la Comisión Permanente de la Asociación de Academias —así se le llamó cuando todas las Academias aprobaron el proyecto de asociación que les propuso la Permanente— y de tal manera aprobó la idea, que hizo que su Academia formulara una ponencia semejante, y ambas fueron aprobadas por la Comisión IV del Congreso.

Al discutirse el punto en la sesión plenaria de 27 de abril de 1959, el señor Lic. Pedro Lira Urquieta, representante de la Academia de Chile y relator de la IV Comisión, dio cuenta de la iniciativa, reproduciendo casi palabra por palabra el texto de mi ponencia.

El Dr. Carbonel, representante de Cuba, hizo alguna observación, creyendo que la consulta se refería a la inclusión de voces en el Diccionario; yo hice las aclaraciones correspondientes, que confirmó el señor don Julio Casares, Secretario Perpetuo de la Española, y el señor don Agustín González de Amezúa, Tesorero de la misma Academia, dijo:

“Me he dado cuenta perfectamente de la novedad que significa esa resolución que, al parecer, es una de las más importantes y trascendentales de este Congreso. Porque hasta ahora la Academia Española, no por derecho si se quiere, pero sí por el uso y por la práctica, tenía una perfecta libertad por nadie coartada ni limitada para resolver en materias graves lexicográficas. Y hoy, por primera vez y como una novedad resonante del Congreso, se establece el principio admirable de cooperación y de derecho de todas las Academias de que la Academia Española no podrá tomar resolución grave en materias gramaticales o de otra naturaleza relacionada con la lengua castellana, fijense bien, materias gramaticales o lexicográficas, sin contar previamente con las Academias y sin tener de éstas el debido ascenso”.

Y continuó: “Creo que dentro de las resoluciones del Congreso no hay ninguna tan grave, tan importante y tan satisfactoria para las Academias oficiales y correspondientes como ésta, que les da una entera, plena y total personalidad. De modo que el saber que en lo sucesivo ellas, desde sus sedes, ya tienen una colaboración con nosotros y que no se tomará resolución grave en materia gramatical o lexicográfica independiente del Diccionario, creo que les debe llenar de satisfacción ver el espíritu de concordia, de armonía y de fraternidad que ha tenido la Academia Española en esta resolución que, como digo, será una de las más graves del Congreso y de las más satisfactorias para ustedes”.

El señor Carbonel se declaró satisfecho y la iniciativa quedó aprobada por el Congreso.*

* *Memoria del Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Madrid del 22 de abril al 2 de mayo de 1956*, pp. 497-99.

Las páginas anteriores constituyen la historia de cuanto ha ocurrido en la Academia Mexicana y en los dos Congresos de Academias de la Lengua Española; y esa historia explica mi asombro cuando al dar cuenta a dicha Academia de lo que había ocurrido en Madrid, el señor don Martín Luis Guzmán se declaró el verdadero triunfador, y me obligó a decirle que al obrar como obré, no recordé que existiera él sobre la tierra.

México, enero 8 de 1960.

TEHUACÁN, CIUDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCIÓN Y CUEVA *

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO

LA ACADEMIA Mexicana Correspondiente de la Española una vez más celebra sus sesiones fuera de su domicilio para conmemorar en esta ocasión un hecho extraordinario ocurrido hace trescientos años: la elevación de Tehuacán a la categoría de Ciudad de Indias.

Al efectuarse aquel acto los tehuacanenses nos dejaron noticia de la antigüedad de su pueblo, pues al pedir que en su escudo de armas apareciera la imagen de Chimalpopoca, que fue "cabeza de ellos y a cuyo gobierno estaban sujetos en su gentilidad", hicieron saber que ya existían en fines del siglo XIV y principios del XV, pues tal monarca comenzó a reinar en 1418, y seguramente ya los aborígenes se hallaban establecidos.

En febrero 24 de 1541 el célebre misionero Motolinia residente en el convento de Santa María de la Concepción de Tehuacán, anuncia a don Antonio Pimentel, sexto conde de Benavente, que le envía su *Historia de los Indios de la Nueva España* y en el resumen que formula su libro, hace una descripción de Tehuacán y de los lugares que lo rodean, anotando que la región es abundante en trigo y maíz, en gusanos de seda, en membrillos y granadas; y si esto ocurría en 1541 se explica que los indios se consideraran ya súbditos de Chimalpopoca un siglo antes **.

Es interesante ver que el título de "Ciudad de Nuestra Señora de la Concepción y Cueva" otorgado por el Virrey Duque de Alburquerque, está enteramente de acuerdo con el nombre del convento franciscano donde residía fray Toribio de Benavente, Motolinia; pero este convento fue establecido años después de haber sido evangelizados los aborígenes, pues sabemos

* Leído en la sesión extraordinaria celebrada en Tehuacán el 18 de marzo de 1960.

** GARCÍA ICAZBALCETA. *Colección de Documentos para la Historia de México*. vol. I.

por fray Gerónimo de Mendieta que a pesar de que tenían que recorrer veinticinco leguas de camino, antes de que lograran que les dieran frailes iban hasta el pueblo de Huejotzingo para recibir los sacramentos.

“Era gente muy dócil y sincera —escribe Mendieta— más que la mexicana, dispuesta y aparejada para hacer de ellos lo que quisiesen en cosa de virtud”.*

Y una vez fundado el monasterio —añade— “acudieron de todos aquellos pueblos y provincias los señores y principales con muchos de sus vasallos cargados con grandísima cantidad de ídolos, y a enseñarse en las cosas de nuestra santa fe católica y a pedir el sacramento del bautismo... Y éstos venían de cuarenta provincias, unos de cincuenta leguas, otros de sesenta, sin ser compelidos ni llamados, sino por su propia devoción, y entre ellos había doce lenguas o naciones distintas...”**

Esta noticia dada por Mendieta muestra la importancia que en el siglo XVI tenía Tehuacán, pues todos los peregrinos que al convento de la Concepción acudían necesitaban satisfacer necesidades de alimentación, de albergue donde reposar y seguramente esas necesidades eran satisfechas, puesto que las peregrinaciones no cesaban.

Y si entre los que iban a Tehuacán se hablaban doce lenguas, quiere esto significar que había nahoas y otomíes, mixtecos y zapotecos y probablemente peregrinos desde la lejana región de Chiapas donde la abundancia de lenguas ha sido mayor.

Y es interesante saber que quien dio el título en nombre del Virrey, Duque de Alburquerque fue el Dr. don Manuel de Escalante y Mendoza, porque éste resultó uno de los más importantes hombres del virreinato, pues no solamente ostentaba los títulos que se mencionan en el acta de otorgamiento: “caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de S. M. y su Fiscal en la Real Audiencia y Sala del Crimen de la Ciudad de México, Juez para beneficiar el Real Donativo, ventas de oficios, indultos, gracias y mercedes”.

En efecto Escalante y Mendoza fue uno de los más ilustres universitarios; estudiante primero del Colegio de San Ildefonso, se doctoró más tarde en Derecho y durante largos años resultó factor activísimo en la vida de la Universidad a la que gobernó cuatro veces, habiendo sido catedrático de Derecho por más de veinte años, examinador y diputado de Hacienda.

Pero si en la Universidad y en la Real Audiencia desempeñó importante

* p. 286.

** Ibid.

papel, en esta última el de Fiscal y Juez para beneficiar el Real Donativo, en la Iglesia desempeñó también cargos muy elevados: fue Vicario General del Arzobispado, prebendado, canónigo, tesorero y chantre de la Catedral, de cuya fábrica tuvo el cargo de superintendente. Su nombre estaba esculpido en el Colegio de Infantes, derribado hace algunos años para en su lugar construir las oficinas del Arzobispado y el Museo de Arte Religioso. Años más tarde fue Obispo de Durango y luego de Valladolid en Michoacán.

En cuanto a la importancia del Tehuacán indígena en el momento en que se le otorgó el título de Ciudad de Nuestra Señora de la Concepción y Cueva debe haber sido tan grande como la de Tlaxcala, que había merecido ser cabeza y sede de un Obispado, el que posteriormente fue el de Puebla de los Angeles; y la potencia de la población indígena resultó superior a la de la española, puesto que pudo sufragar el gasto que originó la adquisición del título de Ciudad y de las armas que desde entonces pudo ostentar.

Muy interesante es ahora saber quiénes formaron el primer Cabildo y Ayuntamiento, porque ello significa conocer quiénes promovieron la conversión de Tehuacán en Ciudad, ya que es casi indudable que los promotores fueron los primeros gobernantes y justicias a partir del 16 de marzo de 1660.

Don Joaquín Paredes Colín, el historiador de Tehuacán, nos ha dejado el dato en su libro *Apuntes Históricos de Tehuacán*. Helo aquí:

"...Y habiéndose salido todo el concurso de la gente quedaron sólo su merced y el dicho señor Gral. Gobernador, Alcaldes y demás principales del dicho pueblo que son los electores y para proceder a darles posesión de sus oficios mandó que los fuesen nombrando lo cual se fue haciendo en la manera siguiente: don Nicolás de Santiago, Gobernador que actualmente lo es, confirmado y aprobado por el gobierno superior de estos reinos. Don Miguel Valiente, Alcalde ordinario, que actualmente es por elección hecha en su persona el primer día de año nuevo de este presente año, asimismo confirmado y aprobado. Don José Hernández, Alcalde ordinario, con la misma aprobación y confirmación. Don José de S. Francisco, Alcalde ordinario con igual confirmación y aprobación. Don Agustín de Santiago, Alguacil Mayor ahora nuevamente electo. Alférez Real, don José de Santiago nuevamente electo. Don José de Santiago, el viejo, Regidor más antiguo, nuevamente electo. Don Francisco Hernández, Regidor Segundo nuevamente electo. Don Diego Pablo, Regidor y Depositario, nuevamente electo. Don Juan de Santiago, Regidor, nuevamente electo. Don Melchor Osorio, quinto Regidor, nuevamente electo. Don Nicolás Joaquín, sexto Regidor, nuevamente electo.

Escribano de Cabildo, Gabriel de Santiago, y nombran para su Procurador general, a don Francisco, Regidor de esta Ciudad..."

La Academia Mexicana felicita a quienes trescientos años más tarde han sabido aquilatar y medir la trascendencia del acto autorizado por el Virrey y Capitán General, Duque de Albuquerque.

18 de marzo de 1960.

INVITACIÓN A LA FELICIDAD *

Por ALFONSO JUNCO

TODOS la buscamos: pocos la asimos. Hay un recio contraste entre lo universal de la persecución y lo excepcional de la conquista. Viva adversidad de que buscamos por donde no es.

Buscamos, a menudo, por el camino del dinero. Y el dinero puede contribuir, en cierta dosis, a la felicidad: pero no la constituye.

Cosa íntima, incoercible, inmaterial, que no puede comprarse ni venderse, la felicidad es asunto del alma. Y las felicidades más profundas —las del amor auténtico, las de la paternidad, las del goce estético, las del magnánimo sacrificio— son gratuitas e irreducibles a moneda.

No me cuesta nada este crepúsculo fastuoso, ni este embrujo musical, ni este decir sabroso de Cervantes, ni este beso de mi hija, ni este árbol que ennoblece la dulzura de la tarde, ni esta página de Chesterton, ni esta delicadeza de mi mujer, ni este verso que me está hechizando el alma, ni esta fruición inexpressable de la comunión con Dios. Todo lo más alto, lo más fino, lo más hondo, no puede adquirirse por dinero: gratuitamente se goza.

Y es frecuente que el pobre sea más feliz que el rico. La sensibilidad se embota con la abundancia, se aguza con la sobriedad: disfruta más con el juguete esporádico el niño humilde, que el opulento con el hartazgo de juguetes caros. De ricos aburridos está aburrido el mundo.

Pero hablo de pobreza, no de miseria. Porque claro que los duelos con pan son menos, y que el hambre tiene cara de hereje. La miseria implica dolor físico y dolor moral. ¿Cuál mayor que el de quien no puede alimentar a su hijo, curar a su enfermo?

* Leído en la sesión extraordinaria celebrada en Tehuacán el 18 de marzo de 1960.

El dinero preciso para no estar en la miseria, contribuye a la felicidad. Contribuye, también, el que nos da aquellas comodidades exteriores que facilitan el bienestar interior y ayudan al concierto del espíritu.

Pero nada de esto requiere exceso: el mucho dinero no sirve para la felicidad, y aun suele acarrear infelicidad, por las ociosidades, avideces, zozobras, pleitos, hartazgos, que en el noventa y nueve por ciento de los casos provoca.

Cuando es mucho, tiende siempre el dinero a ser *amo*: y sólo puede colaborar a nuestra dicha siendo *servidor*.

Siendo servidor, una de las grandes alegrías que nos da, es darlo: y aun en esta práctica jubilosa de la generosidad, los humildes exceden a los opulentos. Paradójico, pero exacto.

Queríamos, por eso, en bien del mundo, que se desterrase la miseria y se difundiese la "dorada medianía", hermana del trabajo forjador y del esfuerzo esperanzado. Ella ofrece aquel modesto bienestar externo que, puesto al servicio del espíritu, puede fortalecer la felicidad.

Porque sentir la plenitud del gozo en la plenitud del desasimiento, como Francisco de Asís, es gaje reservado a espíritus de excepción. El santo saborea la perfecta alegría en el perfecto dolor; pero no hablamos aquí de estos milagros del amor divino, si bien todos debemos acercarnos al calor de esta mística filosofía, única que puede confortarnos, virilizarlos y consolarnos en las horas de tribulación, que no faltan jamás en vida humana.

¿Por qué la tribulación —hagamos la contraprueba experimental—, suele ahora estallar en suicidio? Este es el remate desesperado de lo que el suicida tiene por máxima e intolerable infelicidad. ¿Y es la pobreza? No. Rara vez brota el suicidio del vacío de la bolsa: siempre del vacío del alma.

Hay que evitar la desesperación. En el trance de la crisis, concentrar todo el ímpetu, virilmente, en esperar, en resistir. Pasará la borrasca, y entonces nos alegraremos de haber aguantado, de haber eludido el yerro irreparable.

Es buena norma, aquí, no tomar las cosas por lo trágico. Tener muy presente que la felicidad es como la libertad: nunca dádiva, siempre conquista. Y que esa conquista, inexcusablemente, implica mucho de sacrificio, mucho de abnegación.

Nadie sería feliz si exigiera el ciento por ciento de su sueño. Necesitamos podar, sacrificar, plegarnos a circunstancias dolorosas o contrarias: y en el rincón que nos dejen, así sea minúsculo, cultivar intensamente este espiritual jardín de la felicidad. En el cual nunca debe faltar el sol de Dios, único que puede vivificar toda planta y sacar rosas de la tierra menos propicia.

Es muy verdad lo que canta el poeta argentino Francisco Luis Bernárdez:

*Porque después de todo he comprobado
que no se goza bien de lo gozado
sino después de haberlo padecido.*

*Porque después de todo he comprendido,
que lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.*

ALFONSO REYES

Por ALBERTO MARÍA CARREÑO *

EL Instituto Cultural Hispano Mexicano inicia su vida honrando la memoria de aquellos que realizaron obra indiscutible de cultura. Ayer recordó a un batallador que rompió lanzas con cuantos no compartieron sus ideas; pero que en su batallar dejó una estela de luz que a muchos deslumbró, aunque a otros señaló un camino de saber y de cultura; ese batallador fue José Vasconcelos, que con tanto interés intervino en el nacimiento del Instituto, por lo cual fue considerado su Presidente Honorario.

Hoy nos reunimos para rendir un homenaje de admiración a otro mexicano que fue antítesis de Vasconcelos en su carácter, en su actuación, en su pensamiento, pero que con su obra, como aquél supo ganarse la admiración universal y el justo elogio de cuantos lo conocieron y trataron: Alfonso Reyes. Su temperamento era suave y dulce, su palabra convincente, sus maneras cordiales y poseía una fuerza de atracción irresistible. Sus escritos llenos de sabiduría, de ciencia, de arte, cautivaban a cuantos los leían y ello explica que al alejarse de nuestro medio, un clamor de pena se levantara de sus admiradores todos.

Los miembros del Instituto cultural Hispano Mexicano son de los que aquilatan los méritos del glorioso escritor y por ello se unen hoy para tributar un nuevo aplauso a su obra imperecedera.

Fue Alfonso Reyes un polígrafo notable: crítico, ensayista, novelista, helenista, poeta, puso en toda su obra el sello de su prosa elegante y nítida fundada en su profunda observación y en sus amplísimos conocimientos; y en sus versos toda la ternura de su alma sensible y apasionada.

Hay que observar cómo siendo miembro de una familia de políticos: su padre el General don Bernardo Reyes y su hermano Rodolfo, él supo conser-

* Leído en el Instituto Cultural Hispano Mexicano el 16 de marzo de 1960, y en la sesión de la Academia celebrada en Tehuacán el 18 del mismo marzo.

varse ajeno a las pasiones que la política engendra, consagrándose, en cambio, de lleno a las tranquilas tareas literarias.

En sus días juveniles, otro mozo de su edad, hoy injustamente olvidado, el Dr. Carlos Barajas, ideó la creación del Ateneo de la Juventud y Reyes fue uno de los primeros que se alistaron en sus filas; y cuando sólo contaba 22 años de edad dio a las prensas su primer libro *Cuestiones Estéticas*, que claramente señalaba la potencia intelectual del autor que estaba llamado a realizar labor tan fecunda y tan intensa.

La Escuela Nacional de Jurisprudencia le suministra los complicados conocimientos del Derecho y le da el título que le permitirá rendir culto en sus altares a la ciega diosa Justicia; pero acaso advierte Reyes desde luego las torpes maneras con que suele mancillarse a esa diosa y prefiere apartarse del camino de la abogacía para endilgar sus pasos por el que lleva al templo de las Letras.

Y esta resolución le señala uno de sus primeros triunfos: la Real Academia Española tan celosa de su fama y de su prestigio no vacila en admitir en las páginas de su severo Boletín los estudios de quien no forma aún parte de ella como uno de sus miembros, pero que por sus merecimientos, a pesar de su extremada juventud es digno ya de serlo.

Reyes entonces contrae amistad cordial en Madrid, donde radica, con las más altas personalidades del mundo de las letras y esto, como es natural, afirma y desarrolla su amor a la Literatura.

Pudiera decirse que lo fundamental de su obra en prosa es la crítica; las *Páginas escogidas* de Quevedo, las de Ruiz de Alarcón, y la mayor parte de lo publicado entre 1910 y nuestros días constituyen labor de crítica, de observación y de sereno juicio.

Y el crítico muéstrase a veces examinando la acción de otros críticos. Sea un ejemplo su disquisición que intituló *Sobre un autor censurado en el Quijote*, Antonio de Torquemada.

Reyes recuerda el expurgo que en la biblioteca de Don Quijote efectúan el Cura y el Barbero y que no es otra cosa sino la crítica que realiza Miguel de Cervantes de los libros que habían tenido el triste privilegio de secar el cerebro del Caballero de la Triste Figura. La selección es ruda y muchos de los cuerpos encerrados en esa biblioteca son condenados al fuego; es decir, Cervantes los condena por mal escritos o porque son dados a entorpecer o dañar el cerebro humano.

Uno de los destinados a perecer, considerado como un tonel, es *Don Olivante de Laura*, "por disparatado y arrogante", y Reyes lo escoge a su vez para examinarlo y escribe:

"Y dicen mis autoridades, en efecto, que el *Don Olivante*, publicado en

1564, sólo merece recordarse en la larga serie de libros de caballerías porque Cervantes le hizo el honor de mencionarlo. Aunque, eso no, no es "tonel" ni cosa que lo valga, sino un volumen bastante moderado para tratarse de libro en folio; en total, 506 páginas".

Reyes, en seguida, entra en el estudio de la obra de Torquemada, recordando que además del *Don Olivante*, escribió el *Jardín de flores curiosas*, y los *Coloquios satíricos*; y menudamente reproduce en síntesis lo que son los Coloquios y hace notar cómo en ellos abundan "pasajes de linda dicción".

"De linda dicción" es también la síntesis que el crítico nos presenta; y en el examen que realiza del *Jardín de Flores* patentiza las mil y mil extravagancias que encierra y que con razón Miguel de Cervantes consideró, como el *Don Olivante*, digno del fuego.

He aquí las extravagancias que cita Reyes: "A título descriptivo, y para dar el sabor del libro, vaya un rápida enumeración de los demás temas que desfilan por el primer tratado: hermafroditas y andróginos, nacimientos extraños, bebés con dientes y barbas, mujeres que dan a luz elefantes y centauros, mezcla de bestias y hombres, influencia de la imaginación en la figura del recién nacido, casos de "salto atrás", rarezas en los tipos humanos; sátiros, faunos, egipancs y amazonas de la antigüedad; salvajes con cola, hombres dobles o con dos cabezas, hermanos siameses, pigmeos; pueblos peregrinos, donde hay hombres bienaventurados, de huesos elásticos o de lenguas bífidas; islas de Matusalenes, como la que visitó Yámbolo, donde la yerba es mortal al que sobre ella se duerme, y donde reina la comunidad de mujeres según las utopías clásicas; animales de maravillosa hechura, aves de transporte, comida sin fuego, serpientes gigantescas, enterramientos singulares; las Cuatro Mil Islas Antárticas; atletas y gigantes famosos; hombres que no beben agua, y longevos notables; idea de que el mundo envejece; jóvenes canosos a quienes la vejez da cabellos negros; salubridad de los lugares altos; antiguos cómputos del tiempo; viejos que se rejuvenecen al término de la edad vetusta, en uno como retorno eterno; los hiperbóreos de la Isla de Thile (o Tule); centauros y hombres marinos; osos protectores de doncellas: ascendencia directa, ésta, de los reyes dacios y suecos; jímios y hombres en confusión; el perro, abuelo de los monarcas del Perú y de Siam; las "serenas" o sirenas; mujeres convertidas en hombres y —cosa notable— nunca a la inversa". Con razón el moderno crítico definitivamente condena a Torquemada quien "lo traga todo y todo en desorden, como se ha visto, introduciendo los temas sin razón ni cuento en una imposible mezcolanza".

Pero no toda la crítica de Reyes ha de ser condenatoria, que a través de sus escritos llenos de observación y de sano juicio pone de resalto las bellezas, sin ocultar de modo artero los defectos; realza a los autores antiguos y modernos cuyos trabajos analiza.

El Arcipreste de Hita, Góngora, Lope de Vega, Ruiz de Alarcón atraen su pluma, como la atraen nuestros contemporáneos Amado Nervo y Pedro Henríquez Ureña, José de Jesús Núñez y Domínguez y Antonio Caso.

Y su crítica nos revela dos aspectos intelectuales del escritor: el artista profundo conocedor de la brillantez de nuestra lengua castellana, que pule y adorna con especiales galas, y el filósofo que razona fundado en el sentimiento anímico de los autores que analiza.

Un modelo de su prosa pulida y elegante nos ha dejado en su brillante descripción de las Academias.

"La imagen tradicional de las academias no difiere mucho de lo que sería una galería de momias en algún corredor subterráneo del antiguo Egipto. La pretendida inmortalidad que confiere la consagración del docto colegio en nada se distingue ya de la muerte. Vaga por el aire quieto un olor de embalsamamiento. Las caras son largas y cetrinas. Nadie se mueve. El iniciado, entre elogios convencionales, siente que lo van atando y enredando en las badeletas fúnebres. Y el largo recuento de sus obras, que emprende penosamente el oficiante, encargado de recibirlo e imponerle las insignias, más bien parece un desfile mortuorio y un paseo del féretro a la vista de los circustantes. Y para merecer tan triste ceremonia es fama que se desvelan los hombres, empeñados en ganar algunos pálidos vislumbres de posteridad, siquiera sea a cambio del sol que nos alumbra.

Y continúa de esta manera:

"Muy otra es una Academia como la nuestra, que llama a su seno a los hombres en pleno vigor de vida y pluma, y sólo los exhibe y destaca a los ojos de la opinión para que mejor entiendan y cumplan su deber de "vates" o conductores sociales. Mucho más nos corresponde aquí el ambiente de la primera Academia de que tiene noticia el mundo: aquel abierto jardín, aquellas avenidas de plátanos, aquel rumor de arroyos y fuentes, aquel aire todavía silvestre y travieso que agitaba los mantos de los discípulos, aquella abeja que siempre concurría a la cita en cuanto Platón despe-gaba los labios. Vida y no muerte; vida que se sabe mortal, pero que descansa confiada en esa prolongación y concatenación de la obra humana; lo que de todos los hombres y todos los pueblos, como se ha dicho, hace un solo hombre gigantesco e imperecedero".

Quien así manejaba la Lengua Castellana, durante los últimos días de su existencia mortal consagróse a darla a conocer en forma didáctica y ocupando una invisible cátedra puso de relieve sus excelencias, mostrando sus características esenciales y la mejor forma para utilizarla. Parte de su enseñanza fue un impulso irresistible de compartir con sus amigos la admiración que por nuestra lengua sintió; y ello explica que tal enseñanza estuviera consignada en boletines que el autor distribuía de manera privada. No había,

pues, en él otro anhelo que dejar una constancia de lo intenso que era su amor al instrumento que le permitía dejar en su obra literaria y artística una indiscutible belleza.

Por supuesto que quien tanto amó la lengua, quien tan fundados conceptos escribió acerca del lenguaje, que es el lazo que une a los seres humanos, no podía sustraerse a representar aspectos de lo que es la existencia de éstos, y por ello fue novelista. *El plano oblicuo*, *El testimonio de Juan Peña*, *La casa del grillo*, *Verdad y mentira* fueron el medio de que se valió para presentar en forma animada, aunque breve, la vida humana.

La novela, el cuento y el teatro son las tres maneras en que el literato logra que nosotros nos asomemos a las pasiones buenas o malas que a diario mueven a los hombres; el amor, el odio, el orgullo, la bondad son los impulsores de la existencia; y el novelista, el comediógrafo, el dramaturgo es quien en el laboratorio de su cerebro, como el químico diversas materias en sus retortas, mezcla y agita aquellos sentimientos para constituir seres dignos de la más alta estimación o del más intenso desprecio.

Reyes, pues, conocedor de este medio de asomarse al ser interno y externo de los hombres, lo utilizó con igual éxito al que alcanzó en sus trabajos de crítica tan llenos de conocimientos literarios como de profunda y serena filosofía.

Pero un pueblo artista y pensador por excelencia lo atrajo de modo singular: el griego. No hay un espíritu superior que no sienta esa atracción. El arte en sus diversas manifestaciones; la filosofía con sus intrincados embelesos resultan imán irresistible, y Reyes no los resistió.

Hay un volumen que apareció hace unos cuantos meses y que intituló *La filosofía helenística*, en el cual uno cree encontrar discusiones acerca del pensamiento griego con la crítica de los escritos de los más célebres filósofos nacidos en la tierra privilegiada que se asienta frente al Mediterráneo.

Pero no fue ese el propósito de nuestro autor. Cuando se recorren las 286 páginas, se encuentra un resumen de la transformación de las ideas griegas traducidas en actos; es decir, que el autor trasplantó en ese resumen la vida fecunda de un pueblo cuya inteligencia sacudió a los pueblos contemporáneos y sacude a los modernos.

Naturalmente que Reyes hace resaltar las diversas escuelas que se formaron, y entonces nos pone en contacto con quienes se hicieron más notables en cada una de ellas, y así podemos conocer las sectas principales y lo que fueron los atomistas, los académicos y neoacadémicos, los peripatéticos y los megarenses, los cínicos y los cirenaicos, los escépticos y los estoicos y los epicúreos.

Pero nos hace ver lo que fue Atenas y nos pone ante los ojos algunas de las grandes figuras de aquel celeberrimo pueblo.

25. "A pesar de sus notorios desmedros, escribe, la antigua capital del espíritu sigue siendo un centro de cultura. Desvanecido ya su sueño imperial, evoluciona hacia el tipo de distrito universitario. Su mismo alejamiento de la batalla política, la facilidad que ofrece a los estudios, la libertad teórica que allí se disfruta para la discusión filosófica y el cambio de ideas, atraen a muchos espíritus selectos. En Atenas, Filócoro compone su historia del Atica; Crátero colecciona y coordina los decretos de los archivos públicos; Apolodoro adelanta sus tratados de cronología y mitología; Timeo pasa sus últimos años; Polemón Viajero (el de Ilión) fija el centro de sus expediciones y trabajos. De modo general, teatro y filosofía siguen siendo cosa de Atenas. Entre los comediógrafos, sólo Filemón cambia a Atenas por Alejandría. Menandro, romántico y fiel, no la abandona. La filosofía no descansa. Griego y filósofo eran términos que se confundían. Los filósofos, perseguidos en el siglo V, son ahora solicitados por las cortes. Los señores macedonios, judíos, árabes, partos y bactrianos acuden a Atenas para educarse. Pila bautismal de las letras romanas. Quinto Metelo (Numídico), Antonio, Cicerón y su hermano Quinto, Bruto y Horacio buscan la consagración de sus aguas".

Estudia por igual Alejandría y Pérgamo, y naturalmente nos lleva a la Biblioteca, que "tenía galerías cubiertas, amplios corredores, estancias con asientos para las reuniones y conferencias públicas (*exedra*) y un gran comedor para la comunidad. Contaba con observatorios, jardines de aclimatación, salas de disección".

Piénsese que para constituir aquel enorme tesoro que encerraba los más variados productos del pensamiento humano, era indispensable el trabajo de centenares, de millares de escribas que vaciaron en el pergamino la ciencia y el arte de los sabios, de los filósofos, de los poetas.

Naturalmente que si Reyes se ocupa en Alejandría se ocupa por igual en describirnos la etopeya de Alejandro su creador. Como todos los conquistadores, éste realiza actos de reproable barbarie y de sublime grandeza; es, según Reyes, "claro y misterioso, benigno y cruel... despilfarrador de humanidad y creador de pueblos".

En suma, nuestro autor en un pequeño libro nos hace conocer la evolución ideológica y material de la Grecia que tanto amó.

Alfonso Reyes se consideró esencialmente un poeta y nos confiesa que once años tenía de edad, cuando comenzó a versificar; crece luego, comienza a viajar y esto lo pone en contacto con diversos paisajes, con variadas familias, y familias y paisajes agitan su mente, conmueven su corazón y hacen vibrar en su alma las cuerdas de su lira de poeta.

Mas recuerda también los cantos pastorales de Virgilio y entona su *Oración pastoral*.

*Pastad, oh mis ovejas, y cuando el sol decline,
bajo el haya de Titiro, aunque la yerba espine,
tendremos calma deleitosa;
que, cuando se despierte la blonda madrugada,
dejarán vuestras ubres el ánfora colmada
de tibia leche y espumosa.*

*Oh madre, buena madre que das frutos y mieles,
madre que beneficias terruños y vergeles:
sacra Deméter, dame trigo;
y llevaré a tus templos, al acabar el año,
vellones impolutos que crío en mi rebaño
y que serán para tu abrigo.*

*Mi labio en la zampoña suspira dulcemente,
y va la vida rústica fluyendo como fuente
sobre su lecho de verdura;
y, a las invitaciones de la naturaleza,
aspiro en una onda de paz y de belleza
el solo aroma que perdura.*

*¿Cómo puedo explicarlo, si el viento no se explica,
ni se explican las voces del agua que salpica,
ni los arrullos del follaje?
No hay voces ni hay acentos, murmullos ni rumores
para imitar los cantos que gustan los pastores
en esa música salvaje.*

*El raudo Pan derrame su difusa presencia
que inunda en sus temblores el valle y la eminencia,
¡Amo la vida por la vida!
Que respeten las Parcas los brotes de mi tronco,
hasta que por las venas mi ramaje bronco
la savia corra empobrecida.*

*Fecunda madre Tierra: cuando ese trance llegue,
que sea tempestuosa la racha que me siegue,
no haya ocasión a tristes quejas.
Y que, sobre mi tumba dejando sus fatigas,
entre platas y oros de arroyos y de espigas
trisquen y abreen mis ovejas.*

Y en parte solamente se cumplieron los anhelos del poeta porque pudiera decirse que la racha que segó su vida fue *tempestuosa* por violenta, pero el sensible escritor tuvo ocasión a "tristes quejas" ya que la enfermedad fue tan larga como dolorosa, interrumpiendo sus actividades, poniendo sombras en su luminoso espíritu.

Todavía a propósito del campo, escribe su *Lamentación bucólica* y exclama:

*Constante sueño en volver
al rebaño y las campiñas,
y en ir a Baco a ofrecer
que, cuando fruten mis viñas,
vendrá conmigo a beber.*

*Sueño que el fausto real
olvido por las cabañas,
y que divierto mi mal
soplando las siete cañas
del caramillo rural.*

¡Cosa extraña! No hay en toda la obra poética que recogió como lo mejor de su lira cantos de amor que son tema obligado de todos los poetas; describe lugares, deplora la eterna ausencia de algunos de sus mejores amigos, y pinta cuadros que resultan magníficos como éste de corte clásico y de primor sin igual:

*A juzgar por el ruido de la fronda,
alguien llega. Un temblor en el ramaje
revela fuga, o tímido espionaje
de caprípedos. Surgen de la honda*

*selva las ninfas y, bailando en ronda,
cercan a Diana que olvidó el ropaje
y se recata mal con la salvaje
y enmarañada cabellera blonda.*

*De pronto escapan: un galope truena,
ceden las juncias, la hojarasca suena.
Y en lugar del raptor que las espanta,*

*ciervo nervioso y ágil aparece,
huella el suelo y extático levanta
la grave cornazón que lo ennoblece.*

Pero el pequeño dios de las doradas flechas y la aljaba no es su inspirador, aunque en un momento dado exclama:

*¡Cuánto exiges, amor, ay, cuánto exiges!
¡Y cómo en tus oscuros arrebatos
disfrutas, alma, cuanto más te afliges!*

*¡Y qué bien miro lo que voy perdiendo!
¡Y qué bien miro que son insensatos
los que quieren vivir como muriendo!*

De su obra poética lo que más le interesó fue la tragedia *Ifigenia Cruel*.

Se ha dicho ya que a Alfonso Reyes no lo atrajo la Política que es turbulenta y voluble como mala mujer; pero él sirvió a su patria con devoción y con amor como diplomático; alejado del torbellino de pasiones que durante un largo período de tiempo oscureció nuestro país, pudo en España, en Francia, en la Argentina, en el Brasil ensalzar a México al mismo tiempo que ennoblecía más y más su espíritu, hasta llegar a ser lo que fue: un gran señor de las Letras.

Su muerte ha venido a poner de resalto la universalidad que llegó a conquistar. Las más cercanas y las más lejanas naciones han volcado sobre su tumba las fragantes flores de su elogio y de su admiración por el literato y por el hombre; porque cabe decir que si el letrado fue un conquistador de inteligencias, el caballero resultó un invencible conquistador de corazones.

El bien conocía la muy alta estima en que era tenido y, sin embargo, su sencillez y su modestia fueron virtudes que no lo abandonaron jamás y ello le trajo afectos, estimación, respeto, que no lo han abandonado ni después de morir.

Nuestra amistad principió en nuestros días juveniles; el Destino quiso unirnos de nuevo al término de nuestra existencia y nada hubo que aflojara los lazos con que se ligaron nuestras juventudes; él se me ha adelantado en el viaje final sólo para que yo fuera testigo de su magnífica apoteosis.

Reyes no será olvidado, porque con su obra se levantó en vida un monumento que hará imperecedera su memoria.

México, marzo 16 de 1960.

BIBLIOGRAFIA

- MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA en la Academia Mexicana correspondiente de la Española. *Memorias*, Tomo XII. Editorial Jus. México, 1955.
- Memorias de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española*. Discursos Académicos. Tomo XIII. Editorial Jus. México, 1955.
- La Filosofía Helenística*. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. México.
- Obra Poética de ALFONSO REYES. *Letras Mexicanas*. Fondo de Cultura Económica. México. 1952.

LAS PARADOJAS DEL TEATRO *

Por CELESTINO GOROSTIZA

DESPUÉS de solicitar el benevolente perdón de los señores Académicos por la tardanza —es verdad que obligada por azares y circunstancias de la más diversa índole que no estaba en mi mano evitar— con que acudo a cumplir el honroso deber de dar lectura a mi discurso de ingreso a esta venerable institución, tengo que empezar por disculparme de la falta de méritos que me han traído a ella. Parece natural que todo nuevo académico, movido por un legítimo sentimiento de humildad, se vea impulsado a presentar la misma o semejante disculpa; pero en mi caso es de todo punto indispensable aclarar que no lo hago por seguir una fórmula establecida por la costumbre, ni mucho menos por el prurito de adoptar una actitud de falsa modestia, pues tengo el arraigado convencimiento de no haber realizado en mi vida nada tan apreciable que me hubiera granjeado el privilegio de ser acogido en este docto colegio donde se congregan los hombres de mayor merecimiento moral e intelectual de cuantos se dedican en México al cultivo de las letras, a no ser que para ello se hubiera tomado en cuenta la constancia de mi empeño por contribuir, en la medida de mis cortas luces y capacidades, al desarrollo del teatro en nuestro país, lo cual a mí no me parecía de todos modos suficiente motivo, ya que el teatro mismo es considerado entre nosotros como un arte menor, cuando no, y en veces con cuánta razón, como la oveja negra de la familia literaria. Así lo hice saber con tanta turbación como gratitud —gratitud que aquí hago ahora extensiva a todos los señores Académicos que me favorecieron con su voto— a mis queridos y admirados amigos, don Angel María Garibay, don Antonio Castro Leal y don Francisco Monterde, que fueron quienes me hicieron la señalada distinción de proponerme para llenar una vacante en la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, así como a mis no menos

* Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua pronunciado el día 25 de marzo de 1960.

admirados y queridos don Jaime Torres Bodet, don José María González de Mendoza y don Martín Luis Guzmán, primeros en adherirse con generoso entusiasmo a esa proposición.

Mi temor de aceptarla era tanto mayor cuanto que se trataba de venir a ocupar la silla en que anterior y sucesivamente se sentaron don Ignacio Mariscal, don Enrique Fernández Granados y, en último término, el nunca bien llorado don Alejandro Quijano, para cuyo elogio no encuentro palabras que puedan dar una idea, así sea remota, de las múltiples cualidades que lo adornaron. Si el mal uso y el abuso no las hubieran despojado de su precioso sentido, diría simplemente que en él encarnaron la filantropía y el altruismo en sus acepciones más netas: amor al género humano; cumplimiento de los deberes morales en favor del prójimo; benevolencia, abnegación en beneficio ajeno; defensa de la igualdad social por sentimiento de justicia; renuncia a toda clase de ventajas y de privilegios, por considerar que los bienes sociales pertenecen o deben pertenecer igualmente a todos los miembros de la sociedad.

Por don Isidro Fabela, uno de sus más entrañables amigos, sabemos que don Alejandro, que había escalado las más altas cimas sociales y cuyas arcas siempre se vieron colmadas por los rendimientos obtenidos en el brillante ejercicio de la abogacía, vivió y murió en la pobreza. Permítaseme suplir mi falta de elocuencia con la emocionada semblanza en que don Isidro nos explica ese extraño fenómeno: "Se desposeyó de sí mismo para darse a los demás. Sus manos tenían la perenne tentación de dar y su corazón el impulso incontenible de querer. Pero como era un Crespo de riquezas emotivas y un pobre como San Francisco, en las manos de Alejandro como en las del Santo de Asís ya no florecían sino la piedad y el amor. Y todo es porque fue un generoso irremediable y esencial; es decir un cabal y convencido magnánimo a quien no le costaba trabajo serlo, pues así fue de nacimiento, pero con la estilización que dan los años afinó sus calidades haciéndolas más y más sutiles y delicadas; llegando así a amar la belleza de la bondad y la bondad dulce de la belleza, hasta el grado de transformarse en un incansable donador de sí mismo que se daba a los demás sin extinguirse, porque la fuente clara de sus caridades sólo acabó cuando quebróse el finísimo cristal de su alma y entonces pudo decir lo que decía de sí mismo aquel poeta Rovirio, de que nos habla Séneca: «Ya no tengo sino lo que he dado»".

Por mi parte, me atrevo a añadir que en su afán de darse, don Alejandro entregó a sus semejantes el tesoro más valioso de cuantos pueden constituir la hacienda de un hombre de letras: su tiempo. Requerido por la cátedra en que revelaba a sus alumnos los secretos del Derecho y de las bellas letras; por la dirección de instituciones benéficas, artísticas y culturales, preponderantemente la de esta Academia; por las obligaciones sociales inherentes a sus

múltiples cargos, de las que él sabía sacar provecho en beneficio de toda clase de necesitados, igual en el orden material que en el espiritual, no dispuso nunca del ocio indispensable para producir una obra tan vasta como seguramente él mismo y todos nosotros hubiéramos deseado; pero su talento, espléndido como todo en él, encontró de cualquier modo la forma de compensarse y compensarnos, dando a sus poemas de juventud y a sus enjundiosos discursos, artículos y ensayos, en los que es fácil advertir la mano maestra del culto humanista, del acendrado crudito y del refinado estilista, la consistencia y la perfección de las gemas de más finos quilates.

Se comprenderá mejor ahora el temor que me embargó al saber que se me señalaba para venir a llenar con mis pobres, escasos méritos, el inmenso vacío dejado por un hombre tan singular y de tanta valía. No obstante, tuve de pronto la intuición de que probablemente el propósito de los señores Académicos era el de honrar en mí al teatro nacional, aliviando así una falla de la cultura mexicana que se complace en mantenerlo en una especie de cautelosa cuarentena, tal vez por las circunstancias especiales que lo rodean y a causa de las cuales no todo lo que sucede en él es siempre artístico, ni culto, ni limpio. Me propongo hablar más adelante de esas circunstancias que parecen haber acompañado como un espectro al teatro a lo largo de todas sus andanzas a través del tiempo y que, sin embargo, no han sido obstáculo para que los países que conducen el estandarte de la cultura universal hayan puesto en todo momento sus mejores empeños por hacer de él uno de sus más preciados timbres de gloria. Si en México no acontece otro tanto, resulta evidente que la falta no debe atribuirse al teatro, sino a la cultura mexicana que por alguna razón lo subestima.

Es ésa, precisamente, la falla que me pareció advertir que la Academia Mexicana Correspondiente de la Española trataba de corregir al honrar al teatro mexicano en mi modesta persona, pues si bien es cierto que en sus venerables sillones se han sentado José Peón Contreras, Balbino Dávalos, Federico Gamboa y Antonio Mediz Bolio, y se sientan actualmente Nemesio García Naranjo, Julio Jiménez Rueda, Francisco Monterde, Salvador Novo y Mauricio Magdaleno, todos ellos muy felices dramaturgos, la verdad es que han sido más bien sus muchas otras cualidades literarias las que los han traído a esta noble institución. Solamente en mi caso no queda lugar a duda de que la honra, que honra más a quien la da que a quien la recibe, se hace pura y exclusivamente al teatro mexicano, en cuyo nombre me congratulo de haber tenido la suerte de ver abrirse las puertas de la Academia de la Lengua para los autores que se esfuerzan por dar a México un teatro digno de su alcurnia espiritual. Y puesto que al teatro debo el encontrarme en este sitio de privilegio, nada más justo que aproveche esta ocasión para especular sobre al-

gunos de sus aspectos más alucinantes, así sea con la brevedad con que lo requieren las dimensiones de este discurso que versará sobre "Las paradojas del teatro".

LAS PARADOJAS DEL TEATRO

La paradoja del comediante, que todos vosotros conocéis a la perfección y a la que yo, en consecuencia, voy a referirme solamente a manera de punto de partida, plantea un dilema sobre el que se ha venido especulando a lo largo de dos siglos sin que hasta ahora se le haya encontrado una solución que no sea a su vez otra paradoja. Y es que en ese sencillo dilema se encierra uno de los misterios más abstrusos de la creación estética que nunca ha sido posible reducir a una definición lógica y que hace justamente del teatro un arte tan seductor y tan fascinante. Diderot se pregunta si el actor debe prescindir de su personalidad para transformarse en el personaje que encarna, si debe sentir, pensar y actuar como éste, o bien si, consciente de su propio yo, debe servirse artificialmente de los recursos de su oficio para provocar en los espectadores una emoción que él no siente. En apoyo de esta última posibilidad, que ilustra con numerosísimos ejemplos, Diderot describe la decoración de un antiguo vaso griego en la que le parece ver la imagen perfecta del teatro: un niño, oculto tras de la máscara de un león rugiente, ríe a sus anchas del terror que provoca en otros niños que lloran empavorecidos frente a la máscara. Marcel Marceau, el gran mimo francés que acaba de visitarnos, me confirmaba en reciente charla la teoría que se encierra en esa imagen, al asegurarme que la sensación de esfuerzo físico que algunos de sus actos producen en el público, él la consigue sin ningún desgaste de energía, mediante la simple imitación o la exageración de las actitudes que corresponden a esa clase de esfuerzo. Aquí es donde el problema, saltando por encima de las candilejas, se sitúa entre el público y lo mete dentro de la paradoja. Bien que el espectador, alucinado por el arte con que está construida una obra y por la perfección del juego de los actores, se contagie de la emoción que éstos sienten o fingen sentir. Pero, ¿hasta qué punto es posible que se olvide de que se encuentra en una sala de espectáculos, sentado en una butaca por la que ha pagado un precio, al lado de otros espectadores extraños o conocidos suyos, frente a un escenario iluminado con luces artificiales, y que crea a pie juntillas que lo que sucede en él es cierto? ¿Y si no lo cree, cómo es posible que se emocione con el espectáculo y disfrute de él?

Marcel Marceau hace un número en el que, después de fingir que sube una alta e imaginaria escalera vertical, se dispone a atravesar la escena guar-

dando torpemente el equilibrio sobre un alambre igualmente imaginario. A mitad del recorrido simula que está a punto de caer y entonces el público, a la vez que ríe del absurdo, pues está seguro de que el mismo está asentado sobre la superficie sólida y firme del escenario, lanza gritos de angustia con los que comprueba que se ha dejado ganar por la ficción, que cree en el peligro que Marceau solamente simula. ¿O es que el espectador está simulando también? ¿Que el premio que concede a la perfección del artificio del actor consiste en fingir por su parte que cree en la verdad de la ficción? Pero... ¿y las lágrimas verdaderas de las buenas señoras que se conmueven con el melodrama? El dramaturgo inglés John Boington Priestley, en un libro publicado últimamente —*El mundo maravilloso del teatro*—, intenta explicar ese fenómeno haciendo radicar en dos niveles, en dos zonas diversas de la mente que funcionan al mismo tiempo, lo que él llama “la experiencia dramática”, que según él, es una de las más sublimes experiencias de que puede disfrutar el hombre. Una de esas zonas es la que se entrega, la que cree en la verdad del artificio y produce en el individuo el sentimiento de la emoción, en tanto que la otra permanece vigilante, atenta a la realidad que la rodea y consciente de los recursos de la ficción. Esta teoría, aparentemente científica, parece resolver el problema en lo que respecta a la posición del público frente al espectáculo teatral. ¿Pero cómo debe proceder el actor en relación con esa doble actitud del público? De acuerdo con Priestley, sin dejar de ser él mismo, el actor debe transformarse en el personaje que representa. Y he aquí que hemos caído de nuevo en la paradoja. Otro tanto acontece con las teorías de Stanislawsky, quien, como reacción contra una escuela que él consideraba “formalista”, es decir externa, superficial y falsa, pretendía que los actores, por medio de la concentración y de la “memoria de la emoción”, o sea el recuerdo de las propias experiencias e impresiones parecidas o semejantes a las del personaje, se sugestionaran al punto de llegar a creerse el personaje que tenían que encarnar, a sentir y pensar lo que ese personaje debía pensar y sentir, como condición *sine qua non* para que el público pudiera creer en la verdad de su interpretación. Cómo compaginar ese estado de absoluta abstracción con la exactitud con que el actor debe conducirse en la escena para entrar y salir en el momento justo en que debe hacerlo, para caminar, sentarse, descorchar la botella de champaña, disparar la pistola o caer muerto en el segundo preciso en que lo requieren el diálogo y la acción, es el conflicto que Ricardo Boleslawsky trata de resolver al sintetizar las teorías de Stanislawsky en la siguiente proposición que vuelve a ser otra, si no es que la misma paradoja: “El actor debe actuar con un corazón ardiente, pero gobernado por un cerebro frío”.

Posteriormente, Bertold Brecht, el dramaturgo alemán hace poco falle-

cido, se burló acremente de esas teorías. "Que un actor —decía— se auto-sugestione con el objeto de ver una apetitosa vianda donde no la hay y de esa manera pretenda hacérsela ver al público, es algo que no tiene ninguna relación con el arte del actor sino con el oficio del ilusionista". Proponía, en cambio, para el comediante, una actitud crítica tanto frente a los personajes como frente al público, a quien mejor que sugestionar debería simplemente informar de un modo objetivo sobre su propio concepto de los caracteres dramáticos. Esto implicaría una constante alternativa de ficción y realidad, y equivaldría al procedimiento de los modernos prestidigitadores que explican el truco de la suerte para provocar mayor asombro en el auditorio por la habilidad con que la realizan. En el fondo, esta proposición es la misma de Priestley y entraña idéntica paradoja: el actor debe encarnar al personaje sin dejar de ser él mismo.

Podríamos continuar extendiéndonos indefinidamente, sin lograr salir nunca del círculo cerrado de la paradoja, sobre las variaciones que los más profundos conocedores del teatro han intentado forjar alrededor de ella, tales como Louis Jouvet, tan lúcido, tan culto, tan equilibrado, quien, tras de analizar concienzudamente sus múltiples y valiosas experiencias personales, tiene que llegar a la conclusión de que "el arte del actor consiste en dejar de sentir lo que se siente para sentir lo que no se siente", formulando así tal vez la más paradójica de cuantas paradojas se han formulado sobre el oficio del comediante. Y es que sólo por medio de la paradoja es posible vislumbrar, ya que no entender, lo que siendo en sí mismo una contradicción inexplicable, jamás se dejará aprisionar en las rígidas mallas de la lógica y del razonamiento.

Lo que es verdad acerca del arte del actor, lo es con mucha más razón acerca del teatro todo, en el que el actor es ciertamente uno de los factores indispensables, pero nada más uno de los muy numerosos que tienen que contribuir con su oficio y con su artificio para crear la maravillosa realidad del espectáculo dramático. Como el actor, cada uno de estos factores está accionado por el misterioso resorte de una paradoja, de tal modo que no sería exagerado afirmar que el teatro es una suma de contradicciones huidizas e inaprehensibles, que son las que hacen de él un arte tan apasionante y lo convierten en el tema de constantes controversias y de toda clase de polémicas y disputas. Lo teatral es por antonomasia la imagen de la afectación, de la falsedad, de la mentira, de la simulación. Y no podría ser de otra manera, puesto que todo en el teatro tiende a engañar a los sentidos y al entendimiento. Falso el cartón de las decoraciones, falsos sus ornatos y sus perspectivas, falsa la seda de los trajes y el brillo de las joyas, falso el arrebol de las mejillas de las mujeres, falsa la luz que las nimba, engañosos sus llantos y sus risas, mentiroso el espacio en que se mueven y el tiempo en que transcurren

sus lances. Y sin embargo, con todo este fárrago de espejismos, el teatro debe crear la ilusión de una verdad alucinante, no sólo durante el breve lapso de la representación, sino para todos los tiempos venideros. Son más verdad y nos acercan más a la vida y al espíritu de Grecia la *Orestíada* de Esquilo o la *Medea* de Eurípides, que las sólidas piedras que aún permanecen en pie como mudo vestigio de lo que fue un día la grandeza de Atenas. Se hace evidente así la paradoja fundamental del teatro, la que constituye su esencia misma y de la que arrancan todas las otras: el teatro es una mentira destinada a convertirse en la única verdad, en la única imagen verdadera de una época, de una sociedad, de una nación.

Entre esas múltiples paradojas del teatro, ocupa lugar preferente la del lenguaje. Sabemos que existen un lenguaje poético, un lenguaje literario o escrito y un lenguaje coloquial que imita o trata de representar la sencillez y la naturalidad, y en veces hasta la imperfección del diálogo hablado. Es claro que el teatro puede servirse y de hecho se sirve de uno u otro de esos lenguajes, según la índole de la obra, e incluso de dos de ellos o de los tres en la misma obra. Un especialista en el teatro de Shakespeare cuyo nombre he olvidado, aconsejaba a los actores que no declamaran todos los pasajes de las obras de este autor como si fueran poéticos, porque en realidad no todos lo son aun cuando hayan sido escritos en verso. Gran parte de cada una de las escenas está destinada a explicar y a conducir la acción, y por lo tanto esas partes deben ser dichas en tono coloquial, so pena de que el oído del espectador, acostumbrado a la constante declamación, no pueda captar ni diferenciar los momentos verdaderamente poéticos; pero lo que de hecho importa, tratándose del teatro, es que el lenguaje de que se sirve, coloquial, poético o literario, sea ante todo teatral, porque en el lenguaje escénico debe privar el mismo artificio que en los otros elementos del teatro. Quiero decir que debe ser un lenguaje incisivo, que llegue fácil y agradablemente al oído y al entendimiento del auditorio, que logre captar y mantener su interés, y que sea capaz de producir en él una emoción humana o estética. Y ese lenguaje, el lenguaje del teatro, no está formado sólo de palabras, sino de gestos, de ademanes, de símbolos plásticos y dinámicos, de ruidos y de silencios. Al frente de una de sus obras, Luigi Pirandello hizo imprimir este epígrafe que cito de memoria: "Ruego a los actores que no tengan miedo de hacer las pausas demasiado largas. El silencio, cuando se le sabe hacer hablar, es más elocuente que las palabras".

Por lo contrario, las palabras en el lenguaje del teatro no siempre conservan su sentido literal y adquieren más bien el de la intención y la emoción con que son dichas, de acuerdo con el clima que el autor haya sido capaz de crear en el auditorio por medio de la hábil combinación de las situaciones dramáti-

cas. Una de las más tiernas escenas de amor que se han escrito en el teatro contemporáneo es la del primer acto de *Liliom*, de Franz Molnar, en la que los protagonistas, una humilde sirvienta y un gritón de feria, sentados en la banca de un parque, dialogan, o más bien monologan cada uno por su parte y sin que los monólogos lleguen a conectarse lógicamente, sobre la preocupación que les aqueja a causa de los empleos que ambos acaban de perder. Cuando el tema de la conversación se ha agotado, y después de un largo silencio, él recoge del suelo el pétalo de una flor, lo huele y observa: —Hay muchas acacias por aquí—. Ella mira alrededor y al cabo de otra pausa replica: —Se caen por el viento—. El pacto amoroso ha sido sellado.

Refiere Plutarco que cuando César oyó por primera vez a Bruto decir un discurso en la plaza pública de Roma, hizo el siguiente comentario: “No sé bien lo que quiere este joven; pero sí sé que lo que quiere, lo quiere con vehemencia”. Y Shakespeare, asiduo lector de Plutarco, en quien encontró siempre una rica fuente de inspiración, hace exclamar a Desdémona frente a la cólera de Otelo: “Entiendo la furia de tus palabras, pero no las palabras”. Las palabras, en este caso, no han tenido más objeto que el de dar el tono, que es lo que importa para el propósito del autor y para el desarrollo del drama. Estas peculiaridades del lenguaje escénico son las que si no divorcian totalmente al teatro de la literatura, sí establecen entre uno y otra un límite indefinido que nos conduce a uno de los más inextricables dilemas del teatro y que crea una de sus paradojas esenciales, porque el teatro escrito en lenguaje literario, que rara vez logra salir en su tiempo del pequeño círculo de las minorías selectas, es en cambio el que alcanza mayor perdurabilidad en las bibliotecas de los estudiosos y de los eruditos, en tanto que el teatro escrito en lenguaje teatral, que logra interesar en su tiempo a grandes multitudes, no consigue, salvo excepciones, proyectarse hacia el futuro. Pero cabe preguntar: ¿El teatro literario, que sólo rara vez es exhumado para vivir de nuevo en la escena, se conserva en las bibliotecas por sus virtudes teatrales o por sus cualidades literarias? ¿Le dan estas cualidades una perdurabilidad teatral o solamente arqueológica? ¿Cumplió alguna vez este teatro la misión para la que fue creado?

Thierry Maulnier, uno de los más sólidos dramaturgos y críticos teatrales contemporáneos, en reciente estudio sobre las tendencias poéticas y literarias de ciertos autores franceses del presente siglo, escribía: “El teatro es la palabra. Pero muere precisamente allí donde es la palabra solamente. . . El personaje se ha convertido en portapalabras, la confrontación de las ideas se ha sustituido al choque de las voluntades y de las pasiones, las palabras que atacan y que acarician, que bendicen y que sufren, que acumulan tanto en Shakespeare como en Racine toda su fuerza y todo su peso como en la punta y en el filo de una lanza, se han instalado muellemente en el desbordamiento lírico. . . La

tragedia es lenguaje, pero deja de ser tragedia cuando es solamente lenguaje. La tragedia es toda teatro. Un poema dialogado puede ser un bello poema dialogado, pero no es teatro. Un monólogo imprecatorio contra la perfidia de la mujer, la injusticia de la sociedad o la crueldad de los dioses, puede ser un buen monólogo, pero no es teatro. El autor, el actor que dejan de estar en situación, se salen del universo teatral. Quien pierde la situación lo pierde todo. Lo 'creíble', lo 'necesario' de que hablaban los clásicos, no es otra cosa más que la exigencia de la situación; lo que es creíble en la situación, es lo que es necesario en la situación. A causa de que un texto teatral no es un texto para decirse, sino un texto para representarse, es por lo que la esencia del arte del comediante —contrariamente a lo que creen ahora buen número de directores e incluso de autores que llevan demasiado lejos el respeto a su propio texto— no es el arte de decir un texto, sino el de vivirlo. De vivirlo en un plano superior al de las palabras, que es donde se encuentra la realidad teatral”.

Habremos de aceptar que la poesía es no sólo conveniente, sino indispensable para el teatro, a condición de que sea una auténtica poesía dramática, una poesía teatral. El teatro no acepta componendas ni mucho menos se resigna a quedar relegado por las otras artes que se aproximan a él con el único propósito de brillar a costa suya. Cuando la decoración, el marco en que una obra debe desenvolverse, trata de ser pintura o arquitectura, podrá pasar a figurar en las monografías de lujo y hasta en las salas de exposiciones, pero en el teatro sólo habrá contribuido al fracaso de esa obra. Cuando un músico escribe una ópera tan sólo como un pretexto para lucir sus talentos musicales sin fundirlos con los valores dramáticos del libreto, puede estar seguro de que su música será escuchada tal vez durante muchos siglos en las salas de concierto; pero su ópera habrá pasado a formar parte del repertorio de las óperas muertas. Del mismo modo, cuando un dramaturgo intenta asegurarse la inmortalidad dando a su obra una calidad poética o literaria que no nazca naturalmente del choque de las fuerzas en conflicto y de la pasión de sus personajes, estará escribiendo para las bibliotecas y para las antologías, pero no para ese público que noche a noche acude a las salas de espectáculos desde los más diversos rincones de las ciudades, en espera de ver consumarse el milagro, el difícil milagro del teatro que en ocasiones se realiza a través de las obras más humildes, de esas que raramente alcanzan una inmortalidad a la que no aspiran y que una vez cumplida su misión caen en el olvido para dejar el lugar a las que vendrán detrás sorteando los riesgos y los obstáculos de que están sembrados los caminos del teatro, a consumirse, para mantenerlo vivo, en el fuego de la escena. De esta manera cada obra, inmortal o perecedera, contribuye con su propia combustión a crear el sereno y luminoso universo del teatro, en el que brillan por igual los astros mayores y menores, los cometas, los

satélites y las estrellas fugaces. Fue sin duda la contemplación de la belleza de este universo la que hizo exclamar a Goethe: "Una obra mediocre medianamente representada, no deja de ser un espectáculo maravilloso".

Lo natural de ese universo ilusorio es vivir en estado constante de crisis. Es, desde sus orígenes, un eterno condenado a muerte. En cada centuria, en cada década, en cada lustro, aparece por cualquier parte algún profeta sombrío que anuncia su desaparición inmediata. Como consecuencia concomitante, surgen aquí y allá los expertos que hacen el diagnóstico, culpan tan pronto al público como a los empresarios, a los autores, al Estado y a los actores, y proponen los remedios infalibles a la enfermedad. Los remedios rara vez son aplicados y no obstante el teatro sigue viviendo a través de los siglos. Y es que el teatro es una aventura constantemente renovada que empieza cada día y que, como toda aventura conduce con frecuencia al fracaso y rara vez al éxito y aun entonces, ¡ay!, con cuánta fugacidad. Así como su estado perenne de crisis establece la paradoja de que el teatro, como Santa Teresa, vive muriendo, lo efímero de su éxito nos lleva de la mano a esta otra: la fugacidad del éxito del teatro es la que hace su eternidad. Nada menos estable, en efecto, menos duradero, que un éxito teatral, así se prolongue por muchos meses o por varios años. Al fin y al cabo, no quedará de él sino el recuerdo imborrable en aquellos cuya imaginación logró herir; pero nada material, nada tangible, nada ponderable. No puedo resistir al deseo de transcribir aquí la arenga que Gastón Baty, el ilustre director francés del primer tercio del siglo, dirigió a los actores de su compañía: "La belleza de un drama es como el relámpago, magnífica y breve. Desde el día en que el primer cerebro recibe el germen fecundo hasta la hora en que el telón se levanta, ¡cuántas meditaciones, búsquedas y esfuerzos, y de cuánta gente! Nada quedará. Melancolía de los decorados polvorientos, de las ropas ajadas, de los textos muertos. Así nace el árbol de una pequeña semilla. Obstinado, de estación en estación levanta cada vez más alta su cabeza hacia el sol y extiende más lejos sus raíces hacia las aguas oscuras. A fuerza de resistir el ardor de las canículas, las tempestades del otoño, la nieve y el hielo, se hace merecedor de venir a calentar y a iluminar nuestros hogares. Algunos instantes, su flama danza; sus brasas bosquejan un mundo enrojecido que hace soñar a los hombres. Después, el viento dispersa sus cenizas. Pero para nosotros, compañeros, es bueno imaginar esto: el árbol, tal vez se ha empeñado paciente en vivir sólo en espera de ese minuto en que su flama debía danzar".

Efímero como es el éxito en el teatro, brilla de tal manera entre los rayos de los reflectores, su resplandor es de tal manera vivo, suscita tantas y tan variadas ideas, opiniones y comentarios, que no sólo nada ni nadie logrará borrarlo del recuerdo de los seres que lo presenciaron, sino que este recuerdo se irá afirmando y agigantando al transmitirse de unos hombres a otros y de una a

otra generación, hasta alcanzar la inmortalidad. Resulta comprensible que siendo la fama que da el teatro tan clamorosa y tan intensa, hombres y mujeres se arriesguen a probar fortuna en él, y acudan a él fascinados por su luz, dispuestos a quemarse en su flama, a sacrificar en ella su bienestar, su tranquilidad y hasta su honra. Una mujer que fracase en el teatro puede salir de él convertida en una meretriz, roída por la amargura, mordida por la maledicencia y por la calumnia. Una mujer que triunfe, puede convertirse y de hecho se convierte en una reina, tales son el poder que ejerce sobre las multitudes y la sumisión que obtiene de sus admiradores; sólo que para llegar a ello, ¡cuántos desvelos y cuántas desazones, cuánta paciencia y cuánta desesperanza, cuán profundos desgarramientos en esa interminable lucha sin cuartel!

Dije antes que el teatro es una aventura que se renueva cada día. Debo añadir ahora que es una aventura costosa, en la que juega papel muy importante el dinero que todo lo mancha y todo lo pervierte. Parece lógico que la aventura atraiga a los aventureros. No sólo a los autores, a las actrices y a los actores que obedeciendo al dictado de legítimas vocaciones aspiran a hacer en el teatro una limpia carrera artística, sino, sobre todo, a los logrereros, a los tahures que aguardan un golpe de la fortuna, a los parásitos que se conforman con recoger las migajas del festín, a los fracasados, a los impotentes y a los resentidos, a más de esa prolífera laya de aduladores, pedigüenos y chantajistas que explotan la vanidad, los sueños y las debilidades de los artistas, y que al sembrar entre ellos la discordia, el rencor y el odio, convierten al teatro en un meffítico pantano poblado de toda clase de peligros y de asechanzas. No, no es éste el pantano de Díaz Mirón que algunos plumajes cruzan sin mancharse. En el pantano del teatro, tanto la obra como el artista verdaderos tienen que sumergirse, empaparse, calarse hasta los huesos y perecer en él o resurgir engrandecidos y glorificados, pero endurecidos por esa liga de impureza necesaria para la consistencia de los metales, de la que tampoco puede librarse la vida auténtica. Así surge el "dulce cisne del Avon" del ambiente de truhanerías que rodea al teatro isabelino y que él se ve obligado a compartir para poder sacar triunfante su obra de las acometidas de los rivales, en medio de los pistoletazos con que Ben Jonson solía deshacerse de sus enemigos y después de ver morir acuchillado a su amigo Christopher Marlowe en una de las tabernas de la peor ralea en que la gente del teatro tenía que buscar alivio a las humillaciones que los poderosos se complacían en infligirle. Consciente de las culpas con que se ha manchado, Shakespeare, que según uno de sus biógrafos más serios y acuciosos acostumbraba retratarse a sí mismo en sus protagonistas y se complacía en hablar por boca de ellos, se confiesa y trata de justificarse en los versos con que Agripa hace el panegírico de Antonio:

*Nunca un espíritu más selecto
gobernó a la raza humana; pero vosotros, dioses,
nos dais algunos pecados
para hacernos hombres.*

Se deduce claramente la paradoja que concierne a este ingrato aspecto del teatro, del que no me habría ocupado si antes no hubiera ofrecido hablar de las circunstancias que lo rodean y a causa de las cuales el mundo de la cultura mexicana tiene buen cuidado de mantenerlo a prudente distancia. Dije también que a pesar de esas circunstancias que lo han acompañado a través de todos los tiempos y sin cuyo estímulo parece que no podría vivir, los países que sostienen el estandarte de la cultura universal han puesto siempre sus mejores empeños por hacer de él uno de sus más preciados timbres de gloria, pues ha sido precisamente en las épocas en que más desenfrenadamente se han desbordado las pasiones dentro del teatro, en las que pueblos y gobernantes, disimulando sus faltas, le han prestado el mayor interés y le han extendido su protección hasta el punto de hacer de él una de sus más respetables instituciones nacionales. En el apogeo de sus triunfos militares y políticos, al tiempo de refrendar el estatuto de la Comedia Francesa instaurada por Luis XIV en la nación donde poco antes Molière, acosado por sus acreedores, pasaba de una cárcel a otra, Napoleón afirmaba que el teatro es el legítimo orgullo de Francia. "He dicho con frecuencia y lo repetiré muchas veces —insistía Goethe por su parte— que la causa final y la consumación de toda actividad natural y humana es la poesía dramática". A propósito de estas palabras, Frank Harris, el conocido biógrafo de Oscar Wilde, de Bernard Shaw y de William Shakespeare, hace el siguiente comentario: "Los ingleses no parecen comprender todavía la arrogancia y la profunda sabiduría que hay en esa frase, pero, de una manera oscura y medio consciente, comienzan a darse cuenta vagamente de que la hazaña más grande que han realizado hasta ahora en el mundo, ha consistido en producir a Shakespeare". Pese a sus imperfecciones y a sus pecados, a sus problemas y a sus contradicciones, pese, en fin, a todo lo que hace del teatro una misteriosa paradoja desconcertante e inaprehensible, o tal vez a causa de todo ello, hay pueblos que lo han amado y que lo aman hasta el fanatismo, y que han hecho de él una religión laica, una religión sin dios, porque él mismo es un dios a un tiempo sonriente e implacable, cruel y generoso, bárbaro y sublime.

Pido perdón a los señores Académicos y al amable auditorio que ha tenido la paciencia de escucharme, por la imperfección con que he desarrollado un tema tan delicado y tan rico en posibilidades como es el que me propuse

tratar. Tal vez, igual que César cuando escuchaba por primera vez a Bruto, no hayáis podido entender muy bien lo que he querido decir, pero seguramente os habréis dado cuenta de que mis palabras estaban inspiradas por el amor al teatro y por la gratitud que ha despertado en mí el noble gesto de la Academia de la Lengua que, al abrirle sus puertas, le abre a la vez el camino de la comprensión y del estímulo de la cultura mexicana.

RESPUESTA AL ANTERIOR DISCURSO

Por SALVADOR NOVO

NADA podía constituir un más grato encargo a mi desempeño que contestar con unas palabras de bienvenida a nuestra Academia, el magnífico discurso con que en ella ingresa quien aparte los méritos literarios de que su modestia hace caso omiso, subordinándolos al teatro en que es reconocida autoridad, ostenta a mis ojos y tiene conquistado en mi afecto, desde hace muchos años, las virtudes morales e intelectuales que florecen en una amistad que nos ha llevado, nacidos en el mismo 1904, a recorrer, juntos a veces, a veces cada cual por su lado, los mismos mágicos, alucinantes, agobiadores y gloriosos caminos de ese mundo de la paradoja al cual en su discurso acaba tan hermosamente de asomarnos Celestino Gorostiza.

Me veo, sin embargo, en la necesidad de desvanecer la modestia con que el nuevo académico pone aparte de las letras, que declara no haber cultivado, el teatro a cuya devoción atribuye su presencia entre los literatos que aquí se congregan. Sin la palabra: sin la letra; sin, en fin, la literatura, el teatro no alcanza la madurez, ni se habría asegurado la inmortalidad, la perennidad, la posibilidad diferible de constante resurrección, que logra al restituirse, de la escena en que floreció, al texto escrito en que fue semilla fecunda y destilada, acendrada, por el escritor, por el dramaturgo; por el escritor de teatro que si alguna diferencia guarda con el poeta o con el novelista, es una diferencia que exalta, que enaltece, las virtudes del escritor teatral por encima de las que adornan al escritor "puro". Porque si bien ambos tipos de escritores quintaesencian la vida y reaccionan frente a su mundo, el que expresa en teatro su convicción; el que por medio del teatro formula su protesta o su sueño, trasciende la ambición egoísta y limitada del poeta y de su monólogo, para forjar con la palabra una imagen del mundo y de sus hombres que resulte en una "imitación de los hombres en acción" — sin duda más esforzada, difícil y altruista, que la "expresión de un hombre en meditación".

Hecho este reparo a la modestia de nuestro colega; torpemente expresada mi persuasión de que todo buen dramaturgo aloja a un buen escritor, séame permitido evocar, sobre el testimonio de los recuerdos personales más emotivos, la brillante carrera profesional, dentro de las letras contenidas esencialmente en el teatro del joven que en 1926 emprendió con otros de su edad la aventura del teatro. Muchos de entonces nos han dejado ya: Xavier Villaurrutia, Gilberto Owen. Los que quedamos, tenemos el deber, modestamente histórico, de preservar los datos que mañana sirvan a la investigación de la etapa en que participamos. El Grupo de Ulises conjugó la curiosidad, la inquietud juvenil, de poetas como Villaurrutia y Owen, de pintores como Agustín Lazo, Rodríguez Lozano, Julio Castellanos. Como en todo suele ocurrir en México, era preciso hacerlo todo nosotros mismos: traducir las obras, montarlas, dirigirlas, actuarlas. Nos entregábamos con fervor a esta tarea de equipo, conjurados y cautivados por el entusiasmo de Antonieta Rivas Mercado. Fue entonces, en los felices veintes, cuando primero apareció entre nosotros Celestino Gorostiza. Su hermano José, el altísimo poeta a quien tenemos el honor de contar también entre los miembros de esta Academia; un poco mayor en edad que Celestino, no era ajeno a la atracción del teatro. Si no temiera traicionar el secreto olvidado de unos veniales pecados de mocedad en que todos incurrimos, os confiaría que Pepe también escribió para el teatro, cuando aquella *mexican spitfire* que era Lupe Vélez nos congregaba a la contemplación estimulante, y por lo visto inspiradora, de sus firmes jale-tinas en acelerada rotación. Pero José no fue más adelante en el teatro, para fortuna de la poesía.

Celestino, en cambio; en quien la vocación literaria pienso que habrá resuelto voluntariamente emanciparse de toda sospecha de relación con la de su hermano, se entregó desde un principio y totalmente al teatro. Como los demás del grupo, tradujo y dirigió, planteó las producciones, intervino en su realización. Como los demás del grupo, sintió desde un principio la necesidad de adquirir y perfeccionar una técnica que si en todas las disciplinas artísticas es indispensable, lo es aún más en el teatro, donde el dramaturgo ha de poseer una propia, dominar la suya el director, conocer su oficio los actores.

Aquel primer esfuerzo común —que ha venido a rendir frutos a tantos años de distancia—; aquel sueño que con hacer conocer bien actuados a los autores modernos del teatro extranjero perseguiría la meta de contar con autores nacionales y con un teatro mexicano valioso, fue Celestino Gorostiza el único en perseguirlo en pureza después de extinto el breve fuego de Ulises. Fundó, ya él solo, el Teatro Orientación, verdadero taller de teatro, forja experimental, en el bueno y verdadero sentido de esta equívoca palabra, de actores, directores y dramaturgos, muchos de los cuales, ahí empollados, han

enriquecido la escena mexicana, y tratado de dignificar el cine nacional. Del conocimiento íntimo y cotidiano del teatro y sus múltiples problemas, llegó al ejercicio de una vocación, oportunamente madurada, de dramaturgo.

De sus primeras obras — *El nuevo Paraíso*, 1930, publicada por la revista que daría a nuestra generación su nombre de *Contemporáneos*; *La escuela del amor*, estrenada en 1933 en el entrañable Teatro Hidalgo; *Ser o no ser*, estrenada en el mismo teatro en 1934; y *Escombros del sueño*, estrenada en el Teatro de La Paz de San Luis Potosí en 1938, hablaron a su tiempo y con la brillante inteligencia que les distinguía, Jorge Cuesta y Xavier Villaurrutia. Sus agudas caracterizaciones aparecen recogidas en el prólogo de Antonio Magaña Esquivel al segundo tomo de *Teatro mexicano del siglo XX* del Fondo de Cultura Económica, donde este juicioso crítico expone con brevedad y encomia con justicia la tarea desempeñada por Celestino Gorostiza en aquella época. “En el drama dialéctico de la renovación teatral —dice Magaña Esquivel— con igual actitud de inconformidad y disidencia que ostentaron el Teatro de Ulises y Escolares del Teatro, toca al de Orientación (1932) desplegar la tarea que representa la culminación del ciclo de precursores, la adopción definitiva de los modos y maneras del moderno teatro europeo. Para ello, su creador y director, Celestino Gorostiza, se halla dotado como ninguno en aquel momento.

“El Teatro de Orientación vive la etapa más difícil y prolongada de la renovación. Es otro paso para ligar, en lo económico, el teatro al Estado, y en lo cultural, el teatro a la inteligencia de lo universal. Varias características distinguen a esta empresa de Gorostiza, aparte su acción más persistente, su vida más larga: el repertorio extranjero con que cubre su primera y segunda temporadas se acomoda al paso de la producción universal, y nuevos autores mexicanos aparecen en la tercera fertilizando su vocación, devotos de la dramática más ajena a España; ensaya, pone a prueba y devuelve rediviva la actuación escénica, con nuevos actores que aprenden a conocer el territorio que es propio del comediante, y eleva el papel del director, lo independiza, le otorga la autoridad necesaria para someter las partes a la unidad, al movimiento, al ritmo, a la natural fluidez progresiva de la obra; convoca a un nuevo público, que trata de hacer suyo y de conservar por derecho de conquista; persigue restituir a la puesta en escena su condición de equilibrio real, objetivo, sintético, y a la dirección, la escenografía, la actuación, su importancia como proyecciones que conspiran al juego misterioso de relaciones e interdependencias, cada una con su carga de verdades.

“El Teatro de Orientación hace pensar en el verdadero tipo de teatro experimental, que ensaya definir las formas de la nueva dramática y de lo puramente escénico. Si no ha dado la verdad, ‘si no es el teatro, es ya una

imagen del teatro'. Es cierto que el concepto de la dirección escénica ya convivía en el oficio del comediante, desde Molière, pero la vegetación que impide ver el bosque a quien está en él, había ido cubriendo los ojos y empañando el espíritu del actor-director de la vieja escuela española que ejercía la dirección sólo para su lucimiento personal o el de su primera actriz, grandes divos; y el viejo espectador de los teatros comerciales iba a ver a su actriz o a su actor preferidos, y no al personaje que éstos encarnaban; el público había perdido así su capacidad de elemento catalizador de la existencia funcional de la obra. El aporte realista, en el siglo XIX, que alteró no sólo el concepto de espacio y el arte de la escenografía sino las ideas acerca de la actuación y sus áreas, trajo consigo las nuevas nociones de la dirección escénica. Es la hora en que Gordon Craig y Reinhardt, Copeau y Stanislawsky, Meyerhold y Piscator significan las más altas señales del dominio, de la autoridad del director sobre el conjunto de detalles que es la representación, partes alícuotas de la unidad. Conforme a sus enseñanzas, Gorostiza afronta el misterio de la realización escénica con la idea responsable de ensayarla como una ciencia viva y eficaz, y se convierte en el joven maestro de los nuevos comediantes —Clementina Otero, Carlos López Moctezuma, Josefina Escobedo, Víctor Uruchúa, Stella Inda, Carlos Riquelme, entre otros— y en el ejemplo de aquellos directores que vendrán después, aunque no lo imiten". Y más adelante: "Junto a Villaurrutia, Celestino Gorostiza, en esta época de Orientación, se distingue por el juego de elementos oníricos que introduce en la acción —*La escuela del amor*, *Ser o no ser*, y poco después, *Escombros del sueño*—, por los conflictos de conciencia que enuncia y que son, como en Pirandello, problemas unilaterales, problemas no precisamente, o no sólo, de la vida sino del teatro. Era, como él mismo dice, su época de revisión, de experimentos, de hallazgos. Viene de traducir a Lenormand, Pellerin, Achard, Molnar, O'Neill. Conoce las normas, los riesgos, las limitaciones de la escena, por su ya probada condición de director. 'Celestino Gorostiza —dice Jorge Cuesta— demuestra que, en el teatro, es la vida quien obedece; pues, arrancada a sus propias cadenas, es entregada al azar, y queda a la merced de los dioses'. Su obra dramática se revela 'construida con un cálculo que no enfría la pasión'. Más tarde, después de un silencio de varios años que lo ocupan el cine y el estudio, afianzará sus raíces dramáticas en esta porción de tierra firme y adoptará los sentimientos de convivencia mexicana, la libertad responsable de fijar las relaciones sociales y penetrar el infierno interior del complejo mestizo, en *El color de nuestra piel* (Premio Ruiz de Alarcón 1952 de la Agrupación de Críticos de Teatro), y la ironía catártica de los recién llegados a la opulencia, en *Columna social* (1955)".

Como a casi todos los escritores mexicanos, las tareas obligadas de la

docencia y del servicio oficial, aunque en su caso éste haya sido siempre congruente con su vocación, han mermado el tiempo que Celestino Gorostiza habría apetecido consagrar por entero a su obra propia. En medio de ellas, sin embargo, ha producido, después de *Columna social*, un drama histórico, *La leña está verde*, en que la Malinche, Cortés, la Conquista, son por primera vez pulsados y entendidos a la luz de una psicología no sólo eminentemente teatral, sino positiva y brillante, en cuyo tratamiento nuestro dramaturgo luce una sólida madurez.

Quien por tantos años ha buceado en mar undívago y siempre recomenzado del teatro, es natural que al exponernos hoy su paradoja nos deleite con la revelación de muchos de sus cautivadores misterios en la medida en que el misterio puede ser revelado. Sin ánimo de glosar punto por punto los muchos que abarca y recorre el discurso que acabamos de aplaudir, quiero sin embargo señalar a vuestra atención las reflexiones que suscitan aquellas interrogantes, aquellas paradojas, en él expuestas.

De la paradoja del comediante, que lleva dos siglos de ofrecer a los actores el dilema aparentemente irreconciliable de sentir para hacer sentir o de no sentir para hacer sentir, Celestino Gorostiza nos lleva a advertir la segunda y no menos asombrosa paradoja implícita en la actitud del público, que a su vez puede sentir o no, pero que ha pagado un precio (entre nosotros congelado como las rentas) por emocionarse; que está supuestamente consciente de la ficción a que sin embargo se entrega, y que se sentiría defraudado si no se le engañara correctamente. Cita en seguida las explicaciones que Priestley ofrece del fenómeno al hacer radicar en dos niveles, en dos zonas distintas de la mente que funcionan al mismo tiempo, la "experiencia dramática": una que se entrega, cree en la verdad del artificio y admite la emoción, y otra que vigila, en actitud crítica, la realidad que es marco de aquella ficción.

Los psicólogos reconocen dos formas, o dos grados, de la atención: la atención primaria, deliberada, consciente: yo estoy en el teatro. Vamos a ver cómo lo hacen; y la atención secundaria, convocada por las revelaciones sucesivas del espectáculo apenas iniciado después de aquel glorioso instante de súbito silencio en que la luz amengua en la sala, se descorre el telón, y la atención primaria queda reducida a la puerta abierta por la que es posible entrar a arrobar la atención secundaria o inconsciente del espectador. Se habrá producido entonces el máximo milagro del teatro: se habrá alcanzado el *einfihlung*: el contagio emocional: la vinculación, la cópula, entre la escena y el público. Es el momento sublime en que la imitación de la vida cobra una plena vida. Pero cuán frágil, delicado, quebradizo, huidizo, es este instante de comunión que ha logrado desposar al autor,

acaso muerto, con el público más heterogéneo, merced a unos actores cuya responsabilidad en la preservación de este vínculo es incalculable. Un estímulo discordante —visual o auditivo—, una nota falsa, por mínima que sea, romperá el encanto, y restituirá la vigencia de la atención primaria y consciente por encima de la secundaria. Ya no les creeremos a esos actores. El *einfihlung* —la empatía, como podemos aproximadamente traducir este término— se habrá irreparablemente roto.

¿Qué ha de hacer el actor —se pregunta Celestino Gorostiza— en relación con esa doble actitud del público? Vuelve así a enfrentarnos a la paradoja del comediante, que Priestley analiza, y que Stanislavsky y sus continuadores, exegetas —(y aquí lo podemos decir: calumniadores)— tratan de llevar a la fórmula, más eficaz como proverbio que práctica como consejo a los actores, de un corazón ardiente gobernado por un cerebro frío. Cita las discrepancias violentas de Bertold Brecht con el stanislavskismo, y concluye esta fase de su exposición por la mención de las conclusiones a que Louis Jouvet, de larga y gloriosa experiencia, llega al aconsejar que el actor deje de sentir lo que siente para sentir lo que no siente.

¿Un actor, en efecto: es un artista, como su congenial engreimiento le induce a la jactancia de suponer? ¿O es un simple instrumento, como el engreimiento a su vez congenial de los autores, y el todavía más agudo de los directores, se complace en decretarlo? Quizás se alcanzaría la conciliación, el término medio aristotélico, si los actores comprendieran que su pretensión al arte es subjetiva, mientras que su deber como instrumentos es objetivo: más claramente dicho: que los límites de su creación artística se contienen dentro de sus instrumentos de expresión —su cuerpo y su voz—, pero que una vez puestos al servicio de un texto y enderezados a conjurar la empatía con un público, éste sólo debe percibir, sin análisis, la perfección del instrumento que le depara la emoción; que lo comunica con un puente, con el poeta dramático del cual el actor es el siervo y el simple intérprete. Si el actor es capaz de disociar y asociar este doble carácter suyo: esta doble y noble función de su oficio, logrará un equilibrio vigilado, ni exento de pasión sincera y contagiosa, ni excedido en la frialdad de su juicio acerca del personaje a quien por unas horas aloja en su cuerpo de artista y en su mecanismo de instrumento.

Son tantas las reflexiones a que induce la cautivadora materia del discurso que hemos escuchado, que proseguirlas me llevaría más allá de los límites razonables de una respuesta académica cuyo solo objeto es el de abrir ancha y gustosamente las puertas de esta corporación a quien hoy ingresa en ella. No puedo, empero, concluir sin detenerme un instante en la paradoja del lenguaje a que tan brillantemente se refiere nuestro nuevo

colega. "El lenguaje del teatro —nos dice— no está formado sólo de palabras, sino de gestos, de ademanes, de símbolos plásticos y dinámicos, de ruidos y de silencios". Y nos recuerda que Pirandello reconocía que el silencio, cuando se le sabe hacer hablar, es más elocuente que las palabras.

Al escuchar estas reflexiones, recordaba yo, conmovido, el discurso con que nuestro llorado Presidente, Alfonso Reyes, tomó aquí mismo posesión de su cargo. Dijo entonces que el lenguaje, comunicación, es sólo el más históricamente reciente, y de ningún modo el más valioso ni eficaz, de los instrumentos de comunicación de los hombres. Un gesto, una mirada, en efecto, convocan o rechazan, crean un amor o desatan un odio. Adán y Eva ¿necesitaron del lenguaje?

Celestino Gorostiza nos señala, aparte la función limitada del lenguaje hablado o escrito para el teatro, la muy importante circunstancia de que en el teatro las palabras ni siquiera revelan, sino que suelen ocultar, o desmentir, lo que con ellas se dice: el "subtexto", que dicen los stanislawskis: la intención, veta oculta, corriente eléctrica de la acción, disfraz o declaración de las emociones.

Y así como la palabra no basta a hacer el teatro, tampoco sus demás elementos lo integran si no es en aquel equilibrio que es condición del hombre apetecer, y misión del teatro alcanzar para comunicarlo a la sociedad a que se dirige y cuya imagen recoge, no como un neutro espejo: sino como la tela, o el muro, en que un pintor retrata a sus modelos: seleccionando, condensando, subrayando: creando una nueva y mejor realidad artística.

Del erudito e inteligente prólogo de Américo Castro a alguno de los comediógrafos españoles del siglo de oro, recuerdo el raciocinio a que le condujo el cotejo de dos circunstancias del teatro que aparecen inconciliables, pero a las cuales el talento de Castro pudo hallar clara explicación. Asumido que el teatro, como solía decirse, es un espejo de costumbres, el crítico se preguntaba por qué la austeridad del Padre Mariana lo culpaba de no reducirse a reflejarlas, sino contribuir a distorsionarlas. La fórmula feliz que Américo Castro encontró para explicarse el encanto popular del teatro de Lope consiste en reconocer que en él (y la observación es válida para todo otro teatro de arraigo, de impacto popular) lo estático es real —o realista— y lo dinámico es imaginario —o idealista—. Que el teatro nos conduce —en el breve término de dos horas— del desequilibrio inicial de una situación que reconocemos, a una solución de nuevo y mejor equilibrio que sin su auxilio no habríamos encontrado, y que es, aunque imaginaria o ideal, satisfactoria como una justicia poética cumplida.

Esta imitación de la vida: este estatismo de realidad a qué entre el autor, el director, los actores y el escenógrafo imparten la dinámica de la

imaginación: que habla por gestos y silencios, que calla en palabras: que nos sacude entre el terror y la compasión aristotélicos para devolvernos sublimados a la realidad vulgar de nuestras vidas conscientes, conquista, nos lo ha expuesto Celestino Gorostiza, una gloria efímera y paradójal que es apenas el premio fugitivo al servicio que el teatro ha rendido a su momento. Descubierta la penicilina; generalizado el divorcio, *Espectros* y *Nora* quedan derogados en su máxima vigencia teatral de inmediato impacto, por más que perduren como obras maestras del teatro ibseniano. Es el momento, triste, en que el drama ha dejado de ser vida para empezar a ser literatura.

Pero el teatro conoce su destino — y lo afronta gustoso. Ha venido haciéndolo desde Esquilo, y acompañando a la humanidad en su éxodo infinito: incorporando, absorbiendo y quintaesenciando, profético, las mil formas que asume su evolución social, religiosa, moral: registrando y embelleciendo la lucha sin esperanza de los hombres contra los dioses; de los plebeyos contra los tiranos; del hombre contra las fuerzas ciegas de la naturaleza; del hombre contra su semejante: del hombre dentro de sí mismo. Ha creado al héroe clásico, Edipo o Prometeo, y ha incorporado con el cristianismo un libre albedrío que entrega al hombre las riendas de su destino y la posibilidad de una victoria romántica. Sabe que vivirá poco, pero tan intensamente, que no le arredra, sino que le estimula, la brevedad de su vigencia.

A esta religión, a este culto, a esta paradójica imagen de la vida, que participa gustosa de la efímera condición de la vida real, tanto como de su perennidad; que consueña con ella y la acompaña porque acata las leyes universales de su dialéctica; que vive como ella en crisis constante, y como ella plantea y dirime el conflicto de voluntades que es la esencia de su aspiración hacia la justicia; al teatro, en fin, espejo de costumbres, sueño catártico, culminación de la cultura de los pueblos, nuestro nuevo colega ha consagrado con ejemplar tesón todos los años fecundos de su existencia. En justo reconocimiento de los méritos de tan brillante carrera, la Academia Mexicana de la Lengua le ha llamado a su seno. Sea en ella muy bienvenido. Y permítaseme concluir este saludo con que estrecho la mano de un viejo y entrañable amigo, con la formulación ferviente de un voto porque así como ahora la Academia admite y reconoce, aplaude y propicia al teatro mexicano en Celestino Gorostiza, así otras instituciones despierten por fin a la persuasión de que si bien ha podido lamentablemente reconocerse que los pueblos tienen el teatro que merecen, la premisa puede positivamente invertir sus fecundos términos cuando el teatro sea dotado de medios y rodeado de circunstancias propicias a su inherente aptitud para crear el público —el pueblo— que el teatro merece.

DE LA NATURALEZA Y CARÁCTER DE LA LITERATURA MEXICANA *

Por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

PRELIMINAR

VENZO al fin, y sólo a medias, el temor que me infundía esta ceremonia de ingreso en tal alta corporación como la Academia Mexicana. Me intimidaba considerar la brevedad y la inconsistencia de la obra literaria con que me presento y la fragilidad de mi conocimiento de nuestra lengua, cuya sabiduría y cuyo dominio son prendas de los académicos. Sin embargo, como todavía me conforta el espejismo de las promesas que me hago, diciéndome que estoy aún por llevar a cabo las obras de algún aliento que tanto he proyectado, creo que en todo caso la decisión de llamarme al seno de la Academia —decisión que obliga mi reconocimiento para cada uno de ustedes, señores académicos, y en especial para quienes propusieron y defendieron con tanta generosidad mi candidatura— no significa tanto premiar una obra incipiente como extenderme un crédito por las empresas que acaso sea capaz de realizar. Sólo en este sentido me atrevo a recibir el honor que se me depara y a quedarme entre tantos varones sabios, de ayer y de hoy, a quienes siempre he tenido por mis maestros.

Estoy íntimamente persuadido, en efecto, de que una distinción de esta naturaleza opera sobre todo en el ánimo de un escritor como un grave compromiso de lealtad hacia los altos propósitos de la corporación que lo acoge, y que son el estudio y la ilustración de nuestra lengua y de sus manifestaciones perdurables. Ojalá que el voto que confirmé ante mi propia conciencia de mantener esta lealtad, que comenzó por ser gusto y afición

* Discurso de recepción en la Academia Mexicana pronunciado el 22 de abril de 1960.

espontánea, pueda cumplirlo no sólo con decisión sino también con algunas luces.

Si no estuviese, como lo estoy, convencido de la responsabilidad que trae consigo el ingreso en la Academia, me bastaría considerar la estirpe de preclaros mexicanos que han ocupado el lugar que hoy se me confía, la "silla número III" de nuestra corporación, honrada por el sabio Joaquín García Icazbalceta, por los filósofos Porfirio Parra y Antonio Caso y por el escritor Antonio Mediz Bolio, junto a cuyas sombras ilustres me siento confundido y multiplicada la responsabilidad frente al legado moral de que se me hace depositario. Y me bastaría, asimismo, recordar el ejemplo de amor por nuestra lengua y por el espíritu que anima sus expresiones que fue la obra y la personalidad de Antonio Mediz Bolio, mi inmediato antecesor, de cuya hermosa obra soy un antiguo devoto y a cuya memoria rindo un conmovido homenaje. Sabio enamorado de las tradiciones y leyendas de su tierra y eficaz y cuidadoso escritor, pensaba en maya y escribía en castellano, como él mismo quería, y rescató para la posteridad, en su poesía, su teatro y sus leyendas, la emoción del pueblo yucateco. *La tierra del faisán y del venado* (1922), su libro memorable, realiza este rescate como en un largo suspiro, como en una larga elegía por el pueblo que fue "antes de Maní"; evoca insistentemente el esplendor de las antiguas ciudades destruidas, la gloria de los príncipes que fueron y, como una sombra sangrienta, aquella ola terrible de hierro y fuego que echó abajo la gloria del Mayab, para dejarnos testimonio del viejo genio maya y de la tristeza de sus actuales hijos desheredados.

El tema y sus problemas

Porque el estudio de nuestra literatura ha sido, decía hace un momento, mi afición constante y porque esta afición se confunde en mi ánimo con el aprecio por la sucesión venerable de quienes han sido honor de nuestra Academia, quiero presentar a la consideración de ustedes algunas reflexiones sobre la naturaleza y el carácter de la literatura mexicana.

Tengo la impresión de que, en términos generales, los estudios dedicados a las letras mexicanas han preferido la descripción y valoración históricas y sólo excepcionalmente se han detenido a considerar la significación y el carácter general de nuestra expresión literaria. Existen ciertamente algunos importantes ensayos que examinan, desde esta perspectiva, etapas históricas, peculiaridades genéricas y estilos de épocas, pero aún no se ha intentado, que yo sepa, un estudio de conjunto como el que me propongo. Porque sé las

dificultades de semejante especulación, no aspiro más que a trazar un primer esbozo que pueda servir como punto de partida en la materia.

I

NATURALEZA DE LA LITERATURA MEXICANA

Las tres grandes épocas

La primera peculiaridad que percibimos en el conjunto que extensivamente llamamos literatura mexicana es el hecho de que no está formado por un proceso continuo sino que se encuentra dividido en tres grandes épocas, diferenciadas constitutiva e históricamente, y que de hecho consideramos a menudo separadas: la literatura indígena o prehispánica, la literatura colonial y la literatura del México independiente, cada una con sus propias características y con cierta unidad, aunque también ligadas entre sí y siguiendo un proceso de complejidad y desarrollo crecientes.

La literatura indígena

El cuerpo de poemas líricos, épicos y religiosos, de piezas teatrales, de textos morales, didácticos y filosóficos y de relaciones históricas, mitológicas e imaginativas que hasta ahora conocemos y llamamos literatura indígena fue creación de los pueblos que formaban el complejo cultural de la altiplanicie mexicana —que se expresaban en lengua náhuatl y comprendían tres núcleos principales: Tenochtitlán, Texcoco y Tlaxcala y del pueblo maya del sureste mexicano y parte del territorio guatemalteco. Esta literatura fue consignada o fijada probablemente durante los tres o cuatro siglos anteriores a la conquista o en los años inmediatamente siguientes; es obra de autores cuya identidad ignoramos en muchos casos, pero, gracias a los trabajos del doctor Angel María Garibay K., conocemos, por ejemplo, los nombres de treinta y tres poetas indígenas¹, uno de los cuales, Netzahualcōyotl—, disfruta de antigua fama. Estas obras pudieron llegar a nuestro conocimiento gracias a que fueron registradas e ilustradas por los cronistas misioneros —el padre Sahagún en primer lugar—, por sus informantes indios o por otros naturales celosos de sus tradiciones.

¹ ANGEL MARÍA GARIBAY K., *Historia de la literatura náhuatl*, Editorial Porrúa, México, 1953-1954, tomo II, pp. 373 ss.

Las características temáticas y de estilo de la poesía indígena de la altiplanicie —la creación más importante de nuestra literatura prehispánica— han sido descritas por el benemérito investigador de la cultura náhuatl, el doctor Garibay, quien hace notar en ella —además de los temas heroicos y teogónicos básicos— la insistente alusión al tema de la muerte y de la vida efímera que movía a los poetas a proponer el disfrute de la alegría del momento; y en cuanto a los procedimientos de estilo, señala el empleo de paralelismos o balanceos de vocablos, el difrasismo y la recurrencia de estrambillos y ritornelos; el breve repertorio metafórico —flores, aves de plumajes finos y piedras preciosas— y cierta esotérica oscuridad que parecía reservar a los iniciados la cabal comprensión de los poemas.²

Con todo y que sea posible reconocer características propias de cada una de las literaturas indígenas, hay en ellas un fondo de estilo común, explicable por su comunidad espacial y temporal y porque todas pertenecen, como observa Alfonso Reyes, “a la etapa mítica de la mente —idea implicada en la emoción— que Vico llamaba ‘la mente heroica’. Corresponden a aquella ‘barbarie’ de que ya hablaba Baudelaire en las geniales anticipaciones de *L'Art Romantique*, ejemplificándolas con el arte mexicano, el egipcio y el ninivita: no barbarie por deficiencia, sino barbarie que, en su orden, alcanza la perfección, entre infantil y sintética; que domina los conjuntos bajo una visión subjetiva y fantástica; que es casi palpitación en el asedio realista de los pormenores... y todavía anterior y ajena al sentido de la personalidad envolvente”.³

Las características capitales de la cultura y el alma indígenas han sido descritas por Agustín Yáñez en un penetrante ensayo.⁴ Señala por una parte, tres testimonios principales de la cultura prehispánica: las artes plásticas, el genio de las lenguas y el acervo de las creencias religiosas, y determina, por otra, las siguientes facultades primordiales del alma indígena: la fuerza de abstracción, en la plástica, en la designación de objetos ideales y en las concepciones y representaciones religiosas; el realismo que actúa en constante juego con las abstracciones y se manifiesta lo mismo en las expresiones culturales y religiosas que en las formas de vida; la facultad de paradoja, conciliadora de términos contrarios, de que puede ser ejemplo la Coatlicue,

² ANGEL MARÍA GARIBAY K., “Introducción” a *Poesía indígena de la altiplanicie*, Biblioteca del Estudiante Universitario, 11, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1940, pp. xiv-xvi. Véase también AMG, *Historia*, I, pp. 59 ss.

³ ALFONSO REYES, *Letras de la Nueva España*, Fondo de Cultura Económica, México, 1948, p. 11.

⁴ AGUSTÍN YÁÑEZ, “Estudio preliminar” a *Mitos indígenas*, Biblioteca del Estudiante Universitario, 31, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma, México, 1942, pp. vii-xxv.

diosa en quien se cruzan vida y muerte, o la exaltación de la vida por el derramamiento de sangre; la capacidad poética, en sentido estricto, que parecía asistir todos los actos de la vida indígena; el desasimiento o desprecio por la vida y familiaridad con la muerte, y la facultad de expresión plástica que implica sentido de la proporción, gusto estético y una acentuada aptitud para la decoración y la representación simbólica.

El conocimiento que hoy poseemos de la literatura de los pueblos indígenas de México y singularmente de la literatura en lengua náhuatl ha sido el fruto de un largo esfuerzo. Las fuentes originales: las crónicas y los manuscritos y códices, sólo recogieron el texto indígena, cuya traducción competente al español habría de ser obra que apenas se está coronando en los días que corren. Traducidas en parte inicialmente por distinguidos americanistas al inglés y al alemán, luego vagamente parafraseadas en nuestra lengua, tuvo razón el escritor italiano Marco Antonio Canini para preguntar a José María Vigil, en 1889, qué había sido del precioso manuscrito que existía en la Biblioteca Nacional con el nombre de *Cantares Mexicanos* y para comentar a continuación que "los literatos americanos... poco se han cuidado hasta ahora de la literatura de los pueblos indígenas".⁵ Vigil, por entonces director de la Biblioteca, no sólo rescataría "entre una multitud de volúmenes hacinados" el precioso manuscrito indígena sino que escribiría estudios, cuidaría ediciones de obras históricas y aun intentaría algunas versiones poéticas, no sin hacer votos por que los estudiosos mexicanos no se dejaran arrebatar la primacía en lo que se refiere a su propia historia, ya que el conocimiento de estas obras literarias primitivas es indispensable no sólo por su trascendencia filológica sino también para la precisión de nuestras informaciones históricas y geográficas y en atención a la belleza misma de los textos.⁶

Tras de esta incursión inicial de Vigil, que no tenía más que la importancia de señalar un camino, puesto que estaba limitado por su desconocimiento del náhuatl, vendrían, años más tarde, las versiones inciertas de Mariano Jacobo Rojas y, desde 1940, las traducciones directas y los estudios de Angel María Garibay K. y Miguel León-Portilla que nos han dado un conocimiento sabio de nuestra principal literatura aborígen. Un proceso paralelo ha ocurrido con los importantes textos mayas y quichés, como el *Popol Vuh*, el *Chilam Balam de Chumayel* y los *Anales de los Xahil*, cuyo interés es sobre todo histórico y mitológico y en menor grado literario, textos que hoy podemos conocer en versiones eruditas y a través de buenos estudios

⁵ MARCO ANTONIO CANINI, "La poesía crónica en los pueblos hispanoamericanos", en *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, 1889, tomo I, pp. 100-101.

⁶ JOSÉ MARÍA VIGIL, "Cantares mexicanos", en *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, México, 1889, tomo I, pp. 362 y 370.

críticos. De otros pueblos indígenas, como el tarasco y el zapoteca, sólo conocemos imprecisamente textos aislados.

En ocasiones de extrema complejidad y de una concepción lógica alejada de la nuestra, pero de extraña e impresionante poesía, la literatura prehispánica nos proporciona preciosos datos para reconstruir la imagen del mundo, la teogonía, la cosmogonía y la sensibilidad que poseían los pueblos primitivos de México. Los poetas cuentan en ella su pavor ante los dioses, su melancolía por la fugacidad de la vida, sus tradiciones históricas, sus ideas sobre los hombres y animales, las fuerzas divinas que gobernaban su existencia y el terror que desgarró sus almas cuando aparecieron los hombres blancos y barbados.

La literatura colonial

Fue la literatura colonial expresión del nuevo pueblo indohispano que con el nombre de Virreinato de Nueva España se formó en el territorio mexicano sojuzgado por la metrópoli española, a partir de la llegada de Cortés y sus tropas en 1519 y hasta 1810 en que el padre Hidalgo inicia la revolución de independencia. Aprendida rápidamente por muchos de los naturales la lengua española, su escritura y rudimentos religiosos y culturales, pronto comienza a desarrollarse una literatura que escribirán españoles, criollos, mestizos e indígenas. Sus primeras manifestaciones estarán consagradas preferentemente a dar testimonio de las acciones militares de la conquista y de las características culturales y naturales de los primitivos mexicanos y su territorio; a redactar vocabularios y gramáticas, textos escolares y obras que auxiliaran el proceso de evangelización. Pronto aparecerá la poesía, dedicada a exaltar con aliento épico los hechos de la conquista o vuelta a la expresión lírica de la intimidad, donde habrá de permanecer con raras excepciones casi hasta nuestros días. En el centro del período colonial, la profusa poesía novohispana alcanza una culminación memorable, no sólo de la época sino de toda nuestra literatura y aun de la española, en la sensibilidad refinada y en la valentía intelectual de una mujer excepcional: Sor Juana Inés de la Cruz.

Ya desde el siglo XVI, la literatura colonial mexicana toma, aunque con ciertos retrasos explicables por la lentitud de las comunicaciones, el paso de la española, y la Nueva España tendrá también su renacimiento italianizante, su barroco y su neoclásico. Viajaban de la metrópoli a la colonia y viceversa poetas y escritores que traían y llevaban novedades. Sin embargo, apenas iniciada la vida colonial, la Corona se preocupó por dejar bien claro qué libros podían leer y escribir y cuáles no los súbditos indios. No sólo

existía la prohibición general de libros censurados por considerarse contrarios a la fe o peligrosos para la acción evangelizadora sino que aun se prohibió expresamente que se trajesen, vendiesen o imprimiesen "libros profanos y fabulosos" o que traten de "historias fingidas" porque se los consideraba "mal ejercicio para los indios y cosa en que no es bien que se ocupen ni lean".⁷ Por supuesto que, a pesar de estas disposiciones terminantes, se introdujeron en las colonias españolas, por lo menos desde el siglo XVII, novelas de caballería, novelas picarescas y *La Celestina*,⁸ y aun se escribieron algunas obras de carácter vagamente novelesco en los dos últimos siglos coloniales.

El teatro, en cambio, que curiosamente no se reparó en que también estaba hecho de "historias fingidas", acaso porque se le reconoció un recurso valioso, como en efecto lo fue, para las tareas de evangelización, alcanzó pronto un desarrollo apreciable. A principios del siglo XVII se representan en Madrid, con éxito, las comedias de un indiano, Juan Ruiz de Alarcón, que añade una nota propia y original al floreciente teatro de la metrópoli, y a principios del siglo XVIII se representan en el palacio virreinal y en el Coliseo de México las piezas de Eusebio Vela que tratan, algunas de ellas, temas de historia local.

Lo mismo en las crónicas que en las obras descriptivas, en la poesía que en el teatro, en los trabajos eruditos que en los humanistas, la literatura de los tres siglos coloniales no sólo es un rápido aprendizaje y una ambiciosa emulación de la cultura española sino también un proceso de lento desprendimiento y autonomía. Cada vez van siendo más frecuentes y dominantes las notas originales y distintivas, ora porque las circunstancias exigían determinadas obras cuya práctica a veces no coincidía con los usos y estilos que se encontraban por entonces en boga en la metrópoli, como el teatro de evangelización de corte medieval, las descripciones naturales y culturales o los vocabularios y las gramáticas de lenguas indígenas, ora por la aparición de temas y rasgos de estilo que eran sólo propios de un nuevo pueblo, como la "extrañeza" hecha de contención y finura de espíritu que en España se advertía en las piezas de Ruiz de Alarcón⁹, las descripciones de paisajes, hombres y costumbres que eran sólo de la tierra mexicana o las abundantes peculiaridades

⁷ Cf. JULIO JIMÉNEZ RUEDA, *Historia de la cultura en México. El virreinato*, Editorial Cultura, México, 1950, p. 225, e Irving A. Leonard, *Books of the Brave*, Harvard, Cambridge, 1949. Trad. esp.: *Los libros del conquistador*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953, p. 81.

⁸ IRVING A. LEONARD, *Romances of Chivalry in the Spanish Indies*, University of California Press, Berkeley, 1933.

⁹ JUAN PÉREZ DE MONTALBÁN, *Memoria de los que escriben comedias en Castilla*, al final de su miscelánea *Para todos*, Madrid, 1632.

lingüísticas, por lo general bajo la forma de palabras indígenas españolizadas, que fueron dando un carácter propio a lo que se escribía en Nueva España. Así va surgiendo, en nuestro medioevo colonial, un hibridismo cultural hispanoindio y así va configurándose lo que, al advenir la independencia, será nuestra expresión literaria mestiza, propia y original de México.

La literatura de México independiente.

En comparación con las etapas anteriores, la expresión literaria de México independiente es mucho más compleja y variada, por lo que habitualmente se fracciona su estudio en varias épocas: de la independencia, de elaboración de la República, el nacionalismo, el Modernismo, la Revolución y la época contemporánea, por ejemplo. Pero si estas divisiones son necesarias para el estudio histórico, considero que para la índole general de estas reflexiones puede bastarnos con dividir el desarrollo literario y cultural de los ciento cincuenta años que van corridos de 1810 a 1960 en sólo dos períodos claramente diferenciados: el primero, de 1810 a 1880, aproximadamente, será un lapso caracterizado por la turbulenta elaboración y búsqueda de formas políticas y sociales, las invasiones extranjeras y el afianzamiento final de los gobiernos liberales; la literatura, en este período, será principalmente expresión o instrumento político; y el segundo, de 1880 a nuestros días, es un lapso caracterizado por cierta estabilidad política, social y cultural, hendido de 1910 a 1920 por el profundo corte y transformación social que operó la Revolución; la literatura de este período moderno ha creado ya su propio cauce y se acerca o se aleja de lo político y social a voluntad, sin estar condicionada ni supeditada a ello.

En la literatura de México independiente, en ambos períodos, existe un desarrollo orgánico en el que no faltan ninguno de los elementos característicos de los esquemas europeos: ya pueden reconocerse y aislarse generaciones literarias, corrientes, tendencias y ciclos genéricos. Las tendencias seguirán un curso paralelo no sólo al español —como ocurrió hasta mediados del siglo XVIII— sino en general al de los países europeos. El horizonte cultural lentamente va enriqueciéndose con nuevas influencias y fermentos: franceses, ingleses, norteamericanos, hispanoamericanos y alemanes, y con sus estímulos, aunados a la expresión propia, la literatura mexicana va evolucionando hacia su autonomía. A fines del siglo XIX, México participa en el movimiento de renovación modernista hispanoamericano con algunos de los precursores y continuadores más destacados, y en nuestro siglo la novela de la Revolución, por ejemplo, es una contribución original y vigorosa a la literatura universal.

Podría parecer, a primera intención, que un período de nuestra historia como el que va de la iniciación de la independencia en 1810 al establecimiento del gobierno de Porfirio Díaz hacia 1880, en que se practicaron todas las formas de revoluciones para hacer triunfar la libertad y luego las ideas y los caudillos, en que el país debió sufrir dos invasiones extranjeras y la mutilación del territorio nacional y en que tanto se ahondaron las pugnas ideológicas, que a partir de mediados del siglo se fijan en las irreconciliables actitudes de liberales y conservadores, podría parecer, decía, que años como éstos hubieran interrumpido o menguado considerablemente la expresión literaria, que gustamos de imaginar más floreciente en la paz que en la violencia. Sin embargo, a pesar de que no pueda afirmarse que la literatura de esta época haya alcanzado expresiones de valor permanente y universal, es preciso reconocer que fue de intensa actividad y vitalidad, que estuvo constantemente animada por doctrinas estéticas y culturales y que, gracias a su esfuerzo, pudo alcanzarse la madurez, la profundidad y la originalidad a partir de los últimos años del siglo XIX.

La literatura en este período se organiza en las formas y usos sociales característicos del siglo del romanticismo. Víctimas reales o imaginarias de una sociedad insensible, de las calamidades de la época o de las dolencias del corazón, los escritores, a pesar de todo, escriben y combaten en las páginas, que les pertenecen del todo, de los periódicos y revistas en los que literatura y política son lo primero. Otro recurso confortante es el de reunirse los colegas para compartir afanes, ideales y quebrantos en asociaciones literarias que se escalonan y pueblan el siglo sin interrupción, y en todos aquellos actos que implican la reunión humana: conmemoraciones y fastos cívicos, duelos y convites, recepciones y despedidas. Semejantes pretextos promueven el desarrollo de las formas sociales y cortesanas de la literatura, particularmente las crónicas, los discursos y los versos de ocasión. Algunas figuras señeras dominan a su tiempo la bullente grey: Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano, maestros que dan el tono y acaudillan las grandes empresas cívicas o culturales. Un principio rige predominante, el de la hermandad ideológica y literaria que mueve a darlo todo por el hermano y a negarlo todo al gratuito enemigo; la crítica misma, aun en la pluma de los más distinguidos escritores, tiene esta misma bárbara norma facciosa.

Sin perder un ápice de su pudor y su modestia, la mujer se ingenia para intervenir activamente en la literatura, y escribe versos y novelas, colabora en las revistas literarias y hace las suyas propias que no desmerecen junto a las masculinas. Para corresponder a su encanto y decoro, los varones desarrollan

todo un género de galantería literaria que aun creará sus propias, encantadoras expresiones: los *Calendarios*, los *Años Nuevos*, los *Presentes Amistosos* y todo ese clima de literatura placentera, sin lágrimas, que florece a mediados del siglo y en la que participan sin rubor —vagos precursores de Mallarmé— escritores tan conspicuos como Francisco Zarco.

La literatura acaso sea en estos años un ejercicio ruinoso e incierto, pues todo queda confiado a las luces y al esfuerzo propios —no existen aún estudios académicos accesibles ni institutos ni empresas editoriales—, pero los escritores se arreglan para suplir tantas deficiencias, se enseñan e ilustran unos a otros, viven de las profesiones liberales, de modestos empleos públicos, del magisterio y aun del comercio y, para publicar sus libros, si no han encontrado un protector generoso, el siglo ha descubierto la benemérita institución del folletón, en la parte inferior de las páginas de los periódicos, que sin muchos escrúpulos dará vida a centenares de libros.

El tono y el espíritu de la época es el romanticismo, que encuentra un campo propicio en el afán libertario de aquellos hombres y en su apasionada búsqueda de soluciones políticas y de mejoramiento social; pero el romanticismo tiene además otros rostros: el de la afirmación individualista y, consiguientemente, la exaltación del sentimiento personal, y el de los infinitos caminos para la evasión. Por ello nuestro romanticismo, al igual que en casi todo el mundo occidental, se manifestará principalmente en tres formas: la literatura nativista o de exaltación de la propia tierra y de lo nacional, la política y la sentimental.

Desde los mismos años de la lucha por la independencia, nuestro valiente *Pensador Mexicano* inicia la corriente de literatura liberal, nacionalista y popular que va a cruzar todo el siglo XIX y continuará aún vigente en nuestros días. Aquel interés por la vida de nuestro pueblo, por su lengua, por sus costumbres y por sus dramas humanos; aquella defensa constante de la justicia social y aquel profundo amor por lo nativo que percibe el lector de las novelas, los periódicos y los folletos de Fernández de Lizardi, van a irse puliendo y afinando con el paso del tiempo o a acentuar en ocasiones las notas pintorescas o folklóricas, van a complicarse con doctrinas sociales y políticas, van a convertirse a menudo en armas de partido o a servir de pretexto e ilustración para argumentaciones doctrinarias, pero no perderán nunca aquella dirección esencial que marcó la obra del autor de *El Periquillo Sarniento*. En el curso de esta tendencia, durante el siglo XIX, se encuentran la poesía popular y festiva y los “cuadros de costumbres” de Guillermo Prieto; el generoso y encantador fresco de nuestra vida rural que es la novela de Luis G. Inclán; los esbozos de la “comedia humana” mexicana que nos atrae en las novelas de Manuel Payno y de José Tomás de Cuéllar; el pensamiento, las ficciones y

la poesía de Ignacio Manuel Altamirano y tantas obras en las que hay una expresión del color y de los dramas nativos.

Será la literatura política manifestación inmediata del compromiso que hicieron suyo los hombres del siglo XIX. Ya fuera expresión teórica, ya apasionada literatura de combate o de tendencia, casi no hay escritos del siglo XIX en los que no pueda identificarse la filiación política, el bando liberal o conservador a que pertenecen sus autores. Aun en los serenos estudios eruditos de un Joaquín García Icazbalceta o de un José María Vigil, por ejemplo, se transparenta indeleble su partido, y ello es, a fin de cuentas, otra de sus noblezas. En ocasiones, las doctrinas políticas liberales son a la vez doctrinas culturales, como ocurrió, a principios del siglo, con el movimiento de emancipación intelectual, o inmediatamente después del triunfo de la causa liberal en 1867, con el movimiento de afirmación nacionalista a que convocó Altamirano, como un recurso salvador después de la violencia y para afianzarnos en nuestras propias esencias y raíces, movimiento éste que dará coherencia doctrinaria y sentido de empresa nacional a la corriente iniciada por Fernández de Lizardi.

La literatura sentimental parece el reverso desilusionado de la exaltación nacionalista y de la pasión partidarista. La moda de la época le consiente al hombre ser o aparecer más vulnerable y más dañado por los infortunios y es de buen tono ser desgraciado y decirlo. Unos lamentan sencillamente sus desdichas, otros sueñan e inventan evasiones —hacia el futuro, hacia el pasado, hacia tierras exóticas o hacia la propia aniquilación— y otros se revuelven airados contra una sociedad incomprensiva y sin piedad y lanzan su reto a la tierra y al cielo. La pasión amorosa, causa de muchas de estas desgracias, va sufriendo a lo largo de estos años una transformación. De los inocentes y vagos idilios neoclásicos de principios del siglo, pronto se llega a la pasión desnuda de franco erotismo que luego de una ola de ironía y sátira alcanzará las afinaciones sensuales del Modernismo.

Pero junto a estos temas y tendencias dominantes existen otros de cauce menos profundo pero sin los cuales estaría incompleta la imagen de este período. Los asuntos históricos tienen por campo propio la novela, aunque existan también obras poéticas y dramáticas de tal índole. El siglo XIX novela prácticamente toda la historia de México, desde la conquista hasta sus propios días, con una peculiar interpretación de cada una de las épocas. La historia prehispánica y de la conquista, y sobre todo la figura de Cuauhtémoc, será vista por la literatura histórica como un pasado clásico y heroico; mientras que la historia colonial se pintará acentuando los tintes sombríos e insistiendo en aquellos aspectos negativos, como los crímenes de la Inquisición, adecuados para fijarnos la imagen total e injusta de aquellos tres siglos como de una oscura edad

media. De acuerdo con esta tendencia en la interpretación histórica, la literatura que se refiere a los acontecimientos inmediatos presupone siempre una visión política, aunque, dato curioso, apenas existan novelas históricas conservadoras.

Un género de amplio desarrollo en este período es el de la literatura descriptiva y de viajes, ya fueran por el interior de la República o por países extranjeros, textos que nos permiten conocer las costumbres de la época y la sensibilidad de los viajeros, y recrean para nosotros la imagen del México de antaño. Otro tipo de exploraciones, las autobiográficas, que en forma de novelas, relatos o memorias son también característicos de estos años, nos entregan, con ilustres excepciones, más las reservas que la conciencia y el temperamento de los hombres del siglo XIX. La ficción y la aventura, en su forma puramente imaginativa, casi no existen. El siglo XIX está lleno de relatos de aventuras pero a la manera folletinesca, de sabor y propósitos realistas. Excepcionalmente se intentaron las ficciones fantásticas aunque sólo para trazar, con un tiro más largo, alegorías de sátira política y social, como en el caso de *El gallo pitagórico* de Juan Bautista Morales o del curioso y anónimo *Viaje de Palinuro*. Finalmente, a lo largo del siglo XIX fluye una corriente de antiguo abolengo; el humanismo, que se manifiesta en buenas versiones y estudios greco-latinos o en una poesía original adicta a las formas clásicas o académicas, cuyos mejores aciertos se encuentran en el campo de la poesía descriptiva. Dentro de esta línea humanista tienen lugar los excelentes estudios históricos y eruditos que son algunos de los frutos intelectuales más logrados de la época.

Peculiaridades del período 1880-1960

Como decía hace unos momentos, el segundo período en que dividimos la literatura del México independiente, que comprende los ochenta años que van del establecimiento del porfiriato a nuestros días, se caracteriza por su estabilidad política, social y cultural y por la autonomía que ha alcanzado la expresión literaria. En medio de estos años pacíficos, la Revolución marca un corte profundo que va a determinar un cambio radical en todos los órdenes de la vida mexicana y que creará, asimismo, la doctrina social y económica que nos ha regido desde entonces. Pero si históricamente son dos períodos bien diferenciados el anterior y el posterior a la Revolución, para el propósito que orienta nuestras reflexiones podemos atender a las continuidades y a las semejanzas culturales que relacionan ambos períodos, sin olvidar, al mismo tiempo, las transformaciones y los cambios de rumbo operados por la Revolución. Visto el caso desde otra perspectiva, me parece que

un Justo Sierra, organizador de la educación nacional y fundador de la Universidad, y un Manuel José Othón, autor del *Idilio Salvaje*, tienen más afinidades con José Vasconcelos y Octavio Paz, por ejemplo, que con Ignacio Ramírez y Guillermo Prieto; es decir, que los escritores de los años finales del siglo XIX y primeros del XX parecen mirar más hacia nuestro tiempo que hacia el romántico y apasionado siglo XIX.

En este período moderno de nuestra literatura, el escritor ha conformado y aislado su profesión intelectual, que ya no se confunde ni entremezcla con otros oficios, y que antes bien va evolucionando hacia las especializaciones. Los hombres que formaron aquella generación ilustre de 1910, el Ateneo de la juventud —que es precisamente el lazo de unión que establece la continuidad antes aludida—, todavía aspiraban a abarcar el campo completo de una o varias disciplinas, mientras que los escritores de las promociones siguientes van avanzando progresivamente hacia las especializaciones culturales, que serán una de las formas intelectuales características del mundo contemporáneo. Las crecientes subdivisiones de las carreras académicas y las profesiones, las publicaciones técnicas reducidas a un campo preciso del saber o del arte, la complejidad del aprendizaje teórico y práctico y la abundancia documental que existe sobre cada materia dominan también el mundo de la creación intelectual y literaria.

En las relaciones entre literatura y política se ha operado un cambio sutil pero significativo. Los hechos políticos no tienen ya sobre el escritor aquella rigurosa dominación que la misma fuerza de las convulsiones determinaba en los escritores del siglo XIX. Podrían desentenderse de lo político y social, y así lo han hecho algunas generaciones modernas, pero voluntariamente la mayoría se preocupa por ello, en mayor o menor grado, y conserva siempre en los presupuestos de su obra sus ideas al respecto. Es, digamos, una servidumbre voluntaria y no por la fuerza de las circunstancias. Si enumeramos algunas de las tendencias y polémicas importantes que han ocurrido en las letras de este período, advertiremos que la mayor parte son fundamentalmente de índole cultural o estética: como el Modernismo que se enfrentó a fines del siglo XIX con las últimas manifestaciones nacionalistas, el universalismo revisionista del Ateneo, el antimodernismo estético de González Martínez, el debate entre arte revolucionario y arte puro de los treinta, o el más reciente entre literatura autónoma y literatura comprometida; pero, al mismo tiempo, todas ellas implican una actitud ideológica. Aun en el pacífico colonialismo que entusiasmó a nuestros escritores alrededor de 1920 y en el descubrimiento sentimental de la provincia se escondía o se denunciaba, como todos lo saben, una actitud evasiva frente a la violencia revolucionaria.

Aquella función decisiva que tuvieron los escritores literarios en el pe-

riodismo del siglo XIX va a modificarse radicalmente en nuestro siglo, y concretamente a partir de la modernización que inició en sus periódicos Rafael Reyes Spíndola en 1896. Los periódicos actuales están redactados en su parte principal informativa, por periodistas especializados, mientras que los escritores como tales sólo participan en las páginas editoriales. Desaparece, por tanto, aquel tipo de periódicos del siglo XIX que son depósito inagotable de literatura y discusión política, ya que para la literatura se crearán publicaciones especializadas. El periódico se ha convertido, pues, en México y en el mundo entero, en un recurso informativo, ideológico y publicitario de gran influencia popular, pero junto a él han surgido en nuestro tiempo otros medios de expresión, como el cine, la radio, la televisión y aun las historietas ilustradas, cuya órbita de influencia sobre las grandes masas crece cada vez más y que han substituido en buena parte algunas de las funciones que antes cumplía la literatura.

De todas maneras, y a pesar de que la gran masa ha quedado en poder de los intereses comerciales que mueven estas creaciones modernas de la información y la diversión, la cultura literaria ha creado y desarrollado sus propios recursos. Proscrito el autodidactismo que las circunstancias imponían en el siglo XIX, hoy tienen una función cada vez más importante las instituciones culturales —universidades, institutos, academias, colegios, centros de investigación y seminarios—, para la formación intelectual del escritor que ha substituido con ventaja los servicios que prestaban antaño las asociaciones culturales por una disciplina orgánica que le ofrece mayores posibilidades para su adiestramiento y para ampliar su perspectiva intelectual.

La superación del aislacionismo en que vivíamos y del provincianismo que parecía confortarnos ha exigido una larga lucha, iniciada acaso en los días del Ateneo de 1910 y que sólo en los últimos años parece ganada. La afirmación de una estética nacionalista y revolucionaria, que se mantuvo vigente cuando menos desde 1930 hasta 1945, fue interpretada por muchos intolerantes como incompatible con una sana circulación universal y se llegó a ver con malos ojos a quien se interesara por libros extranjeros. Al mismo tiempo, otros grupos opositores querían ignorar las modestas o ricas tradiciones nacionales para sólo atender los pasos del arte nuevo, europeo y norteamericano. Afortunadamente, parece que esta inútil oposición, también complicada con posturas ideológicas, ha sido olvidada y por primera vez la literatura y la cultura mexicanas comienzan a probarse en el ancho mundo. No sólo se leen en sus textos originales o en traducciones libros extranjeros sino que existen en México institutos culturales de países amigos, hay un activo intercambio artístico y cultural, los escritores viajan a menudo, y lo que considero más importante, el mundo comienza a conocer por primera vez nuestra literatura,

nuestro arte y nuestro pensamiento, ya por medio de traducciones cada vez más abundantes y regulares de obras mexicanas o por las antologías y panoramas mexicanos que han publicado en entregas especiales algunas importantes revistas extranjeras.

Este lento ajuste a la respiración universal parece haber seguido una evolución paralela a la que ocurrió con la conquista del público. Mientras la habilidad propagandista de los pintores los había llevado desde hace varios lustros a crear un mercado exterior e interior para sus obras, los escritores parecían haber aceptado el breve y modesto destino de leerse unos a otros, con señaladas excepciones. Por fortuna, alrededor de 1955 se inicia precisamente aquel interés extranjero por nuestra literatura coincidente con la aparición de libros mexicanos —principalmente novelas— que alcanzan éxitos editoriales apreciables. Y sin duda esta nueva conciencia de que aquello que se escribe puede ser leído con profusión, no sólo en México sino también en pueblos remotos, ha dado seguridad, responsabilidad y cierta soltura a las nuevas letras. Otro tanto ha ocurrido con el teatro, que en términos generales ha renacido en los últimos años. La creación de muchas pequeñas salas y sus problemas económicos las han llevado a preferir piezas ligeras de éxito seguro; sin embargo, aun así, la producción de obras mexicanas celebradas por el público ha aumentado y, consiguientemente, se ha elevado al nivel de la producción teatral.

Sería injusto considerar esta ampliación creciente de la órbita de acción de la cultura literaria moderna como una conquista exclusiva de los escritores o resultado de circunstancias externas y fortuitas. En realidad ello ha sido de manera fundamental una de las conquistas alcanzadas por el constante y siempre acrecentado esfuerzo de los gobiernos posteriores a la Revolución para cumplir con el principio de una educación y una cultura popular, cuyos bienes sean accesibles para todos. Las luchas contra el analfabetismo, la multiplicación de escuelas y la posibilidad de acceso casi gratuito a las instituciones de cultura superior han aumentado necesariamente muchas demandas y, entre ellas, la de cultura.

Gracias también a todo este franco proceso de madurez cultural, la posición social del escritor ha mejorado. Aún suele ser un fruto extraño a su sociedad y a su tiempo, aún parece un ser insensato que lee y escribe libros en lugar de emprender actividades más seguramente productivas; pero ha logrado crear refugios propios, puede subsistir y puede expresarse. El magisterio superior, los institutos culturales, las tareas académicas, los equipos gubernamentales y aun las negociaciones publicitarias requieren de él; existen editoriales que, sólo en casos extremos dejarán inédita su obra, y además, si así lo quiere, hay siempre una bolsa de becas y programas de intercambio cultural que

pueden ayudarlo y, año con año, se publicarán convocatorias para certámenes y concursos y aun para esa curiosa supervivencia arcaica que son los juegos florales, que le ofrecen, a cambio de algunos versos deliberadamente románticos, la gloria provinciana y una pasajera fortuna.

Acaso haya perdido la mujer en nuestro tiempo aquella aura de delicada galantería literaria que le ofrendó el siglo XIX, pero en cambio ha fortalecido su posición igualitaria y muchos nombres femeninos deben considerarse en los panoramas más exigentes de la nueva literatura. La generación de la revista *Rueca*, a partir de 1941, inició la participación decidida de la mujer escritora en la actividad literaria, y posteriormente, incluso ha habido algún momento en que han sido mujeres los escritores de más nombre. A las promociones más abundantes de poetisas han venido a sumarse, recientemente, novelistas y autoras dramáticas cuyo prestigio, ajeno a todo rendimiento de cortesía, nace sólo de la calidad de sus obras.

La apreciación panorámica de las expresiones literarias de nuestra época moderna nos llevan fácilmente a la convicción de que en su conjunto, han sido las más fértiles e importantes de nuestra literatura, acaso porque la naturaleza de nuestra historia deparó a las etapas anteriores la misión de formar e integrar la patria material y espiritual que hoy tenemos. Si se me pidiera destacar las que considero creaciones mayores de nuestra literatura moderna, me atrevería a señalar, tentativamente, las siguientes: la poesía y la prosa del Modernismo finisecular, los ensayos y el pensamiento de la generación ateneísta, la novela de la Revolución, la poesía moderna y la novela y el teatro actuales. Además, quisiera añadir que el ensayo ha mantenido, a lo largo de este período, una excelencia de pensamiento y una eficacia expresiva que le dan un puesto de honor. No sólo en las plumas ilustres de los maestros de la época, Justo Sierra, Antonio Caso, José Vasconcelos y Alfonso Reyes, sino en las de muchos otros escritores, el ensayo ha sido en cada momento la conciencia más lúcida y generosa de México. Su actitud revisionista, su preocupación constante por los negocios y los intereses de México, su atención a los problemas e ideas que mueven al mundo han hecho de nuestros ensayos modernos una expresión crítica de aquel orden de inteligencia que sirve a la patria.

EN BUSCA DEL CARÁCTER DE LA LITERATURA MEXICANA

¿Qué rasgos comunes ligan las diferentes épocas de la literatura mexicana?

Una vez descritas, me temo que prolijamente, las peculiaridades distintivas que alcancé a percibir en las diferentes épocas de nuestra literatura, es decir, una vez configurada su naturaleza, solicito aún la benevolencia de ustedes para acompañarme a otra indagación en busca del significado o del carácter de nuestra expresión literaria. Comencemos, pues, por preguntarnos qué rasgos comunes ligan entre sí a dichas épocas.

Las relaciones que nos unen con la literatura prehispánica, cuyo conocimiento es bastante reciente, son casi exclusivamente de índole cultural. No tenemos con ella continuidades lingüísticas ni temáticas ni de estilo; nos acercamos a ella como a un pasado arqueológico, y sin embargo, como puede confirmárnoslo la obra de inspiración indígena de mi distinguido antecesor, Antonio Mediz Bolio, sentimos que estamos atados por alguna imperceptible afinidad espiritual. Nos son comunes el tono elegíaco, el melancólico sentimentalismo, la visión dolida y desprendida del mundo y aun ciertas articulaciones sintácticas y formas mentales. Y porque su sangre es parte de nuestra sangre y en la elección de nuestros abuelos remotos hemos preferido al invadido y al vencido antes que al conquistador, los hemos ligado voluntariamente a nuestro destino y a nuestra cultura.

Con los escritores de los siglos coloniales nos une, en cambio, la comunidad de una lengua, una cultura y aun una organización social que era ya semejante a la moderna. Aquellos escritores pensaban en función de sus propias instituciones, ideas y creencias y en función también de las complejidades raciales de la época. Las ideas, las instituciones y los distinguos raciales van a cambiarse o a desaparecer a partir de la independencia que nos dará tantos fermentos nuevos, pero los hombres seguirán siendo fundamentalmente los mismos. Habrá, pues, cambios radicales, pero ya existe entre la colonia y el México independiente una continuidad cultural, una semejanza de actitudes y reacciones frente a estímulos paralelos. Clavijero del siglo XVIII, Orozco y Berra del XIX y el padre Garibay del XX son sabios de un mismo corte y estilo, y cuando advertimos los paralelismos que existen en la concepción de dos poemas memorables, el primero *Sueño* de Sor Juana y *Muerte sin fin* de José Gorostiza nos complace reconocer una tradición poética viva desde el siglo XVII.

Pienso, en efecto, que la comunidad de tradiciones es acaso el elemento más importante para constituir una nacionalidad cultural y que, entre tanto no estén debidamente integradas y afianzadas esas tradiciones, no existe aún dicha nacionalidad. Preguntémonos, por ejemplo, qué pasado cultural reconocía un escritor del siglo XVI, digamos Francisco de Terrazas, y otro del siglo XVII, digamos Sor Juana. Al remontar su pasado, ¿podrían acaso parar en las fechas del descubrimiento y conquista, o bien podrían reconocerse absolutos herederos de la tradición española o de la indígena? Ruiz de Alarcón fue a España, allá lo sintieron extraño, y a Sor Juana le rindieron todos los miramientos pero sintiéndola aparte. Y además, ¿cómo podrían ligarse aquellos escritores a la tradición indígena, que podrían sentir, que acaso estaba fatalmente en ellos, pero que ignoraban? Esta bifurcación de tradiciones puede registrarse con cierta precisión en la poesía de Sor Juana en la cual, junto a las formas, ideas y escuelas peninsulares, aparecen de pronto las notas indígenas, por ejemplo en los graciosos villancicos tradicionales rematados con *tocotines* indios.

Existe, pues, una encrucijada histórica radical, la del encuentro de dos culturas a principios del siglo XVI, que determina una problemática o una bifurcación de tradiciones para nuestra cultura. Resumiendo el problema, podríamos decir que las tres grandes épocas de la literatura mexicana son, en cierta forma, autónomas aunque se encuentren ligadas entre sí en diferente medida. La literatura independiente no puede explicarse sin el antecedente colonial, de la que es su continuidad evolucionada, y sin el trasfondo indígena que le da su propio carácter. Pero la literatura indígena, en cambio, no condiciona en absoluto a la colonial ya que ha intervenido un elemento extraño e inesperado: la dominación del imperio español que arrasó al indígena.

Podemos, entonces, llamar nuestras, y denominar extensivamente literatura mexicana a la de estas tres épocas, sólo aceptando previamente ciertas convenciones, a saber: la literatura prehispánica fue expresión de varios de los pueblos autóctonos que van a formar luego —en unión de los demás que poblaban el territorio mexicano— una de las ramas constitutivas de nuestra nacionalidad, pero no pudo tener ni por la lengua ni por la cultura una continuidad inmediata con las siguientes épocas; sólo permanecerá viva una relación de tipo espiritual y de afinidades emotivas, una especie de sincrismo del fatal ritmo de la sangre. La literatura colonial rompió aparentemente toda la liga con la expresión indígena para ser, como decía Carlos González Peña, una rama de la española, aunque una rama cuyos rasgos originales y distintivos, característicos del mestizaje biológico y mental, fueron afinándose y dibujándose progresivamente, hasta el grado de que, en la

segunda mitad del siglo XVIII, comienza ya a apuntar su voluntad de emancipación. La literatura de México independiente tendrá sus raíces en la colonial, pero buscará el afianzamiento de su personalidad cultural ligándose voluntariamente con el ya remoto pasado histórico y cultural indígena, y durante el siglo XIX realizará un proceso interior de emancipación intelectual y de originalidad expresiva que alcanzará manifestaciones de madurez en las postrimerías de aquel siglo. Sólo, pues, a la literatura de esta última época, en que ya se encuentran juntos y debidamente evolucionados los elementos de nuestra nacionalidad cultural, podemos llamar con exactitud literatura mexicana, puesto que las dos anteriores sólo son en rigor antecedentes de la expresión nacional de un pueblo independiente.

¿Qué significación tiene para nuestra literatura la bifurcación de sus tradiciones culturales?

El análisis de las relaciones que ligan entre sí las tres grandes épocas de nuestra literatura nos ha enfrentado con otro problema y una nueva pregunta: ¿Qué significación tiene para la literatura mexicana la bifurcación de sus tradiciones culturales?

Somos herederos, en efecto, de tradiciones y estilos extraños entre sí y cuyo conflicto nunca hemos logrado apaciguar del todo dentro de nosotros mismos, pues indigenismo e hispanismo siguen combatiéndose públicamente y dentro de cada mexicano. A principios del siglo XVI los conquistadores europeos aniquilaron las civilizaciones indígenas de México que ya contaban con una avanzada organización social, una compleja religión y un arte admirable. Nuestros antepasados debieron aprender una lengua extraña, insertarse apresuradamente en la tradición cultural europea y española, que alcanzaba por entonces su máximo esplendor, y formar un pueblo nuevo: indígena, mestizo y criollo —sin contar con las sangres que intervienen en menor proporción—. Tres siglos más tarde nos emancipamos del coloniaje y proclamamos nuestra independencia lo mismo política que intelectual, y durante ciento cincuenta años de vida independiente hemos luchado por conservar nuestra soberanía y afirmar nuestros propios caminos, expresiones e ideales.

Históricamente, el nuestro puede parecer un proceso natural: con la conquista se forjó un nuevo pueblo que, tras de pasar una época formativa, alcanzó su autonomía y más tarde su madurez. Pero, desde la perspectiva de la expresión literaria, los hechos no parecen ya tan naturales y presentan, en cambio, una evidente complejidad.

La expresión literaria tiene como presupuestos indispensables una lengua y una cultura común que pertenezcan a un pueblo en lo posible homogéneo,

que es decir una tradición. Al sobrevenir la conquista española, la cultura y la expresión literaria de los pueblos indígenas quedó segada y el nuevo pueblo mestizo que fue configurándose debió aprender —como decía hace un momento— una nueva lengua y debió forzar su propio paso para insertarse en la culminante tradición cultural europea. Los tres elementos básicos de la expresión literaria tuvieron, pues, que ser improvisados —con admirable capacidad de aprendizaje y adaptación— para que sólo un siglo después del terrible vuelco histórico tuviésemos ya manifestaciones literarias del nuevo pueblo en que nos convertimos, de la nueva lengua y de la nueva cultura. Nuestra infancia cultural no pudo consentirse titubeos ni obras de rudo primitivismo; nuestra infancia cultural fue el Renacimiento: Erasmo y Vives, Cervantes y Lope, Tomás Moro y Vitoria, que los pueblos europeos habían madurado después de siglos de aprendizaje. Acaso por ello, a pesar de que escribiéramos sonetos al estilo italiano, comedias dentro de la escuela de Lope y Tirso y diálogos a la manera humanista, secretamente estábamos cruzando aquella infancia, que a veces se transparenta como en el caso del teatro de evangelización del siglo XVI que recurre a técnicas y estilos primitivos, ya en desuso, o como en el caso del “corrido” del siglo XIX que parece un brote tardío del espíritu lejano del romancero.

Tardíamente, pues, proseguimos una cultura a cuya formación no asistimos y empleamos una lengua a cuyo desarrollo y a cuyo genio profundo éramos extraños. Para armarnos una tradición y afirmarnos en lo que nos era propio, adoptamos y adaptamos, como un trasfondo clásico y heroico, al pasado indígena; denunciarnos como una oscura edad media a los siglos coloniales de formación, y vinimos a nacer plenamente, como nación y como pueblo mexicano, con la independencia de 1810. Pero si estas decisiones fueron plausibles para nuestra integración nacional, desde el punto de vista de la literatura semejante proceso histórico, partido en tres épocas y con una bifurcación en sus orígenes y tradiciones, no nos ha permitido un desarrollo orgánico. Nuestra nacionalidad acaso haya tenido su primer brote con los primeros mestizos del siglo XVI, pero nuestra expresión literaria nacional sólo comenzará a tener vislumbres con Ruiz de Alarcón y Sor Juana en el siglo XVII, empezará a tomar conciencia con los historiadores y pensadores humanistas de la segunda mitad del XVIII y sólo alcanzará manifestaciones originales y propias en la primera mitad del siglo XIX, digamos con Fernández de Lizardi, en cuya obra se manifiestan la sensibilidad y los problemas del pueblo mestizo, y con Inclán cuya novela da testimonio de un nuevo tipo humano, el ranchero mexicano, que ha creado ya su propio lenguaje y su propia mitología. Visto el problema desde otra perspectiva, al retrotraernos en busca de nuestro pasado, advertíamos más arriba, llegamos a un mo-

mento, el de la conquista, en que nuestra tradición y nuestros orígenes se bifurcan violentamente y un brazo se hunde en las culturas aborígenes de México mientras que el otro se va a España y a Europa. Muchos se han sentido obligados a optar entre uno y otro, con lo que mutilan y deforman la historia y a nosotros mismos; pero dejando a un lado las preferencias ideológicas o sentimentales, el hecho es que los dos brazos nos pertenecen y sólo en vista de ellos nos explicamos cabalmente.

Ahora bien: una expresión literaria cuyos orígenes fueron de tal naturaleza híbrida y que realizó un aprendizaje tardío y extemporáneo de las tradiciones culturales europeas ha tenido, de hecho, un tiempo aún muy corto para alcanzar su maduración interior. De ahí esa inconsistencia de que a veces se resienten nuestras obras, de ahí sin duda esa fragilidad de nuestro poder creativo que no acertamos a superar y de ahí también esa incapacidad nuestra para las creaciones literarias orgánicas, la novela y el teatro, que sólo en los últimos años parece que comenzamos a vencer.

Pero al mismo tiempo, de estos obstáculos hemos logrado hacer la fuerza y la originalidad de nuestras expresiones, y las mejores obras literarias han llegado a ser, precisamente, aquellas que dan voz a estos conflictos de nuestro ser histórico. La extrañeza del "indiano" Juan Ruiz de Alarcón lo llevó a dar una nota nueva y personal al teatro español del siglo XVII: las notas de discreción y sobriedad, de observación maliciosa y aguda, características, entre otras, del mexicano. La húmeda intimidad del sentimiento que nos conmueve en la poesía de Sor Juana Inés de la Cruz diríase expresión de la melancolía que heredamos de los abuelos indios. Y a lo largo del siglo XIX toda la corriente de literatura nacionalista y liberal que abre Fernández de Lizardi, esa corriente cuya vocación profunda es el amor por la tierra y por lo nativo y el reclamo de justicia para el desamparado, diríase un largo esfuerzo por rescatar y defender el legado de nuestros antepasados indios y por afirmar ante el mundo lo que es propio y original de México.

Acaso la enseñanza profunda que pueda darnos esta complejidad de nuestra historia cultural no es otra cosa que enseñarnos a reconocer en ella, no una encrucijada que puso la confusión en nuestros espíritus sino una doble responsabilidad: la de ser leales a nuestras dos tradiciones y la de persuadirnos a conciliarlas en nuestro ánimo y en nuestras expresiones, al modo como están ya juntas y apaciguadas en nuestra sangre y en el color de nuestra piel.

El carácter de la literatura mexicana

En vista de todos estos hechos y circunstancias que determinan el ser de nuestra literatura, ¿cuáles, son, entonces, sus notas características? En pri-

mer lugar, las notas características de la literatura mexicana son sus peculiaridades históricas; su *ser* es radicalmente su *haber sido*. Ya decía Alfonso Reyes que "la literatura mexicana es la suma de las obras de los escritores mexicanos".¹⁰ La distinguen su articulación y su confluencia de tres épocas y culturas, su hibridismo americano-europeo, su permanente trasfondo indígena y los presupuestos y los conflictos ideológicos que han caracterizado su desarrollo. Pero la historia y las ideas también suelen tener su propio estilo, algo así como una entonación distintiva que las individualiza.

A fines del siglo XIX, Ferdinand Brunetière, a quien siempre gustaron las esquematizaciones de los complejos procesos literarios, propuso aquellos sugestivos rótulos que tanto entusiasmaban, para definir el carácter esencial de las literaturas europeas. La literatura italiana —sentenciaba— es la literatura artística; la española, la caballeresca; la francesa, la sociable o social; la inglesa, la individualista y la alemana, la filosófica, rubros que, según Brunetière, tenían la virtud de explicarnos no sólo las cualidades de una literatura sino también sus defectos y sus carencias.¹¹

En México también nos preocupó la definición del carácter esencial de nuestra literatura y contamos, al respecto, con tres declaraciones principales, tan ligadas en sus proposiciones que no las considero simplemente coincidentes. Que yo sepa, el iniciador fue Vicente Riva Palacio quien, en el artículo dedicado a la personalidad de Alfredo Bablot que aparece en su libro *Los ceros* y fue escrito hacia 1882, apuntó lo siguiente: "El fondo de nuestro carácter, por más que se diga, es profundamente melancólico; el tono menor responde entre nosotros a esa vaguedad, a esa melancolía a que sin querer nos sentimos atraídos; desde los cantos de nuestros pastores en las montañas y en las llanuras, hasta las piezas de música que en los salones cautivan nuestra atención y nos conmueven, siempre el tono menor aparece como iluminando el alma con una luz crepuscular".¹² Advirtamos, en este pasaje tan perspicaz, que Riva Palacio se refiere en general a "nuestro carácter" y luego alude en particular a los cantos rurales y a la música de los salones; no se refiere, pues, a la literatura, pero sí precisa, respecto al carácter peculiar del mexicano, tres notas que luego tendrán larga fortuna: la melancolía, el tono menor y el ambiente crepuscular.

¹⁰ ALFONSO REYES, *La X en la frente*, Colección México y lo Mexicano 1, Porrúa y Obregón, México, 1952, p. 57.

¹¹ FERDINAND BRUNETIÈRE, *Sur le caractère essentielle de la littérature française*, 15 octobre 1892, en *Études critiques sur l'histoire de la littérature française*, Hachette, Paris, 1896, Cinquième série, pp. 251 y ss.

¹² VICENTE RIVA PALACIO, *Los ceros. Galería de contemporáneos, por Cero*, Imprenta de F. Díaz de León, Editor, México, 1882, pp. 366-367.

En 1913 Pedro Henríquez Ureña pronuncia en la ciudad de México una famosa conferencia dentro de un ciclo sobre cultura mexicana organizado por Francisco Gamoneda en la Librería General; es la conferencia acerca de *Don Juan Ruiz de Alarcón* dedicada a probar magistralmente el mexicanismo del dramaturgo. Y uno de los mejores argumentos de Henríquez Ureña viene a ser precisamente el reconocer en la obra alarconiana las notas que considera distintivas de la poesía mexicana, y que apunta con sobria elegancia en un pasaje ya clásico de nuestra crítica literaria: "Como los paisajes en la altiplanicie de Nueva España, recortados y acentuados por la tenuidad del aire, aridecidos por la sequedad y el frío, se cubren, bajo los cielos de azul pálido, de tonos grises y amarillentos, así la poesía mexicana parece pedirles su tonalidad. La discreción, la sobria medida, el sentimiento melancólico, crepuscular y otoñal, van concordados con este otoño perpetuo de las alturas, bien distinto de la eterna primavera fecunda de los trópicos: este otoño de temperaturas discretas que jamás ofenden, de crepúsculos suaves y de noches serenas".¹³ La novedad de este pasaje del ilustre crítico dominicano es que se refiere explícitamente al carácter de la poesía mexicana y que propone una natural relación, una liga profunda, entre la tonalidad distintiva de nuestra poesía y los tonos grises y amarillentos del paisaje de la altiplanicie. Por otra parte, las notas apuntadas son sensiblemente las mismas que treinta años antes señalara Riva Palacio, aunque se hayan afinado algunos de sus conceptos.

A esta misma línea pertenecen las últimas observaciones sobre el carácter de nuestras letras a que quiero referirme, las de Luis G. Urbina, que van a llevarnos un poco más adelante. Ya desde la conferencia sobre *La literatura mexicana*, que pronunció Urbina en 1913 y en el mismo ciclo que la de Henríquez Ureña, había esbozado una psicología nacional, que ampliará y redondeará en las páginas iniciales de ese libro cordial que se llama *La vida literaria de México*. He aquí lo que dice Urbina del carácter de nuestra literatura: "Es de notar —observa— que si algo nos distingue principalmente de la literatura matriz, es lo que sin saberlo y sin quererlo, hemos puesto de indígena en nuestra verso, en nuestra prosa, en nuestra voz, en nuestra casa, en nuestra música: la melancolía". Y luego describe, al igual que Henríquez Ureña, el paisaje de la Mesa Central cuya tristeza nos humedece y nos infunde "la hierática melancolía de nuestros padres *colhuas*", para afir-

¹³ PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Don Juan Ruiz de Alarcón*. Conferencia pronunciada el 6 de diciembre de 1913. Reproducida en: PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, *Páginas escogidas*, Prólogo de ALFONSO REYES y selección de JOSÉ LUIS MARTÍNEZ, Biblioteca Enciclopédica Popular 109, Secretaría de Educación Pública, México, 1946, p. 30.

mar, finalmente, que "perfumamos regocijos y penas con un grano de *copal* del sahumerio tolteca".¹⁴

Acaso debieran agregarse todavía otras observaciones a este mismo respecto, como las del compositor musical Manuel M. Ponce quien relacionaba la concepción de los cantos populares con la melancolía, el desamparo y las vagas nostalgias que suscitan los atardeceres en la gente del campo,¹⁵ pero creo que con la contribución de Urbina el concepto que nos interesa está ya completo. Riva Palacio propuso ciertas notas peculiares del carácter mexicano; Henríquez Ureña las refirió concretamente a nuestra poesía y las relacionó con el paisaje de la meseta; Urbina las hace válidas para todas nuestras expresiones culturales y no sólo las ve como proyección de nuestro paisaje sino que, y ésta es su aportación original, percibe en ellas un reflejo del temperamento indígena.

Este hermoso ejemplo de elaboración progresiva de un concepto nos ha llevado a concretar la definición aceptada y más válida respecto al carácter esencial de la literatura mexicana. Menos rotundos que Brunetière, nuestros críticos han preferido una descripción que pudiera resumirse así: Las notas distintivas de la literatura mexicana son la sobriedad, la discreción, el tono menor y el sentimiento melancólico y crepuscular, notas que son una proyección emocional del paisaje de la meseta y a la vez rasgos típicamente indígenas.

Convengamos en que, en términos generales, esta definición conviene sobre todo a nuestra poesía lírica, reconociendo al mismo tiempo que es tarea fácil encontrarle numerosas excepciones: Balbuena y Landívar, Díaz Mirón y Othón, Pellicer y Paz, por ejemplo; pero advirtamos, al mismo tiempo, otros extremos del problema. En efecto, creo que esta definición del carácter de nuestra literatura no puede incluir sin violencia a la prosa, y por otra parte, creo que describe acertadamente una modulación peculiar de nuestras expresiones pero deja fuera, en cambio, aspectos formales y temáticos importantes.

Siempre que considero nuestra literatura en su conjunto, no puedo menos de representármela como una oscilación casi permanente entre dos polos, el formalismo y lo que pudiera llamarse —para no darle otras connotaciones— preocupación humanitaria y social. El formalismo acaso sea una consecuencia natural de nuestro acceso tardío a una lengua y a una cultura que no acertamos a manejar con esa soltura que nos seduce en los pueblos viejos, sino con una suerte de respeto y temor invencibles y como medrosos siempre de

¹⁴ LUIS G. URBINA, *La vida literaria de México*, Madrid, 1917, pp. 25-26.

¹⁵ MANUEL M. PONCE, *Escritos y composiciones musicales*, Colección Cultura, tomo IV, núm. 4, México, 1917, p. 24. Véanse también pp. 10-11.

equivocarnos. Formalistas serán casi todos nuestros poetas: Francisco de Terrazas y Bernardo de Balbuena, Juan Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, Diego José Abad y Rafael Landívar, Manuel de Navarrete y Francisco Manuel Sánchez de Tagle, Ignacio Ramírez y Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón, Enrique González Martínez y Jaime Torres Bodet, Xavier Villaurrutia y Alí Chumacero. Me parece que, a este respecto, es plausible que precise que por formalismo no entiendo una ausencia de significados, sino estrictamente un vigilante rigor en los aspectos formales de la creación literaria, y además, que pienso que el dominio en esta materia es una de las condiciones esenciales de la obra artística.

Por otra parte, la preocupación humanitaria y social, o sea el otro polo permanente que señalo en nuestra literatura, nace de aquel sentimiento de justicia para los desposeídos y humillados, y aparece muy pronto en nuestras letras para continuar hasta nuestros días. Alienta ya en los escritos en defensa de los indios de Fray Bartolomé de las Casas, de don Vasco de Quiroga, del Obispo Juan de Palafox y Mendoza y de casi todos los cronistas; da sentido a los tratados y alegatos de los jesuitas de la segunda mitad del siglo XVIII y, a partir de las obras de José Joaquín Fernández de Lizardi, se convertirá, como ya se ha apuntado, en la corriente literaria de surco más profundo y de más ancho cauce en la literatura del México independiente: orienta la rebeldía y la denuncia social de las novelas de Juan Díaz Covarrubias, de Nicolás Pizarro Suárez, de José Tomás de Cuéllar y de Angel de Campo y de los versos de Manuel Acuña y Antonio Plaza; alienta en la emoción popular de las novelas de Luis G. Inclán y Manuel Payno y de los romances y los "cuadros de costumbres" de Guillermo Prieto: vibra en la afirmación nacionalista y liberal de los escritos de Ignacio Manuel Altamirano, Francisco Zarco y Vicente Riva Palacio; da fuerza a las reflexiones doctrinarias de José María Luis Mora y de Ignacio Ramírez, y en nuestro siglo, esta preocupación humanitaria y social va a encontrar una de sus más altas y vigorosas expresiones en la novela de la Revolución y persistirá, ya con un sentido doctrinario, en la literatura proletaria y aun puede encontrarse su impulso en la novela, el cuento y el teatro de los últimos años.

Así pues, esta doble vertiente de formalismo y de preocupación humanitaria y social entre la que oscilan nuestras expresiones literarias, pudiera ser también, y así lo creo, característica no solamente de la poesía lírica sino de toda nuestra literatura. Mas la breve indagación que hemos hecho para probar nuestro aserto nos ha puesto de manifiesto otra peculiaridad que considero también distintiva de nuestra literatura.

En efecto, verso y prosa no han sido para nosotros simples instrumentos o recursos diversos para nuestra expresión, sino algo mucho más radical-

mente diferenciado. Los versos parecen representar, en nuestra inconsciente elección, lo que es propiamente literatura, en el sentido de elaboración y de aliño lingüístico, y a ellos solemos reservar el lírico desahogo de nuestra intimidad —y aquí surgen la discreción, el tono menor y el sentimiento crepuscular y otoñal— o bien las creaciones de gran pulimento formal y académico, las creaciones rigurosamente estéticas. La prosa, en cambio, dijérase que estuviese reservada para todo aquello que es comunicación, para decir lo que es necesario decir, para proponer, contar, divertir, protestar, denunciar, reflexionar, en suma, para manifestar y comprometer el propio pensamiento, y de ello son testigos casi todos nuestros grandes prosistas, desde Bernal Díaz del Castillo hasta José Vasconcelos y Juan Rulfo. Esto explica las características más constantes de la prosa mexicana, y de casi toda la hispanoamericana, hecha de vivacidad y de sentido directo, movida como por una urgencia interior y elaborada con incipiente retórica, y cuyo mérito, por todo ello, no reside tanto en su calidad intrínseca sino en el peso y en la emoción de su mensaje; y al contrario, esto mismo da razón de la tardía aparición y del escaso desarrollo que ha tenido en México la prosa artística, que apenas se inicia, aún insegura, con las novelas de Altamirano, en el último tercio del siglo XIX, y que, con excepción de las obras de Manuel Gutiérrez Nájera y de Justo Sierra, parece creación propia de la literatura contemporánea en que ha florecido con Alfonso Reyes y Julio Torri, con Ramón López Velarde y con Agustín Yáñez, con Jaime Torres Bodet y Juan José Arreola.

¿En qué sentido nuestra literatura ha sido expresión de México?

Acaso la prueba más importante a que pueda someterse una literatura, y la última con que agobiaré a ustedes, es la de preguntarnos en qué sentido y con qué profundidad esa literatura ha sido expresión de su pueblo, y en qué medida ha logrado crear obras magistrales de belleza y de significación permanentes. Deliberadamente he dividido en dos partes lo que de hecho es una sola interrogación con el objeto de poder distinguir, en la literatura mexicana, dos formas de su expresión de nuestro pueblo, las que llamaremos en un caso documentales y en el otro estéticas.

Si desde esta perspectiva consideramos las obras sobresalientes de nuestra literatura, podría parecernos, al primer intento, que esas obras sí han sido expresión cabal de los problemas, de los hombres y de sus luchas e ideales en cada momento de nuestra historia; los problemas y las aspiraciones del mestizo, para quien la independencia aún no es sino una palabra, ya lo hemos dicho, alientan en las obras de "El Pensador Mexicano"; la

vida cotidiana del ranchero a mediados del siglo XIX y su curioso concepto de la honestidad y del honor están pintados con arte primitivo y eficaz en la novela de Luis G. Inclán; la abigarrada sociedad urbana y rural de aquellos años, su inocencia y su corrupción están reflejadas con visión colorista y folletinesca en ese mural que es la gran novela de Manuel Payno; el pequeño mundo de la clase media de la ciudad de México vive en las páginas irónicas de José Tomás de Cuéllar y en las conmovidas de Angel de Campo la sensibilidad y el tono de la sociedad finisecular nunca tendrán mejor imagen que la que guardan la poesía y las crónicas de Manuel Gutiérrez Nájera; la fuerza y la violencia dramáticas de la Revolución de 1910 dan una vibración permanente a los relatos de Mariano Azuela y de Martín Luis Guzmán, y los vicios y la ficción de nuestra política posrevolucionaria quedaron fijados en el teatro de Rodolfo Usigli. Ciertamente, nuestra novela, nuestro teatro y nuestra poesía son, a su manera, otra historia más profunda y más rica de México y sin su conocimiento ignoraríamos el latido humano, y en ocasiones, el revés de la historia. Mas, apurando un poco el análisis, advertiremos en la mayoría de estas expresiones de la realidad dos tipos de limitaciones. En primer lugar, nuestras obras literarias, al proponerse la expresión de la realidad, suelen quedarse en el primer grado de elaboración literaria que es el registro documental, al que sólo exigimos la verdad, la intensidad y la eficacia de sus imágenes, y sólo excepcionalmente, como por ilustres ejemplos en los casos de las obras de creación de Alfonso Reyes, de las novelas revolucionarias de Martín Luis Guzmán y de la poesía de Ramón López Velarde y Octavio Paz, se atreven a transmutar aquella visión en mitos o en creaciones, según la facultad maestra de la literatura, y cuya vida y cuya verdad sean las del arte y la imaginación creadora.

Por otra parte, en el amplio repertorio del acontecer humano, nuestra novela y nuestro teatro han sido testigos fieles aunque limitados. Movidos por corrientes culturales y por cierta idiosincrasia mexicana, nuestros escritores han preferido los dominios de lo sentimental, las luchas y los conflictos ideológicos y los problemas sociales inmediatos y han dejado a un lado los análisis morales de la conducta y la convivencia humanas, la reflexión cultural y la imaginación. Además, pese a lo mucho que nos separa ya de la técnica primitiva de las novelas de Payno, sigue persistiendo en nuestra novela —y se ha recrudecido recientemente— cierta afición hipnótica por la violencia, por la denuncia social y por una truculencia con resabios de crónica policíaca, como si para atraer e interesar a los lectores sólo se confiara en la eficacia de este “tremendismo” morboso. Es decir, que una parte de nuestra expresión literaria se ha detenido en esta función primaria de compensación emotiva, de testimonio de las luchas primordiales de la exis-

tencia humana y de excitación patética; que aún no ha podido desatarse del campo de las urgencias individuales y cotidianas y del recurso de los contrastes violentos, para volver libremente los ojos al exterior humano, a su secreto e intimidad y el vuelo de la imaginación y la especulación libres.

Acaso las circunstancias y peculiaridades, a que me he referido, expliquen el desarrollo incipiente, en nuestra historia literaria, de la novela y el teatro que sólo en los últimos años han dado muestras de madurez y de verdadera libertad creativa. Y sin que me parezca lícito considerar lo anteriormente expuesto como otra cosa que modalidades históricas, creo, de todas maneras, que nuestra índole muestra una aptitud mayor, en el campo estricto de la creación literaria, para la lírica que para la novelística y la dramática. Estas últimas exigen, ciertamente, la objetivación estética de una concepción de la realidad, la creación separada de nuestro propio mundo, y requieren, por tanto, no sólo un peculiar genio sino cierta madurez espiritual y estética y un dominio técnico, mientras que la lírica puede ser, inicialmente, una liberación de la carga interior y nace de una natural urgencia de expresión. Sólo en ocasiones memorables, nuestra novela y nuestro teatro han vencido aquellos obstáculos para alcanzar su plenitud humana y artística, mientras que nuestra lírica, alentada por nuestra idiosincrasia y adiestrada en siglos, ha conquistado para nuestras letras una constelación de grandes poetas, aunque la limpidez de estas voces no le impida naufragar en ocasiones en aquel impulso primario y quedarse sólo en liberación sentimental. Pero la creación literaria, en prosa o en verso, sólo sigue en términos muy generales estos esquemas, siempre superados por los casos de excepción. Las obras maestras de nuestra literatura han surgido en la lírica lo mismo que en la ficción narrativa o dramática y en el ensayo. ¿Para qué confesar nuestra propia elección? Todos hemos formado, para nuestro propio disfrute, esa antología esencial de las obras eminentes de la literatura mexicana que consideramos, por ello mismo, las expresiones más profundas y reveladoras de nuestro ser nacional.

Estas han sido, señores académicos, las reflexiones sobre la naturaleza y el carácter de la literatura mexicana que me ha dictado mi afición por su lectura y por su estudio. He querido presentarlas a su ilustrada consideración porque me gustaría que en algún sentido fuesen un testimonio de mi reconocimiento para todos aquellos miembros de esta corporación, ausentes y presentes, en cuyas lecciones y en cuyos libros aprendí los rudimentos, los secretos y el sentido de nuestra literatura. Y sólo me atrevo a unirme a la ilustre Academia Mexicana, así comprenda que ningún mérito y ninguna obra me hacen digno de ella, porque me siento ligado con cada uno de ustedes en el amor por nuestra lengua y por sus expresiones literarias y en la pasión por cuanto es voz y testimonio del espíritu de México.

CONTESTACION AL ANTERIOR DISCURSO

Por AGUSTÍN YÁÑEZ

TEMPRANO prestigio acogió el nombre de José Luis Martínez, recién llegado a la conquista de México. Supo escoger la maestría y trato de las figuras mayores en la república de las letras, cuyo aliento y atención obtuvo; con cuya obra y amistad quedó asiduamente vinculado en la tarea personal. Pronto escaló la cátedra universitaria y las redacciones más calificadas. Con los amigos que lo acompañaron en la emigración de la provincia, luego sumadas otras vocaciones afines, recibió auspicio de la Universidad Nacional para realizar actividades literarias, entre las que sobresalió la publicación de *Tierra Nueva*, revista que concurrió a trasponer una de las más prolongadas crisis de México en el campo del periodismo literario, y que —por los nombres que conjugó, por el espíritu que la sostuvo, por el aliño en ella puesto— es dechado en su género.

Ni obra de suerte o don gracioso esta carrera. Vocación. Fidelidad a la vocación. Lo acabamos de oír: lealtad, que comenzó por ser gusto y afición espontánea. Y antes —en el artículo liminar de *Tierra Nueva*— fue declarado como “la libertad del rigor y la disciplina”.

Sombras tutelares —Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Enrique Díez Canedo, Xavier Villaurrutia, Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte— amparan este acto con rigor fiel a las letras. Y en la sombra de la provincia, la presencia del discreto maestro —Ernesto Aceves—, animador del impulso vocacional en su iniciación.

El rango de José Luis Martínez como ensayista y crítico literario ha puesto en olvido su alboral poesía, que conviene recordar por ella misma y como indicio de la personalidad allí expresada. Unos cuantos poemas —no recogidos en volumen— la componen, semejantes entre sí por la contenida factura, por la levedad de sus materiales y resonancias, que confieren afinidad con la música de cámara, en concepción y ejecución, en el encanto del efecto, más

por los órdenes de las formas y la economía de recursos expresivos que por la fluencia de símbolos musicales directos: así la *fuga* final de la *Elegía por Melibea* desarrolla en contrapunto secuencias independientes, dispuestas en versos alternados y simultáneos, coincidentes en la unidad poética, unidas al fin en una cuarteta cuyo pie quebrado es acorde fúnebre. Sonetos como *Aparece al filo de la noche*, o *La memoria de escombros que te vive*, lo mismo que composiciones en *tempo presto* como las *Cuatro pequeñas ausencias* responden a igual régimen de medida, de música temperada, de aristocrática concisión, de discreta gracia, en el que participan y al que se someten la línea melódica de metáforas e imágenes, la distribución de acentos rítmicos y los demás elementos armónicos de la poesía. Estos atributos revelan la radiografía primitiva del autor, de su temperamento e inclinaciones en el momento de acometer la larga paciencia de las letras; rasgos y sombras determinantes: finura, esmero, extremado sentido de la medida; seriedad y disciplina en afán de solidez, objetividad y claridad; cautela propensa a la antiemotividad; espíritu de sistema.

Tres entre los más remotos textos de crítica producidos por José Luis Martínez confirman los datos anteriores. Desde luego resulta significativo el parejo rumbo de la preferencia denotada en los temas de los tres artículos. El primero es una de las recensiones más inmediatas a la aparición de *Muerte sin fin*; la extrema juventud no empuja al novel crítico el descubrimiento de la calidad altísima del poema, que califica "excepcional", en el que celebra "un esfuerzo fantástico de rigor, de meditación, de elaboración", y al que augura —extremo del juicio— el día en que se le consagren ediciones como las dedicadas a *Las Soledades* de Góngora —también líneas antes había sugerido al propósito el recuerdo de fray Luis de León—, bien que habrá —dice como fin del panegírico— quien con "vista más clara" dirá: "no la toques ya más, que así es"; otra nota característica del artículo es la prevención de "los lectores fáciles que esperan todo se les dé preparado, en forma de blanda digestión"; éstos —advierte— "han de salir defraudados"¹.

El segundo de los referidos textos es una entrevista con Xavier Villaurrutia. De suyo la entrevista es una prueba que pone de manifiesto el sistema de preferencias, la estructura mental y sentimental del entrevistador, muchas veces en proporción mayor a la que al entrevistado corresponde; y esto, desde luego, por el sesgo impuesto a la conversación, aunque ya de antemano es demostrativa la elección del personaje a entrevistar. Sin duda por empatía, José Luis Martínez destaca en Villaurrutia "una antiemotividad, un rehuir conscientemente todos los temas sentimentales, una propensión a forjar sus *Nocturnos* a base de exclusiones"; la agudeza estilística oculta en los llamados

¹ *Tierra Nueva*, no. 1, p. 54, 1940.

"juegos de palabras sin sentido"; la extraña intensidad poética, profunda, personal; su solidez artística; su madurez, exactitud y seguridad; lo concreto y penetrante; la sensibilidad tan primaria y tan elaboradamente consciente, inagotable. Y cuando el entrevistador alude a un "común denominador característico de la poesía actual", refleja su espíritu de sistema².

El último de los tres textos es la nota intitulada *Paul Valery*, a propósito de versiones al español, entonces recientes, de algunos ensayos del escritor francés, en quien el comentarista encuentra "una maravillosa, una lúcida construcción mental *completamente inteligente*"; una técnica cuya "razón central" es la inteligencia sin pasión, el puro contemplar y explicar el mecanismo de las sociedades humanas o del espíritu mismo. Simpatías y diferencias de la recensión quedan compendiadas en estos términos reveladores de la personalidad que los escribe: "Valery, en su sobrehumana experiencia, queda para nosotros como un ejemplo y como una víctima de la rebelión de la inteligencia, la más hermosa rebeldía. Su poesía, prodigiosamente construída, lleva en su perfección, en su pecado, su propia condenación"³.

Gorostiza, Villaurrutia, Valery, en la línea de la literatura como disciplina, sirven a la proyección de afinidades electivas que orientan la carrera de José Luis Martínez, desde los años de aprendizaje, realizado en buena parte autodidacticamente, como es común en México, y en las vocaciones obsesivas.

Habiendo renunciado a los estudios de medicina, en los que hizo dos cursos, prosiguió los de letras, que alternaba con aquéllos desde su instalación en México, en 1938. Por importante que haya sido —y en efecto lo fue— la influencia de las aulas y de maestros distinguidos, mayor lo es la del riguroso programa de lecturas emprendido a la par con la tarea de reunir una biblioteca, que ha llegado a ser la más valiosa de que pueda ufanarse un hombre de su edad y generación; más que hábito: pasión —pasión exhaustiva—, la lectura centuplica sus rendimientos en el intercambio, fuera de cátedra, con maestros y amigos, que José Luis Martínez practica como parte de su vida y carácter.

Afinidades y preferencias aparecen al fin de cuerpo entero en el escrutinio de una biblioteca. La del nuevo académico se halla compuesta con aliento de universalidad: nada humano le es ajeno, ninguna voz egregia en concurso de siglos falta, y abundan las desconocidas o anónimas cuya nimiedad suele ser eslabón perdido, y revelar escondrijos del espíritu y la historia. Variedad en la universalidad, sobresalen las secciones de Letras y Artes; aún más radicalmente: los impresos mexicanos o sobre México, que dan a esa biblioteca su

² *Tierra Nueva*, no. 2, p. 74, 1940.

³ *Tierra Nueva*, nos. 4 y 5, p. 262, 1940.

máxima importancia, en especial por las piezas raras y curiosas, por la folletería y publicaciones periódicas que contiene.

Parejo proceso siguió la formación del escritor: a la contemplación y experiencia generales, a la reflexión de tipo filosófico —recuérdense los trabajos de Seminario realizados bajo la dirección de José Gaos—, sucedió el enfoque de lo inmediato; a la creación poética, la crítica literaria especializada en lo mexicano. La distinción obtenida en este campo arraiga en aquella disciplina de universalidad, que lo familiarizó con las agencias del espíritu y le proporcionó sólidos principios, normas eficaces para ejercer el juicio crítico.

Ejemplo digno de consideración. Restaura la función crítica a su dignidad original, indispensable al florecimiento de las artes y las letras; nobleza misional desfigurada por aluvión de frívolos o resentidos, que sientan reales con meroliquerías o desahogos. Como la obra de creación, y acaso más, debido a su naturaleza y métodos, la crítica es trabajo de larga paciencia; supone acuciosa, lenta, compleja, muy remota preparación; prolijas lecturas, prolijamente meditadas, entre sí comparadas, armoniosamente asimiladas; antes que malicia, requiere capacidad de admiración, de amor, atributo primario de todo quehacer cultural; requiere paciencia para observar, para reunir elementos de juicio, para no descuidar ningún aspecto del asunto que acomete; requiere, unidas, imaginación y emoción, en lo cual participa del acto creador, sin cuya prenda nunca la crítica será fecunda; requiere, a la par, una clara idea y un vivo sentimiento de justicia, idea y sentimiento que se apoyan en las condiciones enunciadas anteriormente; también requiere finura en la operación de juzgar y en la forma expresiva del juicio, bien que sea —y sobre todo cuando es— adverso. Pasma el atrevimiento de la impreparación, de la precipitación, de la ligereza y la jactancia, de la necedad para pontificar, sin instancia, sobre libros que no se leen, sino se hojean con displicencia; la superficialidad en boga para despachar sumariamente, al por mayor, la condenación de obras largamente trabajadas, cuyo juego arquitectónico y de implicaciones significativas escapan al "ojeo" rápido de los falsos pontífices, propensos a fáciles ironías, alérgicos a cualquier complicación que imponga esfuerzo. Ciertamente no es ésta la crítica que, según la experiencia de las grandes épocas, acompaña y acompasa los períodos de intensa producción; tampoco son así los grandes críticos que suman sus nombres a los de grandes creadores dentro de generaciones ilustres, hasta dar al hecho carácter de ley en la historia de la literatura. Esto dicho, se comprende la redundancia en hablar de crítica constructiva; la genuina crítica lo es por esencia.

A tan insigne actividad ha consagrado sus dones quien por hacerlo meritoriamente ingresa hoy a esta corporación.

La crítica supone una teoría, lo mismo que una experiencia personal de

los problemas que afronta el creador literario; esto es: un cuerpo de doctrina y un conocimiento del oficio. En las precedentes referencias a la formación de José Luis Martínez aparece la vigilia por ambos dominios. El volumen *Problemas literarios* (1955), que se inicia con la reproducción del primer estudio publicado en forma de libro: *La técnica en literatura* (1943), proporciona el conjunto de principios generales, de concepciones y cuestiones previas que fundan el saber teórico, asiento —a su vez— del ministerio crítico; por este carácter debe asignársele primacía en la suma bibliográfica del autor. La obra desenvuelve los dos planos previstos: el de las categorías de lo literario, o sea la teoría literaria en sentido estricto, y el de las normas —también conceptuales— referidas más inmediatamente a la experiencia y técnica de la literatura, o sea la derivación pragmática de la teoría pura. En línea paralela concurre a igual objetivo buena parte del desempeño docente, sobre todo las cátedras de crítica literaria y el seminario de estilística, que José Luis Martínez ha sustentado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional.

Esta es la base sobre la que se levanta la obra de crítica aplicada, que ha hecho de lo mexicano su tema preferente, y cuyos estudios más importantes quedan reunidos en tres libros principales: *Literatura Mexicana. Siglo XX* (2 vs. 1949-1950); *La emancipación literaria de México* (1955); *La expresión nacional. Libros mexicanos del siglo XIX* (1955).

El *Discurso sobre la naturaleza y el carácter de la literatura mexicana*, que acabamos de oír, compendia las facultades personales, la doctrina y las formas del autor, en grado propicio al examen conjunto de su obra. En primer término su espíritu de sistema, evidenciado en la sola enunciación del asunto; confirmado en el método de su desarrollo.

Tras la revisión característica de las etapas que dividen la historia de nuestras letras, plantea un problema conceptual, esencial, tendiente al hallazgo de comunes denominadores que totalicen la expresión literaria de México más allá de fronteras temporales; o sea: la reducción del fenómeno a ciertos principios invariables, típicos, donde como en el recorrido histórico precedente aparecen la riqueza de información, el análisis meticuloso y el don de síntesis, a la vez que armonizan y se funden teoría y experiencia, esta última como conocimiento empírico de la historia literaria, origen de principios generales y —en otras ocasiones— resultado de categorías inesenciales e intemporales; vale decir: la historia en su doble función deductiva e inductiva. Lo cual descubre una estructura mental superior, de tipo filosófico, antes alegada como indispensable a la solidez del juicio crítico, sin que quiera esto identificar ni confundir límites entre filosofía y crítica literaria, menos pretender que ante todo el crítico sea filósofo en sentido estricto; pero sí en la medida

que lo demanda la posesión firme de una teoría, riguroso supuesto de la crítica auténtica, según quedó dicho.

El Discurso pone de relieve otras cualidades: seriedad en el razonamiento y en la expresión, alerta frente a riesgos de frivolidad; ponderación y equilibrio, que lo hacen acertar con lo menos discutible; cualesquiera sean las discrepancias del lector, éstas suscitan ideas, posiciones, construcciones nuevas. No de otro modo entiendo el poder creador de la crítica.

Sazón es de sumar al comentario varias observaciones que las tesis propuestas por el recipiendario sugieren.

Sea primero acerca de aquella tajante negación del desarrollo orgánico de nuestra expresión literaria, debido a su parcelación en tres épocas y a una bifurcación en sus orígenes y tradiciones; a mi entender es más exacto decir: "ha dificultado", en vez de "no nos ha permitido"; dificultad, por otra parte, que constituye precisamente una de las características constantes de nuestras letras, en lo cual no hacen sino expresar la lucha por la integración nacional, como conformación plena del mestizaje, según las reflexiones alguna vez conferidas en un ensayo sobre Joaquín Fernández de Lizardi, luego confirmadas en otros diversos estudios de literatura mexicana: mitos indígenas, crónicas de la conquista, intentos de novela colonial, querella de clásicos y románticos, relatos de la revolución.

En cuanto a "peculiaridades históricas", ¿no son características universales de la literatura? Lo que comprueba la existencia y consistencia de la literatura mexicana.

Merece adhesión la advertencia de "numerosas excepciones", aun en el caso de la poesía lírica, respecto a las notas distintivas de la literatura mexicana enunciadas, entre otros, por Pedro Henríquez Ureña, que tampoco incluyen a la prosa y sí dejan fuera importantes aspectos formales y temáticos de la expresión nacional.

En cambio parecen exiguas las excepciones aducidas al señalar dos tipos de limitaciones en la expresión de la realidad mexicana: primero, porque lo documental ha impedido transmutar la visión de lo real en mitos o en creaciones, "según la facultad maestra —y esto es exacto— de la literatura, cuya vida y cuya verdad sean las del arte y la imaginación creadora"; segundo, porque se "han dejado a un lado los análisis morales de la conducta y la convivencia humana, la reflexión filosófica y la imaginación". En uno y otro caso acuden abundantes ejemplos en contra, sin esfuerzo de la memoria, y a partir de *El Periquillo Sarniento*, para no remontar más allá los testimonios, de manera que las pretendidas excepciones dejan de serlo.

Pareja observación —y por idénticas razones— ocurre ante la forma de presentar el desigual desarrollo de novela y teatro frente a poesía lírica, in-

curriendo en el aserto de que "nuestra índole muestra una aptitud mayor (para este último género) en el campo estricto de la creación literaria". Como en el caso anterior, también aquí es exacto el punto de partida teórico, que define la naturaleza diversa de los géneros literarios y las determinaciones históricas en que se producen; sin embargo, su aplicación merece matizarse. Así cuando se alude, por vía de demostración, a "esa antología esencial" que "todos hemos formado", ¿no es preferible pensar, por mayoría de razones, en un tipo de receptividad más común por más fácil, sentimentalmente auditivo, para el que la lírica no representa esfuerzos como el de saber y querer leer con atención, con curiosidad analítica, con despierta paciencia, sin el atropellamiento —agudizado por el vicio de revistas e historietas gráficas— de quienes en la novela sólo buscan sucesos, morbos y desenlaces?

Quedan apuntadas estas diferencias con el único propósito de reafirmar el carácter fecundo, sugerente, de la crítica profesada por José Luis Martínez.

Sea bienvenido a esta Casa de la Palabra el que habiendo escuchado su vocación ha sabido seguirla con fidelidad y proyectarla en servicio de México, para la grandeza de México.

Apéndice

CARTAS DE DON IGNACIO M. ALTAMIRANO

París, septiembre 26 de 1890.

Queridísimo Pancho:

¡Al año! ¿Qué habrá V. dicho de mí? Temo a veces que me haya condenado, aunque luego me tranquilizo, pensando en que V. es muy buen amigo, muy indulgente, y en que sabe cuánto lo quiero, cuánto lo admiro y en que gran valía tengo su amistad.

Debí haber escrito a V. desde los primeros meses de mi residencia en Europa, pero como quería hacerlo largamente, ese propósito se hizo irrealizable de pronto. Luego vinieron otras circunstancias. Los meses que pasé en París, el año pasado, fueron de diabetes en que no podía yo leer ni escribir por la debilidad de la vista, de ejercicio constante, de paseos, de Exposición, de vértigo. Apenas puse unas cuantas líneas a la familia.

Después, España, la influenza, la postración, el intenso fastidio, la preocupación por la enfermedad de Margarita y el deseo de regresar a México. Aseguro a V. que en ningún país ataca con más furor la nostalgia que en España, al menos en Barcelona, a pesar de que es la segunda ciudad, grande, bella y rica. Es profundamente triste. Ni la lengua española mal hablada allí, pero que al fin se comprende, es parte para endulzar la ausencia de México. Ahí no quise escribir a los amigos. Mis cartas habrían sido elegías, repeticiones de las "Tristes" de Ovidio en mala prosa desordenada.

Aquí es otra cosa. Francia es hermosísima y París incomparablemente bello. Pero Margarita llegó enferma, y yo me encontré con un cúmulo de trabajo. Instalarme, despachar el Consulado que es laboriosísimo. Sin embargo, tengo culpa, perdóneme V., pues, y no me condene con la misma severidad que a Riva Palacio, porque éste no tiene qué hacer en Madrid, y yo caigo rendido todos los días. Además, yo sigo queriendo, y Riva Palacio ha dado en portarse mal con todos. Vino a España muy predispuesto contra mí sin motivo, no me escribió avisándome su llegada, ni yo lo felicité. Des-

pués nos cambiamos dos notas desabridas y se acabó. Ni me despedí de él, y me alegro de haber dejado a España por veinte mil razones, y entre ellas por no tener nada que ver con él. Seguramente estaba disgustado por lo que hicieron los amigos cuando salí de México. Lo contrario me pasó cuando le hicieron a él su ovación del Conservatorio. No nos parecemos. A otra cosa.

Recibí su bellissimo tomo. ¡Qué libro tan bien escrito y tan bien impreso! La novedad de los grabados me encantó. Seguramente son hechos en los EE. UU. No los habrían hecho mejor aquí.*

Ya leí el libro, ¡magnífico! Felicito a V. por este nuevo producto de su talento crítico. Si pudiera V. enviarme otros dos ejemplares se lo agradecería. Quiero regalarle uno a Claretie y enviarle otro a Pereda que es amigo mío muy bueno. Hace una semana que me hice amigo de Emilio Castelar que vino a pasar diez días con Telesforo García, alojándose en la magnífica casa que éste habita en el 63 Rue Pierse Chasson en los Campos Elíseos. Telesforo vino a invitarme para almorzar con él y con Castelar. En efecto, fui y hablamos cuatro horas seguidas desde la una hasta las cinco. Como los dos hablamos mucho, aunque él me gana, hicimos el gasto de la conversación los dos, tomando en ella apenas parte Telesforo que hizo entonces ayuno de palabra. Quedamos amigos Castelar y yo. Partió ante-noche para Madrid. Sagasta también almorzó con Telesforo y Castelar antier, pero yo no asistí y no pude despedirme del último por mis ocupaciones. Telesforo está hoy en Londres y el 11 del entrante regresará a México.

Los literatos parisienses son encantadores. Comienzo a conocerlos y a tratarlos. Nos quieren mucho, pero nos ignoran mucho, y se sorprenden cuando les hablo de nuestro movimiento literario. Pero nos ignoran más en España y digan lo que dijeren, nos quieren allí menos, nos consideran inferiores y cada español se considera muy competente para juzgar de nuestras cosas. Yo les he afirmado tranquilamente que estamos más adelantados que ellos en todo, lo cual es verdad, créalo V. Cuando se ha conocido a Francia y a los Estados Unidos, se experimenta una sensación de amargo desagrado y aun de tristeza conociendo a España. Ya diré a V. esto más detalladamente cuando vuelva.

La primera obrita que voy a reimprimir en París es la "Navidad en las montañas", como lo verá V., por el anuncio de *Epoque Moderne* que le incluyo; va a publicarse en castellano y francés. Yo mismo voy a traducirla, revisada mi traducción por autoridades competentes. Pero como el ejemplar que traje de la edición de Mata no tiene el prefacio que puse en la primera, dedicando mi novelita a V., le ruego que me mande copia de dicho prefacio-dedicatoria, pues sin esa condición no quiero publicar

* *Escritores y Poetas Sud-americanos*. A. M. C.

mi obra. En Barcelona mandé hacer las tapas que salieron muy bonitas, aunque muy caras. Si me mandara V. esa copia pronto, la "Navidad" saldrá en noviembre o diciembre. Después de ese libro imprimiré los versos y todo lo demás.

A propósito ¿quiere V. decirme qué pasa con el Zarco? Estuve en Barcelona seis meses por desgracia, y no hablé de esto a Ballescá a quien ví tres veces. Me recibió en la estación cuando llegué de París, después me fue a visitar, luego lo ví en la calle, en el Paseo de Gracia, y jamás le pregunté nada acerca de mi libro. No me conviene que retarde su publicación porque es inédito y se presta para hacer de él una edición ventajosa. No le vendí la propiedad, sino la edición primera, y si quiere, le devolveré sus \$200 y publicaré por mi cuenta el libro. Como había encargado a V. el prólogo, suplico a V. que le pregunte lo que haya acerca de esto.

Las impresiones de Barcelona no me agradan. Son de mal gusto. Compare V. nada más las novelas de Pepe Cuéllar con el libro de V. y verá la diferencia. El libro de V. gusta por su forma desde luego, y los franceses a quienes lo he enseñado se han sorprendido al saber que es de edición mexicana.

Envío a V. un número del *Nouveau-Monde* y otro de *La Revue Diplomatique* que contiene descripciones de nuestra fiesta patriótica aquí. Además, le envío la biografía que publicó el doctor Betancis y el artículo del poeta español don Pablo Rivas en Barcelona.

He visto la carta en que refieren a V. la tontería del ministro chileno por los versos de Palma. Si escribe V. a éste, salúdalo de mi parte.

Ya ve V., soy tardón, pero buena paga. Margarita y Aurelio saludan a V. cariñosamente. Yo le envío todo mi afecto.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Querido Pancho:

Margarita, Aurelio y yo deseamos a V. un feliz año de 1891. Espero enviar a V. en los primeros días de enero, como aginaldo *La Navidad en las Montañas* publicada en francés en las columnas del *Temps*, el gran periódico de París. Después saldrá ilustrada. He escrito nueva dedicatoria que contentará a V. lo espero.

No le escribo más. Tengo las manos entumecidas y escribo junto a la chimenea encendida. Tenemos 10° bajo cero.

El libro de V. bien recibido. Si hubiera tenido 50 ejemplares me los

habrían arrebatado. Trabajo he tenido para guardar el mío. He recibido los otros dos.

Suyo siempre,
IGNACIO M. ALTAMIRANO

París, diciembre 12 de 1890.

Venecia, marzo 2 de 1891.

Muy querido Pancho:

Después de haber estado en Roma trece días y en Nápoles doce, he venido a Florencia y después a esta bella y romántica ciudad, que yo deseaba conocer más que ninguna de Italia, tanto por sus grandes recuerdos, como porque me importaba verlo todo para rectificar mis descripciones de *Atenea*, que había yo hecho sólo por la lectura de los viajes. ¿Se acuerda V. de *Atenea*? V. se sirvió calificarla como la mejor de mis noveluchas. No la concluí, e influyó para esta suspensión no tanto mi pereza nativa, como el escrúpulo que me vino de que no conociendo *de visu* la ciudad, podía haber incurrido en alguna inexactitud. Pues bien, hoy que la conozco mejor de lo que esperaba, porque he penetrado en los palacios y he conocido familias de la antigua aristocracia veneciana, aseguro a V. que nada tengo que rectificar. La había conocido en parte por los viajeros, y en parte, la había adivinado por una intuición singular. He estado en la casa de Bianca Capello. Me atreví a describirla por dentro sin dato alguno, y es igual a mi descripción. Lo único que tengo que hacer es ampliar mis descripciones, y agregar otras cuando llegue a París y concluya mi novela.

¡Qué encantadora ciudad! Siento que lo limitado de mi licencia no me permita estar aquí lo menos quince días. Venecia es única por lo extraordinario de su situación, de su aspecto, de su historia. Aquí se sueña después de pensar mucho en el pasado.

Ya la 5a. edición de *Navidad en las montañas* está concluída, los tomos empastados y sólo me aguardan para hacer la remesa a México. Es edición española, quiere decir, en español, pero impresa en París. La francesa, es decir, en francés, saldrá después. Tuve que hacer una nueva dedicatoria que va al frente de esta 5a. edición. Ya la verá V. y quedará contento de ella.

Mañana salgo para Milán; después voy a Turín y estaré de vuelta en París el 8.

Recibí carta de V. en París, pero cuando me preparaba a partir para Italia en enero. He hecho un viaje magnífico. He conocido a literatos y escritores que me han recibido muy bien. En Nápoles me nombraron miembro de honor de la *Sociedad Americana de Nápoles*, y eso estando yo todavía en París, de modo que les di las gracias personalmente en Nápoles, pues me comunicaron mi nombramiento cuando iba yo a salir.

De la Sociedad Geográfica de Roma era yo miembro hacía veinte años.

Margarita, que me acompaña en este viaje, saluda a V. afectuosamente. Yo le ruego que presente mis recuerdos a todos los amigos, especialmente a Guillermo Prieto y a Telesforo García. A Luis le escribo unas líneas, porque los viajeros no tienen tiempo para más. Recibirá V. ésta por conducto de Joaquín a quien la remito por la vía de París, encargándola a Aurelio que se quedó allí.

Adiós, querido Pancho, reciba V. mi afecto constante.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Ignacio M. Altamirano.

Cónsul General de los Estados Unidos Mexicanos en Francia.
7, Rue de Maubeuge.

París, abril 22 de 1891.

Muy querido Pancho:

Ayer recibí la gratísima de V. de 30 de marzo en que contesta mi cartita de Venecia, y me dice otras cosas.

Me apresuro a replicar a V. porque ya que no he conversado con V. durante muchos meses, aprovecho los primeros instantes para darme ese gusto.

Regresé de mi viaje a Italia a principios de marzo, pero a causa de las fatigas constantes de cerca de dos meses, andando en ferrocarril, en carruaje, a pie, y hasta en burro, por tierra; y en vapor y en bote por mar, de las desveladas en los teatros, del frío incesante, y de las malas comidas, caí enfermo de anginas y del estómago. Pero todo pasó en quince días; este clima de París es sano, aunque sea incómodo a veces, y ya estoy bueno. Margarita que estuvo indispuesta en Roma y en Nápoles, llegó bien, pero se enfermó

después, de sus antiguos dolores de estómago. Pero consultamos con el sabio doctor Potain antier, y dice que no tiene nada grave, que se aliviará pronto. En efecto, está gorda. Le leí las líneas de la carta de V. que se refieren a ella, y agradeció a V. mucho sus recuerdos, que retorna, y se rió de su predicción sobre que volverá muy gorda, porque, aunque achacosa, parece muy robusta, en efecto.

Nuestro viaje a Italia, aunque hecho en tiempo todavía muy frío, nos encantó. Cuando salimos de París, el 21 de enero, todo estaba cubierto de hielo; el Sena helado, como no se había visto durante sesenta años, se habían puesto braceros en las calles, y en suma, habrá V. visto en los periódicos todo lo que aquí pasó. El invierno ha sido extraordinario, excepcional. Hemos visto un domingo Margarita, Aurelio y yo patinar a los parisienses sobre el Sena, y tomar cerveza y licores en puestos improvisados en medio del río. Los parisienses se divierten con todo.

Habíamos pasado, pues, los días más terribles pero quisimos escaparnos de los que faltaban, y creyendo que la temperatura sería, como era de suponerse, menos dura en Italia, fuimos allá a buscar refugio. Nos engañamos.

El camino desde París hasta la Provenza era purā nieve. El día que pasamos en Lyon, el termómetro marcaba 23° bajo cero. ¡Horror! Era la Siberia, era el Polo Norte. Pero aun así paseamos, envueltos en nuestras pieles y caminando en coche sobre el hielo que tenía medio metro de espesor. Si me hubieran dicho en México que podría soportar semejante frío, no lo hubiera creído. Pero nada nos pasó.

En Marsella, buen tiempo, pero todavía hielo. En Niza lo mismo. Por fin entramos en Italia: Génova, Pisa, fríos como París. En Roma también mucho frío, todas las montañas blancas, pero, al menos había cielo azul y buen sol. Allí permanecemos 13 días; en Nápoles, nuestra gran esperanza, también había nieve en las llanuras; los Apeninos, los Abruzzos, las Sierras de Calabria, el Vesubio mismo no eran más que masas blancas, de la cumbre a la base.

Pero no había más remedio, así tuvimos que pasear, que visitar todo, y no paramos. Volvimos a Roma, de allí a Florencia, a Venecia donde estuve encantado y pasé hermosos días visitando todo lo que yo necesitaba para mi *Atenea* y para otras dos novelillas que voy a escribir, y luego a Verona, a Padua, a Milán, a Turín, y pasando por el Mont-Cenis, regresé a Francia. Traje dos libros llenos de notas. Compré algunas obras de arte, muchas curiosidades, y ahora estoy escribiendo los primeros capítulos de mi viaje a Italia que publicaré aquí.

Traté en Roma, en Nápoles, en Florencia y en Turín a varios hombres ilustres a quienes había conocido en el Congreso de Americanistas, y que

me recibieron admirablemente, me hicieron miembro de varios círculos, y habría querido disponer de más tiempo para ver más y cultivar el trato de literatos y poetas que son verdaderamente notables y a quienes apenas conocemos en México. Yo procuraré presentarlos en mis notas de viaje.

Habría yo querido tener algunos ejemplares del bello libro de V. sobre los poetas sudamericanos para darlos a los poquísimos pero inteligentes literatos que leen el español y a quienes hablé de esta obra de V. que les interesó. Porque ha de saber V. que a pesar del trato comercial de Italia con algunas Repúblicas sudamericanas, el movimiento literario de éstas es completamente desconocido, así como el nuestro, así como el de España. Y es que la lengua española a pesar de su semejanza con la italiana es ignorada allí, es decir, en Italia, donde no se habla ni en los hoteles, ni se cultiva por nadie, ni se enseña en las escuelas, siendo así que se enseñan el francés, el inglés, el alemán, el árabe y el griego moderno. Hasta los españoles o latino-americanos que viajan en Italia, se ven obligados a hablar italiano o francés. Esta lengua sí es universal y con ella va uno por todas partes.

Mucho me sorprendió esta circunstancia. Yo suponía que en Italia comprenderían fácilmente el español. Nada de eso: Es como si hablara uno alguna lengua australiana o africana, del Africa bárbara.

Pensé que semejante desconocimiento del español solamente ocurría en París, donde tampoco lo conoce nadie, y no lo hablan ni los españoles y americanos que aquí residen y que se ven obligados a hablar francés, o a hablar entre ellos español, pues los franceses no lo comprenden, ni lo estiman.

En el Congreso de Americanistas donde se reunieron más de 400 sabios y literatos europeos, no encontré uno solo que comprendiese el español, ni que lo hablara, más que los cinco delegados españoles. Los delegados de la América latina éramos apenas diez, de modo que el número de los que comprendíamos español era muy reducido, de 15 personas. De los españoles, los SS. De la Rada, Vitanova y Maresartu hablaron francés, y fueron comprendidos aunque su pronunciación era defectuosa. Los SS. D. Justo Zaragoza y Jiménez de la Espada hablaron en español y no los entendió ninguno, a no ser los quince susodichos. Todos los americanos tuvimos que hablar francés.

En los demás círculos científicos y literarios de París no hay nadie que hable español, y se encuentran muchos que hablen inglés, alemán, ruso, holandés, italiano, portugués, árabe y hasta japonés y chino. De manera que la pobre lengua española tan ensalzada por nosotros, es aquí casi desconocida. Esto da la explicación de por qué no se conoce nuestra literatura tampoco.

A propósito del Congreso de Americanistas, en el 9o. que se celebrará

en España el año próximo, creo yo que se hablará español porque será compuesto de españoles y de latinoamericanos, en su mayor parte. Los americanistas de otro origen que concurran asistirán por curiosidad, pero dudo mucho de que se hagan cargo de lo que allí se diga, y lo comprenderán hasta después, cuando se publique el tomo respectivo y puedan traducirlo con trabajo.

Me dirá V. que cómo son americanistas hombres que no comprenden la lengua española en que están escritas tantas obras sobre América, desde el siglo XVI. Responderé a V. que los principales estudios a que se consagran los sabios americanistas en Europa, y hoy en los EE. UU. de América versan sólo sobre la América pre-colombiana, y para ellos, hacen poco caso de los libros españoles que se creen inspirados en ideas falsas o que son producto de frailes ignorantes, fanáticos u obcecados por los principios de su tiempo, y que no podían servir de guía para las indagaciones de la ciencia moderna. Así es que sólo aprovechan las pinturas geroglíficas, algunas tradiciones y los monumentos existentes. Aun en las lenguas, emprenden un trabajo de reconstrucción, pues no se fían en los conocimientos lingüísticos y filológicos de los frailes que más bien desnaturalizaban el carácter de los idiomas americanos. Así es que el trabajo de los Americanistas es enteramente nuevo y crítico. La escuela es nueva; nosotros teníamos la rutinaria. Por lo demás, tal es la tendencia de los estudios históricos en general, y que ha sido tan fecunda, aplicada al Egipto, a Grecia, a Siria, a Roma, y aun a la Europa misma.

Para los americanistas europeos más eminentes, los estudios que se refieren a la América post-colombiana, no tienen interés, y dejan en ellos solos a los españoles que les dan mucha importancia. Los asuntos de la conquista, del gobierno colonial, de la influencia del cristianismo, del establecimiento de los europeos en nuestro suelo, y todo aquello que nos ha preocupado y aun entusiasmado a nosotros, los deja fríos a ellos. El conocimiento de nuestra Geografía, de nuestra Geología, de nuestra Etnología, actuales, sí les interesa mucho así como el de la Lingüística americana, pero tratada por los filólogos modernos o por los raros lexicógrafos que han recorrido en los últimos tiempos las regiones americanas. En suma y para sintetizar, el trabajo ahora no es de compilación, sino de reconstrucción y de crítica. En Francia, en Alemania, en Dinamarca, en Italia, en los Estados Unidos se establecen magníficos museos americanos y colecciones preciosas, pero de monumentos anteriores a la conquista —los geroglíficos, las pinturas, los menores objetos encontrados en las excavaciones, todo lo que se escapó de la barbarie de los conquistadores o al fanatismo destructor de los frailes, se recoge, se estudia, se estima altamente y se procura explicar, no según el sistema de los viejos

cronistas españoles, sino bajo nuevos sistemas y a diversa luz. Se busca con ansiedad la solución de problemas étnicos e históricos hasta hoy oscuros. Se desea penetrar en el pasado misterioso de los pueblos americanos, ayudándose con los elementos que existen, con el estudio de las razas, de las lenguas, de los pocos vestigios monumentales, ya que desgraciadamente la destrucción sistemática que organizaron los españoles acabó con lo más importante que hubiera podido facilitar un estudio tan vasto y tan completo.

Ya ve V. que este es un trabajo de Cuvier, de paciencia, de perseverancia y casi de adivinación, de todos modos obra de inducción difícilísima, pero que está dando ya buenos resultados.

Lo contrario pasa en España y en la América Latina con pocas excepciones. Allí se aceptan las consejas transmitidas por los cronistas del siglo XVI, forzadas muchas por ellos, y casi todas adversas a las razas de los antiguos pobladores, y sin tratar de reconstruir nada con la luz de la crítica científica y en presencia de elementos que pueden estudiarse más de cerca, se da preferencia a los estudios de la época colonial, es decir a la compilación de documentos de ese tiempo relativamente moderno, y de poco interés científico.

Dada esa tendencia no es aventurado presumir que el 9o. Congreso de Americanistas que se celebrará en España, y en que la mayoría de miembros se compondrá de españoles y de latino-americanos, no aportará un gran contingente al dominio científico que han ido enriqueciendo los Congresos anteriores, y que es el principal objeto con que se fundaron. Se hablará mucho de Colón, del heroísmo de los conquistadores (ya sabemos nosotros a qué atenernos respecto del heroísmo de Cortés, de Alvarado, de Pizarro y de Nuño de Guzmán), se declamará con frases huecas acerca de los beneficios de la Conquista y acerca de la barbarie de los pueblos conquistados, habrá una cascada, un diluvio de discursos y aun de versos, ditirambos frenéticos a Cristóbal Colón, declaraciones de amor maternal y fraternal a los pueblos libres de América después de que se les inundó en sangre en la guerra de Independencia, abrazos de los cándidos americanos a sus antiguos verdugos, banquetes, buenos vinos de España, se prodigarán cruces de Isabel la Católica, etc., etc., etc., pero dudo mucho de que se presenten estudios serios acerca de la América antigua, y con la independencia que la Historia exige.

En suma, como es el centenario de Colón, a Colón se reducirá todo, será una fiesta a Colón y no un Congreso de Americanistas. Y esto a pesar de lo prescrito en el programa, que conocerá V. ya y que no es más que una copia exacta del programa de nuestro Congreso de París. Para el caso este programa no es más que una fórmula.

A propósito, veo en los periódicos de México que Pepe Vigil va a escribir una especie de revista del movimiento literario en nuestro país, y Casi-

miro Collado y Roa Bárcena una antología para presentar esas dos obras en el centenario, como un homenaje. . . ¿A qué o a quién? ¿A la memoria de Colón? Yo creo que será más bien a España, a la España fanática, a la que aborrece nuestras libertades. ¡Ya veo esas dos obras! La primera sólo hablará de la Literatura grata a España; la segunda contendrá una colección escogida, los buenos, los únicos, desde Alamán hasta Sánchez Santos. Ramírez, modelo en todo, no estará allí, ni el Pensador, ni Zavala, ni Mora, ni Ocampo ni ningún liberal. ¿Cree V. que lo siento? Ni brizna; al contrario, me alegro infinito. Mi venerado maestro no merece semejante humillación, él que detestaba a los españoles y que no quería, con justicia, a Colón porque lo reputaba un *negrero*, una especie de *negrero*, el vendedor de indios de las Antillas, a pesar de haber descubierto por casualidad el Nuevo Mundo, que él murió creyendo que era el Antiguo.

Ahora, si en esa Antología han de figurar escritores contemporáneos, lo cual no creo ni entra en el sistema de esos señores, temo mucho que no se escapen ni V. por sus amistades con ellos, ni Justo por sus ligas, y lo sentiré.

Por mi parte estoy tranquilo, primero, porque sinceramente convengo en que no valgo nada y luego porque estoy seguro de la aversión de esos señores y de sus compañeros que les hace decir en todos los tonos posibles: que ni siquiera hablo español, en lo que estoy plenamente de acuerdo con ellos. Lo que deploro es haber aprendido esa lengua desde mi juventud, en vez de haber aprendido otra que me fuera más simpática.

A otra cosa. *La Navidad* está ya impresa y encuadernándose. La dedicatoria es más cariñosa que la primera y contiene la historia del encierro para escribir ese librito. Es el primero que publico aquí, y ese es de V. No vale nada el homenaje, pero sale del corazón.

La muerte de la pobre Fanny nos ha causado un dolor inmenso. Margarita la ha llorado mucho. Yo cuando recibí el telegrama de Joaquín sentí una pena que me oprimió el corazón. Fanny era una mujer de oro. Cualesquiera que hallan sido sus defectos por su educación de artista, por su carácter irlandés, aunque nació en Inglaterra, por todo eso que constituye la apariencia social, era noble, generosa, incapaz de hacer mal; tenía gran corazón. Yo la quería mucho, porque yo quiero a mis amigos sin beneficio de inventario, es decir, con sus cualidades, sus defectos, sus errores y todo el cortejo de la naturaleza humana. Los quiero, mi afecto es la medida, no busco más. Cuando la amistad no es así, no vale tres caracoles.

La sociedad mexicana, como V. dice muy bien, ha sido excepcional, con respecto a Fanny, y ha honrado su memoria, como era debido.

Me inquieta lo que me dice V. de Guillermo Prieto. El me escribe con

frecuencia. Quiera el cielo conservarlo el mayor tiempo posible, para honra de la poesía nacional. Deseo abrazarlo y hablar con él, a mi regreso.

Me alegra lo que me dice V. de mi discípulo González Obregón, cuyos artículos leo con vivo interés siempre. Es un erudito cuyas obras son útiles a nuestra historia. Aquí ya habrían llovido sobre él los elogios y las distinciones de la prensa. Sigue buen camino, ya lo creo. Hace la historia de la ciudad de México, que es casi desconocida. Hay por lo menos cincuenta historias de París que estoy coleccionando, y no acabo. No hay más que tres de México, y eso compendiosas. La suya será la mejor.

Por lo demás, los muchachos de mi Liceo se están luciendo. ¿No es verdad? Campito escribe a veces como Daudet, a veces como Zola. Es un perspicaz y un observador. Fernández Granados, Bustillos hacen magníficos versos. Los demás se lucen en los ramos que cultivan. Son muchachos de gran porvenir y los viejos debemos estimularlos. No los abandone V.

Supe por los periódicos la renuncia del señor Pacheco, y la atribuí a los motivos que indica en su oficio, por falta de datos para juzgar. Acabo de recibir carta suya en que me habla de otros particulares. Ya le contesto.

Siento su separación a pesar de que tengo la convicción de que no me quería, quizás por influencia de su círculo, y no por otra cosa. V. sabe que me alboroté como un chico para ver la Exposición de París, que como nunca lo había hecho en mi vida, fui a pedirle que me enviara con alguna comisión, la más humilde. Que me lo prometió, en presencia del Gral. Rocha. Esto fue desde principios de 1888. Consentí, y él me olvidó, prefiriendo enviar a una multitud que vino a pasearse. De modo que si no ha sido por el Presidente, que me nombró Cónsul sin mediación de nadie, yo no habría venido a Europa nunca. Pero no tengo rencor al señor Pacheco, y siento su separación.

Lo que he dicho de la Antología y de los españoles no quita que yo quiera a Casimiro Collado, que le agradezca sus recuerdos y que los retorne. La oposición de ideas religiosas y literarias o políticas no importa para la amistad. Yo tengo aquí amigos monarquistas y clericales feroces, que me visitan y me estiman, así como yo.

Ya ve V., querido Pancho, que le escribo no una carta, sino un volumen de confidencias íntimas.

Margarita saluda a V., lo mismo que Aurelio y yo le envío la expresión de mi invariable amistad.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Ayer recibí bajo su cubierta unas hojas del *Perú Ilustrado* en que está un bosquejo biográfico mío. Mil gracias.

Perdone V. los borrones y la letra apretada. Escribo de prisa. Es una conversación desordenada frente a la mesa de V.

París, julio 3 de 1891.

Muy querido Pancho:

Acompaño a V. un artículo publicado antier por el *Petit Journal* sobre Hidalgo. Ignoro quién es el autor, pero me propongo indagarlo para darle las gracias y darle como mejores datos las biografías que hemos escrito V. y yo. Los ataques de los periódicos de París que no conozco, a la disposición del Ayuntamiento para dar el nombre de nuestro padre a una de las calles nuevas de París, confirmarán a V. lo que le he dicho. No nos conocen, nos ignoran completamente. Además, el infame Alamán tiene la culpa de que el glorioso nombre de Hidalgo se haya oscurecido en Europa.

Escriba V. sobre esto. Yo por mi carácter no puedo hacerlo, como quisiera, pero V. hable con entera libertad. Yo haré traducir su artículo y publicarlo. ¡Qué ignorancia acerca de nuestra historia! ¡Y nosotros conocemos hasta a los hombres más medianos de Francia!

Así son en todo.

Más tarde le escribiré. Por ahora le mando un tomo sin encuadernar todavía de la *Navidad* para que vea V. cómo salió.

Margarita buena. Lo saluda, lo mismo que Aurelio. Yo lo abrazo cordialmente.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

Ignacio M. Altamirano,
Cónsul General
de los Estados Unidos Mexicano en Francia.
7, Rue de Maubeuge.

París, julio 9 de 1891.

Muy querido Pancho:

En este momento recibo la grata de V. del 17 de junio, y aprovechando el correo de mañana por el Havre, contesto a V. Ya ve V. que ahora sí respondo luego, es decir, replico porque la de V. es respuesta a la mía de 22 de abril.

El viernes pasado escribí a V. cuatro líneas acompañándole un artículo sobre Hidalgo, que publicó el *Petit Journal* y para darle idea de cuánto nos ignoran aquí. También le decía que le enviaba un ejemplar de *La Navidad*, pero con el trabajo y la balumba del día de correo, se olvidó. Hoy va certificado. Están encuadernando los otros ejemplares para remitirlos con tiempo en el otoño o antes. No se venderán, pero he tenido empeño en que ese librito que me es tan querido sea el primero de la colección que publicaré aquí.

Estoy enteramente de acuerdo con lo que V. me dice respecto de mi carácter literario. En efecto, soy uno de los apóstoles de la Literatura Nacional, y a mucha honra tengo contarme en el grupo que acaudillado por el Pensador está formado por pocos, entre los que se encuentra V. en uno de los primeros lugares. Este grupo ha hecho escuela ya, como V. dice, y más tarde, un poco más tarde, varios se disputarán el honor de haber pertenecido a él, como diría Ignacio Ramírez. Me quedo, pues, mexicano, y no quiero ser otra cosa. Esas novelillas que deseo escribir con asuntos europeos, son como impresiones de viaje y nada más, algo como *El Bravo* de Fenimore Cooper que era muy americano, el padre de la novela norte-americana y que sin embargo quiso describir la tiranía de la antigua república aristocrática de Venecia. Con mejores datos que los que él tuvo, pues me he proporcionado magníficos y preciosos libros sobre Venecia, publicados recientemente, y además, conociendo hoy esa ciudad, como la conozco, daré a mis novelas el sabor local que deben tener, traduciendo, al mismo tiempo, mi impresión personal de mexicano. Ya verá V.

Ví en los periódicos de México que fue V. nombrado Secretario de la comisión que nombró Baranda para lo del Centenario. Como éste me es profundamente antipático, lo sentí francamente. Va a ser eso una gachupinería feroz. Nada explica mejor el espíritu de ese centenario, como un ar-

título profundo de E. Varona, el famoso escritor cubano que publica el periódico *América en París*, el mejor que sale en español aquí y que envió a V. en el número del 30 de junio. Va certificado y V. me dirá si lo recibe. Léalo V. También van unos versitos míos a la linda hija de Javier Torres, hechos en Niza, a mi paso para Italia.

El centenario va a ser una tentativa de captación de parte de España para las Repúblicas americanas, captación, no para fraternizar, sino para dominar, para adquirir influencia, para matar en germen nuestra literatura nacional. Y como si Baranda no hubiera penetrado este espíritu, nombró precisamente una comisión de gachupines y de agachupinados como vocales, y al único mexicano de carácter independiente, como Secretario. ¡Qué desgracia la nuestra! ¡Siempre colonos, siempre haciendo carantoñas a la antigua dominadora, siempre cayendo en las redes que nos tiende, siempre creyéndonos inferiores!

Ahora que conozco más a España y a sus hombres, puedo afirmar a V. que éstos no nos quieren, nos desprecian, nos creen, en efecto, inferiores, y sólo distinguen entre los americanos a aquellos que les rinden pleito-homenaje, y que se consideran como sus libertos. Hacen ostentación de no concernernos. Así es que yo no les rindo, y cuidado que han hecho lo posible por captarme.

Ultimamente se me ha invitado para ir a dar una conferencia en el Ateneo de Madrid, y fui nombrado por unanimidad, en un grupo en que estaba Núñez de Arce. He rehusado, como lo verá V. por las copias que le enseñará Luis González Obregón, pues se lo encargo. Y el que había tenido más empeño en que yo fuera a Madrid, era D. Justo Zaragoza, hombre sincero, que me estima, y que de buena fe ha aceptado la Sría. de la Junta organizadora del Centenario. Por él, habría ido, pero los demás me chocan. Además ¿qué iría a decirles? ¿La verdad? Los lastimaría, y era inconveniente. ¿Iría a adularlos? Imposible en mi carácter. Ya dije aquí en el Congreso de Americanistas todo mi sentir respecto de los cronistas del siglo XVI y lo dije en presencia de los delegados españoles, los más entendidos en Historia de América y de México, el antropologista Vitanova, el Sr. Zaragoza (primer mexicanista de España), De la Rada y Delgado, Jiménez de la Espada, Marisartu, miembros de la Academia de la Historia enviados precisamente por el Gobierno español porque eran los competentes. Los demás de allá son humanistas o vulgarizadores, incluso Castelar, pero no críticos. El único crítico es Pí y Margall, pero aún éste, dotado de una conciencia recta, carece de los elementos necesarios para conocer a México, y no se atreve, como ningún español, a seguir otro camino que el trazado por los frailes embusteros e ignorantes que escribieron a fines del siglo XVI y a principios

del XVII y que desnaturalizaron el carácter de las naciones americanas antiguas. Créame V. no es en España, ni en la escuela españolizada de México, en donde pueda hacerse la reconstrucción de la antigua historia de México. Es en el extranjero y en México, pero con los procedimientos de la crítica moderna.

Por supuesto que al rehusar, alegué que tengo que salir de Europa en noviembre. En efecto, por ese tiempo iré a hacer mi proyectado viaje a Grecia, Siria y Egipto que tanto me interesa. Eso me será más útil que ir a matar pulgas a Huelva y a Santa María de la Rábida, cuyos alojamientos, según me dicen, pertenecen a los tiempos de D. Quijote.

Si V. puede hacerse nombrar delegado, empéñese. El viaje de ida y vuelta se hace gratis y con \$ 1000.00 que traiga V. puede pasearse, no en España ¿para qué? sino en Francia. Entonces conocerá V. la verdad de todo lo que le digo.

Los españoles aparentemente zalameros con los americanos, en el fondo creyéndose todavía los dominadores.

Los franceses ignorando completamente el español, pero al menos divertidos. Además el movimiento literario aquí es incomparablemente superior al de España. Y es mejor que se haga V. conocer del centro literario de París, que del español, aunque lo hagan a V. académico de Madrid, porque estos sujetos valen aquí tres caracoles.

Y va V. para académico español que vuela. Hace tiempo que lo están captando a V. y no le harán ningún favor cuando lo nombren, pues si a méritos vamos, tiempo há que debería V. haberse hombreado con esos tíos.

Pronto publicaré en este periódico *América en París* el retrato de V. y un bosquejo biográfico, pues me propongo publicar algo en español allí, y mucho en francés en otro periódico que va a fundarse, más elegante aún.

Recomiendo a V. los bellos versos de Gutiérrez Coll, Secretario de la Legación de Venezuela y que es un poeta muy aventajado.

Deseo que me envíe V. nuevos datos para ese bosquejo, pues los que tenía yo en México se me extraviaron.

Veo por la carta de V. y por los periódicos que el Sr. Gral. Pacheco va mejor de salud. Me alegro mucho, lo estimo, lo quiero, a pesar de sus olvidos respecto de mí, y de que me quejé con V.

Se está preparando la fiesta del 14 de julio que va a ser brillante. Sobre todo, hay una gran cosa. La inauguración de la estatua de Dantón. La he visto en el Palacio de la Industria y es soberbia. Como yo adoro a Dantón, procuraré inspirarme y escribiré una oda, que agregaré a mis versos inéditos que ya son muchos y que iré publicando poco a poco.

Margarita está mejor cada día de salud y hasta muy gorda. Aurelio y yo buenos. Ellos retornan a V. sus recuerdos, y yo como siempre quedo su Afmo. amigo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

París, diciembre 22 de 1891.

Muy querido Pancho:

Por fin ya salieron para México las cajas conteniendo 3000 ejemplares de la *Navidad en las Montañas* en su edición parisiense que es la 5a.

Nunca se había hecho de la pobre novelita un tiro tan considerable, y quizás he sido un tonto en haber mandado imprimir ese número. Lo probable es que se quede en casa de los libreros, pues conozco desgraciadamente el aprecio que hacen los mexicanos de los libros mexicanos. Pero ya está hecho. El precio de cada ejemplar será de 50 centavos. Con tal de que pueda yo costearme al menos, me alegraré.

V., a quien está dedicado el libro, ayúdeme con sus relaciones de la prensa para anunciarlo.

El año próximo seguirán los otros. La publicación en París es cara, pero es bella. En Leipzig y en Bruselas habría salido más barata, pero yo he querido imprimir en París, a toda costa. Podría yo haber hecho ilustrar el libro, pero no me gustan las ilustraciones.

El Coronel D. Jesús Dosamantes que salió esta mañana de París para el Havre, a fin de embarcarse allí el 26, lleva un paquete con los ejemplares dedicados para entregarlos a Joaquín. El dará a V. el suyo que está en papel de Holanda.

Aquí hemos tenido bella temperatura hasta el 15 de Dic. Teníamos 10° sobre cero. Pero de repente bajó a 7°, 8°, y aun a 12° ayer, de modo que hay una diferencia de 22° para matar a cualquiera en otra parte, pero el clima es bueno en París. Hay con todo terribles neumonías que se llevan a algunos.

Antier murió el famoso crítico Alberto Wolf, del *Figaro*. Lo sentí porque era mi amigo, y el obispo Freppel, representante del partido clerical en la Cámara de Diputados, ultramontano, exaltado, papista, pero hombre de talento, elocuente en la tribuna y en el púlpito y que había aceptado las instituciones republicanas. Era menos malo que todos nuestros obispos juntos.

Floquet, Presidente de la Cámara, que es liberal y franc-masón, como él lo ha dicho últimamente, hizo su oración fúnebre, que envió a V. Aquí los hombres de contrarias opiniones se hacen justicia, al menos. Es la superioridad del carácter francés. En México no pasa lo mismo. Es la inferioridad del carácter mexicano, en literatura. Allí aunque V. y yo hemos hecho justicia a nuestros contrarios, muchas veces, y en todos nuestros escritos, ellos no han tenido igual magnanimidad. De hoy en adelante me corregiré, y repicaré sólo cuando ellos repiquen primero. Haga V. lo mismo. Es útil y es lo único eficaz. De otro modo hacemos el papel del *Compadrito de Ixtacalco* que Campo describió con tanta gracia.

Adiós, Pancho querido. Margarita, Aurelio y yo deseamos a V. un feliz año de 92. Su amigo.

IGNACIO M. ALTAMIRANO

CARTAS DE DON RICARDO PALMA

S. D. Francisco Sosa.
México.

Mi estimado señor:

Creo deber a la bondad de usted el obsequio de un paquetito que me ha traído el Vapor de ayer, conteniendo las poesías de Altamirano y de Pesado, y me apresuro a avisarle recibo y darle las gracias por el precioso regalo.

Antes de ahora he escrito al Señor Altamirano pidiéndole un ejemplar de su novela *Clemencia*, que tengo gran interés en leer, así como las poesías de Juan de D. Peza y de Matheos. A mi viejo amigo Guillermo Prieto le he escrito también, pero sin éxito, pidiéndole sus dos tomos de poesías. Acaso sea ahora más feliz si usted quiere molestarse en ver a estos caballeros y hacerles, en mi nombre, el pedido.

Sin los dos cajones de libros (conteniendo mucho y muy bueno) que me envió mi querido Riva Palacio, la sección mexicana de la Biblioteca de Lima no sería tan importante como lo es ahora. Ocupa un estante bajo de metro y cuarto de ancho, por dos metros de altura, dividido en seis anaqueles; y además anaquel y medio en el estante alto. Por todo hay más de cuatrocientos volúmenes mexicanos, perfectamente empastados. Algo, que no mucho, me ha mandado también su Gobierno.

La Biblioteca, en su parte americana, progresa gracias a la benevolencia con que me tratan los hombres de letras como usted y Riva Palacio en México y al sentimiento de entusiasta americanismo que los anima.

Reiterando a usted mis agradecimientos aprovecho de esta ocasión para ofrecérmele como su muy atento amigo, compañero y servidor.

RICARDO PALMA.
Lima, marzo 6 de 1886.

Lima, marzo 19 de 1887.

S. D. Francisco Sosa.
México.

Querido amigo:

Ayer recibí su carta del 4 de febrero, motivando el retardo, las cuarentenas a que están sujetos los vapores del Sur y Norte. Por el Norte nos amaga la fiebre amarilla y por el Sur el cólera.

Afortunadamente el peligro va pasando, y creo que ya nos libramos de los dos flagelos.

También recibí ayer carta de Riva Palacio. Nuestro amigo está en plena atmósfera literaria. Tamayo y Baus me habla de él con entusiasmo.

Probablemente recibirá usted por este Vapor un diploma o nota del "Ateneo de Lima", nombrándolo socio correspondiente, distinción acordada también a Juan de Dios Peza y a Riva Palacio.

En Lima es Peza un poeta a la moda. Raro es el mes en que no aparezcan versos suyos en nuestros periódicos. Es poeta muy simpático, como que es el cantor del hogar.

¿Qué es de un señor Mateos? Leí, hace años, dos o tres leyendas de él, en quintillas, y me pareció un buen poeta. Después he leído una novela de él —El Cerro de las Campanas— que no me pareció gran cosa.

¿Vive o ha muerto un señor Hilarión Frías y Soto? Hay en la Biblioteca un trabajo histórico de él sobre Maximiliano. Lo encuentro entretenido. De ese libro saco en limpio que ha escrito muchos otros.

Ya hay impresos veinte pliegos de a 16 paginitas de mi libreo en versos. Faltan diez o doce más. Creo que para fines de mayo estará en circulación. Entonces le enviaré un ejemplar. El formato es parecido al del *Parناسo Mexicano*. Tengo para mí que todo libro de lectura ligera, como son los versos, debe ser libro de bolsillo, más que de biblioteca. Lectura, en fin, para cuando uno viaja en ferrocarril o va de paseo al campo.

La Biblioteca sigue su marcha próspera. En los últimos meses he recibido un buen contingente de libros de Colombia. Desgraciadamente la mala situación financiera del Perú impide ciertos adelantos que representan gasto, aunque no considerable.

Consérvese con salud y no olvide a su amigo que cordialmente lo quiere.

RICARDO PALMA.

Lima, Marzo 25 de 1889.

S. D. Francisco Sosa,
México.

Queridísimo amigo:

Por el correo anterior escribí a usted acompañándole un par de artículos, en los que incidentalmente toco a México, para la revista o publicación literaria de que me habla.

Junto con su carta del 6 de febrero, a que hoy contesto, me ha llegado su precioso artículo sobre mi camarada Pelliza. Coincido con usted en las apreciaciones.

Pronto le enviaré algunos números, con buenos retratos grabados en ellos, del 2o. año del *Perú ilustrado*. Allí encontrará usted biografías y datos sobre tres o cuatro de los Académicos peruanos. También encontrará usted mucha paja, y muchas insignificancias literarias.

Juan Montalvo, ecuatoriano, y en mi concepto el mejor prosista de América, acaba de morir en París, a la edad de 56 años. En el *Perú ilustrado* que le enviaré, verá usted biografía y retrato de él. La noticia de su muerte nos ha llegado hace quince días. Es un escritor digno de ser estudiado por usted.

Tengo en cartera mental un par de tradiciones que enviarle. Para escribirlas necesito utilizar un día en que tenga poca labor, y el cerebro dispuesto para el trabajo.

¿Cuándo llegará ese día? No lo sé. Esas tradiciones se titularán *La Protectora*, *La Libertadora*. Con estos nombres fueron bautizadas la querida de San Martín en Lima, y la querida de Bolívar. Tuve, siendo muchacho, la rara suerte de conocer y tratar personalmente a ambas.

Ando en arreglos con un editor para coleccionar en un volumen las tradiciones que he escrito en los últimos cuatro años. Con ese libro romperé la pluma. No quiero llegar a escribir chochees.

He visto con placer la alta justicia nacional que acaban ustedes de dispensar a Ignacio Ramírez; *pero* (y perdóneme este *pero* el nacionalismo de usted) mientras México no dispense en vida a ese venerable anciano y decano de la literatura en la América latina la erección de una estatua, México pecará de ingrato.

Habrá usted adivinado que me refiero al poeta épico, al Cantor del Romancero de la independencia, a Guillermo Prieto.

España tributó al gran Quintana, en vida, los mismos honores que Francia tributó a Voltaire cuando éste pisaba ya los umbrales de la tumba.

¿Por qué México no ha de glorificar de igual manera a Guillermo Prieto?

Si esta idea llegara a ser práctica, avísemelo usted con anticipación. Yo querría tomar parte en esa fiesta, enviando desde las riberas del Rimac, no sé si prosa o verso, pero, en fin algo que fuera la expresión del afecto peruano.

Hasta otra. Su amigo.

RICARDO PALMA.

Lima, noviembre 28 de 1888.

S. D. Francisco Sosa,
México.

Queridísimo amigo:

Contesto su carta del 27 de septiembre.

Sin embargo de las múltiples ocupaciones que me rodean, me esforzaré por acopiarle los datos y fotografías que me pide.

Nuestro Luis Cisneros es hombre muerto. Ha tres días fui a visitarlo por cuarta vez en el Barranco, y regresé afligidísimo. Los médicos han declarado que quizá, en Europa, un especialista como Charcot, podrá salvarlo. Esta declaratoria es fatal.

Mayo 31.

Amigo Sosa:

Cerrada ya mi carta del 24 de mayo, que no pudo marchar en esa fecha, por haberse aplazado hasta hoy la salida del Vapor, la he abierto para acusarle recibo de su atenta del 25 de abril que he recibido en la mañana de hoy. La estrechez del tiempo me obliga a contestarle muy de carrera.

Me colma de alegría el aviso que me dá usted de que pronto recibirá la *Clemencia* de Altamirano. Hace muchísimos años que cayeron a mis

manos unos periódicos mexicanos en los que, como folletín, leí los primeros capítulos que me interesaron vivamente. Desde entonces he hecho diligencia por conseguir la novela. Ojalá que con ella viniera también el *¡Zarco!*

Tiene usted el deseo de conocer la estampa de este viejo y... *ahí va*, como dice la leyenda del caballo de copas.

Yo no tengo biografía ni en mi vida hay nada que la diferencie de la de cualquier hijo de vecino.

Nací en Lima, el 7 de febrero de 1833. A los veinte años abandoné el Colegio y me hice marino. En mis mocedades anduve mezclado en belenes revolucionarios. Sufrí dos destierros (uno a Chile y otro al Ecuador) y estuve en la cárcel por politiquero. Di un paseito por Europa y después desempeñé un Consulado General en el Brasil.

Andando los tiempos fui Secretario General de un caudillo de revolución, y me batí como cualquier pobre diablo. Triunfante la revolución, mi caudillo pasó a ser Presidente Constitucional, y en los cuatro años de su administración desempeñé su Secretaría Privada. A la vez era Senador de la República.

He sido periodista en diversas épocas de mi vida. No sé si lo hice bien o mal. En literatura, he sido una especie de cajón de sastre. Cultivé todos los géneros, hasta que acerté con un filón, riquísimo para mí —el de las tradiciones—. El género cayó en gracia, y me ha dado cierta popularidad.

En tres ocasiones he tenido modesta fortuna, y en las tres la he derrochado. Hoy, mis recursos para la vida, son muy modestos. Vivo sin estrechez; pues he aprendido a no estirar los pies más allá de la sábana.

Ya ve usted pues que no tengo biografía. En mi existencia nada hay de original ni de curioso: nada que me singularice ni que valga la pena de contarse.

Como hombre privado no he sido más que adorador de Venus. Hasta que cumplí 43 años creía ser solterón eterno. A esa edad me atrapó la que hoy es mi compañera o media naranja. En la intimidad del hogar, con mi esposa y los retoños (que ya son cinco) vivo tranquilo y alejado de la política que no proporciona sino sinsabores y desengaños. Ni soy devoto de Baco ni he sido partidario de Birján el inventor de los naipes. A las muelas de Santa Apolonia sólo las he tomado en mis manos para jugar chaquete (juego de viejos).

No haga usted uso de estos datos que no tienen otro carácter que el de ser íntimos. Ligeros apuntes sobre mi persona los hallará usted en el tercer tomo de Biografías de Americanos por Torres Caicedo (edición de París), en el Diccionario de Cortés, y en diversos periódicos como el Americano de Varela, el Correo de Ultramar y otros.

Para mi vida literaria los mejores apuntes son los que yo consigno en mi *Bohemia*, libro que recibirá usted por el otro correo. La impresión está ya concluida; pero aún no ha terminado el litógrafo de hacer un retrato que mis amigos se han empeñado en que vaya en el libro. Serán ya cuestión de doce o quince días lo de la encuadernación y la litografía. Le gustará el librito: 100 paginitas de prosa (*La Bohemia*) y 400 de rengloncitos rimados.

Como distinciones literarias, sería un hipócrita si no confesara a usted que estimo en mucho el ser el más antiguo o Decano de los correspondientes de la Academia Española, en el Perú. La Academia de la Historia sólo tiene dos correspondientes en el Perú, siendo yo uno de ellos.

A propósito de la Academia, después de mil contrariedades al fin he logrado que la correspondiente se establezca en Lima. Ayer hicimos la elección de cargos. El de Director fue algo reñido. Hubo dos votaciones empataadas. Cinco votos por Lavalle y cinco por mí. Al fin, decidió la suerte en favor de Lavalle. Hemos decidido hacer la instalación solemne el día de Santa Rosa, 30 de agosto.

Y pongo punto. Me propuse acusar a usted por hoy recibo de su carta reservando la respuesta para el otro vapor, y sin darme cuenta de ello ha corrido la pluma, charlando con usted más de lo que me proponía. Esto le probará que lo quiere sinceramente su amigo.

PALMA.

Lima, diciembre 19 de 1889.

S. D. Francisco Sosa,
México.

Querido amigo:

Sin ninguna de usted a qué contestar, ocúpome sólo de decirle que he leído en la Revista un artículo del señor Galindo y Villa con motivo del que escribí sobre Gregorio López.

El señor Galindo anda un tanto destemplado para conmigo, pues mi artículo no merecía el tono de seriedad con que de él se ocupa. Yo dije, en síntesis, que había encontrado un manuscrito, que éste me interesó, que me puse a hojear cuanto libro tuve a mano en que se hablara de López, hice un extracto de éstos y terminé poniendo sobre el tapete la cuestión para que

otros pronunciasen la palabra final. Ni me decidí porque fuera López un *quidam* ni sostuve que fuera un príncipe. El señor Galindo que cree en milagros según lo declara en su artículo y que debe ser ortodoxo de tuerca y tornillo, no se ha dado cuenta de lo irónico de mi frase cuando digo que el Espíritu Santo sopla ciencia en quien le place.

El señor Galindo me hace la obra de caridad de darme una leccioncita de Historia, copiándome íntegro a don Modesto de Lafuente. Supondrá que yo no lo he leído. Lo mismo hace con el libro del padre Losa.

La última edición que del Apocalipsis posee la Biblioteca es la hecha en Madrid en 1804 con preciosos grabados sobre acero. Es edición de gran lujo para aquellos años.

Pensé por un momento enviar a usted un artículo contestando al señor Galindo; pero reflexioné que el asunto no valía la pena, y que tal vez alguna broma mía sobre la fe de ese señor en los milagros pudiera disgustarle. Queden, pues, las cosas como están.

Recibí carta de Riva Palacio. Le contesto hoy, y algo le hablo sobre el escrito del señor Galindo.

Hasta tener carta de usted me repito muy suyo amigo afectísimo.

R. PALMA.

Lima, diciembre 21 de 1889.

S. D. Francisco Sosa,
México.

Querido amigo:

El Vapor de esta mañana me ha traído su carta del 12 de Nov. y el número de la "Revista" en que está su precioso artículo sobre mi inolvidable amigo Torres Caicedo.

Antes de ir yo a Europa sostenía correspondencia con Torres Caicedo que era por entonces Director del *Correo de Ultramar*. Desde Londres le escribí a París anunciándole el día y hora en que debía llegar yo a esa Capital, y me contestó que me esperaría en la estación del ferrocarril, pues deseaba que comiésemos juntos el primer día de mi permanencia en París. Aquí empieza el romance. Llego a París a las cinco de la tarde, no encuentro al amigo en lugar de cita, envío mi maleta a un hotel, tomo un coche y doy la

dirección *rue Saint Lazare* que era la de Torres Caicedo. Llego, me recibe un criado con aire sombrío, le pregunto por su patrón, me contesta que se halla en casa pero que no está visible. Contéstole con cierta petulancia: para mí no está invisible; pásele esta tarjeta. Vacila el criado, pero, al fin, me obedece. Un minuto después, sale un hombre joven y se arroja llorando en mis brazos, y sin decirme palabra me conduce a otra habitación. En ella alumbrado por cuatro cirios estaba el cadáver de una joven de 22 años. No necesité explicaciones para adivinar lo que pasaba. Era la amada de Torres Caicedo que había muerto casi repentinamente seis horas antes. Torres Caicedo, que no fue jamás libertino, había sido el primer amor de esta niña con la que vivía conyugalmente hacía tres años. Según sus retratos era una bellísima criatura, hábil pianista y no menos hábil pintora. Torres Caicedo me contaba después que, a haber tenido un hijo con ella, se habría casado sin vacilar. Mi amigo estuvo más de seis meses inconsolable. En el folletín del *Correo* apareció, por entonces, una Corona fúnebre a la memoria de Mme. Genoveva Charny, corona en la que escribieron varios poetas franceses y muchos americanos. Las estrofas que yo escribí las encontrará usted en mis *Armonías*, tomito que publiqué aquel año en París y que está reimpresso en la colección que envié a usted de mis coplas, ha dos años. ¿No le parece a usted que hay en todo esto tela para un romance? Yo no he querido escribirlo, porque mi estilo es poco sentimental, y temo a salir a lo mejor con un despaucho prosaico.

Torres Caicedo era más bueno que el pan tierno. Nobilísimo corazón y robusto cerebro. La noticia de su muerte me impresionó infinito. Era uno de mis más queridos amigos literarios como lo es usted y Riva Palacio y Tama-yo y la Gorriti y Carlos Robinet y otra media docena con quienes no pasa mes sin que cambiemos carta, y a quienes, exceptuando a Juana Manuela, apenas conozco por retrato.

Hablemos de otra cosa, dejando recuerdos tristes. He recibido hoy carta de Galindo y Villa. La estrechez del tiempo no me permite escribirle hasta el correo entrante. Dígaselo, y anúnciele que también me ha llegado un folleto.

¿Conque no le ha gustado a usted el prólogo o *cuatro palotes* de mi libbrejo? Amigo mío, no soy suficientemente filósofo para soportar ultrajes. Mi temperamento es nervioso y no puedo dominarlo. Bien lo quisiera; pero me es imposible. Tal es mi idiosincrasia, tal me ha hecho Dios. En varios de los juicios encomiásticos que del extranjero empiezan a llegarme sobre el libbrejo, me hacen idéntica observación a la de usted. Tienen razón mis amigos... y yo también la tengo.

La colección de *Memorias de Relaciones Exteriores* que desea el Sr. Mendoza es imposible obtenerla. Cinco años de incesante rebusca he necesitado

para formar la que posee la Biblioteca. En el archivo del mismo Ministerio, apenas si poseen ejemplar de cinco o seis Memorias de los últimos años.

Me alegro de que siquiera dos de los cinco paquetes del *Perú ilustrado* no se hayan perdido en el correo. Necesito algunos datos biográficos de usted. Tengo su retrato. En el último número de diciembre va a publicarse el de Riva Palacio, a quien remito hoy, en prueba, la litografía que me parece muy buena.

De mi queridísimo Luis Cisneros tengo que darle noticias desconsoladoras. Lo esperamos, en Lima, para el 29 o 30 de este mes. Viene de París desahuciado por los médicos más famosos. Quiere morir en la patria y entre los suyos.

Con afecto de viejo besa la mano de usted su sincero apreciador y amigo

R. PALMA.

Lima, noviembre 20 de 1893.

S. D. Francisco Sosa,
México.

Querido amigo:

Escribo a usted con el alma muy dolorida. Ayer sepultamos a José Antonio de Lavalle, con quien, como sabe usted, me ligaba desde la infancia fraternal cariño. Sufría de diabetes, y este mal lo ha llevado a la tumba. ¡Los mejores se van!

El fallecimiento de Lavalle ha sido casi duelo nacional. Los principales diarios de Lima han reproducido el artículo del libro de usted que es la más completa biografía del ilustre muerto.

La literatura está hoy, en mi tierra, en plena somnolencia. La politiquilla eleccionaria y las pasiones banderizas son la preocupación general. Esta desdichada situación se agrava con la pobreza financiera. El malestar es grande.

Mis hijos lo saludan.

Siempre muy suyo.

PALMA.

P. D. Saludos a Guillermo Prieto y a D. Pedro Santacilia.

Lima, 12 julio de 1903.

Saludo cariñosamente al viejo amigo Pancho Sosa, y le aviso recibo de sus galanos recuerdos de Italia.

En agosto le enviaré mi libro, cuya impresión está ya avanzada, sobre voces que faltan en el Diccionario.

Mil cordialidades.

PALMA.

Lima, 20 de abril de 1909.

Señor D. Francisco Sosa,
México.

Mi querido y viejo amigo:

A la vez que, por carta de Santacilia, recibía la triste noticia del fallecimiento de mi ilustre compañero Vigil, me llegaba carta de usted fechada el 16 de marzo. Felicito a usted por la justicia que el gobierno mexicano ha hecho a sus merecimientos literarios, y a la vez me felicito por razones de compañerismo y de muy antiguo e íntimo afecto. Si no mayores, por lo menos cultivaré con mi amigo Pancho Sosa las mismas buenas relaciones que durante un cuarto de siglo mantuve con Vigil.

También yo, mi querido Sosa, me siento ya para poco, intelectual y físicamente. Los 76 febreros que llevo auestas van siendo carga muy recia.

Mi buena y queridísima Angélica me encarga saludar a usted y felicitarlo.

¿Y vuesa merced, señor Director, se ha hecho ya leer la epístola de San Pablo?

Escribame de vez en cuando y créame siempre muy suyo afmo. amigo y compañero.

RICARDO PALMA.

Lima, 19 de julio de 1911.

Señor Francisco Sosa,
México.

Querido amigo:

Su afectuosa del 21 de junio, que recibí anoche, termina con esta frase: "felicito a usted porque su patria no se encuentra en las condiciones de la mía".

¡Ay, mi buen amigo! Desde el 13 de julio el Perú es un caos, pues el ejecutivo ha logrado anarquizar al Congreso. Hasta hoy tenemos dos Cámaras de diputados, y es posible que también el Senado se dualice. La opinión pública está del lado de la mayoría en el Congreso; pero el Gobierno cuenta con el ejército, y sin base militar es imposible el éxito para una revolución. Como usted, yo soy ajeno a la política, así por convicción como porque mis 78 años me imposibilitan para tomar la menor participación en zinguizanas, por mucho que mi cerebro no armonice con los procedimientos del Ejecutivo. Creo que en los doce días que restan al mes de julio van a realizarse en mi tierra hechos muy graves y luctuosos y sólo Dios sabe el desenlace de la anarquista actualidad en el Perú.

Por los cablegramas de México que diariamente publican los diarios de Lima, y que en su mayoría vienen de New York, veo que los Maderistas levantan bandera contra su caudillo. Lo que se ve venir con claridad es la anarquía pues no bajarán de tres los caudillejos que se disputen la presidencia.

México ha sido muy ingrato para con el hombre que en treinta años de gobierno alcanzó a hacer nación de lo que no era sino agrupamiento de seres desmoralizados. Porfirio Díaz ha caído como caen los hombres dignos y honrados. Desaparecerán las pasiones y mezquindades del presente, y la posteridad le hará justicia enalteciendo su memoria.

En agosto me enviará el editor de Barcelona ejemplares del volumen *Apéndice a las Tradiciones*. Inmediatamente tendré el gusto de remitir a usted el libro.

Su viejo amigo.

RICARDO PALMA.

Miraflores, 24 de agosto de 1916.

Sr. D. Francisco Sosa.
Coyoacán.

Queridísimo amigo:

Ha cinco o seis meses que escribí a usted largamente pidiéndole noticia de su persona, pues ha mucho tiempo que el silencio de usted me abruma. Presumo que no estará usted con Carranza en tal mal predicamento como lo estuvo con sus antecesores.

Mi salud continúa tan de capa caída como cumple a un octogenario que acaba de sufrir una intervención quirúrgica.

A principios del mes pasado tuve la visita de un caballero mexicano don José de Vasconcelos que viaja por Sud-América acompañado de su esposa. Entiendo que ha sido hasta gobernador o primera autoridad en uno de los estados de su país. Aquí dio en la Facultad de Letras una conferencia sobre asuntos mexicanos, que patrocinó el Ateneo de Lima y mereció general aplauso.

Me dijo que no había tenido relación personal con usted pero que lo conoce mucho de nombre y de vista. Me parece un joven muy culto a la vez que simpático. Ha sido bien tratado por sus contemporáneos. Mi compatriota el joven literato Riva Agüero me lo trajo a la casa una tarde.

Generalmente se cree que la monstruosa guerra europea camina a su término. Dios lo haga.

Déme usted pronto noticias tuyas como lo hace hoy de sí, el viejo y afmo. amigo.

RICARDO PALMA.

Miraflores, 31 de octubre de 1916.

Sr. D. Francisco Sosa,
Coyoacán.

Mi inolvidable y querido amigo:

Gratísimo fue para mí el día de ayer, pues en la mañana tuve la satisfacción de recibir carta de usted fechada en 22 de septiembre. Al leerla mi alegría se desvaneció pues recordé los infortunios que como consecuencia de la batalla de Miraflores y el triunfo de los chilenos en enero de 1881 pesaron sobre mi persona y sobre mi hogar que entonces comenzaba a formar, pues tenía poco tiempo de casado. Mi casa en Miraflores fue incendiada sin abrirla por la soldadesca vencedora y mi librería de poco más de 4,000 volúmenes convertida en cenizas. Verdad que sólo contaba 48 años y a esa edad aún es posible labrarse un porvenir y acariciar lisonjeras esperanzas. Calcule usted cuán inmensa será la pena que me ha producido la lectura de la carta del viejo compañero en letras y amigo de horas para ambos venturosas.

A Dios gracias, mi patria disfruta de paz interna y externa. Hay poca

holgura rentística; pero ello es consecuencia lógica de la actualidad creada hace dos años por la gigantesca guerra europea.

Según las noticias que de México publican los periódicos de Lima parece que ese país va en camino de terminar la guerra civil. Dios lo haga y se lleve pronto al famoso Pancho Villa. No parece sino que Dios, en sus ratos de ocio, se entretuviera creando bandidos como ése y una turba soez que lo aclama.

Cuento ya cerca de cinco años de invalidez que mis hijas se afanan por hacer llevadera. Entre mis amigos de Lima cuento aún con algunos que, de vez en cuando, vienen a distraerme con afectuosa charla. El próximo 7 de febrero completaré, *Deo volente*, ochenta y cuatro febreros. Me aguanto sobre la máquina y no paso de ser un espectador más del presente social.

Intelectualmente soy un cero a la izquierda. Ni leo ni escribo. Esa labor está confiada a mi secretaria a quien usted conoció chiquilla en Madrid. El otro amiguito de usted de esos tiempos, mi hijo Ricardo, es ahora un médico con buena clientela. Apenas terminó sus estudios hizo un viajecito complementario por Francia e Inglaterra y habla bastante bien ambas lenguas.

He conversado con usted largo y menudo sobre mis intimidades domésticas. Olvidaba contarle que mi hijo Clemente, el primogénito, como político y periodista se abre camino. Vivió en Europa dos años, casó en Barcelona en 1904 y me ha hecho abuelo que chochea con dos varoncitos y dos niñas.

Le abraza su octogenario amigo.

RICARDO PALMA.

Miraflores, (Lima), XI-22-917.

Sr. D. Francisco Sosa.

Día fausto y que en mi modesto hogar se ha celebrado, por mí y por mi hija Angélica, con repique de campanas, ha sido el de hoy, pues antes del almuerzo me trajo el cartero la gratísima carta de usted del 23 de octubre.

Estoy abrumadísimo de labor, pues me he enfrascado en la tarea de resucitar a la Academia Peruana, correspondiente de la Española, inaugurada en 1887, y de la que ya sólo existimos dos miembros. Cosa semejante pasaba en la Academia de Chile, la que ha vuelto a la vida no hace mucho.

Nosotros funcionaremos desde el 8 ó 9 de diciembre y la gente nueva ha tenido la amabilidad de investirme con el carácter de Director perpetuo, en el homenaje a los ochenta y cinco febreros que en breve completaré. Nos proponemos celebrar una fiesta solemne de la que enviaré a usted minucioso relato de prensa.

Y va de entrometimiento, pues cuento con usted y con González Obregón, y, probablemente, con López Portillo en favor de la candidatura de un mexicano a quien patrocino. Sospechará usted que mi ahijado es Juan B. Delgado. Estoy seguro de que quemará usted mucha pólvora en obsequio de mi ahijado.

Veo con satisfacción que el orden se restablece en México. Quiera el buen Dios que la guerra civil desaparezca para siempre.

De vez en cuando me doy el gustazo de conversar sobre México con el señor Alcaraz, encargado de negocios de esa república, y hallo que el presente es halagador.

¿Qué noticia me da usted del galano escritor Rubén M. Campos que tantas bonitas frases le dedicó a mis *Recuerdos de España* y del cual hace tiempo nada sé?

Me pasa con Fernando Iglesias Calderón lo que me pasaba con usted. Hace un año que no tengo ni de él ni de su hermana Da. Julia la menor noticia, y como en sus últimas cartas no indicaban su dirección actual no sé si mis epístolas dirigidas a la antigua, les habrán llegado.

Creo haber hablado a usted ya de que por estos trigales anduvo, hará tres o cuatro meses, un caballero español, D. Pedro González Blanco, de familia de escritores, de quien conozco una conferencia muy entretenida sobre el bandolero Pancho Villa. ¿Qué noticia me da usted de este comerciante y literato español?

Con la esperanza de que mi próxima carta será muy nutrida, envía a usted cordialísimo abrazo su amigo.

RICARDO PALMA

P. D.

La secretaria agradece y retorna los amables saludos de su respetado amigo

ANGÉLICA PALMA

CARTAS DE DON MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

Madrid, 21 de noviembre de 1886.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Muy Sr. mío y de toda mi estimación:

Ante todo perdone usted el retraso con que esta carta llega a sus manos. Yo tenía verdadero anhelo de manifestar a usted mi agradecimiento por sus bondades, pero hasta hoy no he tenido tiempo para escribirle. Nuestro buen amigo Dn. Casimiro Collado que sabe cómo vivimos aquí, me habrá disculpado o me disculpará a los ojos de usted, que con sus obsequios literarios y con su preciosa amistad me obliga a eterna gratitud.

En primer lugar, tengo que dar a usted las gracias por el envío de sus propios escritos históricos y biográficos relativos a México. Ya los he leído en gran parte, y por cierto con singular deleite, puesto que aparte de lo ameno de la exposición, contienen datos y observaciones que han de serme muy útiles en mis investigaciones sobre la literatura hispanoamericana. Claro que en algunas apreciaciones de carácter histórico-político no podríamos estar enteramente conformes, pero esto no es obstáculo para que yo tribute el debido elogio a la erudición y diligencia de usted y al amplio y generoso espíritu de que ha dado muestra tan brillante en el discurso pronunciado para solemnizar la conmemoración de la independencia mexicana.

También he recibido el precioso regalo de la rarísima traducción de las *Heroidas* de Ovidio, hecha por el mexicano Ochoa y Acuña, traducción muy notable, y en general fiel y poética, salvo alguna monotonía que nace quizá del empleo de un metro uniforme. Verdad es que Diego Mejía cometió con creces el mismo defecto, enredándose en aquellos inacabables tercetos, tan duros y frágosos. Por lo que llevo leído de la versión de Acuña, me parece más fácil, suelta y agradable que la de Mejía. ¡Lástima que a veces la versificación no sea bastante robusta ni la locución bastante poética!

Conservaré este libro como verdadera joya bibliográfica (puesto que lo es en España, y, según creo, en México mismo) y a su tiempo haré la debida mención y análisis de la traducción de Ochoa y Acuña en el trabajo que hace mucho tiempo preparo acerca de los traductores españoles de lenguas clásicas.

Y ya que de traducciones hablamos, no quiero dejar de manifestar a usted, el altísimo aprecio en que tengo la de las Sátiras de Persio que el señor Vigil ha publicado, y que a mi entender, es un verdadero modelo en este género tan difícil de trabajos. ¡Con cuántas dificultades ha luchado para hacer comprensible y fácil de leer en castellano el texto más oscuro y enigmático que hay en toda la latinidad clásica! Las notas y los comentarios que añade valen tanto como la traducción misma.

Como débil muestra de mi estimación he enviado a usted por el correo los libros míos que tenía a mano, es decir, los cinco volúmenes hasta ahora publicados de mi *Historia de las ideas estéticas en España*. Creo que por distracción dejé de poner en el sobre las señas de la casa de usted pero supongo que no se habrán perdido, porque iban certificados.

Más adelante enviaré a usted otros libros míos.

Entretanto, se repite de usted amigo afmo. y S. S. q. s. m. b. y se ofrece a sus órdenes.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Madrid, 20 de febrero de 1887.

Sr. Dn. Francisco Sosa,
México.

Mi muy distinguido amigo:

Llegaron felizmente a mis manos los dos ejemplares de *El Episcopado Mexicano* y *Galería de mexicanos distinguidos* que usted me anunciaba en su carta del 24 de diciembre. Los he presentado a la Academia de la Historia, que los ha recibido con mucho aprecio, y que dará a usted las gracias directamente. Además, ha confiado a dos de sus individuos el encargo de dar informe sobre dichas obras y sobre la utilidad que pueden prestar a la historia patria.

Agradezco en el alma ese precioso ejemplar de la *Iliada* de Alegre (ed.

romana de 1788) de que usted tan liberalmente se desprende en obsequio mío, añadiendo este nuevo favor a tantos como le debo.

Deseando a usted todo género de felicidades, se repite suyo amigo afmo. y servidor q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Madrid, 22 de junio de 1887.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Mi distinguido amigo:

Por su grata de 19 de marzo y por noticias posteriores de Santander, he sabido que usted remitió, y que llegaron felizmente a su destino, varios preciosos libros mexicanos, entre ellos la *Iliada* del P. Alegre, edición de Roma. Ahora, que voy a pasar el verano en una casa de aquella ciudad, tendré el gusto de verlos y disfrutarlos.

He recibido también con sumo aprecio el opúsculo del Dr. Lucio acerca de la pintura mexicana: interesante por tratarse de materia tan desconocida, aunque quizá demasiado breve para el interés que la misma materia suscita. Si llega usted a obtener los diálogos de Couto (sin privarse del ejemplar que posee), quizá podré completar mis noticias sobre el asunto.

La traducción de la *Evangelina*, que yo desconocía completamente, es superior a las otras dos que hay en castellano, y merece reproducirse. Si algún editor de los que yo conozco piensa en publicar esta obra, le recomendaré esta traducción, porque pienso de ella exactamente lo mismo que usted.*

Remito a usted por este correo el primer tomo de la nueva edición de *La Ciencia Española*, completamente refundida. Constará de tres en esta reimpresión.

De usted siempre amigo afmo. y S. S. q. s. m. b.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

* Es la traducción hecha por el Dr. Joaquín D. Casasús. A. M. C.

Santander, 20 de septiembre de 1887.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Mi muy estimado amigo:

La generosidad literaria y bibliográfica de usted excede a todo encarecimiento. Dígolo por la nueva muestra que me ha dado de élla, enviándome un ejemplar del precioso Diálogo de Couto sobre la *Pintura en México*, de cuya rareza ya tenía yo noticia. El libro, además de este valor bibliográfico, tiene para mí verdadero valor literario, no sólo porque me da noticias de artistas para mí desconocidos, sino también por la elegante pulcritud y esmero de la dicción, que hace sumamente agradable su lectura.

Pronto saldrá a luz el segundo tomo de la *Ciencia Española*, y tendré mucho gusto en remitir a usted un ejemplar. El tomo 4o. de la *Estética* empezará a imprimirse muy pronto.

Desde Madrid también remitiré a usted un retrato mío, ya que es usted tan bueno que quiere honrarme con darle un lugar en su álbum.

No se ha impreso todavía mi informe sobre la obra de Pimentel. Cuando se publique, recibirá usted un ejemplar del cuaderno del *Boletín de la Academia de la Historia* en que salga.

Me ha interesado mucho el opúsculo crítico-biográfico de usted acerca del infatigable polígloto Canini, autor del *Libro dell Amore*.

De usted siempre amigo afmo. y agradecido servidor q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Madrid, 29 de junio de 1888.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Mi muy distinguido amigo:

Escribo a usted en vísperas de salir para Santander, donde pasaré, según costumbre, mis vacaciones de verano. Allí me tendrá usted a sus órdenes hasta principios de octubre.

He retrasado tanto la contestación a sus dos últimas tan gratas, por esperar a que llegase el tomo de sonetos que usted me anunciaba. Desgraciadamente el libro no ha llegado aún a mis manos, sin duda por culpa del

correo. Lo único que ha llegado es su retrato de usted que colocaré en sitio muy preferente, al lado de los de mis mejores amigos. Con él venían las dos epístolas, una en verso suelto y otra en tercetos, ambas dignas de toda estimación por lo elegante, rotundo y animado de los conceptos y de la versificación.

Tengo idea de haber enviado a usted mi retrato, pero si no lo he hecho o se ha extraviado, dígamelo usted para que yo repita el envío, dando a usted esta insignificante prueba de mi cariño y buen recuerdo.

El juicio de usted sobre *La Montálvez* me ha agradado mucho por lo sesudo y bien escrito, y no dudó que satisfará también a su autor. Yo no he de ocultar a usted que de todas las obras de mi querido paisano, ésta es la que me inspira menos simpatía (aun reconociendo su mérito innegable), porque falta en ella, a mi entender, el color local, la observación directa y la vigorosa originalidad de estilo, que tanto realza a las otras. Pero como el talento brilla siempre aun en las cosas más contrarias a su índole, Pereda conserva en este libro todas sus ventajas de gran narrador y de gran prosista.

Con mis cariñosos recuerdos a Collado, Roa Bárcena y demás amigos, me repito de usted siempre afmo. y agradecido amigo q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Santander, 26 de septiembre de 1888.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Mi muy estimado amigo:

Tuve el gusto de recibir su favorecida de 28 de julio, y con ella el tomito de los sonetos. Usted en su mucha modestia se califica de mero versificador: yo encuentro en el libro sonetos que cumplen con todas las condiciones del género y que pueden envanecer a cualquier poeta. Otros son más débiles, pero en colecciones de este género no todo puede ser perfecto, mucho más cuando son tan estrechas las ligaduras que ciñen al ingenio en esta combinación métrica.

No tengo aquí ningún retrato mío, para suplir el que envié a usted y se perdió sin duda, pero desde Madrid cuidaré de remediar la falta.

Por lo tocante a la epístola de Justo Sierra, diré a usted con toda franqueza que encuentro en ella mucha elevación de sentimiento poético, y al-

gunos versos magníficos, pero al mismo tiempo una profusión tal de latinismos y neologismos artificiosos que no podrá menos de comprometer su éxito en el gusto de la mayor parte de los lectores. A mi entender, el clasicismo, cuanto más verdadero y más puro sea, más sencillez exige y menos afectación de estilo poético.

En lo de introducir voces nuevas o nuevas acepciones, hay que proceder con mucha cautela y parsimonia, y sobre todo no acumular muchas en una misma composición. El señor Sierra, que es poeta de verdadera inspiración, no necesita acudir a tales recursos para expresar sus ideas con elevación y grandilocuencia.

Salgo pasado mañana para Madrid, donde me tendrá usted a sus órdenes. Hoy escribo también a Collado. A él y a Roa Bárcena y demás amigos, déles usted mis cariñosos recuerdos, y usted téngame siempre por su muy afecto S. S. y amigo q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Madrid, 15 de abril de 1889.

Sr. Dn. Francisco Sosa,
México.

Mi distinguido amigo:

Recibí su grata de 4 de febrero, y también los dos primeros números de la *Revista de Letras y Ciencias* que ustedes han comenzado a publicar en marzo, con los mejores auspicios. Ya que me honra usted invitándome a colaborar en ella, van los versos adjuntos que a falta de otro mérito, tienen el de ser inéditos. Más adelante veré si puedo remitir algún fragmento en prosa.

Envío a usted el tercer tomo de la nueva edición de mi *Ciencia Española*. No sé si habrá recibido usted los dos primeros. Si no los ha recibido, tenga la bondad de avisarme. También le remito un discurso de contestación leído en nuestra Academia de la Historia.

Todavía no ha llegado a mis manos el *Anuario Bibliográfico* que me anuncia usted y que recorreré con mucho interés.

Salude usted de mi parte a los amigos Collado, Roa Bárcena, etc., y usted mande como quiera a su afmo. amigo s. s. q. s. m. b.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Santander, 4 de agosto de 1889.

Sr. Dn. Francisco Sosa,
México.

Mi estimado amigo:

Por sobra de ocupaciones he venido retrasando tanto tiempo el dar contestación a sus dos últimas muy gratas, fechas la una en 1o. de abril y la otra en 15 de mayo.

Veo que no coincidimos en nuestro juicio acerca de *La Puchera*, lo cual no me extraña porque en todos los juicios literarios hay mucho de relativo y variable, y el gusto individual suele prevalecer contra el razonamiento. Esto se observa sobre todo en el juicio de producciones contemporáneas, por lo cual yo suelo desconfiar mucho de todos los pareceres que formulo, y los doy solamente como una *aproximación*, sin pretender imponérselos a nadie. Sólo cuando el tiempo pasa y las cosas se ven a distancia, y del contraste de los dictámenes particulares va resultando una especie de dictamen universal, y la obra literaria no aparece ya aislada sino que recibe luz intensa de la comparación con otras del mismo autor y con el conjunto de la literatura de su tiempo, es posible afirmar algo con certeza, dentro de la falibilidad de los juicios humanos. Por eso yo en este caso ni insisto mucho en defender mi opinión, ni pretendo disuadirle de la suya, y traerle a la mía, aunque no me faltarían para ello razones que me parecen de alguna fuerza. Yo no defiendo ni patrocino la anarquía del gusto, pero creo que se puede llegar a consecuencias opuestas partiendo de distintos principios literarios. Y quizá los de usted sobre la novela no son totalmente idénticos a los míos. Usted da demasiada importancia a la regularidad lógica de la fábula, y con arreglo a este criterio aplaude y condena. Para mí lo esencial no es la fábula, sino la vida, y perdono fácilmente que una novela tenga dos acciones y que la secundaria valga más que la principal. Este será un lamentable error además de los tres que usted me señala, pero ¿qué quiere usted? de todo ha de haber en el mundo. La unidad de acción entendida como suele entenderse, me parece tan insostenible como las otras dos famosas unidades. Unidad de interés, unidad de carácter, unidad de impresión es lo que busco, y cuando digo *de carácter* no me refiero a éste o al otro carácter particular, sino al carácter general y al propósito artístico del libro. Si se las mira bajo el aspecto de la fábula no sólo ésta sino la mayor parte de las novelas de Pereda son muy vulnerables, y da la casualidad de que las más débiles como *La Montálvez* son las que mejor cumplen con ese requisito que usted exige. ¿Y sabe usted por qué? Porque esas obras no han nacido

tajas, yéndose tras de lo general y abstracto, y renunciando a la visión directa de lo concreto. Será verdad o no lo será que esto es más artístico, pero lo que afirmo con entera seguridad es que Pereda, sin su carácter local tan enérgico y tan acentuado, sin estar tan adherido como está a las raíces de la tierra, no valdría la décima parte de lo que vale. Si sus libros contienen provincialismos de difícil inteligencia, fácil es remediarlo con un glosario que debía acompañar a todos los libros de Pereda, como yo se lo he aconsejado muchas veces, y de todos modos pequeño defecto es el que puede subsanarse con un glosario. En cuanto a las palabras desfiguradas por la pronunciación popular (que en muchos casos no es solamente montañesa sino de todo el vulgo de España), creo que Pereda hace bien en conservarlas en forma corrompida y estropeada, porque dentro del arte realista es tan inadmisble encontrar a dos labriegos hablando el castellano, con pronunciación académica, como presentarlos hablando en francés. Sería *traducir* el diálogo, y en la traducción perdería todo su sabor y gracia. Yo lo he intentado en algunas páginas, y el efecto es ridículo, a lo menos para los que conocemos a los originales y les hemos oído hablar. Qúitele usted a *Tremontorio* (quizá el mejor personaje de Pereda) los barbarismos, las interjecciones, las muletillas, y verá usted lo que queda. Por eso creo firmemente que Pereda es intraducible, salvo en sus obras inferiores, las cuales no dan idea de sus más excelsas cualidades. En el mismo *Pedro Sánchez*, a pesar de sus singulares bellezas, no hay más que medio Pereda.

En cuanto a *La Montálvez* será muy difícil que lleguemos a entendernos. *La Montálvez* tiene condiciones para gustar a muchos lectores, pero, como antes queda dicho, es un libro de crítica social, no es una novela. Exceptuando el padre de la Montálvez y alguna otra figura secundaria, ninguno de aquellos personajes ha sido engendrado en la fantasía, sino en el entendimiento de su autor. Los buenos se caen de buenos y de inocentes; los malos lo son rematada y odiosamente. Todo está sacrificado al efecto moral; las cosas se cuentan a escape: todo está en narración y casi nada en acción. Pereda, que siempre ha triunfado en el diálogo, huye aquí de dialogar y recurre a la extraña mezcla de apuntes de la protagonista y de comentarios propios. Parece que el autor va huyendo el cuerpo a las escenas capitales. Me dirá usted que a esto atribuye lo escabroso del asunto. No lo niego, pero o no abordarlo, o abordarlo con franqueza. El arte tiene recursos para depurarlo y ennoblecerlo todo. Resulta que *La Montálvez* es mala porque el autor nos lo asegura, pero no porque de su maldad tengamos propio y directo conocimiento. Dos causas, a mi ver, han hecho que Pereda procediese con tanta vaguedad y tanta falta de color en esta novela suya: el no haber querido conocer nunca por sí mismo la sociedad que describe, y el mirarla *a priori* con aversión y con odio. Esta aversión que como hombre le honra, porque demuestra lo sano, robusto y

primitivo de su naturaleza moral, le ha hecho antipático el objeto de su estudio, y le ha impedido sorprender los mil matices que la realidad ofrece, lo mismo en los salones que en los campos. La indignación contra el vicio puede inspirar sublimes y generosos acentos a un satírico o a un moralista, pero la musa de la indignación no puede ser nunca la musa de la novela realista. Toda pasión, por generosa que sea, enturbia la clara visión de las cosas, altera sus proporciones y las deforma. Trazado con más serena imparcialidad el cuadro de *La Montálvez* resultaría mucho más ejemplar y más terrible. Porque a mi entender, el novelista se ha quedado corto: la sociedad que quiere pintarnos es quizá peor de lo que en su libro resulta, pero no lo es del modo que él dice, ni las cosas suceden como él las presenta. *La Montálvez* no me parece exagerada sino descolorida. Todo lo cual no quita que haya muy pocos españoles capaces de escribir otra *Montálvez*.

Como usted comprende, esta breve respuesta a los reparos que usted tan amistosamente me expone, no es digna de la publicidad por lo desaliñada y ligera, y además no debe publicarse porque para la integridad de mi pensamiento es esencial lo que digo de *La Montálvez*, y aunque ya Pereda conoce mi modo de pensar sobre este libro suyo, nunca se la he expuesto, ni aun en nuestras íntimas conversaciones, con tan cruda franqueza y no podría menos de mortificarle algo el verla entregada a los vientos de la publicidad. En lo poco que valgo, quiero contribuir a la gloria de Pereda, por quien tengo verdadero entusiasmo, y aunque él es autor de los que pueden resistir todo género de crítica, vale más que esas cosas las digan los enemigos, los indiferentes o los extraños. No quisiera, por tanto, que este juicio mío trascendiese a otra persona que a nuestro buen amigo Collado. En cuanto a la carta que usted me ha escrito ¿cómo he de tener reparo alguno en verla impresa? Mi amor propio literario nada padece con que un amigo mío disienta tan cortés y mesuradamente de una opinión literaria mía en materia tan opinable.

Supongo que habrá usted recibido ya el tomo tercero de *La Ciencia Española* que le faltaba y también un volumen más de *Estética* recientemente publicado. Como usted verá, me voy acercando a la parte española, y me conviene completar mis datos sobre los críticos hispano-americanos. A usted recurro, confiado en su bondad, para que salga completo lo que se refiere a México. ¿Qué trabajos de estética pura, de filosofía del arte, de crítica artística y literaria han visto la luz pública en esa Nueva España? Sólo me son conocidos algunos estudios de Couto, Roa Bárcena, el Dr. Lucio, Riva Palacio y no sé si algún otro. ¿Hay algo en la colección de Dn. Ignacio Ramírez que, según veo, se ha hecho recientemente?

Adiós, y créame siempre su verdadero amigo, S. S. q. s. m. b.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Santander, 13 de septiembre de 1889.

Sr. Dn. Francisco Sosa,
México.

Mi distinguido amigo:

Doy a usted muy sinceramente gracias por su cordial felicitación con motivo de mi nombramiento para director de la Biblioteca Nacional: cargo muy análogo a mis aficiones y en el que creo poder prestar algún servicio a la literatura española.

Los tiempos son tristísimos, como usted dice muy bien, y sólo en el quieto asilo de la ciencia desinteresada de todas las pasiones y quimeras de este mundo, puede encontrar refugio y consuelo el espíritu atribulado por la inmensa calamidad presente, que no lo es sólo para España, sino quizá todavía más para sus descendientes en América.

Recibí y leí con placer mezclado de tristeza (placer por el estilo, tristeza por la materia), el discurso necrológico de nuestro inolvidable amigo D. Casimiro Collado, que usted escribió pagando dignamente, tributo a la buena memoria de aquel elegante poeta y cumplido caballero, que es gloria a la par montañesa y mexicana. Aquí ha gustado mucho ese discurso a cuantos le han visto, entre ellos a Pereda.

Acaso tendré que importunar a usted algún día sobre libros y cosas de esa región.

Continúo las obras que he emprendido. Llevo publicados seis volúmenes (uno de estos días saldrá el séptimo) sobre los Líricos Castellanos de la Edad Media.

Dirijo la edición completa de las obras de Lope de Vega, que publica la Academia Española, y de la cual ya han salido a luz ocho volúmenes con excelentísimas introducciones en que voy rehaciendo la historia analítica de nuestro teatro. No sé si estas publicaciones serán conocidas en México.

De usted muy afecto amigo y s. s. q. b. s. m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Santander, 24 de septiembre de 1890.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Mi estimado amigo:

El libro que usted me ha enviado sobre *Escritores sudamericanos* me ha proporcionado algunos ratos de agradable lectura. He refrescado mis ideas sobre algunos de los biografiados, y he aprendido particularidades nuevas de éstos y de los otros. En las biografías predomina generalmente el tono de elogio e indulgencia, pero ya me hago cargo de que se trata de darlos a conocer bajo el aspecto más favorable. Y en verdad que muchos de ellos son estimables y dignos de todo elogio. Me refiero especialmente a los poetas Guido Spano, N. P. Llona, Obligado, R. Gutiérrez y Zorrilla de San Martín, cuyas obras conozco hace tiempo. El primero aunque sea un excelente y delicado poeta, no es quizá tan helénico como usted le pinta: tengo mis sospechas de que su helenismo es un poco francés o al menos ha pasado por la aduana de París. Pero esto no quita a sus versos el mérito que tienen, y que sin duda es grande.

Las obras de Ricardo Palma también las conozco íntegramente: están llenas de chiste peruano que se parece mucho al chiste andaluz. He notado con gusto que cuanto más americanos quieren ser los escritores, más parecidos suelen resultar a los escritores castizos de por acá. De Gloria da Matto sólo he leído el primer tomo de *Tradiciones*, que me parecen muy inferiores a las de Palma.

También me parecen justos los elogios que hace Vd. del general Mitre como historiador, si es que recaen sobre su conciencia de investigador y la riqueza de documentos que presenta y el criterio con que suele utilizarlos, pues en lo tocante al estilo habría que hacer algunas salvedades. Conozco de él la *Historia de San Martín*, no la de *Belgrano*, y a juzgar por la primera, me parece un escritor sin estilo, pero de muy buen juicio y mucho deseo de acrisolar la verdad.

Y con esto me despido de Vd. dándole de nuevo las gracias por su estimable trabajo. Suyo siempre afectísimo s. s. y amigo agradecido que b.s.m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Muchas gracias por el afectuoso recuerdo que me dedica Vd. en las últimas páginas de su obrita.

Santander, 26 de diciembre de 1894.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Mi estimado amigo:

Gran pérdida sin duda ha sido para las letras la de Dn. Joaquín García Icazbalceta. A mi juicio, ninguno le aventajaba actualmente entre los cultivadores de la historia americana, y tarde ha de tener quien le reemplace. Sus libros, que rebosan de sólido saber y recto juicio, son una gloria para Méjico, y los españoles los recordaremos siempre con agradecimiento, puesto que ningún otro americano ha hecho tanta justicia a nuestra civilización colonial.

Hace cerca de dos años que nada sé de mis amigos de México, ni he recibido apenas libro ni papel alguno de esa República. Afortunadamente su grata de usted viene a romper esta incomunicación, y espero que en el año que va a comenzar serán más frecuentes nuestras relaciones.

Mucho me apena lo que me dice usted del estado de ánimo de nuestro pobre amigo D. Casimiro Collado. Menos mal si su salud no se ha resentido del exceso de su justa aflicción. Nuestro Pereda ha conseguido vencer la muy terrible que le embargaba después de la trágica muerte de su hijo, y ha llegado a terminar una novela que se imprimirá a principios de año.

Yo sigo trabajando, aunque algo lentamente, en la historia de la literatura española, y he publicado alguna muestra de estos trabajos, en cinco tomos sobre nuestros líricos de la Edad-Media, que forman parte de la *Biblioteca Clásica*. También me ocupa bastante la magna edición de otras obras completas de Lope de Vega, de quien ya van publicados cuatro grandes volúmenes a expensas de la Academia Española.

Con afectuosos recuerdos a todos esos amigos, quedo de usted muy afecto y S. S. y amigo q.b.s.m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Santander, 3 de enero de 1902.

Sr. Dn. Francisco Sosa.

Mi distinguido amigo:

Estoy con usted en deuda epistolar hace tiempo, y no quiero dejar pasar esta entrada de año sin desearle todo género de prosperidades, y ofrecerme nuevamente a sus órdenes suplicándole que perdone el retraso de la correspondencia, teniendo en cuenta las muchas atenciones que sobre mí pesan, especialmente desde que me hice cargo de la Dirección de la Biblioteca Nacional.

Nuestro común amigo el Marqués de Bendaña habrá a usted informado de la buena impresión que me produjo la lectura de su noble y elocuente vindicación del honor de España contra el malévolo y apasionado libro del señor García. La Academia de la Historia recibió también con sumo aprecio el folleto, y supongo que el Secretario Perpetuo Sr. Fernández Duro, que leyó un brillante informe sobre la materia, habrá comunicado a usted la unánime opinión de nuestro Cuerpo.

Al mismo tiempo tengo que dar a usted gracias, aunque ya sean un poco tardías, por el interesante Tomo de *Biografías de Ilustres Mejicanos* que usted me remitió, y por las notables traducciones de Horacio del Sr. Casasús, trabajo digno de toda estimación, y del cual hablaré con la estimación que merece, en la ya próxima repetición de mi viejo libro *Horacio en España*.

Del Sr. Casasús acabo de recibir también una bella traducción de la *Evangelina* de Longfellow, por la cual ruego a usted que le dé las gracias en mi nombre.

Como insignificante recuerdo envío a usted por este correo el último escrito que he publicado, es a saber mi discurso de entrada en la Academia de Bellas Artes.

De usted muy afecto amigo y agradecido s.q.b.s.m.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Madrid, 17 de abril de 1909.

Sr. D. Francisco Sosa.
México.

Mi distinguido amigo:

Dos noticias, triste la una, la otra en gran manera satisfactoria, me trae su carta del 12 de marzo. Gran pérdida ha sido para las letras mexicanas y las de todos los países de lengua española el fallecimiento del excelente humanista Dn. José Ma. Vigil, que nos legó la mejor traducción y comentario que tenemos del oscuro y difícil texto de las *Sátiras de Persio*. Tuve con él amistosa correspondencia, y sé que las condiciones de su carácter realzaban dignamente las de su ingenio.

Digno sucesor tendrá en usted y mucho me complace que la elección del Sr. Presidente de la República haya recaído en sujeto tan benemérito, respetado en ambos mundos, y que tanto puede hacer por la cultura literaria de su pueblo.

A título de colega doy a usted la más cordial enhorabuena, y le ofrezco mis servicios en esta Biblioteca Nacional. Supongo que recibirán ustedes por la Secretaría de Fomento los libros y Memorias bibliográficas que de vez en cuando publica esta Casa. Si no fuere así, estableceremos el cambio directo.

En eso como en todo desea complacer a usted su afmo., amigo y S. S.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

NUEVAS NORMAS DE PROSODIA Y ORTOGRAFÍA

TEXTO DEFINITIVO DE LAS NUEVAS NORMAS DE PROSODIA Y ORTOGRAFÍA, DECLARADAS DE APLICACIÓN PRECEPTIVA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, DESPUÉS DE HABER CONSULTADO LAS CONTESTACIONES QUE SOLICITÓ Y QUE LE FUERON ENVIADAS POR LAS ACADEMIAS CORRESPONDIENTES

EN HISPANOAMÉRICA

1ª Cuando el Diccionario autorice dos formas de acentuación de una palabra, se incluirán ambas en un mismo artículo, separadas por la conjunción *o*: *quiromancia o quiromancia*. (Actualmente la segunda forma aparece entre corchetes).

2ª La forma colocada en primer lugar se considera la más corriente en el uso actual, pero ha de entenderse que la segunda es tan autorizada y correcta como la primera.

3ª Respecto de las formas dobles incluidas por primera vez en la edición XVIII del *Diccionario* (1956), el orden de preferencia adoptado se invertirá en los casos siguientes:

pentagrama / pentágrama
reuma / reúma

4ª Se autoriza la simplificación de los grupos iniciales de consonantes en las palabras que empiezan con *ps*, *mn*, *gn*: *sicología*, *nemotecnía*, *nomó*. Las formas tradicionales: *psicología*, *mnemotecnía*, *gnomo*, se conservan en el *Diccionario* y en ellas se da la definición correspondiente.

5ª Se autoriza el empleo de las formas contractas *reemplazo*, *reemplazar*, *rembolso*, *rembolzar*, que se remiten en el *Diccionario* a las formas con doble *e*.

6ª Cuando un vocablo simple entre a formar parte de un compuesto co-

mo primer complemento del mismo, se escribirá sin el acento ortográfico que como simple le habría correspondido: *decimoséptimo, asimismo, rioplatense, piamadre*.

7ª Se exceptúan de esta regla los adverbios en *mente*, porque en ellos se dan realmente dos acentos prosódicos, uno en el adjetivo y otro en el nombre *mente*. La pronunciación de estos adverbios con un solo acento, es decir, como voces llanas, ha de tenerse por incorrecta. Se pronunciará, pues, y se escribirá el adverbio marcando en el adjetivo el acento que debiera llevar como simple: *ágilmente, cortésmente, licitamente*.

8ª Los compuestos de verbo con enclítico más complemento (tipo *sabelotodo*) se escribirán sin el acento que solía ponerse en el verbo.

9ª En los compuestos de dos o más adjetivos unidos con guión, cada elemento conservará su acentuación prosódica y la ortográfica si le correspondiere: *hispano-belga, anglo-soviético, cántabro-astur, histórico-crítico-bibliográfico*.

10ª Los infinitivos en *uir* seguirán escribiéndose sin la tilde como hasta hoy.

11ª Sin derogar la regla que atribuye el verbo *inmiscuir* la conjugación regular, se autorizarán las formas con *y* (*inmiscuyo*) por analogía con todos los verbos terminados en *uir*.

12ª Se establecerán como normas generales de acentuación las siguientes:

a) El encuentro de vocal fuerte tónica con débil átona, o de débil átona con fuerte tónica, forma siempre diptongo, y la acentuación gráfica de éste, cuando sea necesaria, se hará con arreglo a lo dispuesto en el N° 539, letra *e*, de la *Gramática*.

b) El encuentro de fuerte átona con débil tónica, o de débil tónica con fuerte átona, no forma diptongo, y la vocal débil llevará acento ortográfico sea cualquiera la sílaba en que se halle.

13ª La combinación *ui* se considerará, para la práctica de la escritura, como diptongo en todos los casos. Sólo llevará acento ortográfico cuando lo pida el apartado *e* del N° 539 de la *Gramática*; y el acento se marcará, como allí se indica, en la segunda de las débiles, es decir, en la *i*: *casuística, benjuí*; pero *casuista*, voz llana, se escribirá sin tilde.

14ª Los vocablos agudos terminados en *ay, ey, oy, uy*, se escribirán sin tilde: *taray, virrey, convoy, maguey, Uruguay*.

15ª Los monosílabos *fue, fui, dio, vio*, se escribirán sin tilde.

16ª Los pronombres *éste, ése, aquél*, con sus femeninos y plurales, llevarán normalmente tilde, pero será lícito prescindir de ella cuando no exista riesgo de anfibología.

17ª La partícula *aun* llevará tilde (*aún*) y se pronunciará como bisílaba

cuando pueda sustituirse por *todavía* sin alterar el sentido de la frase: *aún está enfermo; está enfermo aún*. En los demás casos, es decir, con el significado de *hasta, también, inclusive* (o *siquiera*, con negación), se escribirá sin tilde: *aun los sordos han de oírme; ni hizo nada por él ni aun lo intentó*.

18ª La palabra *solo*, en función adverbial, podrá llevar acento ortográfico si con ello se ha de evitar una anfibología.

19ª Se suprimirá la tilde en *Feijoo, Campoo* y demás paroxítonos terminados en *oo*.

20ª Los nombres propios extranjeros se escribirán, en general, sin ponerles ningún acento que no tengan en el idioma a que pertenecen; pero podrán acentuarse a la española cuando lo permitan su pronunciación y grafía originales. Si se trata de nombres geográficos ya incorporados a nuestra lengua o adaptados a su fonética, tales nombres no se han de considerar extranjeros y habrán de acentuarse gráficamente de conformidad con las reglas generales.

21ª El uso de la diéresis sólo será preceptivo para indicar que ha de pronunciarse la *u* en las combinaciones *gue, gui*: *pingüe, pingüino*. Queda a salvo el uso discrecional de este signo cuando, por licencia poética o con otro propósito, interese indicar una pronunciación determinada.

22ª Cuando los gentilicios de dos pueblos o territorios formen un compuesto aplicable a una tercera entidad geográfica o política en la que se han fundido los caracteres de ambos pueblos o territorios, dicho compuesto se escribirá sin separación de sus elementos: *hispanoamericano, checoslovaco*. En los demás casos, es decir, cuando no hay fusión, sino oposición o contraste entre los elementos componentes, se unirán éstos con guión: *franco-prusiano, germano-soviético*.

23ª Los compuestos de nueva formación en que entren dos adjetivos, el primero de los cuales conserva invariable la terminación masculina singular, mientras el segundo concuerda en género y número con el nombre correspondiente se escribirán uniendo con guión dichos adjetivos: *tratado teórico-práctico, lección teórico-práctica, cuerpos técnico-administrativos*.

24ª Las reglas que establece la *Gramática* (Nº 553, párrafos 1º a 3º) referentes a la división de palabras, se modificarán de este modo:

A continuación del párrafo 1º se insertará la cláusula siguiente: "Esto no obstante, cuando un compuesto sea claramente analizable como formado de palabras que por sí solas tienen uso en la lengua, o de una de estas palabras y un prefijo, será potestativo dividir el compuesto separando sus componentes, aunque no coincida la división con el silabeo del compuesto." Así, podrá dividirse *no-sotros* o *nos-otros, de-samparo* o *des-amparo*.

En lugar de los párrafos 4º y 5º que se suprimen, se intercalará uno

nuevo: "Cuando al dividir una palabra por sus sílabas haya de quedar en principio de línea una *h* precedida de consonante, se dejará ésta al fin del renglón anterior y se comenzará el siguiente con la *h*: *al-haraca*, *in-humación*, *clor-hidrato*, *des-hidratar*."

Los párrafos 6º y 7º continuarán en vigor.

El párrafo 8º se sustituirá por las reglas para el uso del guión contenidas en estas Normas (22ª y 23ª).

25ª Se declara que la *h* muda colocada entre dos vocales no impide que éstas formen diptongo: *de-sahu-cio*, *sahu-me-rio*. En consecuencia, cuando alguna de dichas vocales, por virtud de la regla general, haya de ir acentuada se pondrá el acento ortográfico como si no existiese la *h*: *vahído*, *búho*, *rehúso*.

INDICE ONOMASTICO

— A —

Abad, Diego José, 250
 Aceves, Ernesto, 254
 Acuña, Manuel, 54, 55, 250
 Achard, Luis Amadeo Eugenio, 221
 Adams, Nicholson B., 151
 Agüeros, Victoriano, 59
 Aguilar y Marocho, Ignacio, 58
 Alamán, Lucas, 272, 274
 Alarcón, Pedro de, 151
 Alas, Leopoldo (Clarín), 151
 Alcaraz, Ramón Isaac, 53, 54, 55, 57, 293
 Alegre, Francisco Javier P., 295, 296
 Alejandro Magno, 200
 Alemán, Mateo, 59, 158
 Alfonso X, el Sabio, 45
 Alonso, Juan, 132, 133, 134, 135, 136
 Alonso, Martín, 138
 Alpuche, Wenceslao, 53, 55
 Altamirano, Ignacio Manuel, 8, 59, 90,
 109, 234, 236, 250, 251, 263, 265,
 266, 267, 273, 274, 275, 278, 279,
 280, 283
 Alvarado, Pedro de, 271
 Andrade, José Manuel, 59
 Antonelli, Cardenal, 123, 124
 Apolodoro, 200
 Arango y Escandón, Alejandro, 53, 54
 Arcipreste de Hita, 181, 198
 Arreola, Juan José, 251
 Arróniz, Marcos, 59
 Asís, San Francisco de, 193, 206
 Ayerra y Santa María, Francisco, 155
 Azaña, Manuel, 182

Azpíroz, Manuel de, 113
 Azuela, Mariano, 161, 252

— B —

Bablot, Alfredo, 247
 Bach, Juan Sebastián, 69
 Bachrens, 100
 Balbuena, Bernardo de, 153, 154, 249,
 250
 Balseiro, José Agustín, 7, 150, 151, 152,
 153, 154, 158
 Ballescá, Santiago, 265
 Barajas, Carlos, 196
 Baranda, Joaquín, 275, 276
 Baroja, Pío, 151
 Barth, 11
 Baso, 11
 Baudelaire, Carlos, 229
 Baudoy, 97
 Baty, Gastón, 214
 Beethoven, Luis de, 69
 Bendaña, Marqués de, 307
 Beristáin y Souza, José Mariano, 59
 Bernal, Díaz del Castillo, 251
 Bernárdez, Francisco Luis, 194
 Betancis, Dr., 265
 Blanco, Fombona Rufino, 158, 159
 Blasco, Ibáñez Vicente, 151
 Boington, Priestley John, 209, 210
 Boleslawsky, Ricardo, 209
 Bolívar, Simón, 282
 Bonnet, Max, 99
 Brecht, Bertold, 209, 223
 Brunetiére, Ferdinand, 247, 249

Bruto, Lucio Junio, 200, 212, 217
 Buitrón, Juan B., 124, 125
 Bustillos, José María, 273
 Byron, Jorge Noel Gordon, 56, 90

— C —

Calderón, de la Barca, 181
 Calderón, Fernando, 53, 55, 57
 Caltzontzin, Tzimpisicha, 132, 135
 Campbell, Tomás, 90
 Campo, Angel del, 250, 252, 273, 279
 Campos, Rubén M., 293
 Canini, Marco Antonio, 230, 297
 Carbonell, José Manuel, 186
 Cardoso, Joaquín, 57
 Carpio, Manuel, 54, 56, 57
 Carranza, Venustiano, 289
 Carreño, Alberto María, 7, 9, 11, 60,
 88, 89, 115, 116, 162, 164, 166, 176,
 178, 182, 188, 195
 Casares, Julio, 186
 Casas, Fr. Bartolomé de las, 250
 Casasús, Joaquín D., 7, 9, 10, 88, 89,
 90, 91, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101,
 102, 103, 104, 105, 106, 110, 111,
 112, 113, 114, 115, 116, 117, 118,
 267, 272, 278, 307
 Caso, Antonio, 156, 198, 227, 241
 Castelar, Emilio, 264, 276
 Castellanos, Julio, 219
 Castro, Agustín D., 56
 Castro, Américo, 224
 Castro Leal, Antonio, 163, 205
 Catalina, Mariano, 109
 Catulo, Cayo Valerio, 9, 96, 99, 100,
 101, 102, 103, 104, 105, 107
 Cervantes, Miguel de, 158, 192, 196, 197,
 245
 César, Julio, 100, 212, 217
 Cicerón, Marco Tulio, 43, 200
 Cisneros, Luis, 283, 288
 Clavijero, José, 242
 Claretie, Julio, 264
 Clementi Luis, Mons. 130
 Coloma, P. Luis, 151
 Colón, Cristóbal, 271, 272

Collado, Casimiro del, 51, 53, 58, 59,
 272, 273, 294, 298, 299, 303, 304, 306
 Comte, Augusto, 74
 Cooper, Jaime Fenimore, 275
 Copeau, Jacques, 221
 Coppé, François, 106
 Cortés, Barrios Ismael, 119
 Couto, Bernardo, 57, 296, 297, 303
 Crátero, 200
 Creso, 206
 Cruz, Salvador, 7
 Cuéllar, José Tomás de, 235, 250, 252,
 265
 Cuenca, Laura M. de, 555
 Cuervo, Rufino José, 96, 102, 104, 107
 Cuesta, Jorge, 220, 221
 Cuevas, Mariano, S. J., 130
 Cortés, Hernán, 22, 231, 271
 Cuvier, Jorge, 271

— CH —

Chambecua, Guadalupe, 132, 136
 Charcot, Juan Martín, Dr., 283
 Charny, Genoveva, 287
 Chavero, Alfredo, 109
 Chesterton, Gilbert Keith, 192
 Chumacero, Ali, 250

— D —

D'Amicis, Edmundo, 139
 Dantón, Jorge Jacobo, 277
 Darío, Rubén, 161
 Daudet, Alfonso, 273
 Dávalos, Balbino, 62, 94, 207
 Dávila Garibi, José Ignacio, 122
 Dávila, José Antonio, 162
 Delgado, Juan B., 62, 64, 72, 276, 293
 Díaz Covarrubias, Juan, 250
 Díaz Mirón, Salvador, 215, 249, 250
 Díaz, Porfirio, 111, 112, 116, 126, 128,
 129, 177, 234, 289
 Diderot, Dionisio, 208
 Diego, Gerardo, 7
 Diego, José de, 156, 162
 Diego, Pablo, 190

Diez Canedo, Enrique, 159, 254
 Dosamantes, Jesús, 278
 Duque de Albuquerque, Virrey, 188,
 189, 191
 Duró, Fernando, 307

— E —

Eguilar y Eguren, Juan José, 59
 Ellis, Juan, 100
 Erasmo, Desiderio, 245
 Escalante y Mendoza, Manuel, 189
 Escaligero, Julio César, 104
 Escobedo, Josefina, 221
 Esquilo, 211, 225
 Esteva, José María, 58
 Eurípides, 211

— F —

Fabela, Isidro, 206
 Fermat, Pedro de, 46
 Fernández de Lizardi, Joaquín, 57, 235,
 236, 245, 246, 250, 259, 272, 275
 Fernández Granados, Enrique, 206, 273
 Fernández Guerra y Orbe, Luis, 59
 Fernández Mac Grégor, Genaro, 7, 88,
 111, 162, 172, 176, 179, 180
 Filicoro, 200
 Floquet, 279
 Flores, Manuel M., 54, 55
 Fortuño, Carmen, 106
 Francisco, José de S., 190
 Franco, Alberto, 58
 Freppel, Obispo, 278
 Frías y Soto, Hilarión, 281
 Fuente, Luz Irma de la, 7
 Fuentevilla, José M. (Manuel Morphy),
 100, 101

— G —

Galindo y Villa, Jesús, 285, 286, 287
 Galo, Cayo Sulpicio, 11
 Gallardo, Bartolomé José, 59
 Gamboa, Federico, 207
 Gamoneda, Francisco J., 248
 García, Blanco Manuel, 151

García Cubas, Antonio, 126
 García, Genaro, 307
 García Icazbalceta, Joaquín, 59, 227,
 236, 306
 García Naranjo, Nemesio, 207
 García, Telesforo, 264, 267
 García Valseca, José, 168
 Garcilaso de la Vega, 68
 Garibay, Angel María, 205, 228, 229,
 230, 242
 Garibi Rivera, José, Mons., 129
 Garza y Ballesteros, Lázaro de la, 129,
 130
 Garrido, Luis, 7, 180
 Gaos, José, 257
 Gautier, Benítez José, 162
 Genouille, J., 11
 Goethe, Juan Wolfgang, 214, 216
 Gómez de Portugal y Solís, Juan Caye-
 tano, 122, 124, 125, 129
 Gómez de Villaseñor, José Ma., 124
 Gómez de la Cortina, José, 55
 Gómez de la Serna, Ramón, 157
 Gómez, Juan Vicente, 159
 Góngora, Luis de, 68, 181, 198, 255
 González Blanco, Pedro, 293
 González de Amcúa, Agustín, 184, 185,
 186
 González de Eslava, Fernán, 51
 González de Mendoza, José María, 206
 González Martínez, Enrique, 159, 162,
 238, 250, 254, 255
 González Obregón, Luis, 267, 273, 276,
 293
 González Peña, Carlos, 140, 243
 González Rojo, Enrique, 159
 Gordon, Craíg, 221
 Gorostiza, Celestino, 7, 205, 218, 219,
 220, 221, 222, 223, 224, 225, 256
 Gorostiza, José, 219, 242
 Gorostiza, Manuel Eduardo de, 54
 Grijalva, Fr. Juan de, 131
 Guillén, Aurelio, 265, 267, 268, 273, 274,
 278, 279
 Guillén de Altamirano, Margarita, 263,
 265, 267, 268, 272, 273, 274, 278,
 279

Guillow y Zavalza, Eulogio Gregorio, 126,
127, 128, 129, 130
Guisa y Azevedo, Jesús, 170
Gutierre de Cetina, 59
Gutiérrez, Juan María, 57
Gutiérrez Nájera, Manuel, 67, 250, 251,
252
Gutiérrez, R., 305
Guzmán, Francisco de P., 53, 54
Guzmán, Martín Luis, 7, 162, 172, 173,
174, 182, 183, 184, 185, 187, 206, 252

— H —

Harris, Frank, 216
Héguin de Guerle, 11
Henríquez Urcía, Pedro, 157, 158, 198,
248, 249, 259
Heredia, José María, 52, 53, 106
Hernández, Francisco, 190
Hernández, José, 190
Hernández, José P. H., 162
Herrera, José Joaquín de, 129
Hidalgo y Costilla, Miguel, 231, 274,
275
Horacio, 9, 43, 93, 94, 97, 98, 102, 103,
107, 109, 200, 307
Hostos, Eugenio María de, 156, 162
Huacuja, Daniel, 138

— I —

Icaza, Francisco A. de, 158, 159, 162
Iduarte, Andrés, 162
Iglesias Calderón, Fernando, 293
Iglesias Calderón, Julia, 293
Inclán, Luis G., 235, 245, 250
Inda, Stella, 221
Isabel, la Católica, 271
Isaacs, Jorge, 121
Iturbide, Agustín de, 54

— J —

Jiménez de la Espada, Marcos, 276
Jiménez, Guadalupe, 62
Jiménez Rueda, Julio, 160, 161, 207
Joaquín, Nicolás, 190

Johnson, Ben, 215
Jouvet, Louis, 210, 223
Junco, Alfonso, 7, 60, 70, 192
Junco de la Vega, Celedonio, 71, 73
Junco, Eduardo, 70
Juan XXIII, S. S., 129
Juana, Manuela, 287
Juárez, Benito, 71

— L —

Lacunza, José María, 57
Lacunza, Juan N., 57
Lachman, 11, 100, 102
Lafleur E., Hon, 115
Lafragua, José María, 58
Lafuente, Modesto, 286
Lamartine, Alfonso de, 106
Landázuri, Isabel Prieto de, 52
Landívar, Rafael, 249, 250
Larra, Mariano, 139
Larrañaga, Antonio, 57
Laval, José Antohio, 285, 288
Lazo, Agustín, 219
Leconte, de Lisle, 116
Lenormand, Carlos, 221
León, Nicolás, 59
León, Fr. Luis de, 93, 255
León XIII, 127, 129, 130
León Portilla, Miguel, 230
Lira Urquieta, Pedro, 186
Longfellow, Henry W., 90, 113, 307
Lope de Vega, 158, 198, 224, 225, 304,
306
López, Gregorio, 285, 286
López Moctezuma, Carlos, 221
López Portillo y Rojas, José, 72, 293
López, Rafael, 63
López Velarde, Ramón, 251, 272
Losa, P., 286
Lucio, Rafael Dr., 296, 303
Luis XIV, 211
Llona, N. P., 305
Lloréns Torres, Luis, 162

— M —

Macrobio, Aurelio, Teodosio, 100
Magaña Esquivel, Antonio, 220

Magdaleno, Mauricio, 156, 157, 207
 Mallarmé, Esteban, 235
 Mancero, Juan Luis, 56
 Manrique, Jorge, 133, 134
 Marañón, Gregorio, 151
 Marceau, Marcel, 208, 209
 Mariana, P. Juan de, 224
 Mariscal, Ignacio, 126, 128, 206
 Marlowe, Christopher, 215
 Marquina, Eduardo, 151
 Martí, José, 154, 162
 Martínez de Castro, Luis, 58
 Martínez, José Luis, 8, 222, 254, 255, 256, 258, 259
 Martínez, Guillermo Antonio, 53
 Martín de Jesús, 125
 Mateos, Juan A., 280, 281
 Matto, Gloria de, 305
 Maulnier, Thierry, 212
 Maximiliano, Fernando José, 281
 Mecenas, 11
 Medina, José Toribio, 59
 Mediz Bolio, Antonio, 207, 227, 242
 Mejía, Diego, 294
 Meléndez, Concha, 156
 Mena, Francisco Z., 112
 Mena, Juan de, 136
 Menandro, 200
 Méndez Plancarte, Alfonso, 254
 Méndez Plancarte, Gabriel, 94, 160, 254
 Mendieta, Gerónimo de, 189
 Menéndez y Pelayo, Marcelino, 8, 9, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 90, 94, 103, 104, 154, 157, 294, 295, 296, 297, 298, 299, 303, 304, 305, 306, 307, 308
 Meyerhold, Constantino, 221
 Mier y Celis, Antonio de, 112
 Millares Carlo, Agustín, 56, 59
 Mir P., Miguel, 97, 103
 Mitre, Gral. Bartolomé, 305
 Mizi, Mons., 125
 Molière, Juan Bautista P., 216, 220
 Molina, Calixta, 120
 Molina, Tirso de, 245
 Molnar, Franz, 212, 221
 Montalvo, Juan, 282
 Monterde, Francisco, 51, 60, 88, 119, 150, 156, 160, 161, 205, 207

Montes de Oca y Obregón, Ignacio, 59, 98, 124, 125
 Moore, Tomás, 90
 Mora, José Ma. Luis, 250, 272
 Morales, Juan Bautista, 237
 Morla, Vicuña, 290
 Moro, Tomás, 245
 Mota y Escobar, Alonso de la, 126
 Motolinía (Toribio de Benavente), 188
 Motecuhzoma II, 135
 Munguía, José de Jesús, 58
 Munro, H. A. J., 100, 102
 Muñoz Rivera, Luis, 162

— N —

Nájera, Ernesto, 7
 Napoleón (Emperador), 216
 Navarrete, Fr. Manuel de, 53, 54, 55, 57, 250
 Navarro, Joaquín, 58
 Navarro, Juan N., 57
 Nervo, Amado, 67, 69, 156, 158, 159, 160, 198
 Nietzsche, Federico, 168
 Novo, Salvador, 207, 218
 Núñez de Arce, Gaspar, 109, 276
 Núñez y Domínguez, José de Jesús, 164, 198
 Nuño Beltrán, de Guzmán, 132, 133, 134, 135, 271

— O —

Obligado, Rafael, 305
 Ocampo, Melchor, 272
 Ochoa y Acuña, Anastasio, 294, 295
 Olaguibel, Francisco M. de, 57
 O'Neill, Eugenio, 221
 Orozco, José Clemente, 60
 Orozco y Berra, Manuel, 242
 Ortega, Francisco, 54, 57
 Ortiz, Gabino, 58
 Osorio, Melchor, 190
 Otero, Clementina, 221
 Othón, José Manuel, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 78, 79, 157, 238, 250

Ovidio (Publio Nasón), 11, 263, 294
Owen, Gilberto, 219

— P —

Pacheco, Gral. Carlos, 273, 277
Pagaza, Joaquín Arcadio, 62
Palacio, Manuel del, 109
Palacio Valdés, Armando, 151
Palafox y Mendoza, Juan de, 250
Palés Matos, Luis, 162
Palma, Angélica, 289, 292, 293
Palma, Clemente, 292
Palma, Ricardo, 8, 265, 280, 281, 282,
285, 286, 288, 289, 291, 292, 293, 305
Palma, Jr. Ricardo, 292
Pardo Bazán, Emilia, 151
Paredes Colín, Joaquín, 190
Parra, Porfirio, 227
Payno, Manuel, 57, 235, 250, 252
Paz, Octavio, 238, 249, 252
Pedreira, Antonio S., 162
Pellicer, Carlos, 7, 160, 249
Pellerín, Jean, 221
Peña, Rafael Angel de la, 60, 98, 104,
109, 143
Peñalosa, Joaquín Antonio, 60, 61
Peón Contreras, José, 107, 207
Pareda, José María de, 97, 151, 264, 298,
300, 301, 302, 303, 304, 306
Peredo, Manuel, 53, 55, 56
Pérez, del Camino, 103
Pérez Galdós, Benito, 151
Pérez Soto, Atenógenes, 119
Persio, 308
Pesado, José Joaquín, 53, 54, 55, 57, 59,
280
Petrarca Francisco, 68
Peza, Juan de Dios, 59, 71, 280, 281
Pi y Margal, Francisco, 276
Picón, Jacinto Octavio, 151
Pillement, George, 160
Pimentel, Antonio (Conde de Bena-
vente), 188
Pimentel, Francisco, 58, 59, 297
Pío IX, 122, 123, 124, 125, 129, 130
Pío X, 126, 127, 129, 130
Pirandello, Luigi, 211, 221, 224

Pizarro Suárez, Nicolás, 250
Pizarro, Francisco, 271
Platón, 101, 198
Plaza, Antonio, 250
Plutarco, 212
Ponce de León, Juan, 153
Ponce, Manuel M., 249
Prieto, Guillermo, 57, 235, 238, 250,
267, 272, 280, 282, 283, 288
Priestley, Herbert L., 222, 223
Propercio Sexto, Aurelio, 7, 9, 10, 88,
103, 106

— Q —

Quevedo, Francisco de, 181, 196
Quijano, Alejandro, 160, 206
Quintana Roo, Andrés, 54, 57
Quinto Metelo, (Numídico), 200
Quiroga, Vasco de, 258

— R —

Rabín, María Teresa, 162
Racine, Juan, 212
Rada, De la, 269, 276
Rahola, Federico, 90
Ramírez, Alonso, 155
Ramírez, Ignacio, 54, 234, 238, 250,
272, 275, 282, 303
Ramírez, Tomás R. P., 130
Reinhardt, Max, 221
Restrepo, R. P. Félix, 185, 186
Reyes, Alfonso, 7, 40, 60, 62, 69, 88,
150, 151, 156, 157, 158, 159, 161, 162,
168, 178, 180, 181, 195, 196, 197, 199,
200, 203, 224, 229, 241, 247, 251, 252,
254
Reyes, Gral. Bernardo, 71, 195
Reyes, Rodolfo, 195
Reyes Spíndola, Rafael, 239
Riquelme, Carlos, 221
Riva Agüero, José de la, 291
Rivera, José Antonio, 126, 127, 130
Rivera Muñoz, Luis, 152
Rivas Mercado, Antonieta, 219
Rivas, Pablo, 265
Riva Palacio, Vicente, 247, 248, 249,

250, 263, 280, 281, 286, 287, 288, 303
 Roa Bárcena, José María, 51, 53, 54, 55,
 56, 59, 272, 298, 299, 303
 Robinet, Carlos, 287
 Rocha, Gral. Sóstenes, 273
 Rodríguez Galván, Ignacio, 54, 55, 57
 Rodríguez Lozano, Manuel, 219
 Rodríguez Marín, Francisco, 59
 Rojas, Mariano Jacobo, 230
 Rosaldo, Renato, 56
 Rosas Moreno, José, 54
 Roosevelt, Theodore, 114
 Rovirio, 206
 Rulfo, Juan, 251
 Ruiz de Alarcón, Juan, 59, 160, 196,
 198, 221, 232, 243, 245, 246, 248, 250
 Ruiz de Cabañas y Crespo, Juan Cruz,
 124

— S —

Saavedra Angel, Duque de Rivas, 57
 Sadurni, Pernis J., 119
 Sagasta Praxedes, Mateo, 264
 Sahagún, Fr. Bernardino de, 228
 Salado Alvarez, Victoriano, 100
 Sánchez Azcona, Juan, 64
 Sánchez de Tagle, Francisco Manuel, 53,
 55, 57, 250
 Sánchez, Juan Manuel, 56
 Sánchez Mármol, Manuel, 94
 Sánchez, Raimundo, 184
 Santacilia, Pedro, 288, 289
 Sánchez Santos, Trinidad, 272
 San Martín, Juan José, Gral., 282
 Sanz de Samper, Mons., 126, 127, 128
 Sarmiento, Justino, 119 121
 Santiago, Agustín de, 190
 Santiago, Gabriel de, 191
 Santiago, José de, 190
 Santiago, Juan de, 190
 Santiago, Nicolás de, 190
 Santos Chocano, José, 161
 Schawabe, 102
 Segura, José Sebastián, 53
 Séneca, 206
 Serrano y Sanz, Manuel, 59

Shakespeare, William, 56, 211, 212, 215,
 216
 Shaw, Bernard, 216
 Sigüenza y Góngora, Carlos de, 155, 157
 Sierra, Justo, 238, 241, 250, 251, 272,
 298, 299
 Sor Juana, Inés de la Cruz, 54, 155, 157,
 160, 231, 243, 245, 246, 250
 Sosa, Francisco, 8, 59, 90, 263, 266, 267,
 273, 274, 275 278, 279, 280, 281, 282,
 283, 285, 286, 287, 289, 291, 292, 294,
 296, 296, 297, 298, 299, 300, 304, 305,
 306, 307, 308
 Spano, Guido, 305
 Stanislawsky, Constantino, 209, 221, 223

— T —

Tamayo y Baus, Manuel, 281, 287
 Teócrito, 61
 Teresa, Santa, 214
 Terrazas, Francisco de, 59, 243, 250
 Tibulo, 9, 96, 99, 104, 105
 Timeo, 200
 Tornel, José María, 57
 Toro, Alfonso, 62, 64, 65, 80
 Torquemada, Antonio de, 196, 197
 Torres Bodet, Jaime, 162, 206, 250, 251
 Torres Caicedo, José María, 284, 286,
 287
 Torres, Javier, 276
 Torri, Julio, 251
 Tossiat Ferrer, Manuel, 57

— U —

Unamuno, Miguel de, 151, 158
 Urápeti, Juan, 132, 137
 Urbina, Luis G., 47, 61, 248, 249, 252
 Uruchúa, Victor, 221
 Usigli, Rodolfo, 252

— V —

Valatour, A., 11
 Valdivia, Aniceto, (Conde Kostia), 100

Valera, Juan, 59, 109, 151
 Valery, Paul, 256
 Valiente, Miguel, 190
 Valle Arizpe, Artemio, 63
 Valle Inclán, Ramón del, 151
 Valle, Juan, 53, 54, 55
 Van Praag, Jonas Andries, 7
 Vargas, José, 57
 Vargas, Fulgencio, 131
 Varona, Eduardo, 276
 Vasconcelos, José, 156, 162, 166, 167,
 168, 170, 171, 195, 238, 241, 251, 291
 Vega, Santiago R. de la, 63
 Vela, Eusebio, 232
 Velasco, José Luis, 63
 Vélez, Lupe, 219
 Vico, Antonio, 229
 Vigil, José María, 51, 58, 59, 98, 107,
 108, 109, 230, 236, 295, 308
 Villa, Francisco, 292, 293
 Villaurrutia, Xavier, 160, 219, 220, 221,
 250, 254, 255, 256
 Virgilio, Publio, 9, 56, 60, 61, 96, 97, 98,
 99, 101, 102, 103, 107, 200
 Vitanova, 269, 276

Vitoria, Francisco de, 245
 Vives, Luis, 245
 Voltaire, Francisco María Arouet de, 282
 Vulpio, 10, 11

— W —

Wagner, Ricardo, 168
 Wilde, Oscar, 216
 Wolf, Alberto, 278

— Y —

Yáñez, Agustín, 162, 229, 251, 254

— Z —

Zaragoza, Antonio, 100
 Zaragoza, Justo, 269, 276
 Zarco, Francisco, 235, 250
 Zavala, Jesús, 63, 72, 272
 Zeno Grandra, Mamel, 162
 Zola, Emilio, 273
 Zorrilla de San Martín, Juan, 105, 305
 Zorrilla, José, 57

INDICE GENERAL

<i>Nota preliminar</i>	7
<i>Elegías de Propertio traducidas por el Dr. Joaquín D. Casasús con una introducción</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	9
<i>Nuestra Lengua</i> , por ALFONSO REYES	40
<i>La antología de Poetas Mexicanos</i> , por FRANCISCO MONTERDE	51
<i>El idilio salvaje de Manuel José Othón</i> , por JOAQUÍN ANTONIO PEÑALOSA	61
<i>Othón en mi recuerdo y en su entraña</i> , por ALFONSO JUNCO	70
<i>Idilio salvaje</i> , por ALFONSO TORO	80
<i>El centenario del Doctor Joaquín D. Casasús</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	89
<i>El Dr. D. Joaquín D. Casasús como diplomático</i> , por GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR	111
<i>"Las Perras" de Justino Sarmiento</i> , por FRANCISCO MONTERDE	119
<i>Frustrados nombramientos de cardenales mexicanos</i> , por IGNACIO DÁVILA GARIBI	122
<i>Trocado en indio por el amor</i> , por FULGENCIO VARGAS	131
<i>En defensa del idioma</i> , por DANIEL HUACUJA	138
<i>Saludo al Dr. José Agustín Balseiro</i> , por FRANCISCO MONTERDE	150
<i>Mexicanos y Puertorriqueños</i> , por JOSÉ A. BALSEIRO	154
<i>José de Jesús Núñez y Domínguez</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	164
<i>José Vasconcelos</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	166
<i>Adiós a Vasconcelos</i> , por ALFONSO REYES	168
<i>En la muerte de Vasconcelos</i> , por JESÚS GUIZA Y AZEVEDO	170
<i>La Academia Mexicana sin sotanas</i> , por GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR	172
<i>Genaro Fernández MacGregor</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	176

<i>Una carta de Alfonso Reyes</i>	178
<i>Alfonso Reyes</i> , por LUIS GARRIDO	180
<i>Academia</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	182
<i>Tehuacán, ciudad de Nuestra Señora de la Concepción y Cueva</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	188
<i>Invitación a la Felicidad</i> , por ALFONSO JUNCO	192
<i>Alfonso Reyes</i> , por ALBERTO MARÍA CARREÑO	195
<i>Las paradojas del teatro</i> , por CELESTINO GOROSTIZA	205
<i>Respuesta al anterior discurso</i> , por SALVADOR NOVO	218
<i>De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana</i> , por JOSÉ LUIS MARTÍNEZ	226
<i>Contestación al anterior discurso</i> , por AGUSTÍN YÁÑEZ	254

APENDICE

<i>Cartas de Don Ignacio M. Altamirano</i>	263
<i>Cartas de Don Ricardo Palma</i>	280
<i>Cartas de Don Marcelino Menéndez y Pelayo</i>	294